

ELIZABETH EYRE

La novia estrangulada

UN MISTERIO EN LA ITALIA RENACENTISTA

SEGISMUNDO IV



Lectulandia

Un fausto acontecimiento, la boda entre el príncipe Galeotto y Ariana, acaba en tragedia: la novia muere asesinada. Varios son los sospechosos, incluidos el propio Galeotto, su querida y un pretendiente de Ariana. Sin embargo, Segismundo descubrirá que el crimen, en apariencia pasional, oculta de hecho una intrincada maraña de intereses políticos. Para desenmascarar al verdadero culpable, él mismo tendrá que exponer su vida y ofrecerse como blanco al asesino.

Lectulandia

Elizabeth Eyre

La novia estrangulada

Segismundo - 4

ePub r1.0

Titivillus 31.12.16

Título original: *Bravo for the Bride*
Elizabeth Eyre, 1994
Traducción: Daniel Aguirre

Gracias a los *papyreros* que son los primeros que se lo curraron

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Ella Watson, por los viejos tiempos

Personajes que aparecen en la historia

EN BORGO:

Galeotto, príncipe de Borgo.

Ariana de Altamura, novia del príncipe Galeotto.

El príncipe Gioffré, abad de Borgo.

La señora Leonora y la señora Zima, amantes del príncipe Galeotto.

EN VENOSTA:

El duque Vincenzo.

La duquesa Dorotea, su esposa.

Ristoni, un rico mercader.

Madonna Ristoni, su madre.

Mario Marietti, ingeniero.

Rodrigo Salazzo, bandido.

EN ALTAMURA:

El duque Hipólito.

La duquesa Violante, su esposa.

El señor Andrea y la señora Camila, sus hijos.

La niñera de los hijos de los duques.

El señor Tebaldo, primo de la duquesa.

Bonifacio Valori, primer consejero del duque.

Tristano Valori, hijo de Bonifacio Valori.

Polidoro Tedesco, filósofo.

Atzo Orcagna, Cola Borsieri y Honorio Scudo, sus alumnos.

Poggio, enano de la duquesa.

Nuto Baccardi y Stefano Cipolla, dueños de pensión.

DE PASO:

Pietro Brunelli, arquitecto.

El maestro Valentino, médico.

Pirro, profesional.

Segismundo, aventurero.

Benno, su sirviente.

Biondello, perro.

«Un Quintiliano completo»

—¿Y un hombre ha muerto por esto?

—Como bien sabes, hijo mío, la gente muere por mucho menos que esto. —Los largos dedos del abad quedaron suspendidos sobre la página, sin llegar a tocar el pergamino, como si estuviera bendiciendo la elegante letra y los rondeles coloreados que ilustraban los márgenes de la narración. Los dedos descendieron y se posaron al lado del libro para dar un golpecito en la mesa—. ¿Sabes cuánto cuesta este manuscrito, hijo mío?

—¿Además de la vida de un hombre? —La voz del interlocutor era profunda, risueña. Encogió sus fuertes hombros y agregó—: No tengo ni idea, ilustrísima. Lo único que puedo decir es que a vuestro juicio merecía la pena pagar ese precio.

El abad dejó escapar un suspiro y se echó hacia atrás. Un pájaro que estaba posado en el árbol que se veía por la ventana rompió de pronto a cantar para celebrar aquella cálida mañana. El abad alzó la cabeza para escuchar.

—¿Quién sabe qué puede ser valorado? Hago lo que puedo con los recursos de que dispongo. El príncipe no está interesado en la biblioteca de la abadía. Al duque Vincenzo de Venosta los libros le traen sin cuidado, aunque siempre está dispuesto a pagarlos, y cuanto más excepcionales sean, mejor.

—¿Para demostrar que puede hacerlo?

—Supongo. —La expresión de austeridad del abad dio paso a una sonrisa. Tras dar un nuevo golpecito en la mesa, añadió—: El duque tiene un manuscrito por el que estaría dispuesto..., si no a matar, tal vez a morir, que Dios me perdone. Uno de sus enviados lo encontró en un monasterio del sur de Alemania. Un Quintiliano, Segismundo. ¡Completo! Es el único que conozco.

Aquellas palabras fueron recibidas con un murmullo largo y pensativo.

—Un Quintiliano completo ha de costar más de una vida, ilustrísima. ¿Quién ha muerto por él?

—Das demasiada importancia a la muerte, hijo mío. Aunque para ti es algo natural, no debes permitir que el asesinato ocupe lugar alguno en tus pensamientos ni que la sangre manche tu mente. —El abad había hablado con severidad, pero suavizó el tono al ver que quien tenía delante aceptaba la reprimenda inclinando la cabeza rapada—. Durante tu estancia aquí he podido comprobar que eres un hombre piadoso. Sé que el asesinato no te complace como a otros. Aun así, no debemos olvidar que el que a hierro mata a hierro muere. —El abad cerró el pesado libro con cuidado, echó el cierre y se tomó la libertad de acariciar la tapa de terciopelo carmesí—. No, que yo

sepa, sólo se utilizó dinero para adquirir el Quintiliano. El duque de Vincenzo es un hombre reservado. El padre Ursino estuvo hace unos días en Venosta para solucionar unos asuntos en la biblioteca del duque y tuvo ocasión de echar un vistazo al Quintiliano. ¡Sin tocarlo! —El abad apartó las manos del libro a modo de ejemplo—. Sólo dispuso de diez minutos... —Soltó un nuevo suspiro y volvió para mirar por la ventana—. Qué difícil resulta en este mundo evitar desear cosas que no estén relacionadas con Dios.

Abajo, en el patio, dos monjes que se habían recogido el hábito sobre las rodillas estaban removiendo la tierra de un arriate cubierto de hierbas. Otros paseaban en silencio a la sombra de una galería porticada, con la cabeza gacha y las manos ocultas bajo los escapularios o metidas en las mangas. En una esquina soleada, sentado en un banco de piedra, un hombrecillo barbudo intentaba enseñar a un perrillo lanudo al que le faltaba una oreja a andar sobre las patas traseras sosteniendo un palo en la boca. Uno de los monjes que removían la tierra del arriate estaba prestándoles más atención que a su trabajo. Al verlo, el abad frunció el entrecejo; Segismundo, en cambio, sonrió.

—¿A tu sirviente...? Se llama Benno, ¿verdad? ¿Le ha sido de provecho vuestra estancia aquí? —preguntó el abad.

El perrillo logró dar varios pasos sobre las patas traseras, pero acabó cayéndose y dejando el palo en el suelo. Benno, sin embargo, aplaudió.

—Creo que ha conseguido varias cosas, ilustrísima —respondió Segismundo.

El abad observó la risueña expresión de Segismundo y comentó en un tono más tolerante:

—San Pablo nos enseña que debemos tener paciencia con los tontos. No creo que tu Benno sea tan tonto como parece, aunque eso, hijo mío, al igual que tu sutileza, sólo lo saben él y Dios.

Una campana, lenta y sonora, repicó en la cuadrada torre de la gran iglesia, una pequeña parte de cuyo muro exterior cerraba el patio por uno de sus lados. Los monjes se quedaron quietos para hacer la señal de la cruz y rezar una plegaria; el abad y Segismundo hicieron lo mismo con una sincronía casi exacta.

—Se está haciendo tarde. Debo ir a prepararme. —El abad miró con pesar las altas estanterías llenas de pesados volúmenes que lo rodeaban y el Tito Livio de cubierta carmesí que reposaba sobre un facistol de madera labrada—. Los novios oirán misa en la abadía en cuanto la señora Ariana llegue y el príncipe la haya recibido.

—¿La duquesa Violante también va a venir?

—¿La conoces? Sí, va a venir con su hijastra y se quedará en la ciudad toda la semana de festejos. El duque Hipólito no sólo va a honrarnos con la presencia de su hija sino también con la de su esposa...

Una salva de aplausos procedentes del patio distrajo al abad. Los dos monjes jardineros habían soltado las palas y se habían puesto a aplaudir al perrillo, que

avanzaba triunfalmente por el empedrado sosteniendo un palo con la boca y meneando las patas delanteras en el aire.

El hombre barbudo fue el primero en levantar la mirada. Acto seguido, los monjes corrieron a recoger sus palas. El abad se apartó de la ventana y le tendió una mano al hombre alto que tenía delante, quien se apresuró a apoyarse en el suelo sobre una rodilla y a besarle el anillo.

—He de despedirme de ti, Segismundo. Ha sido un placer volver a verte. Hace años, cuando fui tu maestro en París, no pensé que fuera a verte aquí de esta manera.

—Creo que lo que pensasteis fue que no volveríais a verme, ni en este mundo ni en el siguiente. —Segismundo le dedicó una sonrisa de oreja a oreja; el abad, casi con gravedad, le contestó con una inclinación de la cabeza.

—No voy a preguntarte cómo te libraste de la horca. Sólo espero que hayas buscado y recibido la absolución por la sangre que derramaste... Ve en paz. No voy a pedirte que evites derramar más, porque no soy tan poco realista como para pensar que me obedecerías. Sea como sea, espero que no te veas en la situación de tener que derramar sangre durante tu estancia en nuestra bella ciudad.

Segismundo hizo una reverencia y el abad se marchó. El deseo que acababa de expresar iba a resultar difícil de cumplir.

El augurio

—Me encantan las buenas bodas. —Benno, con la barba escandalosamente grasienta de restos de carne de cerdo, sonrió alegremente mientras avanzaban por la calle. La gente ya estaba formando grupos para asegurarse un lugar en el recorrido del cortejo nupcial. Casi todas las bodas de la nobleza son un acontecimiento popular y una buena excusa para organizar banquetes y jaranas; aquélla, sin embargo, la del príncipe Galeotto y la hija del duque Hipólito, Ariana, suponía, además, un motivo de verdadera satisfacción para los ciudadanos de Borgo. La alianza matrimonial iba a traducirse en una alianza con el estado vecino y en un impulso para el comercio de la ciudad.

También suponía un motivo de satisfacción el hecho de que Hipólito de Altamura no fuese el único que deseaba una alianza: todo el mundo sabía que el duque Vincenzo de Venosta había ofrecido a Galeotto la mano de su hija de ocho años. Todos los cotillas coincidían en que el príncipe había tomado una decisión muy juiciosa al preferir a Ariana. La hija del duque Hipólito tenía quince años de edad y nadie tenía herederos con niñas de ocho años a menos que quisiera esperar más tiempo del que se juzgaba prudente. El anterior matrimonio del príncipe no había sido fructífero; lo único que había sobrevivido a él eran tres hijas necesitadas de dote que difícilmente podían considerarse de provecho. Los principados que carecen de heredero se encuentran en una situación de vulnerabilidad que un príncipe no puede permitirse.

—¿Una buena boda? Pareces una vieja abuela, Benno. ¿No has visto ya bastantes bodas?

—Sólo dos —respondió Benno, ofendido—. Es decir, dos bodas reales. —Cogió a su perrillo y lo sostuvo debajo de la barba. El lanudo animal se puso inmediatamente a lamerla con gran entusiasmo—. A Biondello también le gustan las buenas bodas, ¿verdad? A ese príncipe Galeotto le ha salido bien la jugada, ¿no creéis? Al final ha conseguido a la hija del duque Hipólito, ni más ni menos... ¿Cómo es? ¿La habéis visto? —Benno se interrumpió con la barba limpia y una cierta sensación de inquietud. Tal vez se hubiera pasado de la raya. A su señor no le hacían mucha gracia las preguntas y, aunque a él no se le daban bien las matemáticas, estaba prácticamente seguro de que acababa de hacerle tres.

—Mmm, mmm. «Cómo es» es lo que se pregunta todo el mundo. Según parece, al menos se sabe que es pelirroja. —Segismundo señaló un arco que cruzaba la calle por la que estaban subiendo.

Se trataba de una construcción ingeniosa. Su armazón estaba cubierto de hiedra, boj, mirto y laurel entretejidos de tal manera que se diría que había decidido crecer a través de la calle espontáneamente. Sin embargo, lo más sobresaliente en él eran un par de figuras de madera atadas a cada lado del arco, la una frente a la otra. Eran de tamaño natural, por no decir de aspecto natural, y evidentemente quien las había hecho se había esforzado por lograr que se parecieran al príncipe y su novia. Las dos lucían sendas coronas de alambre dorado entrelazado con ramas de laurel y flores. La figura de la novia llevaba un vestido de muselina de la mejor calidad recamada con capullos de rosa. Al verlo, Benno pensó que seguramente ya habría sido reservado, no sin cierto desembolso, para adornar un cuerpo de carne y hueso en lugar de uno de madera una vez que la ceremonia nupcial hubiese acabado. La corona estaba cuidadosamente sujeta a una peluca de brillante seda roja de la que se habían sacado unos rizos que caían sobre los hombros de la figura como una nube. Aunque no sabían de qué tono era exactamente, los habitantes de Borgo estaban decididos a demostrarle a la princesa que sabían que tenía una preciosa cabellera roja.

Mientras Segismundo y Benno la miraban, la figura tembló como si estuviera viva; encima del arco había un hombre asegurando las cuerdas que sujetaban la figura en su sitio. Cuando hubo terminado, puso una guirnalda de flores sobre una de las manos extendidas y bajó a la calle lenta y cuidadosamente. La cara de madera, de ojos grandes y pintados de negro y boca pequeña y roja, pareció lanzar a través de la calle una mirada que fue a posarse en la cara de madera del príncipe.

En el caso de la figura que representaba a este último, los habitantes de Borgo estaban seguros de su fidelidad respecto del original. Su pelo, de seda bermeja, no era sino una pálida sombra del de la princesa, y sólo le llegaba hasta debajo de las orejas de madera. Tenía la cara ovalada, con unas proporciones que le conferían cierto aire a nabo, la nariz grande, los ojos pequeños y el labio inferior generoso. Tras observar la figura con detenimiento y expresión de perplejidad, Benno se volvió hacia Segismundo y susurró:

—Qué horror... No será así de feo, ¿verdad?

—Espera a verlo —obtuvo por respuesta tras oír un largo y despectivo murmullo. Benno pensó entonces que aquella efigie, incluso en el caso de que no hiciera justicia al verdadero físico del príncipe, era una prueba de que los habitantes de Borgo no le tenían tanto miedo a su soberano como para sentirse obligados a halagarlo sin motivo, lo cual podía significar dos cosas: que el príncipe tenía naturaleza bondadosa, o bien que era débil.

Las gentes de la ciudad habían contado con la conocida circunstancia de que el príncipe era miope, y confiaban en que sus cortesanos no se arriesgarían a hacerle una descripción fiel de la efigie.

Mientras Segismundo y Benno contemplaban su imagen, el príncipe Galeotto estaba vistiéndose. Lo que la naturaleza se lleva con una mano lo compensa con la otra. El accidente de su nacimiento le había dado la cara y el físico que tenía; y ni una

ni otra característica le habrían valido la admiración de sus prójimos si no hubiesen venido acompañadas por los otros «dones» con los que había nacido: el principado de Borgo y sus rebosantes arcas. Ciertamente, el príncipe no tenía tantas riquezas como el duque Hipólito, con cuya hija iba a contraer matrimonio, pero tenía las suficientes como para permitirse el lujo de llevar el gran número de rubíes, diamantes y zafiros que con tanto gusto adornaban el recamado de su jubón. Sobre su cabello bermejo, que empezaba a batirse en retirada como si estuviera asustado de las facciones que tenía debajo, llevaba un gran sombrero de terciopelo escarlata guarnecido de oro en barras que brillaba cada vez que volvía la cabeza de un lado a otro para juzgar su efecto en el espejo que un paje estaba sosteniéndole.

Se sentía satisfecho. Lo que veía no era su físico, sino su riqueza. En las manos apropiadas ésta podía durar toda una vida, algo que con el físico resultaba imposible. Al príncipe no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que su novia se sintiera decepcionada al verlo. La hija del duque Hipólito había recibido su retrato en el curso de las negociaciones para el matrimonio, y él, a su vez, había recibido el suyo. Si se exceptuaban las pecas, que habían sido borradas, el retrato de la novia era fiel a su imagen, al contrario que el del príncipe, que salía en el suyo con el aspecto que había tenido durante los últimos años de su adolescencia: con diez kilos y dos papadas menos y un abundante pelo bermejo, es decir, más parecido al ideal platónico de su persona que a la realidad. De todos modos, daba igual, pues las hijas de los duques tienen tanta libertad de elección como los mendigos. La señora Ariana se casaba con una persona opulenta y debería alegrarse de ello.

Un paje se acercó al príncipe con un cofre abierto lleno de joyas. Tras pensárselo un momento, Galeotto señaló un gran broche adornado con una perla colgante del tamaño de un huevo de codorniz. Un segundo paje lo cogió y se lo sujetó al sombrero. El peso de la joya formó en el terciopelo una bolsa que cayó encima de uno de sus ojos, a juego con las que había debajo. El príncipe sacó pecho y sonrió alegremente. Ya estaba preparado para ver a su novia.

Su novia también estaba preparada para verlo a él. La señora Ariana ya había entrado en la ciudad y había sido recibida junto con su madrastra en la Puerta del Príncipe por los ciudadanos más importantes de Borgo, cincuenta hombres ataviados con unas túnicas idénticas, de púrpura y escarlata, que les había proporcionado el príncipe. Una bandada de sombreros voló por los aires en un gesto simultáneo para el que había sido necesaria una larga preparación. Uno de los ciudadanos de mayor edad no alcanzó a coger el suyo y no pudo evitar que se le cayera al suelo, lo cual hizo que la sonrisa de la novia se congelase por un momento. Luego vinieron los habituales toques de trompeta y los discursos en latín que en teoría la nobleza tenía que entender y durante los cuales el pueblo llano aprovechó para mirar a la señora Ariana. Habían acertado en lo tocante a su cabello: era rojo, copioso y lo llevaba rizado para que pareciera más abundante («ensortijado» era la moda), y se alegraron de ver que, a pesar de las pecas que se adivinaban bajo el polvo de arroz con que se había

maquillado, era muy hermosa. La duquesa Violante también era muy bella, pero eso ya lo sabía todo el mundo. Las dos damas estaban resplandecientes ataviadas como iban con sus vestidos de brocado de plata y oro y la multitud parecía disfrutar con el espectáculo.

Tras las breves palabras de agradecimiento en latín de la señora Ariana y las más elocuentes de la duquesa, hubo otro toque de trompeta y entre los ruidosos vítores de la muchedumbre, las damas y los miembros de su séquito (ataviados con trajes de satén verde a juego) reanudaron majestuosamente la marcha a lomos de sendos palafrenes blancos rumbo al arco del que colgaban las efigies de la pareja de novios. Avanzando hacia ellas, con una calculada lentitud, y acompañado por una tropa de cortesanos engalanados de terciopelo marrón y cadenas de oro, cabalgaba el príncipe Galeotto, que forzaba sus pequeños ojos para obtener la primera imagen de su novia. ¿Se parecería, a diferencia de él, a su retrato?

Segismundo y Benno se habían hecho con un excelente lugar en el recorrido, gracias, por una parte, a que habían llegado temprano y, por otra, a la imponente presencia y constitución de Segismundo. Estaban justo al lado del arco de las figuras de los novios, que era donde la real pareja iba a encontrarse. Cuando llegaran sonaría un nuevo toque de trompeta, y dos grupos de trompetistas, situados cada uno a un lado del arco, aguardaban el gran momento con nerviosismo. Los instrumentos, adornados con un estandarte en el que se veía un escudo de Borgo en oro sobre escarlata, descansaban sobre sus caderas.

El príncipe también iba a pronunciar un discurso en latín, que sería corto, ya que a su escribiente le había resultado imposible conseguir que memorizara uno de cierta extensión. Los trompetistas tenían que intervenir justo antes de que le cogiera la mano a la novia y comenzase su alocución, y de nuevo cuando hubiera acabado y condujese su caballo al lado del de ella para cabalgar en su compañía en dirección al palacio. Como el príncipe Galeotto solía hablar entre clientes, los trompetistas, sin darse cuenta de lo agradecido que les estaría si lo hacían, tenían un miedo terrible de interrumpirlo.

En medio de los vítores de la multitud, las dos partes del desfile fueron acercándose lentamente al momento de la unión. Doce muchachas vestidas de seda blanca, escogidas en una brutal competición entre las hijas solteras de los hombres más ricos de la ciudad, se habían reunido al lado de la señora Ariana para cantarle las alabanzas y prometerle las bendiciones de Venus y Ceres mediante alusiones bellamente intercaladas al amor y la fertilidad. Ahora caminaban delante de los palafrenes, arrojando en torno a sí los pétalos de rosa que llevaban en unas canastas doradas. Cuando por fin llegaron al arco, dividieron filas y se detuvieron seis a cada lado, dejando sitio para que la pareja de novios pudiera colocarse debajo de sus imágenes. Encantado de que una bella muchacha hubiera retrocedido hasta pisarle los dedos de los pies impidiendo a Biondello que le lamiera el cuello, Benno pensó que si las muchachas no se hubieran apartado del camino probablemente habrían quedado

estrujadas entre los dos desfiles, lo cual difícilmente hubiese sido considerado un buen augurio para una boda.

Este augurio, sin embargo, no era nada en comparación con el que los novios estaban a punto de recibir.

El caballo del príncipe Galeotto, un magnífico ejemplar de color pardo que había sido escogido por su aspecto más que por su conducta, había empezado a ponerse nervioso a causa del ceremonioso paso al que estaban obligándolo a ir. Por otro lado, cada vez que sacudía la cabeza, las campanas y las borlas doradas que llevaba en la brida no hacían más que irritarlo. Él mozo que iba delante de él se vio repentinamente amenazado por sus dientes y se echó a un lado encogido de miedo. Como consecuencia, Galeotto tuvo que dejar de prestar atención a su novia para poder controlar a su caballo, con tan buena suerte que se perdió el ostensible gesto de decepción que hizo aquélla cuando se acercó a él. Segundos más tarde, todos los presentes dejaron de prestar atención a la novia.

La señora Ariana había llegado al arco antes de tiempo y, tal como estaba previsto, se había colocado debajo de su imagen. La muchedumbre se alegró de ver que no iban muy desencaminados en la elección del color de la peluca, puesto que no había mucha diferencia entre la roja seda de arriba y la roja melena de abajo. Incluso los rostros de ambas, ahora que la señora Ariana se había acordado de la diplomacia que le habían enseñado y su novio se encontraba cerca, resultaban prácticamente igual de inexpresivos. Los trompetistas levantaron sus instrumentos y aguardaron.

Segismundo, que se hallaba debajo del arco, fue la primera persona que oyó el ruido entre los gritos de la multitud: primero advirtió un golpe sordo y luego un crujido, cada vez más alto e hiriente. Cogió por los hombros a la muchacha vestida de seda blanca que tenía delante, la apartó y se lanzó hacia adelante. Sin embargo, ya era demasiado tarde.

Con un estrépito ensordecedor, la efigie de la señora Ariana se soltó del arco e intentó reunirse con su modelo, que se hallaba a lomos del palafrén. La señora Ariana, afortunadamente, acababa de levantar la mano para coger la guirnalda de flores que la exuberancia de su peinado había empezado a desnivelar. Su cambio de posición llevó al palafrén a dar obedientemente un paso al costado, de tal modo que la efigie sólo le dio un golpe oblicuo en las ancas y luego fue a caer ruidosamente al suelo, donde se hizo astillas y perdió los miembros. La peluca quedó extendida como si fuera un charco de sangre.

Después de la caída

Los gritos y alaridos de la muchedumbre se transformaron en un verdadero clamor. Las filas de delante, tras quedarse por un instante sin respiración, profirieron un chillido de espanto, en tanto que las de atrás, cuya vista había quedado tapada, gritaron nada más enterarse de lo ocurrido. Las personas que se encontraban debajo del arco alzaron la vista y retrocedieron formando una piña. Galeotto estaba forcejeando con su caballo, que se había encabritado y lanzaba coces a diestro y siniestro. Ahora no tenía tiempo para su novia.

No en balde la señora Ariana había aprendido a montar a la edad de tres años. Su palafrén había corcoveado y luego había girado bruscamente para buscar la manera de regresar al camino por el que había venido. Ella, sin embargo, había logrado controlarlo con la ayuda de un hombre que había surgido de entre la multitud para contribuir con su considerable fuerza a sujetar la brida.

Tras darle al caballo un par de tranquilizadores porrazos en la testuz mientras el animal temblaba, sudaba y piafaba, la señora Ariana miró al hombre de nariz aguileña, cabeza rapada y negra capa de velarte que la había ayudado y creyó ver a un ángel disfrazado. Con un susurro, le dio las gracias.

—¡Segismundo! —La duquesa Violante había recuperado el control de su caballo (que parecía estar convencido de que había llegado el fin del mundo) y se aproximaba a ellos. No se había asustado por lo ocurrido; en lugar de intimidarla, el peligro la enardecía. Sus llamativos ojos azules chispeaban y sus rubias trenzas, entrecruzadas con sargas de perlas, habían empezado a desprenderse de los lazos que las sujetaban. En sus labios se dibujaba una sonrisa de júbilo que tal vez fuese una expresión de alivio por la salvación de su hijastra. Segismundo, sin embargo, la conocía demasiado bien como para dejarse engallar por las apariencias. Aunque la duquesa Violante sabía disfrutar de la vida, no por ello retrocedía ante la muerte, ni siquiera viéndola de cerca. La esposa del duque Hipólito no era ni mucho menos la clase de mujer que se pone histérica ante una calamidad. Viendo la expresión de euforia que iluminaba su rostro, cabía pensar incluso que había sido ella quien había preparado todo aquel asunto convencida de que sería un espectáculo superior a cualquiera de los que pudieran ofrecer los habitantes de Borgo.

—Excelencia. Disculpadme...

En un hombre cuyo sustento depende de la nobleza no es muestra de buena educación desentenderse de una duquesa que le ha hecho el honor de reconocerlo. Segismundo, sin embargo, se escurrió apresuradamente entre los encabritados

caballos y las chillonas damas que ahora rodeaban a Ariana y volvió al arco, donde encontró a Benno en el momento en que, muy a su pesar, dejaba a una muchacha mareada al cuidado de una señora. Tras cogerla, su proximidad surtió el mismo efecto que las sales más potentes y la había hecho volver en sí en cuestión de segundos. Benno observó entonces cómo su señor trepaba al arco, del que ahora colgaba la solitaria figura del príncipe, y se perdía de vista entre las ramas y las hojas. La construcción empezó a temblar, ante lo cual la multitud prorrumpió en gritos y retrocedió alborotadamente.

En medio del camino marcado para el desfile, el príncipe Galeotto había logrado recuperar el control de su caballo y de la situación. Sabía que los malos augurios deben ser contrarrestados con una muestra de confianza. Avanzando, hizo una señal a los trompetistas, quienes, a excepción de uno al que se le había caído la trompeta al ver que la efigie se derrumbaba a su lado, se las ingenieron para dar un confuso toque con sus instrumentos. Galeotto cogió la mano de su novia y la besó sin ceremonias. ¡Al cuerno con los latines!

Su muestra de aplomo dio buenos resultados. La multitud rugió en señal de aprobación y le dedicó una atronadora salva de aplausos, cuyo fragor purgó a todos del desagradable susto que acababan de sufrir. Al fin y al cabo, todavía les quedaba por delante la boda, el banquete y la borrachera. Si la novia se hubiera roto la crisma como consecuencia, por decirlo de alguna manera, de su propia caída, todos se habrían quedado con un palmo de narices.

Las únicas personas entre la multitud que no se habían recuperado del susto eran los responsables de la decoración del arco. Por mucho que la caída de la figura pudiera interpretarse como el resultado de una decisión divina (algo que daría lugar a una gran cantidad de rumores), lo cierto era que el castigo que recibirían las personas que la habían sujetado sería el resultado de una decisión del príncipe. Como la horca sería considerada demasiado suave para los incompetentes que habían estado a punto de matar a su futura princesa, serían sus verdugos quienes se ocuparían de buscarles algo más acorde a su delito, o menos, dependiendo del punto de vista.

Al fin y al cabo, si Galeotto hubiera andado más listo, también podría haber acabado aplastado. Los habitantes de Borgo eran conscientes de que, si se hubieran quedado sin príncipe, no habrían tardado mucho tiempo en hacerse con un duque y pasar a ser venostanos.

Fuera como fuese, el espectáculo tenía que continuar. Una vez que se hubo calmado el alboroto y apartado precipitadamente de la vista la astillada dama de madera, los cincuenta ciudadanos vestidos de púrpura y escarlata se ajustaron las túnicas y los sombreros, dieron gracias a Dios para sus adentros, hicieron una señal con los dedos en el interior de sus mangas de terciopelo para conjurar la influencia del mal de ojo y reanudaron lentamente la marcha detrás del desfile. Las damas que acompañaban a la novia trataron de serenarse y en sus rostros apareció una afectada sonrisa de oreja a oreja. La novia, por su parte, que iba de un favorecedor blanco

verdoso, siguió adelante al lado de su poco agraciado novio. Aunque era tan supersticiosa como cabría esperar de una persona como ella, se trataba de una muchacha valerosa y decidida. Al recapacitar en el hecho de que la efigie se había caído casi en el instante mismo en que había visto al príncipe, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no echarse a reír. Tras examinar cuidadosamente su caballo en busca de alguna herida, los pajes que caminaban a su lado llegaron a la conclusión de que gracias a la protección de la gruesa seda y el cuero dorado de la gualdrapa que lo cubría el animal sólo había sufrido alguna que otra rozadura. El caballo, por su parte, también había reanudado la marcha, persuadido de que el cielo no volvería a venirse abajo aquel día.

Al lado de la duquesa Violante caminaba el hombre que había ayudado a la novia a recuperar el control de su montura. A excepción del trozo de camisa blanca bordada de negro que asomaba por el jubón, tanto éste como las botas y las calzas que llevaba eran de color negro. A la multitud no tardó en llamarle la atención el aspecto siniestro que tenía. Al ver su cabeza rasurada cualquiera habría podido pensar que se trataba de un sacerdote, aunque más que una tonsura lo que lucía era un corte de pelo integral. En realidad, tenía la inquietante traza de un hombre de acción, por lo que sólo cabía dos posibilidades: o la duquesa temía por su vida, lo cual no decía mucho en su favor hallándose como se hallaba en un estado vecino con el que su marido no iba a tardar en aliarse mediante lazos matrimoniales; o bien se había traído a su asesino privado con vistas a quitarle la vida a otra persona, algo que decía todavía menos en su favor. Sin embargo, cuando la duquesa se puso al lado derecho del príncipe, éste, cuya atención estaba naturalmente embargada por su novia, no se fijó en el singular paje que acompañaba a su invitada.

Una vez que hubieron llegado al palacio, que por su imponente aspecto, ahora disimulado gracias a los ondeantes estandartes de seda dorada de Borgo y Altamura, recordaba antes un castillo que un palacio, el príncipe Galeotto condujo a la señora Ariana por la amplia y curvada escalera, le dio a ella y a la duquesa la bienvenida formalmente (contento de no tener que hablar latín en esta ocasión), besó a su novia en la boca, arrancando una educada salva de aplausos de los cortesanos y dignatarios que se habían reunido, y la dejó al cuidado de sus damas. Éstas tenían que ocuparse de cambiarle de vestido y darle un repaso general después de la serie de desastres diversos que había sufrido aquella mañana, de los cuales el beso que le había dado el príncipe no era, en su opinión, el menor. Ojalá faltara alguna hora más para la noche, pensó. El siguiente, e inmediato, compromiso público al que tenía que asistir era la misa que iba a officiar el abad de Borgo, el príncipe y obispo Gioffré, en la iglesia de la abadía, misa que podría ser provechosamente dedicada a dar gracias a Dios por la piedad que había tenido con ella al salvarla del espantoso accidente que acababa de sufrir.

—¿Un accidente? —decía en aquel momento Segismundo respondiendo a la pregunta que le había hecho la duquesa Violante mientras trasponían el umbral de la

iglesia de la abadía—. No, excelencia, no ha sido un accidente.

Un intento de asesinato

—Ahora es el momento menos indicado, señora, para hablar de mala suerte.

El príncipe Galeotto, cuyo labio inferior le sobresalía más allá de donde la naturaleza dispone, miró fijamente, y con creciente disgusto, a su madrastra política. La duquesa Violante era bella, y Dios sabía que él valoraba la belleza en las mujeres. Además tenía carácter, algo que, en cantidades razonables, él siempre había admirado. Sin embargo, a él también le gustaba que las mujeres se mantuvieran en su lugar y evitaran meterse donde no les correspondía. Aquel no era el momento adecuado para lanzar rumores.

—No ha sido mala suerte, alteza. Preguntadle.

El príncipe Galeotto miró de soslayo al desconocido alto y vestido de negro que acababa de inclinarse cerca de su hombro. No tenía ninguna gana de perder el tiempo oyendo de boca de gente extraña cosas que prefería ignorar. Quería divertirse, primero con el banquete y luego con su novia. Bebió pausadamente de su copa de oro y después, sin la menor cordialidad, preguntó:

—¿Y bien?

—Alteza, las cuerdas que sujetaban la efigie que se ha caído estaban cortadas prácticamente del todo antes del accidente.

El príncipe Galeotto soltó un bufido escupiendo de paso algo de vino.

—Entonces ¿por qué no se ha caído antes?

—Había que darle un golpe para que acabara de romperse y la efigie se cayera. — El desconocido hablaba con voz profunda y tono de seguridad, y estaba ofreciéndole información sin hacer ningún esfuerzo por convencerlo de su veracidad. Lo que decía, sin embargo, era absurdo.

—¿Un golpe? ¿Y quién le ha dado un golpe? —El príncipe intentaba concentrarse en las alondras rebozadas con carne picada que su paje estaba sirviéndole por el otro lado de la mesa. Tenía que asegurarse de que el muchacho le servía la cantidad suficiente—. ¿Habéis visto a alguien dándoselo?

—No, alteza. Lo he oído.

Galeotto se giró en su silla para mirarlo.

—¿Qué lo habéis oído? ¿Acaso ha sido un hombre invisible quien lo ha dado?

El desconocido tenía una mirada desconcertante. Sus oscuros ojos permanecían inalterables.

—Probablemente lo han hecho con una honda, alteza. He oído el golpe antes de que la figura cayese.

Galeotto se metió una alondra en la boca y la estrujó con los dientes. Deliciosa. Alargó la mano para coger otra y le hizo un gesto al desconocido como si quisiera restarle importancia al asunto.

—Podéis haber oído cualquier cosa. Con todo ese ruido... Los hombres que colgaron la figura serán azotados y ahorcados. Ya he dado la orden. Ha sido un accidente, pero tendrán que pagar por su descuido, maldita sea... —Se volvió hacia su novia, que estaba ocupada tratando de decidirse entre las alondras y una empanada de carne de pollo con pasas y almendras, le ordenó a su paje que le sirviera ambos platos y le dio a ella una grasienta palmadita en la mano—. ¡Te aseguro que nada va a salir mal en este feliz día, querida!

El mayordomo del príncipe, que dirigía el banquete y se mantenía tan atento como siempre para satisfacer los deseos de su señor, puso su vara de punta de oro entre Segismundo y la silla de aquél. Era una señal difícil de malinterpretar. La duquesa Violante observó el gesto con ojos relampagueantes, pero enseguida hizo una señal con la cabeza a Segismundo como para decirle que esperara y se volvió hacia la mesa y las inquisitivas miradas de los invitados. Las granadas de oro y piedras preciosas de su vestido relucieron y la oscura sombra desapareció por detrás de ella. ¿Qué habría estado diciéndole su asesino privado, o guardaespaldas, al príncipe? ¿Le habría informado de algún servicio? A juzgar por la expresión de desagrado que el príncipe había puesto, lo más probable era que le hubiese comunicado el fracaso de alguna misión, aunque lo cierto era que no parecía un incompetente, o el culpable de un asesinato frustrado. Tenía aire de ser una persona segura de sí misma.

Los invitados no imaginaban lo cerca que estaban de la verdad y no volvieron a acordarse de aquel asunto en toda la velada. Los cocineros del príncipe se habían esmerado. No se había escatimado dinero ni esfuerzos. En la gran mesa se elevaba ante cada uno de los comensales una estatuilla dorada de varios centímetros de altura sobre cuyas manos extendidas reposaban ramos de flores perfumadas y trepaban frondosas hiedras. Se trataba de un símbolo de la fertilidad, algo particularmente acertado para una boda. A media voz y con fingida devoción, una dama hizo votos porque no se cayeran más estatuas; las damas que se encontraban a su lado la hicieron callar y rieron tontamente.

Pese a todo, las estatuillas suponían un estorbo cuando al finalizar un plato había que cambiar los manteles de damasco. En ningún lugar era aquel lujo tan necesario como en la mesa a la que estaba sentado el príncipe Galeotto, cuyo entusiástico aprecio por la comida lo había llevado a distribuirla generosamente en torno a su plato, sobre todo cuando decidía ofrecerle los manjares más exquisitos a su novia. La señora Ariana le gustaba cada vez más. No sólo su piel cremosa punteada de pecas y su roja cabellera la hacían tan apetecible como la comida, sino que además demostraba tener un excelente apetito. Lo que el príncipe nunca llegaría a saber era que Ariana había decidido comer y beber todo lo posible durante el banquete a fin de

que, con algo de suerte, pudiera pasar al menos una parte de la noche sumida en un estado letárgico con independencia de lo que pudiese estar ocurriendo en la cama. Además, era más fácil coger los pedazos de comida que le acercaba el príncipe clavados en las dos puntas de su tenedor que aguantar la proximidad de su babosa cara. Estaba claro que no se le requería dar conversación. Una novia debe ser modesta, sonreír poco y hablar menos. Así pues, cuando no tenía que soportar que el príncipe le llenara la boca de comida, bajaba la vista para fijarla en su plato o la levantaba para ver los actos organizados a fin de divertir a los invitados.

Estos eran, por supuesto, espectaculares, al igual que la comida. La persona encargada para prepararlos era un florentino, muy recomendado por el duque de Nemora, que parecía decidido a hacer honor a su fama. Tenía que organizar los festejos de al menos cuatro veladas, así como las diferentes diversiones que cabría esperar en tiempo de verano.

Aquella velada exigía una representación de gran virtuosismo. Y para empezar había que ofrecer, como siempre, algo deslumbrante. En honor a la novia, Venus hizo su aparición en un carruaje dorado, cubierto de guirnaldas y ubicuas hiedras y tirado por un unicornio cuyo dorado y ligeramente desequilibrado cuerno le daba un aire de despiste estrábico. Venus arrojó flores a la señora Ariana, no simples hierbas y hojas simbólicas, sino flores de verdad, de las caras. Siguiendo con los honores, debería haber llevado una peluca roja, pero tras la suerte que había corrido la efigie aquella mañana, se había tomado la urgente decisión de sustituirla por seda dorada, que resultara más discreta.

Combinando felizmente lo bíblico con lo clásico. Venus iba acompañada de las siete Virtudes. Éstas lucían unos finos velos de seda que a cada paso de baile flotaban de modo revelador, lo cual dio a pie a que se hicieran conjeturas acerca de lo que podrían haber llevado las siete Vicios y a que el príncipe se olvidara por un momento de su comida.

El florentino se había visto en un aprieto con las cornucopias que tenían que llevar unas jóvenes ataviadas con túnicas de seda adornadas con hojas de mirto. En un principio se había pensado en llenarlas con frutas diversas, que eran muy abundantes en aquella época del año, para luego derramarlas delante de la mesa principal. Durante los ensayos, sin embargo, las bailarinas habían protestado airadamente después de verse obligadas a sortear varias manzanas y peras que habían salido rodando peligrosamente entre sus pies y haber tropezado con melones y resbalado con uvas aplastadas. El florentino se lo pensó dos veces. Como barrer la «abundancia» causaría una impresión equivocada, las jóvenes avanzarían al son del arpa y la cítara sosteniendo en alto los cuernos dorados y, cuando llegaran a la mesa principal, las bajarían para derramar dulces, frutas confitadas y nueces en torno a los pies de las estatuillas doradas.

No todo es boato en las bodas: uno también espera encontrar en ellas algo de humor. El florentino sabía que podría considerarse afortunado si aquellos

complicados números llegaban a término sin que saltase la chispa de humor que él se había negado a darles y sin que la mitad de los comensales se murieran de risa a causa de alguna catástrofe de grandes proporciones. Cierta vez, en una ciudad-Estado donde nunca había vuelto a poner los pies, había organizado un espectáculo en el que participaban las jóvenes de las cornucopias. En un momento álgido del número había planeado que surgiese una llamarada de los cuernos, momento que arrancó la exclamación de asombro y la salva de aplausos del público que todo empresario busca. Sin embargo, una jovencita tuvo la ocurrencia de acercarse al cuerno de delante y ofender el olfato de los invitados con el hedor a seda quemada e, inmediatamente, con el hedor aún más desagradable a jovencita quemada. ¡Menudo alboroto! El florentino prefería ahora emplear a un trío de malabaristas, que por lo menos eran profesionales. Éstos fingirían al principio hacerse un lío con su número a fin de que el público les arrojara nueces y patas de pollo y luego utilizarían estos objetos en un hábil y vistoso intercambio que realizarían a gran velocidad y que cabía esperar que fuese premiado con monedas de oro. Los malabaristas saldrían con las caras pintadas y tocados con unas pelucas absurdamente despeinadas para no correr el peligro de que algún invitado se los tomara en serio. Para que no hubiese ninguna duda al respecto, llevarían unas campanillas cosidas a la ropa y uno de ellos sería un enano.

Otro enano, que había venido en el séquito de la duquesa Violante, observaba el espectáculo con ojo crítico. No tenía nada que objetar a las culadas, salvo que para hacer el trabajo como era debido uno tenía que caerse con dignidad. Si él los hubiera instruido, los malabaristas habrían conseguido el doble de las risas que estaban arrancando del público. Se encontraba entre dos sirvientes que había delante de un tapiz, cerca de una de las mesas laterales. En aquel momento lanzó una mirada de soslayo a la duquesa Violante y se alegró de ver que ella tampoco reía.

A decir verdad, tenía una expresión que él conocía muy bien. Estaba furiosa. Como acababa de llegar (había estado haciendo de las suyas en el camino de la cocina al salón), el enano ignoraba el motivo de su enfado. ¿Y si la boda de la señora Ariana no fuera en realidad de su entera satisfacción?

La duquesa estaba inquieta además de furiosa. Tal como había temido desde el principio, el príncipe Galeotto era un estúpido, o lo bastante estúpido como para no hacer caso de la advertencia que le había hecho un hombre que sabía de lo que estaba hablando. Si Segismundo creía que alguien había tenido la intención de cometer un asesinato con la efigie, la pregunta que debía hacerse era quién habría sido la víctima. Aunque Ariana era quien había estado a punto de recibir el impacto, ella, Violante, cabalgaba a su lado y el príncipe Galeotto se encontraba a sólo unos metros de distancia. Tenía que ser difícil acertar en un blanco dejando caer un objeto. ¿Habría fallado el asesino? Y lo que era aún más importante, ¿cuándo volvería a intentarlo?

Un cadáver

—¿Qué vestido, alteza?

Ariana miró con cara de dormida la selección de vestidos que le mostraban sus respetuosas damas de honor. Lo único que le agradaba aquella mañana era el título de «alteza». Dios sabía que se lo merecía. La noche anterior había pagado el primer plazo del precio que iba a costarle ser la princesa de Borgo. Al contrario de lo que había esperado, ni la borrachera de Galeotto había servido para atenuar las circunstancias ni la comilona la había sumido en un estado lo bastante letárgico como para no notar nada. Ese día iba a celebrarse otro banquete y Galeotto no iba a desaparecer como lo habían hecho las palomas del prestidigitador de la víspera.

Lo mejor sería ponerse el vestido rosa. El verde, aunque le sentaba mejor, le hacía pensar en cómo se sentía. Además, con el rosa podría llevar las mangas de brocado plateado con listas rosas, una de las cuales estaba adornadas con perlas, y el cinturón de perlas y rubíes intercalados, que era el regalo que le había hecho su marido. Aunque la caída de su efigie tal vez no hubiera sido un buen augurio para una parte de su matrimonio, la cantidad de regalos que había recibido hasta aquel momento era lo bastante grande como para hacerle valorar las ventajas materiales del enlace.

—¿Vais a llevar las pulseras del príncipe, alteza?

Vaya estúpida, pues claro que iba a llevarlas. Además, ahora eran las pulseras de la princesa. Galeotto se las había puesto en los brazos aquella mañana, balbuceando cumplidos y cubriéndola a continuación con sus asquerosos besos. Las pulseras eran una verdadera preciosidad: hojillas y zarcillos de oro entrelazados con flores de perla y zafiro adornadas con diamantes. Y tenían casi diez centímetros de ancho. Extendió los brazos con gesto autoritario y dos damas se apresuraron a ponérselas. Le había dado pena quitárselas unos minutos antes cuando la niñera le había dicho que tenía que lavarse. Quizá después de todo había sido un error insistir en que viniese la niñera con ella, por mucha ayuda que ésta pudiera prestarle.

—No creo que haya lugar en el mundo donde tengan unas pulseras como éstas.

—No sé qué deciros, alteza. Estoy segura de haber visto unas iguales en alguna parte no hace mucho. Me pregunto dónde sería...

La dama que parecía estar devanándose los sesos no era una de las damas de la princesa, quienes habían sido escogidas por el príncipe entre las grandes familias del estado para que la atendieran. A las que habían venido con ella ya las habían hecho sentirse fuera de lugar, si bien la mayoría iba a regresar a Altamura junto con la duquesa Violante en cuanto acabaran los festejos. No, aquella dama, que iba vestida

más elegantemente que la mayoría, había venido por su cuenta para felicitar a la novia y hacerle un regalo: casi diez metros de un precioso brocado azul. Ariana la miró fijamente.

—¿Iguales que éstas? —preguntó al tiempo que posaba la mirada en los relucientes diamantes y en los zarcillos de oro que rodeaban a los zafiros y los rubíes, y a continuación exclamó—: Oh, no. El diseño tiene que ser único.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo! —El rostro de la dama era razonablemente atractivo, pensó Ariana, para alguien que estaría a punto de cumplir los treinta años, si es que no los había cumplido ya. De pronto, se le iluminó y añadió—: Ya sé dónde las he visto..., era un par exactamente igual a éste.

Ariana se dio cuenta de que las damas de Borgo se miraban las unas a las otras y empezaban a alejarse distraídamente de aquella mujer, como si su presencia supusiera un peligro. Aquello era algo que la princesa no tenía por qué saber y que no agradecería que le dijeran. Por algo la habían educado en la corte.

—¿Y dónde las habéis visto? —Dijeran lo que le dijeran, se iban a enterar de quién era su princesa ahora.

—Bien, creo que... —La mujer estaba sacándole partido a la situación que había creado. Con un dedo apoyado sobre los labios, hacía esfuerzos por acordarse de algo que estaba decidida a contar de todas formas. Las damas habían formado una piña, en actitud defensiva, y la miraban con suspicacia, como distanciándose de ella. Todas lo sabían. De repente, la mujer sonrió y se volvió para mirarlas y acabar con el vacío que le habían hecho—. También estabais allí. En la villa Brunetta. La señora Zima llevaba un par de pulseras idénticas, ¿verdad?

La incertidumbre que asaltó a las damas vino acompañada por una repentina y total pérdida de memoria. Ariana comprendió que la señora Zima debía de tener un par de pulseras idénticas a las suyas, lo cual significaba sin lugar a dudas que existía una relación entre la señora que vivía en la villa Brunetta y el príncipe Galeotto. Su marido.

Era perfectamente natural que Galeotto se hubiera divertido con una o varias mujeres tras la muerte de su esposa y que hubiera continuado haciéndolo como pasatiempo. Sin embargo, aquello era diferente. La tal señora Zima había recibido el mismo regalo que su marido le había hecho a ella para su boda, lo cual significaba que debía de ser muy importante para él. Sólo se le ocurrían dos razones para ello: o el príncipe le había hecho el regalo para apaciguarla con motivo de la boda o bien ella le había exigido que se lo hiciera. Ariana se propuso averiguar cuál era el verdadero motivo. La sonriente y respetuosa mujer que tenía delante también deseaba que lo averiguara, por lo que fue a ella a quien dio la orden.

—Decidle a la señora Zima que venga hoy a verme. —Se interrumpió, pues comenzó a sentir el estómago revuelto. Empezaba a quejarse de la carga que había recibido la noche anterior durante el banquete... Sería un error ver a la tal Zima mientras no se sintiera mejor, más entonada, más bella—. Que espere hasta última

hora de la tarde. Encontraré algo de tiempo para verla y mandaré a alguien que vaya a buscarla. —Le dedicó una atractiva sonrisa y movió la mano para que se retirara. Ahora le hacía menos gracia que antes el resplandeciente movimiento de las pulseras en su brazo y reprimió un fuerte impulso de quitárselas. Las personas que la rodeaban y que no dejaban de mirarla no tendrían la satisfacción de comprobar cómo se sentía. Su marido tampoco, por el momento.

Galeotto, a quien nunca le costaba trabajo sentirse satisfecho consigo mismo, tuvo una razón añadida para felicitarle cuando fue a buscar a su esposa para llevarla a ver los espectáculos que el florentino había organizado para aquella mañana. Su princesa lo recibió con tales muestras de dulzura y agradecimiento que no pudo sino hincharse ante las damas de honor. Sin embargo, no se percató en absoluto del brillo que iluminó los ojos de su esposa cuando le comentó cuánto realzaban sus brazos las bellas pulseras. ¿Quién había dicho que las pelirrojas eran difíciles de tratar? Aquella muchacha era un sueño.

El sueño tenía pensado convertirse en pesadilla antes de que acabara el día y, de hecho, iba a salirse con la suya de una manera que ella no podía ni prever. Ahora, sin embargo, iba a ser presentada ante la corte en su nueva condición de esposa. Filas de cortesanos ataviados con vistosos trajes de brocado y seda aplaudieron, se inclinaron e hicieron reverencias como si fueran flores que oscilaran a merced de la brisa. El príncipe reaccionó con expresión radiante; la princesa sonrió modestamente. Había llegado el momento de seguir con la diversión.

Para la tarde se había organizado una cacería. La noticia de que la princesa se sentía fatigada fue recibida por los oficiales de categoría superior con miradas impasibles y por los sirvientes con risillas disimuladas cuando ya nadie podía oírlos. Amablemente, el príncipe no tuvo reparo en cancelar la partida. Al fin y al cabo hacía demasiado calor. Aquella consideración nunca había supuesto obstáculo alguno, como algunos habían podido comprobar en sus propias carnes, pero ahora el príncipe se mostraba naturalmente solícito con su esposa. La duquesa Violante, que era una atrevida cazadora, se sintió en un principio decepcionada, pero luego se acordó de la cantidad de situaciones que se dan a lo largo de una cacería para que se produzca un desgraciado accidente. De ahí que recibiera de buen grado la llegada de la pequeña orquesta de cítaras, laúdes y arpa que le había enviado el príncipe a fin de consolarla cuando todo el mundo se hubo retirado para descansar después de la abundante colación fría de mediodía. Le habría gustado hacerle unas preguntas a Segismundo, pero éste se había esfumado.

Era extraño que nadie hubiera visto a un hombre que llamaba tanto la atención como él, pero Violante pensó que al fin y al cabo se trataba de un profesional y que tal vez fuera otro profesional la persona que estaba buscando. Los hombres que habían colocado la efigie ya habían sido azotados y ahorcados y Galeotto quería olvidarse de aquel asunto. Ella no.

Segismundo no estaba buscando a nadie, sino disfrutando de un excelente

almuerzo en una casa de comidas de la ciudad en compañía de Benno. En los banquetes no hay lugar para los desconocidos, y los dos hombres estaban hambrientos. El guisado de conejo con canela y cebollas tal vez no sea un plato recomendable para un día caluroso, pero si se come a la sombra de una cubierta de juncos y se riega con un vino tinto de alta graduación está muy bien. Todos los bancos de la casa de comidas estaban ocupados por hombres que, en su mayoría, conversaban acerca de la boda y del impulso que ésta supondría para el comercio de la ciudad. Ninguno se mostraba inquieto por el augurio del día anterior. Al fin y al cabo, nadie había resultado muerto, ¿verdad? La ejecución de los incompetentes había tenido lugar al mediodía en la plaza central. Se rumoreaba que el gremio de carpinteros no estaba muy contento. Aquella noche iba a celebrarse una *fête champêtre* con baile y fuegos artificiales en los jardines del príncipe, en torno al lago. Se trataba de una recepción privada a la que sólo podían asistir los cortesanos; para los ciudadanos, se había dispuesto que la fuente de la plaza de la abadía, una opulenta circunvolución de mármol de tema alegórico, manara vino, y todo el mundo, incluso los rateros, esperaba pasárselo estupendamente. Benno se entristeció al enterarse de que ni él ni Segismundo podrían ir a la abadía, pero se consoló de inmediato cuando supo que asistirían a la fiesta del palacio.

—¿Entonces la duquesa quiere veros? —Sabía que seguramente su pregunta no obtendría respuesta. Sin embargo, su señor se encogió de hombros y dijo:

—Es posible. Antes de que acabe la noche.

Los jardines del palacio estaban divididos en dos niveles. Uno de ellos, una terraza organizada en parterres y sombreada por encinas, estaba limitado por un paseo con balaustrada provisto, por un lado al que se llegaba desde el palacio ya por la terraza ya por un cenador con forma de túnel, de un pequeño y elegante pabellón que daba a un arroyo que corría más abajo y desde el que se tenía una panorámica del lago. Una escalera conducía desde la terraza y el palacio mismo a los jardines de abajo, los cuales llevaban a su vez a la orilla del lago a través de tres grandes terrazas escalonadas de poca profundidad. Con aquel escenario a su disposición, el florentino había considerado la idea de escenificar un episodio de los libros artúricos, pero imaginó a la persona que tuviera que sumergirse en el lago y sacar a Excalibur de las aguas fallando en el momento justo (en el cual se habría dado un toque de trompetas en el bosque y la orilla del lago habría sido iluminada con antorchas) y blandiendo la espada sin la necesaria firmeza. Una espada temblorosa, al igual que una efigie que se cae al suelo, no es algo que inspire mucha confianza.

El florentino había optado por un baile de moros con antorchas. Luego, Diana, vestida con una túnica de seda blanca que brillaría a la luz de la luna y tendría un tamaño tan reducido como interesante, y provista de una media luna plateada en el pelo y un arco plateado en la mano, apuntaría con una flecha invisible a una cierva que estaría encerrada en una jaula hasta el momento en que, obedeciendo a una señal convenida, fuese puesta en libertad. El florentino sabía perfectamente que de la cierva

no cabía esperar otra cosa que no fuera ahuyentar a las damas, echar a perder uno a dos parterres y escaparse por el bosque. Quedaría muy bien si, presa del miedo, se arrojase al lago, pero tenía pocas esperanzas de que aquello llegara a ocurrir. A continuación un cervato, manso, gracias a Dios, y enguinaldado con flores sería conducido a la presencia de la princesa mientras un cantante, prudentemente escondido detrás de los cipreses, ya que lo único que tenía de bueno era la voz, anunciaría que el animal había acudido a entregarse a la encarnación de la diosa de la belleza.

No cabe duda de que todo aquello habría ido de maravilla si no hubiese sido porque la princesa había anunciado que tenía que descansar un poco más. Vería el baile de las damas desde el pabellón, en el que había un banco que se extendía por dos de los laterales y una espaldera cubierta de madreselva y jazmín. ¿Cabía imaginar lugar más encantador que aquél para que una princesa descansase y viera un baile?

La señora Leonora no sólo había tenido la amabilidad de informar a Ariana acerca del regalo sino que, además, le había dado a entender que el príncipe había ordenado que se construyera el pabellón con vistas a disfrutar de él con la señora de las pulseras en lugar de con su futura esposa.

Aquel pabellón era el lugar donde, cómodamente sentada en uno de los bancos entre cojines de seda, Ariana iba a recibir a la señora Zima.

Cuando, una hora más tarde, la princesa aún no había aparecido en los jardines para honrar la fiesta con su presencia, bailar con su marido y recibir al cervato que iba a ofrendarle Diana, la duquesa Violante dijo a sus damas que consideraba su deber recordarle a su hijastra cuáles eran sus obligaciones. La cancelación de la partida de caza ya había sido suficiente. En un momento dado de la noche habían visto entrar a Galeotto en el pabellón, tal vez para reconvenir a su esposa por su excesiva reserva, por cuanto habían oídos voces a pesar de la música que inundaba el jardín.

—Este comportamiento es inaceptable y dice muy poco en favor de Altamura.

—Y de la educación que ha recibido. —La mujer entrada en años que había dicho aquello, una sarcástica altamurana que había trabado amistad con Violante, prosiguió —: ¿Quién no ha sufrido la brusquedad de una noche de bodas?

Violante disimuló una sonrisa cuando sus miradas se encontraron.

—Voy a enviar un mensaje a nuestra princesa.

La señora Leonora era la que se encontraba más cerca de la escalera que conducía al pabellón y tenía la categoría suficiente como para llevar el mensaje de una duquesa a una princesa. Violante le hizo una señal de que se acercara.

Cuando regresó del pabellón, la señora Leonora estaba sola. Cruzó rápidamente el césped en que se encontraban las bailarinas e hizo una reverencia a Violante. Su rostro reflejaba ansiedad.

—Excelencia, su alteza está dormida.

—Despertadla entonces.

—Lo he intentado, excelencia —contestó la mujer con una voz de pánico apenas contenido—. No puedo despertarla.

Con gran susurro de sedas, la duquesa Violante se levantó e hizo una señal a su amiga. Las bailarinas se hicieron a un lado cuando las dos mujeres echaron a andar en dirección al pabellón. Mientras subían por la escalera, la duquesa le dijo a su compañera en voz baja:

—La muchacha es capaz de fingir cualquier cosa con tal de evitar hacer algo que no le apetece.

Sin embargo, no parecía que estuviera fingiendo. La muchacha estaba tan profundamente dormida que no se despertó ni cuando Violante la tocó, ni cuando le habló al oído y la meneó. Tumbada como estaba, se movió para apartarse un poco de ellas y apoyarse sobre unos cojines que había colocados contra la espaldera de detrás del banco.

—¿No se habrá tomado un somnífero la niña estúpida? —dijo la duquesa.

—Quizá ha vuelto a pasarse con el vino. —La señora Clea señaló unas copas de cristal que había sobre una mesita cercana.

Violante cogió a Ariana para darle media vuelta y las dos mujeres vieron su rostro.

—En serio, este no es el momento más adecuado para faltarle el respeto a su excelencia...

La muchacha, como tantas otras veces, había sacado la lengua a su madrastra. Sin embargo, en aquella ocasión había algo más: tenía los ojos fuera de las órbitas, y cuando la luz de la luna cayó sobre ella, unas manchas oscuras, más oscuras que las pecas, aparecieron por toda su cara. Estaba claro que lo que la duquesa sostenía en sus brazos era un cadáver.

«Fuegos artificiales»

El pabellón se llenó de gritos. La música desafinó por un instante y cesó con un chirrido. Las bailarinas se quedaron heladas por una fracción de segundo. Los miembros de la orquesta, atrapados en su pequeña tribuna, se inclinaron tratando de averiguar qué pasaba, pero sólo vieron a las bailarinas, que se recogían las faldas y echaban a correr siguiendo a los hombres.

Lo que se encontraron en el pabellón fue a la señora Clea, que era la responsable de los gritos, y a la duquesa Violante con las manos en la cabeza, los ojos clavados en la penumbra y rígida como si hubiera visto a una Gorgona. De la princesa no había ni rastro.

Algunos se inclinaron para observar el lugar en que la duquesa tenía fija la mirada. La princesa estaba tumbada en el suelo abierta de brazos y piernas a media altura de la cuesta que llevaba al arroyo, como si fuera una muñeca rota. Mientras unas personas sofocaban un grito y se quedaban mirando, otras echaron a correr por la escalera y saltaron un pequeño muro para llegar a donde se encontraba la princesa. Alguien sacudió a la señora Clea para que dejara de gritar.

—¡Terrible! ¡Ha sido terrible! Su excelencia ha tirado..., la ha dejado caer... ¡Se ha tirado por el borde! ¡Mirad qué cara se le ha quedado!

Al principio nadie pensó que la princesa hubiera sufrido algo más grave que una caída. Algunas de las personas que la habían visto la noche anterior en el transcurso del banquete y aquel mediodía durante la comida pensaron que se habría emborrachado.

La princesa había caído boca abajo. Aparte del gran alboroto que acompañó al esfuerzo que supuso levantarla sin hacerle daño, se oyeron un sinnúmero de consejos, contradicciones, voces que pedían un colchón o una litera y referencias a la posibilidad de que se hubiera lastimado la cabeza. Cuando finalmente lograron levantarla, los cortesanos se dieron cuenta de que estaba ayudándolos e incluso dirigiéndolos un hombre vestido de negro cuya cabeza rapada brillaba a la luz de la luna.

Mientras subían por la cuesta, los cortesanos se vieron iluminados por las antorchas que empuñaban las personas que aguardaban arriba. Uno de ellos vio la cara de la princesa y soltó un grito; otro la tapó con un pañuelo. Algunos recordaron en silencio los gritos de la señora Clea y a pesar de su desdén masculino tuvieron que admitir que habían estado justificados.

En aquel momento se oyó la voz del príncipe Galeotto en la terraza, que pedía a

gritos que le dijeran qué había pasado. Cuando los integrantes de la ahora silenciosa procesión llegaron al pequeño muro, resbalaron sobre el seco y desigual césped de tal suerte que pareció que el cuerpo se ponía a forcejear en sus brazos. Entonces uno de ellos cayó por el ribazo y tuvo que soltar a la princesa, lo cual llevó al hombre vestido de negro a tomar en sus manos la carga. De un par de zancadas pasó por encima del pequeño muro y llevó a la princesa al pie del pequeño tramo de escaleras que conducía al pabellón. El príncipe estaba aguardándolos.

A la luz de las antorchas, Galeotto parecía un niño pequeño enfurruñado. Por debajo del sombrero le asomaban varios mechones de pelo, tenía los labios apretados y le temblaban las papadas. Era un niño pequeño que se había enfadado porque acababan de decirle que se había estropeado su juguete; sólo unas pocas personas sabían en aquel momento que el bonito juguete se había roto definitivamente.

—¿Se ha hecho daño? ¿Cómo se ha caído? —Galeotto observó la cara, que había quedado repentinamente iluminada por el movimiento de una antorcha. Ya no estaba tapada por el pañuelo. El príncipe retrocedió con tal rapidez que le pisó el pie a una persona que tenía detrás—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Está muerta!

Su esposa pareció confirmar sus palabras con un balanceo de cabeza cuando varios nobles de alto rango trataron de aliviar al desconocido de su carga. De ese modo éste pudo apartar con una mano el collar de perlas que llevaba Ariana y descubrir otro collar, oscuro a la luz de la antorcha y tan apretado que casi ni se veía a causa de la piel que se había inflamado alrededor.

—La han estrangulado, alteza. A la princesa la han estrangulado. —En el silencio que siguió al grito de Galeotto se volvió a oír aquella voz, profunda y sosegada, describiendo lo ocurrido. La noticia se difundió entre susurros. Alguien gritó y una mujer comenzó a dar los alaridos propios de un ataque de histeria.

—¿Que la han estrangulado? ¿Quién ha podido estrangularla? —balbució Galeotto presa del asombro y la consternación. Como si quisiera ponerse la cabeza en su sitio, alzó la mano para ajustarse el sombrero, que se le había torcido con las prisas al correr por el jardín; sin embargo, pensando en quién tenía delante, decidió quitárselo. A continuación soltó la pregunta que no podía quitarse de la cabeza—: ¿Quién ha podido tener el atrevimiento de matar a mi esposa?

Benno, que se encontraba, como es natural, en la piña de sirvientes que se habían acercado junto con las personas de mayor categoría a aquel foco de espantos, oyó el confuso grito y pensó: «No veo a nadie que tenga intención de reivindicar tal honor. Pobre señora, desde luego ha tenido muy mala suerte. Primero el príncipe y ahora esto. Parece que la caída de su efigie ha acabado siendo realmente un mal augurio. De todas formas, Segismundo ya dijo que no había sido un accidente».

En aquel momento, Galeotto reconoció la cabeza rapada y se acordó igualmente de lo que le había dicho.

—¡Fuisteis vos quien me avisó! ¿Sabéis quién ha hecho esto?

—Es posible que pueda averiguarlo, alteza.

Galeotto se aferró al aire de confianza que transmitía la voz de aquel hombre y dijo:

—Seréis recompensado. Oro. Joyas. Lo que queráis. —El príncipe hizo entonces un gesto de rechazo hacia el cadáver de su antigua esposa. Ahora debía de parecerle repugnante mirarla—. Que las mujeres se ocupen... Ya harán ellas lo que... Venid conmigo. Hablemos de... —La oscilante luz de las antorchas se reflejaba en su rostro cubierto de sudor. Tal vez se le hubiera pasado por la cabeza que con la muerte de su esposa también había llegado a su fin la alianza con Altamura y que el poderoso padre de Ariana probablemente (o seguramente) lo haría responsable del asesinato.

Cuando Segismundo hubo entregado el cadáver de la princesa a las mujeres para que éstas lo llevaran al palacio, Galeotto apoyó una mano gorda, blanca y ensortijada sobre su brazo y dijo:

—Venid. Hemos de hablar en privado.

—Vuestra alteza es cazador y sabrá que un rastro es más fácil de seguir cuando es reciente. ¿Me permitís que os informe más tarde?

La mano se cerró en torno al brazo de Segismundo.

—Encontradlo. Encontradlo —dijo acercando su brillante cara a la del hombre de negro y dejando escapar una vaharada de vino. Segismundo hizo una reverencia y desapareció entre la multitud.

Benno, perdido en medio de la confusión y las sombras, fue zarandeado por las oleadas de personas que se movían por los jardines. La guardia del príncipe estaba intentando infructuosamente impedir a toda la corte y a los invitados que pisotearan los cuidados setos de lavanda y orégano que rodeaban los parterres. La cierva de Diana, que esperaba a que la soltaran, partió las barras de su jaula de mimbre asustada por los gritos y, contribuyendo a la destrucción de los jardines de abajo, corrió en busca de la libertad en dirección a la orilla del lago. Una vez allí, hizo sin que nadie le viese lo que el florentino jamás hubiera esperado de ella: nadar espectacularmente hasta la orilla opuesta.

El tropel de gente de la terraza había puesto rumbo al palacio, ya que allí era donde habían llevado a la princesa y donde se esperaba que se dieran las próximas noticias y el subsiguiente chismorreó. Guareciéndose en las esquinas, evitando alejarse de los lugares más oscuros y finalmente regresando por el gran cenador en forma de túnel que conducía del palacio al pabellón, Benno logró llegar al lugar donde suponía que estaría su señor.

El pabellón seguía iluminado gracias a una llama que ardía en una lámpara de tracería de hierro forjado que colgaba de una de las «ventanas» y llenaba el aire con el cálido olor del aceite de oliva. La sombra de Segismundo caía, grande y temblorosa, sobre el follaje y la tracería pintada del techo. En el ambiente flotaba el olor a jazmín proveniente de la planta que la princesa había aplastado al caer.

Benno miró en torno con una mezcla de curiosidad y vigilancia y en el momento en que se disponía a recoger un cojín de brocado dorado de las baldosas, oyó la voz

de Segismundo.

—No muevas nada. No tardarán en hacerlo otras personas. Disponemos de poco tiempo. —Se había apoyado sobre una rodilla, al lado de una mesita que había cerca del banco en el que, a juzgar por las arrugas de la cubierta de terciopelo y el desorden de los cojines de brocado que había encima de él, había estado tumbada la princesa. Sobre la taracea de la mesa había dos finos vasos de cristal de color violeta y rosa con pie en forma de espiral. Segismundo metió un dedo en uno de ellos, que estaba lleno de un líquido que no era vino, sino algo turbio y con olor a hierbas, y luego se lo llevó a la boca. De pronto se irguió y escupió sobre el borde de la espaldera.

—¿Es veneno? —preguntó Benno, alarmado. Había oído decir que en el caso de ciertos venenos bastaba probar una muestra para morir.

—Mmm, mmm. Quien haya bebido esto habrá vomitado lo suficiente como para purgarse el estómago de cualquier veneno. —Segismundo olió el líquido y lo removió—. Sin embargo, contiene hierbas digestivas. Es una contradicción.

Benno se rascó la tripa y observó cómo el contenido del líquido empezaba a sedimentarse.

—Si lo ha bebido, ¿no lo habrá escupido al igual que vos?

Segismundo había cogido el otro vaso y estaba oliendo los posos que contenía, que parecían ser de vino.

—Si hubiera pedido un digestivo, habría torcido la cara y se lo habría tragado. La gente siempre espera que las medicinas sepan mal.

Benno sabía que así era. En el pasado lo habían obligado a tragarse, muy a su pesar, remedios tales como ratones fritos. Incluso las princesas tenían que soportar aquella clase de cosas si querían sentirse mejor. Tal vez la razón por la que los remedios hacían que uno se sintiese mejor fuese que después de tomarlos decidía que jamás volvería a tener necesidad de ellos.

—Es cierto. Además se lo habrá tragado rápidamente para no tener que notar el gusto. De todos modos, ¿no le habrán entrado ganas de vomitar después de todo lo que comió ayer noche?

Su señor no le contestó. Estaba probando los posos del vino. Benno avanzó, y se puso entre él y la espaldera. Segismundo se limitó esta vez a sacudir la cabeza.

—Eh, ¿pero qué tenemos aquí? Un somnífero. Y, al parecer, este sí que se lo ha bebido.

Benno lo miró con los ojos desorbitados.

—¿Por qué habría de quedarse dormida y perderse toda la fiesta? ¿No se había organizado toda clase de espectáculos, como fuegos artificiales y mascaradas? Además, ¿no se enfadaría un poquito el príncipe si no saliera a participar en ellos?

Segismundo estaba mirando las aguas del lago, sobre cuyas ondas rielaba la plateada luz, mientras se acariciaba el labio superior con el dedo índice en actitud pensativa. Cuál no sería la sorpresa de Benno cuando, de pronto, saltó sobre el pequeño muro de la espaldera y desapareció de vista. Biondello, que había estado

olisqueando todo lo que tenía a su alcance con la misma diligencia que había mostrado Segismundo al oler los vasos, soltó, excepcionalmente, un ladrido y salió de inmediato detrás de él. Benno se abalanzó sobre la espaldera pero sólo para asomarse por encima de ella.

Segismundo estaba bajando por la pendiente mirando fijamente al suelo. Benno pensó que tal vez algunas de las joyas de la princesa habían desaparecido y el príncipe quería recuperarlas. Ya es bastante desgracia perder a la esposa como para perder, además, las joyas de la familia. Mientras observaba fascinado cómo avanzaba su señor y se tranquilizaba al ver que Biondello no se había hecho daño, dio un respingo al sentir que una mano caía pesadamente sobre uno de sus hombros.

—No tan rápido, bribón —oyó mientras lo apartaban a rastras de la espaldera—. ¿Qué estás haciendo aquí? —El tono de voz convertía la pregunta en una formalidad. El desconocido sabía que la respuesta era «robar». Las copas, que eran venecianas y valían una buena cantidad de ducados, eran la clase de objetos que un ladrón se llevaría. Sin embargo, el desconocido no se detuvo a preguntar por qué estaban todavía sobre la mesa. Benno fue finalmente a parar de un empujón y medio asfixiado a manos de un segundo sirviente, que se apresuró a cogerlo del cuello del jubón.

—Maldito ladrón. Pagarás por esto con la horca. —El maestro di casa lo empujó con desprecio a un lado mientras el segundo hombre le inmovilizaba los brazos—. Sácalo de aquí. —El maestro di casa había ido al pabellón a supervisar cómo se llevaban las cubiertas de seda, los cojines de brocado, la mesa taraceada y los vasos venecianos. Lo había retrasado el alboroto que se había armado en el palacio y ahora estaba tan enfadado como cabía esperar dada su situación. Al fin y al cabo él era el responsable de aquellos valiosos objetos y había estado a punto de llegar tarde para recogerlos.

Benno no intentó excusarse o dar una explicación. La experiencia le había enseñado que su aspecto, por sí solo, era obstáculo suficiente para que nadie creyera en su palabra. Tampoco mencionó a Segismundo, por si acaso éste no deseaba que se le mencionara, aunque no creía seriamente que fueran a llevarlo a la horca, ya que su confianza en su señor era absoluta.

Además, era evidente que el hecho de detenerlo estaba resultando una verdadera carga para el maestro di casa, por cuanto necesitaba a sus dos sirvientes para transportar la mesa y los cojines nuevamente al palacio mientras él, con actitud reverente, se ocupaba de llevar las copas, que había cogido y vuelto a poner en su sitio. Benno no hacía más que molestarlos. ¿Cómo iba a decirle a un sirviente que cogiera al ladrón? Eso significaba que él tendría que ayudar al otro. ¡Qué indignidad! Por otra parte, ¿quién se encargaría de las copas? Llamar a un guardia de palacio llevaría tiempo y, además, había que tener en cuenta la gran inconveniencia que suponía que los invitados no estuvieran en el jardín, que era donde les correspondía estar, sino en todas partes... Miró en torno y, con idea de poder identificar al ladrón en caso de que lograra escapar, cogió la lámpara y la acercó a la cara de éste para

iluminársela.

En aquel preciso instante, la pequeña isla, cuya boscosa y sombría silueta había permanecido envuelta en las sombras cerca de la orilla opuesta del lago, se transformó en una explosión de luz y ruido. Un sinfín de cohetes se elevaron hacia el cielo, acompañados de deslumbrantes relámpagos de colores y pequeñas detonaciones parecidas a las que haría una serie de cañones pequeños al abrir fuego.

Los hombres que se hallaban escondidos en la isla habían sido transportados en barca horas antes junto con el equipo y las instrucciones sobre su tarea. Tenían que dar el remate a los espectáculos, un remate brillante que asombraría a la nueva princesa. Todo parecía indicar que habían recibido por fin la señal convenida para dar inicio a los fuegos artificiales.

¿Su propia víctima?

Asombrado, Benno se había vuelto al igual que los demás al ver cómo los fuegos artificiales iluminaban el cielo y teñían el pabellón y sus ocupantes de oro, rojo y verde. Sin embargo, sabía aprovechar una oportunidad cuando se le presentaba. En cuanto advirtió que la presión sobre el cuello de su jubón disminuía, se agachó y echó a correr esquivando al maestro, quien cayó hacia adelante, de tal suerte que la lámpara salió volando por la espaldera, quemó unas hojas a su paso y fue a extinguirse en el arroyo tras producir una pequeña hoguera flotante. Benno bajó a toda prisa por las escaleras y desapareció entre las sombras, donde no se extrañó de encontrar una sombra más grande y oscura que las demás, la cual le lanzó un temblequeante y silencioso perrillo lanudo al pecho.

Segismundo se dirigió hacia el cenador en forma de túnel, acaso el único camino a salvo de la errática iluminación de los fuegos artificiales. Benno, lanzando rápidamente una mirada a lo que estaba perdiéndose (era un enamorado de los fuegos artificiales), se metió a Biondello en el interior del jubón y echó a correr detrás de su señor.

Atrás habían dejado a los sirvientes, que habían recogido sin la ayuda de la lámpara las copas, la mesa, la cubierta de seda y el montón de cojines y estaban llevándolos al palacio por las terrazas del jardín iluminados por los precarios destellos que surgían de la isla. Mientras uno de ellos se había quedado hechizado con los fuegos y andaba de lado tropezando con todos los setos que había en el jardín, el otro pensaba que alguien capaz de estrangular a una princesa no dudaría en lanzarse sobre su garganta de plebeyo. El maestro se alegró de llegar al palacio con las copas intactas, pues se le había pasado por la cabeza que la persona que había estrangulado a la princesa tal vez fuera un vulgar ladrón. ¿Y si el repugnante bicho que acababa de escapar se hubiera colado en el pabellón y, tras despertar a la princesa, la hubiese estrangulado para acallarla? Tal vez ahora, en cuanto cesara aquel jaleo, volviera sigilosamente al lugar del crimen para llevar a cabo su robo. Había demasiadas sombras en los jardines. En cualquier momento aquel gañán podía saltar desde atrás de los cipreses y arrebatarse sus frágiles joyas, sin pensar siquiera que podía agrietarlas o incluso hacerlas añicos. El vistazo que el maestro había logrado echarle a Benno no lo había convencido de que tuviera la costumbre de pensar mucho.

Ignorando que estaban calumniándolo, trotando apresuradamente por el cenador en forma de túnel, iluminado por los tentadores destellos de los fuegos artificiales al

pasar por debajo de los arcos cubiertos de hojas, Benno recorrió el camino que lo separaba del palacio. Había llegado pisándole los talones a Segismundo y bastante antes que el maestro di casa, los sirvientes y su cargamento. Los guardias de palacio no les impidieron pasar, ya que todo el mundo había estado presente cuando el príncipe había apoyado la mano sobre el brazo del desconocido vestido de negro y le había pedido encarecidamente que encontrara al asesino. Si bien la aparición de Benno les hizo concebir esperanzas de que ya había cumplido el encargo, enseguida recordaron que los asesinos rara vez siguen por voluntad propia a quienes los capturan. Benno obtuvo permiso para seguir a su señor tras recibir un simple golpe en el pecho a causa de la cara de bobo que tenía, golpe que le valió al guardia que se lo había dado un inexplicable mordisco en el dedo. Biondello aún no se había recuperado de la impresión que le habían causado los fuegos artificiales.

Sin embargo, Benno no obtuvo permiso para entrar en los aposentos de la princesa, lo cual no le sorprendió, y se quedó mirando cómo los guardias dejaban pasar a Segismundo. El príncipe había acudido a ver cómo amortajaban a su esposa. Cuando todo estuviera preparado, la llevarían a la capilla privada para la celebración de la misa de réquiem.

Segismundo aguardó con la cabeza ligeramente inclinada en señal de respeto, mientras el príncipe Galeotto, que estaba arrodillado al lado de la cama de la princesa, gemía y lloraba espasmódicamente. Al pie del lecho había dos médicos, reconocibles por los sombreros y túnicas que llevaban, con cara de sabios e incapaces de hacer absolutamente nada. Nadie ha descubierto todavía un remedio para el estrangulamiento.

Mucho más útil en aquel momento resultaba el abad, que estaba arrodillado delante del príncipe rezando en silencio con las manos juntas. La duquesa Violante se había arrodillado más atrás, entre las sombras, donde rezaba con las manos unidas delante de la cara. La señora Leonora, elegantemente vestida de luto, y una mujer que no dejaba de llorar e iba ataviada con un delantal bordado y un vestido de algodón que la distinguían como una sirvienta de categoría superior estaban arrodilladas todavía más atrás.

No había habido manera de mejorar sustancialmente el aspecto de la princesa. Su roja melena, suelta como correspondía tratándose de una recién casada, estaba extendida sobre las almohadas de satén. El collar de perlas había sido colocado de manera tal que ocultaba la línea que cruzaba su garganta. Aunque le habían cambiado el vestido de cuentas de oro, que estaba cubierto de señales que revelaban la causa de su muerte, por uno de terciopelo azul marino adornado con bandas de lamé de plata, nada podía ocultar las manchas de color púrpura que moteaban su blanca piel. Sus hinchados ojos se mantenían cerrados gracias al par de monedas que les habían puesto encima y la lengua perdió la rigidez que en un principio había impedido que volvieran a metérsela en la boca, aunque, pese a la cinta que le habían puesto en torno a la mandíbula, la punta seguía siendo visible, como si la princesa esperase que le

dieran un confite. Allí, sobre un colchón de lana chipriota, sobre una cama de madera de ciprés con paneles de nogal y el escudo de armas de Borgo dorado sobre tafetán escarlata, yacía la muchacha que había hecho que el príncipe de Borgo enviudase por segunda vez con una rapidez inesperada.

Nadie había aseado al príncipe. Había dejado el sombrero en el suelo, al lado de sus guantes de seda, y tenía el pelo revuelto, de forma que el sonrosado cuero cabelludo era visible entre los bermejos cabellos. La piel que llevaba al cuello estaba apelmazada, como si el armiño que la había donado no hubiera disfrutado de muy buena salud. Incluso las mangas de terciopelo, adornadas con bandas de lamé de oro y botones de ónix, parecían, para alguien observador como Segismundo, caídas y harapientas.

—Alteza.

La palabra, pese a haber sido proferida en una voz queda y sosegada, se abrió paso entre los sollozos de la sirvienta, las oraciones del abad e incluso los sordos gemidos del príncipe. Galeotto se volvió y se apresuró a ponerse de pie apoyándose pesadamente sobre la cama.

—¿Tenéis alguna noticia? ¿Lo habéis cogido? Ordenaré que lo descuarticen, que lo desuellen vivo, que lo quemem en la hoguera... —Enardecido por aquel plan, dio un traspie y se agarró a una cortina. Saltaba a la vista que había ahogado sus penas con esmero—. ¡Amada mía! —Se lanzó tambaleándose sobre la princesa y tras tropezar con la plataforma de la cama, fue a derrumbarse sobre la difunta, cuyo cuerpo dio un respingo a modo de respuesta. Aprovechando que estaba encima de ella, le cogió las manos, que tenía cruzadas sobre el pecho, y se las besó fervorosamente, quitándole de paso los guantes de terciopelo. En sus muñecas apareció entonces su regalo de bodas, las pulseras que nadie había considerado conveniente quitarle. Aquello lo llenó nuevamente de pesar, por lo que dio renovadas fuerzas a sus alaridos, hasta el punto de que el abad tuvo que reconvenirle: la energía que estaba demostrando debería dedicarla a las oraciones. Las personas que mueren tan repentinamente están muy necesitadas de oraciones.

Las mujeres se mostraron más comprensivas. La duquesa y la señora Leonora intentaron poner al príncipe, si no de rodillas, como era el deseo del abad, al menos de pie. Mientras tiraban de él, que volvía a desplomarse sobre la cama, logrando así que el cadáver diera un nuevo respingo y perdiera sus zapatos, la señora Leonora exclamó:

—¡Alteza! ¡Tened cuidado! ¿No veis que os habéis desgarrado la manga? —Y a continuación cogió al príncipe del brazo y le señaló la abombada manga de terciopelo y lamé.

El príncipe, que daba una gran importancia a su ropa, se olvidó por un momento de sus muestras de dolor, dejó de llorar y, sorbiendo por la nariz, examinó su manga.

—No se ha desgarrado —dijo—. Le faltan los botones.

La señora Leonora se apresuró a ponerle a la princesa las manos nuevamente

sobre el pecho y a bajarle las pulseras hasta las muñecas. Entonces, mientras sostenía una muñeca inerte en su mano, se quedó quieta y exclamó:

—¡Pero bueno! ¡Qué cosa más rara! Los botones están aquí, alteza, enganchados en la pulsera.

No se equivocaba. Cogidos en las retorcidas curvas que formaban los zarcillos de oro y encajados con tal fuerza que el príncipe y la señora Leonora a punto estuvieron de no poder sacarlos a pesar de tirar de ellos conjuntamente, se hallaban los dos relucientes botones de la manga del príncipe. Sin embargo, lo que resultaba realmente inequívoco, incluso para los observadores más perplejos, era que, a pesar de todos los aspavientos que había realizado el príncipe segundos antes, de ninguna manera hubiera podido sujetar los botones de su manga en la pulsera con tal firmeza.

A todos los presentes les vino involuntariamente a la cabeza la imagen de otra clase de forcejeo, el que hace con las manos una muchacha al intentar zafarse de un estrangulados. ¿Cabría la posibilidad, por remota que fuese, de que el príncipe estuviera llorando la muerte de su propia víctima?

Objetos perdidos

Mientras aguardaba fuera de la habitación, Benno se dedicó a mirar con gesto afable y la boca abierta a los guardias que vigilaban, uno de los cuales no tardó en sentir ganas de tapársela con algo grande, redondo y doloroso. Una maza, por ejemplo. Todos podían oír las lejanas explosiones de los fuegos artificiales. Qué desperdicio, pensó Benno. Ojalá algún miembro de la corte se las hubiera arreglado para disfrutar de ellos aunque fuera por un momento. No estaría bien visto que salieran corriendo a la orilla del lago a aplaudir habiendo como había una princesa estrangulada en el edificio, pero algún lugar tenía que haber en el palacio desde el que pudieran verse.

Aunque no había elaborado ninguna teoría acerca de quién podía ser el asesino, sí que se había preguntado cómo era posible que en los dos días y una noche que la princesa llevaba en Borgo hubiera llegado a crearse enemigos que desearan su muerte. Era poco probable que se tratase sencillamente de algún fanático de la caza que se hubiera enfadado por la cancelación de la partida de aquel día... Bueno, sería mejor que lo dejara. Segismundo era la persona que resolvería el misterio y podía dejarle a él todo el trabajo de pensar sin ningún temor. El príncipe Galeotto había tomado la decisión acertada al dejar el caso en manos de su señor.

Las puertas de los aposentos de la princesa se abrieron repentinamente y el príncipe salió. Benno, refugiándose de inmediato en un lugar donde pudiera pasar inadvertido, pensó que Galeotto no tenía cara de estar seguro de haber hecho lo correcto. Tenía el rostro hinchado, amoratado y bañado en lágrimas y avanzaba a trompicones mirando fijamente al frente y apretando un sombrero arrugado contra el pecho. El gesto de consternación que tenía era el que cabría esperar de alguien que acaba de sufrir la pérdida de su esposa. Lo que Benno no sabía era que el príncipe estaba en aquel momento bajo sospecha de haber sido el responsable de tal pérdida.

Detrás de él iban sus pajes, corriendo para no rezagarse, y otras personas, que avanzaban más lentamente y hablaban en voz baja. Benno advirtió que el abad se había quedado rezando en la habitación. Un grupo de mujeres que no había visto hasta el momento se acercó a la cama para terminar, supuso, de amortajar a la princesa a fin de que pudieran llevarla a la capilla.

El hombre al que Benno estaba esperando fue el último en salir. Su señor caminaba con la cabeza inclinada cerca del hombro de la duquesa Violante, quien le hablaba animadamente. Viniendo de Rocca, Benno sentía un interés de carácter casi patrimonial por su belleza. ¿Acaso no era la hija de su duque? Llevaba los rubios cabellos trenzados con finas cadenas enjoyadas y recogidos sobre la coronilla con un

tocado de oro que sólo permitía ver la parte superior del peinado. Su vestido era de un intenso color púrpura y tenía flores bordadas en distintos puntos, las cuales, al brillar, acababan revelándose como piedras preciosas. El dolor no había menoscabado su belleza en absoluto. De hecho, la duquesa parecía eufórica. En los cuentos, al fin y al cabo, las madrastras siempre hacen todo lo posible por deshacerse de sus hijastras: les mandan que vayan a hacer un recado para que se pierdan en el bosque, para que las atrape un monstruo, para que un cazador les arranque el corazón o para morir probando una manzana envenenada... Jamás, sin embargo, había oído decir que las estrangularan, aunque no creía que la duquesa fuera a ponerle reparos a algo por el hecho de ser nuevo.

Segismundo estaba inclinándose en aquel momento. La duquesa extendió la mano para que se la besara y, tras recibir el saludo de los guardias, continuó su camino por el pasillo de mármol acompañada por sus damas, que la siguieron en tropel. Una dama que, aunque no era de las que estaban ocupándose de amortajar a la princesa ni de las que servían a la duquesa, iba vestida con demasiada exquisitez como para no ser una persona de categoría, se acercó a Segismundo con intención de hablarle. Benno pensó que, por la mirada de arriba abajo que dirigió a su señor, el médico le habría recetado la compañía de hombres altos de constitución fuerte y cabeza rapada. Los modales de Segismundo, por otra parte, eran manifiestamente diferentes de los que había empleado con la duquesa. Aunque seguía mostrándose cortés, la deferencia había sido sustituida por algo que a Benno lo llevó a pensar que a su señor no le importaría hablar con ella en privado.

En ese instante un paje que lucía los colores del príncipe los interrumpió; acto seguido la dama se despidió de Segismundo y se fue rápida y silenciosamente detrás del sirviente. Benno imaginó que el príncipe estaría pidiendo a gritos alguna clase de consuelo y que aquella mujer, dado su aspecto, no tendría dificultades en proporcionárselo. De todos modos, su señor no había dispuesto del tiempo necesario para obtener muchas respuestas de ella. De pronto, sintió que una mano lo agarraba del cuello y se vio arrastrado por entre los paneles y pilastras del corredor.

—¿Os ha dicho algo importante? ¿Ha visto algo que le haya llamado la atención?
—Biondello, sobresaltado por las prisas, sacó la cabeza del jubón de Benno y miró a Segismundo como si también él se hubiera hecho las preguntas que acababa de formular su señor.

—Mmm. Me ha dicho que ha encontrado a la princesa dormida y que no ha podido despertarla. Fue al pabellón por orden de la duquesa para decirle a la princesa que ya era hora de que se presentase en la fiesta. Al principio pensó que habría tenido problemas con el vino..., ayer noche todo el mundo se fijó en ella durante el banquete; pero luego, al no poder despertarla, se asustó.

—Todo el mundo bebió mucho durante el banquete. ¿Por qué habrían de fijarse en ella?

Benno recibió un pequeño cachete en la cabeza.

—¿Por qué va ser? Las novias deben beber, comer y hablar con moderación. Las muchachas tienen que ser buenas y hacendosas hasta que se les encuentra un marido hecho y derecho; luego pueden desmelenarse un poco si así lo desean. Por lo que he podido oír, la princesa Ariana se ha dado demasiada prisa en desmelenarse.

—¿Cómo es posible? ¡Pero si no ha tenido tiempo! Sólo llevaba aquí dos días.

Habían llegado al vestíbulo del palacio, una enorme sala con el suelo de losa, las paredes de piedra y el techo elevado que en su origen había sido el patio del viejo castillo. Las guirnaldas de laurel y mirto y los estandartes con el color escarlata de Borgo que colgaban de las paredes no alcanzaban a disimular el aire amenazador del lugar y Segismundo y Benno no pudieron evitar tener la sensación de que bajo sus pies había unas mazmorras de aspecto parecido. Incluso en una calurosa noche de verano como aquélla hacía frío en él. Segismundo se detuvo y comenzó a acariciarse el labio superior con el dedo índice. El guardia que vigilaba las grandes puertas del palacio lo miró con inquietud.

—En efecto, Benno, sólo dos días. Tiempo suficiente, sin embargo, para tener unas cuantas discusiones.

—¿En serio? ¿Con qué?

—La señora Leonora me ha dicho que ha tenido una con el príncipe, y la duquesa que ha tenido otra con una dama de Borgo llamada Zima. Ahora mismo iremos a verla.

La casa de la señora Zima Montelucci era una villa preciosa. No estaba muy lejos, ya que se encontraba dentro de los muros de la ciudad, aunque al haber sido construida en una zona verde, daba la impresión de que estaba en medio del campo. La luna todavía brillaba intensamente cuando llegaron a su puerta de hierro forjado. Estaba abierta, como invitándolos a pasar y a acercarse a la puerta de la mansión, cuyo elegante frontón de estilo clásico brillaba como el hielo a la luz de la luna. El edificio era tan pequeño que más bien parecía una casa de juguete que un lugar en el que se pudiera vivir. Esta circunstancia quedó hasta cierto punto explicada cuando, tras llamar a la puerta y dar el nombre del príncipe como referencia, un adormilado sirviente los condujo a la presencia de la propietaria.

—¿Su alteza quiere verme?

La pregunta, pese a lo tarde que era y a estar dirigida a un desconocido, había sonado como un ronroneo tan cortés como insinuante. La habitación era igual que la de la princesa pero en miniatura y estaba decorada con un fresco (apenas visible a la luz de las velas) que confería al lugar la amplitud de un bosque de árboles verdes y diáfanos que desaparecían en un horizonte azul. La mujer se recostó en la cama y dejó al descubierto una pierna bien torneada, algo no muy difícil de conseguir a la vista de la bata de brocado blanco que llevaba, la cual apenas ocultaba las opulentas curvas de su cuerpo. Benno trató de no mirar.

La señora Zima, en cambio, no parecía tener ningún reparo en hacerlo. Al igual que la señora Leonora, enseguida se había dado cuenta de que Segismundo era un

hombre al que merecía la pena mirar. Además, exceptuando la reverencia que le había hecho, no se parecía en nada a un cortesano. También merecía la pena mirarla a ella. Benno, aunque desconocía por completo el concepto clásico de belleza, comparó su cara con las de las estatuas que había en el jardín del palacio, pese a que su palidez no era la del mármol y no había sobre ella ni rastro de líquenes. Aunque tenía la nariz recta, los ojos grandes y los labios curvados, el parecido acababa ahí, ya que ni su mirada reflejaba una frialdad pétreo ni su pose era tranquila. Benno se acordó entonces del gesto de las manos de una estatua que había visto: una la tenía apoyada sobre el pecho y a la otra le habría venido bien que la cubrieran con una tela. La señora Zima tenía las manos exactamente en la misma posición, aunque, por alguna razón, su gesto carecía totalmente de pudor.

—Su alteza no quiere veros, señora. Quiere que sea yo quien os vea.

La señora Zima puso una cara de perplejidad francamente preciosa e hizo un movimiento flotante con las manos. No parecía molestarle en absoluto tener que aceptar al atractivo sustituto del príncipe, aunque por la expresión de su rostro era evidente que no acertaba a adivinar cuál era el motivo de su visita. Los amantes no suelen enviar delegados.

—¿Por qué no ha venido él mismo?

«Vaya —pensó Benno—, esta pregunta nos revela mucho más acerca de la señora Zima que el lujoso caprichito que tiene por villa. Debe de pensar que es algo natural que el príncipe deje en la capilla el cadáver de la mujer con la que se casó ayer para venir a verla a ella. Una de dos: o es estúpida hasta decir basta o tiene al príncipe perfectamente dominado».

Segismundo hizo un exagerado gesto de sorpresa y se golpeó la sien con la palma de la mano.

—Pero ¿es posible que no os hayáis enterado? ¿No habéis estado en la corte esta noche?

—¿Enterado? ¿Enterado de qué? —La señora Zima volvió a agitar las manos. Benno, que había nacido en un país de gesticuladores, pensó que jamás había visto unos ademanes más faltos de significado. Quizá pensaba que era una mariposa—. ¿Se ha puesto enfermo el príncipe?

—Entonces no habéis estado en la corte esta noche.

La señora Zima lo miró distraídamente, como si no acabara de comprender el significado de la pregunta.

—No me sentía muy bien. Por el calor. No puedo soportarlo. —Se llevó los dedos a la frente, como si el calor no hubiera tenido el debido respeto con ella. Entonces se fijó en que tenía la pierna al aire y la cubrió pudorosamente con la bata de brocado. Segismundo se había acercado a ella y la miraba fijamente.

—Así que no habéis estado esta noche en la corte. —Había hecho la tercera formulación de la pregunta con la misma calma e inexpresividad que había mostrado al hacer la primera. Su tono de voz, sin embargo, era inflexible. Se trataba de una

pregunta que, de una u otra forma, iba a obtener una respuesta.

—Oh... —La señora Zima se encogió de hombros e incluso miró a Benno, como si pensara que podría ayudarla a resolver aquel absurdo—. Sólo he podido estar un ratito. Todo el mundo iba a estar presente en la fiesta, así que no quería perdérmela. Sin embargo, no he podido quedarme hasta el final. Me he perdido los fuegos artificiales. —Ladeó la cabeza y miró a Segismundo con un mohín de súplica—. No me sentía nada bien.

—¿Por qué habéis ido si no os sentíais bien?

Ella soltó una risilla de desdén, como si Segismundo se hubiera empeñado deliberadamente en no comprenderla.

—Porque se trataba de un acontecimiento. Me había hecho un vestido para la ocasión... ¿Os ha pedido el príncipe que me hagáis todas estas preguntas? Él sabe perfectamente que he ido.

—¿Habéis sido presentada a la princesa?

Sus mangas de brocado aletearon.

—Por supuesto que he sido presentada a la princesa. Todas las damas de la corte lo han sido.

—¿La habéis visto a solas en el pabellón?

La mariposa empezaba a sentirse molesta.

—No sé por qué me hacéis todas estas preguntas. Es tarde y no me siento nada bien. —La señora Zima se movió entre los cojines con grandes aspavientos y miró fijamente a Segismundo para darle a entender que ya no consideraba su presencia como una grata interrupción de su descanso tal como había pensado en un principio—. No creo que al príncipe le guste que me molestéis de esta manera. Pienso sinceramente que deberíais marcharos.

—Lo haré cuando me hayáis dicho algo sobre esto. —Segismundo extendió su mano ante la señora Zima. En ella sostenía un retorcido aro de oro cubierto de hojas y zarcillos y adornado con flores de rubí y zafiro. Estaba cubierto de barro y tenía huecos que habrían estado ocupados por joyas engastadas. La señora Zima retrocedió como si hubiera visto una serpiente—. Este objeto ha aparecido en la pendiente donde la princesa ha ido a caer después de ser estrangulada. Creo que es vuestro.

Un asesino para la novia

—¡Estrangulada! —La palabra sonó como el chillido de un murciélago. La señora Zima se incorporó en la cama y se llevó las manos a la garganta como si creyera hallarse en peligro—. ¿La princesa? —Ahora estaba tan pálida como una estatua de mármol y miraba la pulsera como si temiera que fuese a saltar de la mano de Segismundo para clavarse en su cuello.

Benno no tenía ni idea de cuál sería la opinión de Segismundo al respecto, pero sabía que la señora Zima no era tan inteligente como para fingir tales muestras de sorpresa en el caso de que supiese que la princesa estaba muerta. Si era verdad que había estado en el palacio, se habría marchado antes de que encontraran el cadáver de la princesa. Había empezado a hacer unos ruidos sumamente extraños, como si tuviera dificultades para respirar.

—¿Qué os ha dicho la princesa cuando os habéis encontrado en el pabellón? —Segismundo se había guardado la pulsera y había cogido a la señora Zima por la muñeca apartándole la mano de la garganta, a la que parecía sentirse fatalmente atraída.

—No lo sé, no la he llegado a ver... —Los ruidos que hacía al respirar habían degenerado hasta convertirse en verdaderos jadeos. De pronto, puso los ojos en blanco, los cerró y se hundió lánguidamente entre los cojines.

Segismundo le soltó la muñeca y con un ágil movimiento cogió una jarra de cristal labrado que había sobre la plataforma de la cama y derramó su contenido sobre la cabeza de la señora Zima.

El efecto fue milagroso. Moviéndose con la misma rapidez, ella se sentó en la cama y empezó a toser y a escupir. El contenido de la jarra era vino, que ahora corría por su cara y caía sobre su bata de brocado blanco como si fuera sangre. Segismundo no se había movido de su sitio.

—¿Qué os ha dicho la princesa en el pabellón?

—¡En mi pabellón! ¡Me ha golpeado! Y luego me ha arrancado las pulseras y las ha tirado al suelo. —La señora Zima rompió ruidosamente a llorar.

—¿Las pulseras que os regaló el príncipe?

—¡El príncipe me quiere! Y ella no es más que su esposa —dijo entrecortadamente a causa de los jadeos y los gimoteos—. El príncipe me regaló las pulseras porque ése era su deseo...

—¿Quién estaba en el pabellón cuando la princesa os las arrancó?

Ella sacudió la cabeza salpicando vino en torno a sí. El olor inundó la habitación.

—Nadie. Absolutamente nadie. —Por el tono de voz, parecía querer insinuar que tal circunstancia no hacía sino aumentar el dramatismo de su situación. Evidentemente no le hacía ninguna gracia el que no hubiera ningún testigo de sus actos. ¿Sería capaz una mujer de matar por una pulsera?, se preguntó Benno. ¿Por dos? ¿Por dos pulseras y un pabellón? Allí, sentada en la cama, bañada en vino y lágrimas, la señora Zima tenía aspecto inofensivo. Sin embargo, las pulseras y el pabellón eran símbolos de posición social. ¿Qué sería capaz de hacer esa mujer por ello?—. Me ha..., me ha dicho que no estaba dispuesta a compartir sus..., sus pulseras..., con nadie.

Benno, que no estaba al corriente de la existencia del par de pulseras de la princesa, no le encontraba a aquello el menor sentido, pero no se sorprendió al ver que Segismundo hacía un gesto de asentimiento.

—¿Las ha arrojado fuera del pabellón?

—Las ha arrojado por encima del hombro, como si no fueran más que basura.

«Vaya manera de despilfarrar el dinero», se dijo Benno, espantado. No había andado muy descaminado al pensar que Segismundo estaba buscando diamantes en la pendiente que bajaba desde el pabellón. Y no le extrañaría que lo que en realidad había estado buscando fuera el par de pulseras.

Segismundo emitió un murmullo, cogió una toalla de algodón bordado de una ordenada pila que había sobre la plataforma de la cama y se la dio a la señora Zima para que se secara la cara y el cuello.

—¿Habéis visto entrar a alguien en el pabellón al marcharos?

Ella hizo un gesto de negación con la cabeza y luego se quedó quieta sosteniendo la toalla con las manos para secarse el pelo. Entonces miró fijamente a Segismundo como si después de haber recordado la angustiada situación que se había creado en torno a las pulseras empezara por fin a comprender el significado de todo lo que aquel hombre había estado diciéndole.

—¿Que la han estrangulado? ¿Quién lo ha hecho? ¿El príncipe?

Benno imaginó la interesante situación (el príncipe llega al pabellón, se entera de que su nueva esposa ha insultado a su querida amante y le ha arrebatado las pulseras y decide regalarle un collar para que se tranquilice definitivamente) y se acordó de varias historias en las que un príncipe acusaba a su esposa de adulterio y la envenenaba. ¿Asesinaría a su esposa un príncipe acusado de adulterio? Todas las lágrimas que le había visto derramar al príncipe aquella noche podrían ser de arrepentimiento por haber perdido la paciencia y, de paso, a su esposa y la alianza con el duque Hipólito.

—¿Visteis al príncipe después de vuestro encuentro con la princesa?

Si la señora Zima había conseguido que Galeotto se encolerizara con su esposa, la idea de que irrumpiera en el pabellón y la ahogara no era tan descabellada. Tal vez fuese verdad que estaba locamente enamorado de su amante. Ella, sin embargo, fue tajante al contestar.

—No vi a nadie. Me marché y punto. ¿Qué iba a hacer? No era más que una cría de quince años... Salí a toda prisa del palacio y regresé a casa. Estaba destrozada.

—¿Qué camino tomasteis para salir de los jardines?

—¡No lo sé! ¡No lo sé...! Bueno, sí, por el cenador en forma de túnel. No quería que me viera nadie.

Al parecer, la señora Zima había accedido a verse con la princesa sin pensar siquiera en que pudiese estar enfadada por culpa de las pulseras. Sin embargo, ésta debía de saber que ella tenía unas pulseras iguales que las suyas. ¿Por qué si no habría de querer verla? Tal vez la amante del príncipe se las había puesto para acudir a la cita pensando que podía enfrentarse a una «cría de quince años» sin ningún problema y acaso convencida del amor de Galeotto hasta el punto de pensar que los sentimientos de su esposa no tendrían importancia, pese a tratarse de la hija de un duque soberano.

Todo eso en caso de que estuviera diciendo la verdad, naturalmente.

Segismundo pareció despejar aquella incógnita en el acto. De pronto sonrió de oreja a oreja y se inclinó para llevarse la mano de la señora Zima a los labios en tanto ella sostenía la toalla con la otra.

—Os dejaremos descansar, señora. Estoy seguro de que el príncipe querrá veros mañana.

En el momento en que Segismundo daba media vuelta ella le espetó:

—¡El príncipe va a enterarse de cómo me habéis tratado!

Segismundo se volvió y le hizo una reverencia. Ella se quedó mirando cómo se marchaban, con la bata manchada y el pelo ensortijado a causa del vino. Tras dar un codazo a un sirviente en estado comatoso para que les abriera las puertas, salieron y se detuvieron debajo del pequeño frontón, bañados por la luz de una luna baja. Cuando Benno se disponía a hablar, Segismundo se llevó un dedo a los labios y ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo. Alarmado, Benno miró alrededor en busca de alguna sombra en la que pudiera estar escondido un asaltante. Entonces alzó la vista y vio que Segismundo sonreía.

—Es un ruiñeñor, Benno. Dudo que quiera hacerte daño.

Se diría que era la mismísima luna la que cantaba, y Segismundo no parecía tener prisa. Pensando en la posibilidad de que su señor tuviera intención de interrumpir el sueño de todas las damas de la corte tal como acababa de interrumpir el descanso de la señora Zima, Benno se preguntó si lograrían dormir algo aquella noche. Seguramente no quedaría otro remedio, ya que, tal como le había dicho Segismundo al príncipe Galeotto, un rastro es más fácil de seguir cuando es reciente.

—¿Creéis que la señora Zima irá a quejarse al príncipe? Cuando le echasteis el vino encima parecía dispuesta a hacer cualquier cosa.

—No habría dudado ni un segundo en ponerse a gritar, pero merecía la pena correr el riesgo. Tal vez vaya a quejarse al príncipe, pero no creo que él le haga mucho caso. Tiene demasiados problemas como para preocuparse ahora por los de

ella.

Estaban cruzando el parque por un sendero de tierra. Aún podían oír con claridad el canto del ruiseñor, así como los ruidos producidos por los animalillos que correteaban entre los arbustos y los matorrales que la luna teñía con un color plateado parecido al de la escarcha. Biondello, que cuando habían llegado a la villa se había quedado dormido silenciosamente en el interior del jubón de Benno, había recibido permiso para salir y ahora corría alegremente de un lado a otro soñando con algún conejo. En una de las casas cercanas, un perro soltó un fuerte ladrido.

—¿Qué va a decirle el príncipe al duque Hipólito? «Lamento lo ocurrido con tu hija, ¿podrías mandarme otra?». A propósito, ¿tiene otra hija el duque?

Segismundo profirió un murmullo de aprecio.

—Tiene otra, la de la duquesa Violante, pero sólo tiene un año o poco más. Si el príncipe Galeotto ha rechazado a la hija de ocho años del duque de Venosta porque le urge tener un heredero, no creo que vaya a pedir la mano de la hija de la duquesa. El problema al que ahora se enfrenta es convencer al duque Hipólito de que él no es en absoluto responsable de la muerte de la princesa.

Biondello, que se había asustado al encontrar un animal más grande que él bajo unos arbustos que crecían al final del sendero, había regresado a escape a donde ellos estaban en busca de protección. Benno lo recogió y preguntó:

—¿No creéis entonces que ha sido el príncipe?

—Mmm, mmm. No digo que no haya sido él, pero como la señora Leonora ha encontrado los botones de su manga en la pulsera de su alteza, la corte tiene motivos para sospechar que es el culpable.

—¿Es ésa la señora con la que estabais hablando antes y a la que el príncipe hizo llamar? ¿Es también su amante, como la señora Zima?

—Aunque la Iglesia nos dice que no podemos tener más de una esposa a la vez, no he oído decir que exista una norma que limite el número de amantes que puede tener un hombre.

Benno pensó que si Galeotto no hubiera sido príncipe habría tenido unas dificultades enormes para conseguir siquiera una amante. Pero, claro, el hecho de tener pulseras y villas que regalar facilitaba mucho las cosas a alguien con pinta de cerdo como él.

Ya habían salido del parque y estaban cruzando una zona de huertas y casas dispersas. Se encontraban en las afueras de la ciudad. Sin detenerse, Benno arrancó un rábano y le dio un mordisco con aire pensativo.

—¿Se atreverían entonces sus amantes a matar a la princesa?

—Quizá no planearan hacerlo, pero nadie puede prever hasta qué extremos es capaz de llegar un ser humano en un arrebató de ira.

Segismundo había contestado esta vez en tono sombrío. Benno lo miró de soslayo. ¿Habría hecho su señor algo terrible en un arrebató de ira? Aquélla era una pregunta que jamás podría hacerle, por lo que decidió cambiar de tema.

—¿Vamos a hablar entonces con la tal señora Leonora?

—Otro día, Benno. No suelo molestar a los príncipes a menos que sea estrictamente necesario.

Habían llegado al centro de la ciudad. La luz de la luna no llegaba a la estrecha calle de escalones por la que subían. Segismundo avanzaba a grandes zancadas, por lo que Benno, que tenía las piernas más cortas, debía apretar el paso para no rezagarse. La oscuridad hizo que volviese a sentir miedo. La persona que había matado a la princesa podía encontrarse en cualquier parte, de modo que si la gente estaba al corriente de que su señor estaba buscándolo, ¿qué le impedía al asesino estar a su vez buscándolo a él? Por alguna razón, no imaginaba a la señora Zima surgiendo de las sombras con una soga de estrangulador en las manos. Era absurdo. Empezaba a tener la sensación de que aquel asunto era más siniestro de lo que parecía y pronto iba a enterarse de que Segismundo también la tenía. Cuando cruzaron la plaza y llegaron a la escalera del palacio, su señor le dijo:

—Has logrado aguantarte las ganas de preguntarme qué más he encontrado en la pendiente del pabellón. —Se volvió para mirarlo—. Pues bien, la hierba y la tierra estaban revueltas, por descontado, ya que es ahí donde fue a caer la princesa y por donde pasaron todos los que bajaron a recogerla. Descendí un poco más, hasta el agua. Alguien había dejado una barca justo debajo del pabellón. Vi unas marcas en el barro de la orilla y varias piedras movidas. Con la música de baile, las risas y las voces, no creo que esa persona haya tenido muchas dificultades para subir por la cuesta sin que la princesa lo oyese. Habría podido hacerlo incluso en el caso de que ella hubiera estado despierta, pero, como ya sabemos, la princesa se había tomado un somnífero.

Benno había dejado de masticar el rábano y lo miraba boquiabierto.

—Entonces...

—Ha sido un profesional, Benno. Cualquiera puede pagar a un asesino.

El somnífero

—¿Recibe ya su excelencia?

Segismundo había entrado en las habitaciones exteriores de los aposentos que le habían asignado a la duquesa Violante en el palacio. Nadie le había cortado el paso, ya que desde que se le había visto al lado de la duquesa después de la caída de la efigie y luego detrás de su silla durante el banquete se habían difundido rumores suficientes como para convencer a todo el mundo de que era un empleado suyo. Ahora, además, a tenor de lo que se había oído y comentado la pasada noche, también se sabía que estaba al servicio del príncipe. Al bobo que inexplicablemente tenía por sirviente se le permitía pasar siempre que aparecía detrás de él. En aquel momento, Benno estaba aguardando con aire distraído al lado de la puerta, mientras Biondello daba vueltas presa de la inquietud en el interior de su jubón. Al entrar en el palacio, se habían encontrado con algunos de los perros de caza del príncipe, unos animales enormes provistos de unas fauces con las que podían inmovilizar un jabalí, recorriendo los pasillos o tumbados en el suelo. Biondello había quedado prácticamente sin aliento al verlos. Ahora que estaba en aquella habitación se sentía más seguro.

—Su excelencia todavía duerme, señor, pero le diré que ha preguntado por ella en cuanto despierte.

Los perros no tardan en percibir el ambiente de un lugar y el tono cordial de la persona que había hablado tal vez contribuyó a que Biondello se relajase. Estaba sentada al lado de una ventana cosiendo a la primera luz de la mañana, que se alargaba a cada instante. Se trataba de una agradable mujer de mediana edad vestida decentemente de negro y ataviada con un gran delantal blanco y una gorra de largos barboquejos, que le caían sobre los hombros como si fueran las orejas de un perro de aguas. La tela estaba adornada con punto de fantasía, lo cual significaba que se trataba de una criada de categoría superior.

A pesar de la tragedia ocurrida la noche anterior, que había sumido a todos los habitantes del palacio en una profunda tristeza, y de ser altamurana y, por tanto, susceptible de sentirse más afectada por la muerte de la princesa Ariana que la mayoría, la mujer dedicó una sonrisa a Segismundo. La sonrisa trajo consigo la aparición de unos hoyuelos sumamente atractivos, y los ojos que se apartaron de la costura para observar al desconocido eran oscuros y vivarachos. Benno tuvo la impresión de que aquella sirvienta de la duquesa en particular no se sentía especialmente afligida por la muerte de la hija del duque.

—¿Visteis a la princesa ayer por la noche?

Los hoyuelos desaparecieron de su cara. La mujer volvió a su labor como si su vida dependiera de ello y arrancó un trozo de tela adornado con piedras preciosas para coser en un lugar una sencilla cinta de brocado.

—Fue algo terrible, terrible... Que Dios y Nuestra Señora nos protejan del mal...

—Amén. —Segismundo se había acercado a la ventana y ahora estaba apoyado sobre el alféizar mirando al exterior—. De todas formas no me refería a cuando ya estaba muerta, sino antes, en el pabellón.

Un gritito les anunció que la mujer se había pinchado un dedo. Se puso a chuparlo y miró a Segismundo por encima de la mano con una expresión repentinamente cautelosa.

—¿El pabellón, señor? ¿Al fondo del jardín?

«¿Dónde si no? —pensó Benno—. Está intentando ganar tiempo».

Segismundo sonrió, cogió un extremo del vestido que ella estaba cosiendo, que era de un satén oscuro y grueso, y murmuró:

—Es una preciosidad...

—¿Verdad que sí? Su excelencia tiene que ponerse un vestido de luto cuando se levante. Si me permitís... —Se inclinó nuevamente sobre la labor y la aguja echó a volar.

—Así pues, la princesa requirió vuestra presencia en el pabellón. ¿Fuisteis vos quien le llevó el preparado que se ha encontrado allí? Vos fuisteis su niñera, ¿no es así?

Estaba haciendo demasiadas preguntas, pensó Benno, que sabía lo que significaba sentirse culpable por ello. Y, sin embargo, su señor estaba demostrándole que una vez que se obtiene una respuesta pueden conseguirse a continuación unas cuantas más.

—¡Yo no fui la niñera de la señora Ariana! —exclamó la mujer. Sus ojos oscuros relampaguearon de indignación cuando levantó la cabeza de su labor y, con gesto de estar sumamente atareada, lanzó una única mirada a Segismundo—. Soy la niñera de los hijos de su excelencia. —Se apartó los barboquejos de la gorra con altivez—. He venido aquí como miembro del séquito de su excelencia.

—¿Los hijos de su excelencia no han venido? —Seguidamente extendió su mirada por toda la habitación como si estuviera buscando una cuna.

—Por supuesto que no. Son demasiado pequeños para viajar. —La aguja volvió a echar a volar impulsada por la energía de los sentimientos de la mujer—. Han tenido que quedarse en casa.

Segismundo hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ya, entonces habéis venido aquí con otro cometido —dijo con tono de comprenderlo todo. Se inclinó y volvió a coger un pedazo de tela—. Habéis acompañado a la princesa en calidad de costurera.

Ella apartó la tela de sus manos.

—Su excelencia ya tiene costureras a su servicio. Yo me ocupo de cosas que

ninguna costurera puede hacer.

—Como por ejemplo mezclar hinojo y salvia de Belén. ¿O utilizasteis poleo?

La aguja se detuvo. La mujer lo miró.

—Nunca utilizo poleo. —Los hoyuelos volvieron a aparecer—. Es una planta demasiado peligrosa. ¿Y si vomita encima del príncipe...? —Levantó a media altura la mano en la que sostenía la aguja y abrió desmesuradamente los ojos. Acababa de recordar que lo que le había sucedido a la princesa era mucho más grave que aquello. Segismundo apoyó una mano en el alféizar y volvió a inclinarse acercando la cara a la de la mujer.

—¿Y qué me decís de la galega? ¿Habría vomitado con ella?

—¿Os referís a la ruda? —La mujer se apartó de él—. ¡Pero cómo iba a echarle ruda! ¡Ni se me ocurriría! ¿Quién os ha dicho que lo hice?

Segismundo volvió a apoyarse contra la pared y sonrió afablemente.

—Bueno, a mí el preparado me supo a ruda. Y si me equivoco, es que he perdido paladar.

La mujer estrujó la tela de satén entre sus manos.

—¿Entonces no se lo bebió...? Como la encontré dormida, decidí dejársela encima de la mesa. Los dolores de los que se quejaba no serían para tanto si al final había conseguido conciliar el sueño. De todas formas, no me extrañó que los tuviera después de la comilona de la noche anterior.

—¿El preparado que le llevasteis era simplemente un digestivo?

—Hago las cosas seriamente y puedo aseguraros que no utilicé ni poleo ni ruda. La señora Ariana creía ciegamente en mis preparados. Si no podía dormir, me llamaba. Si comía demasiado, me llamaba. Si le dolía la cabeza, allí estaba yo. —La niñera se encogió de hombros y Benno comprendió que aquella dependencia era para ella un motivo de exasperación más que de orgullo—. Debéis de haber cometido un error. No todo el mundo sabe de hierbas. Además, ¿qué puede importar ya, si no lo bebió?

—Cierto, ¿qué puede importar? Lo que bebió fue un somnífero.

—¿Un somnífero? Pero ¿quién pudo dárselo? Si la fiesta no había hecho más que empezar y la princesa tenía que participar en ella...

—¿Había alguien en el pabellón cuando fuisteis a llevarle el preparado?

La mujer se puso a acariciar la tela con gesto pensativo. Las princesas rara vez se quedaban solas. La intimidad era un lujo tan escaso para los nobles como para los campesinos que se hacinaban en sus cabañas.

—No. Recuerdo que había pedido a sus damas que la dejaran sola. Me dijeron que quería disfrutar de la luz de la luna sin tener que aguantar sus chismorreos. Una razón de lo más tonta, ya que habrían guardado silencio si ella lo hubiera ordenado.

La verdadera razón era que quería quitarle las pulseras a la señora Zima sin que toda la corte se enterase de que aquel asunto le preocupaba, pensó Benno. Biondello parecía haberse relajado del todo y había asomado parte de la cabeza por la pechera

del jubón de su señor para mirar a la niñera con la misma atención con que estaba mirándola Segismundo.

—Decís que estaba dormida. ¿Intentasteis despertarla?

La niñera se echó a reír y al cabo de un momento dijo:

—No podéis imaginaros cómo era la princesa Ariana; poco me lo habría agradecido si lo hubiera hecho. Pensé que lo mejor sería que se le arreglase el estómago con una siesta y dejé la copa que había traído sobre la mesa para que supiera que había hecho lo que me había pedido.

—¿Recordáis si había otra copa?

La mujer levantó nuevamente la cabeza de la labor y frunció el entrecejo.

—Creo que sí. De haber algo, sería vino. Y confites. La princesa siempre estaba comiendo confites. Le encantaban.

—¿No visteis a nadie cuando os marchasteis?

—No, excepto a las damas, que estaban bailando.

Recuerdo que me pregunté cómo podía seguir durmiendo con toda aquella música.

Las puertas que tenía Benno detrás de sí se abrieron de improviso, golpeándolo en la espalda de tal suerte que salió despedido hacia adelante y Biondello cayó al suelo.

—¡Estúpido! ¿Pero qué estáis haciendo aquí delante? —Se trataba de una sirvienta. Llevaba unas servilletas de algodón bordado sobre un brazo y un aguamanil en las manos, y parte del agua perfumada que había en éste se había derramado. Entonces se dio cuenta de la presencia de la niñera y Segismundo se quedó mirándolos. La niñera le habló en tono airado:

—Lleva eso a su excelencia inmediatamente. Ya me encargo yo de decirle a alguien que limpie eso.

Rodeando el humeante charco que se había extendido sobre el mármol, la sirvienta se dirigió a las puertas de las habitaciones interiores, llamó y entró. La duquesa Violante había despertado y no tardaría en pedir su vestido de luto.

La niñera rompió un hilo con los dientes, metió prudentemente la aguja en la pechera de su vestido, se puso de pie sacudiendo la gruesa y oscura tela de satén y se encaminó hacia el dormitorio. Había dejado los trozos de tela adornados con piedras preciosas sobre el brazo de la silla, brillantes e inútiles. Mientras recogía a Biondello, que estaba lamiendo sin mucha confianza el charco de agua perfumada, Benno pensó que acababan de enterarse de un aspecto interesante de la princesa Ariana. Ahora bien, ¿le serviría a Segismundo para desentrañar el misterio? La niñera era la responsable del preparado que habían encontrado intacto encima de la mesa; sin embargo, les había dicho que no le había echado un emético. Benno le creía. Uno no llega muy lejos como sirviente de los poderosos si se dedica a hacerles vomitar en el jardín sin avisarles. El problema era que alguien tenía que haberlo hecho.

¿Estaría la niñera en lo cierto? Después de todo, la princesa no había bebido de la copa y, evidentemente, si alguien había echado en ésta un emético al irse la niñera, no

podía tratarse de la persona que había acabado impidiéndole beber de ella de forma definitiva. ¿Y no era al estrangulador a quien deberían estar buscando?

Brunelli abandona el palacio

—¿Y decís que la han estrangulado? —El duque Vincenzo se interrumpió y sacudió la cabeza—. Qué horror. Expresadle al príncipe Galeotto mi más sentido pésame así como mi esperanza en que el autor del crimen sea capturado con presteza y reciba su castigo. ¡Qué malvado es el mundo! Una niña en el umbral de la vida, que podría haber dado herederos a Borgo...

Su voz se fue extinguendo hasta desaparecer.

El mensajero del príncipe Galeotto comprendió que la intención del duque era que pensara en su hija de ocho años, Agusta, que había sido rechazada con grandes muestras de diplomacia debido a que, de aceptarla, el príncipe habría tenido que esperar varios años a tener un heredero. Sin embargo, las niñas de ocho años tienen muchas más posibilidades de perpetuarse en sus hijos que los cadáveres. Obligado como estaba a comunicarle al duque la noticia de la pérdida que había sufrido el príncipe, el mensajero no tenía ninguna ilusión de que la expresión de pésame con la que sería recibida fuese sincera. Sin embargo, resultaba difícil averiguar cuáles eran los verdaderos sentimientos del duque a partir de su comportamiento o el tono de su voz. Dijera lo que dijese, ambos podían transmitir fácilmente una impresión de profunda falsedad. En aquel momento el duque miraba al mensajero con la cabeza ligeramente ladeada y una repugnante expresión de compasión. A su lado estaba sentada la duquesa Dorotea, tiesa como un poste y tratando de no alterar en modo alguno sus perfectas facciones. Su pálida cara, el tono oscuro de sus ojos y su peinado y el vestido de terciopelo rojo burdeos que llevaba le conferían un aire dramático.

—Transmitiré a su alteza el pésame de su excelencia. Será un consuelo para él.

El duque Vincenzo inclinó graciosamente la cabeza, ante lo cual el mensajero hizo una reverencia y se retiró.

—Estrangulada. Una manera terrible de morir. ¿Crees que habrá sido Galeotto?

La duquesa examinó sus anillos. Todo el mundo coincidía en que era la esposa perfecta para un duque.

—Es posible. Tiene un genio muy vivo, según dicen. —Miró a su marido, de quien nadie había dicho aquello. Vincenzo no se dejaba llevar por los impulsos. Corrió el comentario de que intrigaba incluso para acostarse y levantarse de la cama—. Ahora tendrá que buscar nuevamente esposa.

—Las negociaciones le llevarán tanto tiempo como si hubiera aceptado a Agusta.

—¿Crees que ahora podría pedir su mano?

El duque arqueó imperceptiblemente las finas cejas.

—No si encuentra a una muchacha de mayor edad en alguna parte. —En sus labios se dibujó una terrible sonrisilla que ahondó las arrugas que surcaban su rostro —. Las negociaciones que empiezan de cero suelen alargarse mucho. Pobre Galeotto.

—Pobre Hipólito —respondió su esposa—. Se ha quedado sin hija y sin alianza.

—Pobre Hipólito —reconoció el duque con cierto tono de satisfacción—. Lo cual me recuerda... —Sin acabar la frase, se levantó y bajó del estrado arrastrando su capa de terciopelo púrpura forrada de piel. Los duques se visten para causar impresión, haga el tiempo que haga. Sin embargo, como el mensajero ya se había marchado, Vincenzo no tuvo inconveniente en ponerse cómodo. Señaló con un gesto su broche de oro (dos preciosas serpientes entrelazadas) y sus pajes se plantaron a su lado de un salto, uno para soltárselo y el otro para coger la masa de terciopelo que olía a alcanfor. El duque siguió andando y entró en su estudio. La duquesa, consciente de que su presencia ya no era necesaria, salió de la sala para ocuparse de sus quehaceres, en aquel caso el meticuloso bordado de un tapiz en el que quería representar el desollamiento de Marsias a manos del dios Apolo.

Las cosas que el duque tenía que hacer en el estudio eran igual de interesantes, aunque a diferencia del desollamiento de Marsias, no demostraban directamente los peligros que entraña la ambición. Desentendiéndose por una vez de su colección de joyas grabadas, Vincenzo se acercó a una gran mesa taraceada con diversas clases de mármol y, apoyando las manos sobre el borde como si fueran un par de tiendas, extendió su mirada por lo que había sobre ella.

Era una maqueta de madera, hecha con elegancia y lujo de detalles, de un fuerte. El sol entraba por la larga ventana del estudio y atravesaba la delgada madera de pino, que proyectaba sombras con forma de almena sobre las elevaciones moldeadas y pintadas de marrón y verde que representaban el terreno sobre el que el fuerte estaba siendo construido. Un sinuoso río, de un azul brillante pero poco convincente, dibujaba un gran meandro en torno al fuerte y servía de borde para la maqueta.

Vincenzo la miró como si esperase que detrás de las almenas aparecieran unos hombrecillos que izasen una banderita con las serpientes entrelazadas de Venosta.

Al cabo de un buen rato, dio una palmada. Un paje apartó la cortina de la puerta, se acercó a él e hizo una reverencia.

—Vete a buscar a Brunelli —dijo Vincenzo. Se sentó, volvió la cara hacia el sol y, mientras esperaba a que apareciera Brunelli, imaginó que oía el toque de una trompeta en las almenas del fuerte.

—Vuestra excelencia me ha hecho llamar.

No era una afirmación sino una queja, proferida con tono renegón. Brunelli era un hombre de baja estatura, grueso y provisto de una mandíbula que habría resultado útil en la caza de un jabalí. La túnica que llevaba era de frisa tosca y estaba cubierta de un polvo que parecía de yeso, como si acabara de salir de entre los escombros de un edificio que acabara de derrumbarse. Miró al duque con unos ojos oscuros y salvajes y le dedicó una reverencia lo suficientemente desgana como para resultar

insultante. El duque, sin embargo, se levantó de su silla con una sonrisa tan benevolente como la que le había concedido al mensajero de Borgo y dijo:

—Quiero que pienses en el fuerte, Brunelli. En el fuerte. ¿Está esta maqueta terminada según...?

—¿Terminada? —El bufido de Brunelli difícilmente podría haber quedado mejor si le hubiera salido fuego por la nariz—. Lo que no está terminado ni creo que vaya a estarlo nunca si se me sigue interrumpiendo es la fundición de vuestra estatua. Como no vuelva antes de media hora, se echará a perder.

—Que se ocupe de ello vuestro ayudante.

El segundo bufido no desmereció en nada al primero.

—¿Pretendéis acaso que mis ayudantes construyan mis maquetas? ¿Que pinten mis frescos? Si me hicisteis llamar, fue porque queríais al mejor que hubiera disponible.

Brunelli había decidido olvidar que Vincenzo no lo había hecho llamar. Había ido a Venosta en busca de trabajo proveniente de Borgo, donde, entre otras cosas, había proyectado y supervisado la construcción del pabellón del príncipe Galeotto en el que había muerto su esposa. Para el duque había supuesto una gran satisfacción contratar los servicios de Brunelli. Aquel hombre era conocido como un artista genial que dominaba las disciplinas de la ingeniería, la pintura, la escultura y el bronce. Lo que nadie le había explicado a Vincenzo antes de que lo contratara era que, por temperamento, los genios suelen suponer muchos inconvenientes. Brunelli era un perfeccionista cuya principal prioridad era su trabajo.

—Vos sois el mejor, desde luego. —Vincenzo esbozó una especie de sonrisa y mostró por un momento los dientes—. Por eso, porque sois el mejor, quiero que vayáis a la frontera a supervisar la construcción de mi fuerte... Hoy mismo.

—¿Y la estatua?

El duque sacudió la mano como para restar importancia a aquel asunto.

—La estatua puede esperar a vuestro regreso.

Brunelli respiró hondo, puso los ojos en blanco y respondió al duque como si fuese un maestro que tratara de enseñarle algo a un niño que estuviese haciéndose el tonto.

—El metal se está calentando ahora. Si no se vierte a la temperatura exacta y a la velocidad exacta, habrá que comenzar de nuevo todo el proceso.

—Sí, claro, eso es trabajo de artesanos. Que vuestros ayudantes..., supongo que serán personas preparadas..., que vuestros ayudantes se encarguen de ello. El fuerte...

—Eso es trabajo de artesanos. —Brunelli se había acercado a la mesa y señalaba la maqueta con una mano temblorosa—. El proyecto ya está terminado. Vuestros ingenieros no son estúpidos y pueden construir el fuerte por sí solos. La estatua, sin embargo...

—Olvidaos de la estatua. Ahora es preciso que os concentréis en el fuerte.

Brunelli se puso rojo como la grana. La cara parecía habersele hinchado. Levantó un brazo y descargó un puñetazo sobre la maqueta con una fuerza descomunal. Las tablillas de madera de pino se desgajaron y el fuerte quedó reducido a un montón de astillas. A continuación cogió la base de escayola, la volcó y lanzó los pedazos a una esquina del estudio a patadas.

—Esto por lo del fuerte. Os estoy haciendo una obra de arte gracias a la cual vuestro nombre quedará escrito en las páginas de la posteridad durante siglos y vos no hacéis otra cosa que...

El duque, que había tocado una campanilla que había sobre su escritorio, dio al paje que había acudido a la llamada una orden fría y tajante. Brunelli amenazaba ahora al duque con el puño, uno de cuyos dedos estaba extendido en un gesto claramente ofensivo.

—Y esto también por lo del fuerte —dijo—. Una escaramuza, un poquito de gloria en la frontera, eso es lo que queréis, cuando yo os estoy ofreciendo...

El paje descorrió ruidosamente la cortina de la puerta y dos guardias fornidos aparecieron en el estudio. Atendiendo a la señal y la orden del duque, cogieron a Brunelli y lo llevaron codo con codo hacia la puerta. Brunelli, sin dejar de hacer comparaciones entre la sensibilidad artística del duque y la de un cerdo (en las que éste era el que salía mejor parado), apoyó los pies en las jambas de la puerta para impedir que lo sacaran, aunque lo único que consiguió fue que le dieran media vuelta y lo sacaran de espaldas. Levantó la voz en el pasillo y volvió a subirla cuando llegaron a la escalera; sin embargo, uno de los guardias le dio un par de golpes contra la curva de la baranda y a partir de aquel momento sólo se oyeron los pasos de dos pares de botas y el golpeteo de unos talones al bajar por los escalones. Cuando hubieron dejado atrás unos frescos de Brunelli, cruzaron el entresuelo, bajaron por las escaleras inferiores (cuyas paredes también iban a ser decoradas por el arquitecto, como se podía ver por los esbozos para frescos que las cubrían) y llegaron a un gran vestíbulo de mármol negro. La puerta se abrió con un chirrido y una voz malhumorada dijo:

—Los pies, amigo. ¿Preparado? Adelante entonces: uno, dos, y... tres.

Brunelli fue a dar contra las losas de la calle. La puerta del palacio se cerró con un nuevo chirrido.

Un perro abandonado que había echado a correr ante la repentina llegada de Brunelli, se detuvo y se volvió para investigar. La basura del palacio siempre había sido de la mejor calidad.

Aquella no lo era. El arquitecto se puso de pie como buenamente pudo, le dio una patada al perro y, mientras se frotaba el trasero con una mano, amenazó con un puño a un grupo de pilluelos que no paraban de reír. La estatua ya se habría estropeado... ¡Pero bastante le importaba aquello al duque! El trabajo de varias semanas se había echado a perder. Brunelli lanzó un escupitajo al suelo de Venosta. ¿Por qué serían tan estúpidos los nobles? El príncipe Galeotto se había portado igual. ¡Le había pedido

que pintara al fresco las paredes de toda una habitación en una sola noche! Para sorprender a su amante, le había dicho. Brunelli se enorgullecía de haber hecho algo que los había dejado realmente sorprendidos, a pesar de que a causa de ello había tenido que abandonar Borgo a toda prisa.

Ahora sería Venosta el lugar que tendría que abandonar a toda prisa. Qué más le daba. Para un genio, todos los caminos son iguales, y, además, si todo salía mal, podía ir a Roma, donde le habían dicho que el Papa tenía una capilla que quería decorar.

Mientras unos sirvientes se movían discretamente alrededor de su persona limpiando el estudio, el duque de Vincenzo desenrolló los planos del fuerte con los que había sido construida la maqueta. Debería haber ordenado que azotaran a Brunelli por su insolencia, pero al fin y al cabo se trataba de un artista y no veía el mundo como el resto de la gente. Además, si se difundía el rumor de que Vincenzo de Venosta había dado una paliza al famoso Brunelli, la gente pasaría a considerarlo un bárbaro y no el soberano culto y tolerante que él sabía que era.

Ahora debía encontrar a un hombre que supiera realmente qué estaba haciendo para organizar la construcción del fuerte. La rapidez era de vital importancia. Le gustaría ir personalmente, ya que ningún trabajador gandulearía bajo su vigilancia; sin embargo, tenía que quedarse en la ciudad para cuando llegara la reclamación formal del duque Hipólito. Vincenzo sonrió. Qué importante era saber sacar provecho de cualquier desgracia que pudieran sufrir los vecinos de uno... Si Hipólito pensaba que tenía un problema, ya podía ir preparándose para lo que el destino le deparaba.

«Sería capaz de matar a alguien por ellos»

—Claro, el hecho de que viniera por el arroyo es un dato importante; sin embargo, no sabéis ni quién es ni de dónde vino, ¿cierto? —Benno estaba dando patadas distraídamente al barro que había cerca del agua y arrancando de la tierra guijarros que acababan cayendo al agua y rodando hasta el fondo del lago. Un pájaro revoloteó sobre su cabeza a la espera de que hiciera algo más constructivo, como por ejemplo sacar un pez. Segismundo estaba tumbado en la hierba con sus largas piernas estiradas, relajándose con la contemplación de la pequeña isla desde la que habían sido lanzados los espléndidos fuegos artificiales.

—Tampoco sabemos adónde se fue. Ahora podría estar a kilómetros de distancia —comentó haciendo una señal con la cabeza hacia el punto por el que aparecía el arroyo— o a la vuelta de la esquina.

Benno miró con inquietud el sauce que colgaba sobre la curva por la que se perdía de vista el arroyo.

—¿Estáis seguro de que fue él quien la estranguló? ¿Y si hubiera entrado otra persona en el pabellón antes de que la encontraran? Además, no podemos olvidarnos de la señora Zima. No creo que le hiciera mucha gracia que la princesa le quitara las pulseras y las tirara. ¿No cabe la posibilidad de que la ahogase en un arrebato de ira?

—Mmm. Como dice el abad, ¿quién puede estar seguro de nada en este mundo? ¿Piensas que tal vez alguna otra dama pasó por el pabellón ayer noche?

Benno se rascó la cabeza y empujó un guijarro con la desgastada punta de su bola.

—¿Alguna otra dama? No sé cuál podría ser. Bueno, está la señora Leonora, que fue quien la encontró —dijo al tiempo que daba una patada al guijarro y éste caía al agua con un agradable chapoteo—, aunque no tuvo tiempo de hacerlo, ¿verdad? Dicen que regresó inmediatamente para informarle a la duquesa de lo que pasaba.

—¿Cuánto se tarda en estrangular a una muchacha dormida? ¿Lo mismo que en tratar de despertarla? Por otra parte, ¿sabemos cuándo la estrangularon?

Benno se puso en cuclillas al lado del arroyo, metió una mano en el agua y empezó a moverla para ver cómo le cambiaban de forma los dedos. Biondello dejó de corretear alegremente entre los arbustos y fue a ver qué miraba su señor.

—¿Queréis decir que cuando la niñera la encontró dormida es posible que ya estuviese muerta?

—Ya has oído lo que ha dicho. Ni siquiera intentó despertarla. En la oscuridad, con todo ese pelo sobre la cara y el collar de perlas, nadie se daría cuenta de que la

habían estrangulado. —Segismundo había cogido una ramita de lavanda durante el paseo por los jardines y ahora la sostenía debajo de la nariz para olerla, mientras mantenía los ojos cerrados a la luz del sol—. Todo lo que sabemos es que alguien echó un somnífero en la copa de vino que acabó bebiéndose y que poco después, cuando ya no podía ofrecer resistencia, la estranguló con un pañuelo. Quizá sea la misma persona quien hizo las dos cosas.

Benno miró fijamente el agua que corría por delante de él en dirección al lago.

—¿Y si no fue la misma persona...? En tal caso, si el asesino subió por esta cuesta, tendría que saber de antemano que la princesa había tomado un somnífero, ¿no es así? Es decir, estaría confabulado con la persona que se lo dio.

Segismundo profirió un murmullo de satisfacción.

—¡Exacto, Benno! Ahora dime: ¿cómo se enteró esa persona de que la princesa iba a estar en el pabellón? ¿Cómo averiguó que había el somnífero, se había quedado dormida y había llegado el momento de subir?

Benno estaba mirando ahora la isla y lamentándose por no haber podido ver los fuegos artificiales en el momento de mayor esplendor.

—¿Os acordáis de cuándo comenzaron los fuegos artificiales? ¿No fue cuando levantaron la lámpara? Esta mañana se ha comentado que los encargados pensaron que ésa era la señal. ¿No es posible que el estrangulador estuviera esperando una señal parecida, aunque diferente para que no coincidiera con la de los fuegos artificiales?

Segismundo abrió los ojos, cuyas largas pestañas lo protegían del sol.

—Se te empieza a notar la inteligencia, Benno —dijo—. No dejes de poner esa cara de pasmado porque, de lo contrario, alguien acabará por abrirte el cráneo para ver si tienes cerebro. —Estrujó la ramita de lavanda y la tiró al suelo—. Tienes razón. Ahora debemos averiguar quién hizo la señal y quién contrató al asesino.

Benno estaba dejando caer ramas en el agua para ver cómo se las llevaba la corriente y acababan enganchadas en las piedras o desapareciendo de vista. Biondello le llevó la ramita de lavanda y él la arrojó al arroyo. La ramita fue arrastrada por el curso del agua, giró una o dos veces, pasó por encima de una piedra de gran tamaño y quedó atrapada en un pequeño remolino en el que permaneció dando vueltas mientras otras ramas pasaban a su lado balanceándose. «Igual que nosotros —pensó—. No conseguimos avanzar».

—Bueno —dijo lentamente—, el problema es averiguar quién quería quitarla de en medio. Al principio pensé: «No es posible que alguien quiera acabar con ella. Sólo tiene quince años». Pero, claro, luego se ha demostrado que la niñera no le tenía mucho aprecio, ¿verdad? Parece como si la princesa quisiera apartarla de la duquesa, que era para quien realmente trabajaba de niñera..., para sus hijos, quiero decir, y se pasara el día pidiéndole cosas.

—Una persona puede haberse hecho varios enemigos antes de llegar a los quince años. —La voz de Segismundo había adquirido un tono inesperadamente evocador.

Benno se volvió para mirarlo, trató de imaginar a su señor con quince años y, al ver que no podía, se limitó a pensar en la posibilidad de que ya en aquel entonces existieran los enemigos.

—Digamos que dos de sus enemigos querían que muriese y el tercero sencillamente que se pusiera enferma...

Biondello se había alejado de la orilla para ladrar a un matorral que parecía haberlo puesto nervioso. Benno se sorprendió, pues rara vez hacía algún ruido que pudiera convertirlo en el centro de atención. Gracias a su natural sentido de la prudencia, a Biondello no se le escapaba que la mayoría de las personas y animales no podía considerarlo amenazador. La sorpresa de Benno disminuyó cuando oyó a Segismundo gritar:

—¡Poggio! Sal a ver a tus viejos amigos. —El matorral dejó paso de mala gana a la persona que había estado escondida detrás de él.

Benno reconoció a Poggio de inmediato. Se habían conocido en Rocca, su pueblo natal, en una ocasión en que Poggio temía por su vida y se había esforzado por causarle una buena impresión a Segismundo. No parecía haber cambiado mucho. Seguramente Biondello se habría atrevido a ladrarle al ver lo pequeño que era. Poggio era un enano; y un bufón, de oficio y por naturaleza. A la vista de su rostro, grande e inteligente, sus brillantes ojos y el gesto risueño de sus labios, difícilmente podría decirse que se tratara de una persona recelosa y, sin embargo, la sonrisa y la reverencia que les dedicó al acercarse no fueron en absoluto una expresión de alegría.

—No quería interrumpiros, señores. Pensaba que estaríais ocupados intentando solucionar el problema.

Segismundo dio unas palmaditas en el suelo para animarlo a acercarse.

—Y no te has equivocado, Poggio. Te agradezco que hayas venido a ayudarnos. Como ya sabes de qué estábamos hablando —prosiguió afablemente mientras Poggio bajaba por la cuesta para sentarse a su lado—, no será necesario que te lo contemos. Todo lo que tienes que hacer es darnos tu opinión.

—¿Sobre qué? —Poggio fijó la vista en el arroyo sin detener la mirada en los ojos de Segismundo—. Mi opinión no puede ser de mucha utilidad. Yo estaba lejos del pabellón.

—Eso es lo que todo el mundo afirma..., al principio —dijo Segismundo con una enorme calidez al tiempo que le daba una palmada en el hombro que a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio y caer pendiente abajo. Benno, que estaba mirándolo, pensó que Poggio podría haber subido inadvertidamente del arroyo a la pendiente sin ningún problema; y en lo referente al estrangulamiento, tenía manos fuertes. Sin embargo, ¿qué motivo podría haberle llevado a hacerlo? Habría que esperar a que Segismundo lo averiguase—. ¿Le parecías gracioso a la princesa Ariana?

Poggio torció el gesto. La pregunta lo había afectado profundamente.

—¿Gracioso? ¿A qué os referís: a si se reía de mis chistes o a si se reía de mí? Pues bien, os lo diré: ni una cosa ni la otra. Era ella quien contaba los chistes. Para

ella yo era una gárgola andante, una equivocación de Dios... Cada vez que entraba en su habitación, se desternillaba de risa; luego me pedía que me fuese y que volviera a entrar. Y vuelta a empezar. Me hacía bailar para ella. Era una muchacha con un gran sentido del humor. —Poggio hizo una mueca—. ¿Que si quería que le contara un chiste? ¡Ni hablar! «¿Algún comentario ingenioso de los que le gustan a su excelencia?». Ni me escuchaba. Y si lo hubiera hecho, no los habría entendido. Claro, claro que le parecía gracioso.

—Tampoco sería para tanto, ¿no? Al fin y al cabo, has venido aquí con el séquito de su excelencia. Sólo habrías tenido que aguantarla una semana más.

Poggio levantó los dedos del pie en el interior de sus zapatos de cuero rojo terminados en punta y se quedó con la vista fija en éstos. Quizá estuviera pensando en el poquísimo tiempo que había tenido que soportar a la señora Ariana. Finalmente suspiró.

—Ahí estaba el problema. La princesa le dijo a su excelencia que se moriría de aburrimiento si se quedaba aquí sin nada de que reírse y le preguntó si podía quedarse conmigo. —De pronto, lanzó una mirada risueña a Segismundo y añadió—: Aunque con su marido uno esperaría que, bueno..., —Poggio carraspeó y puso cara de fingida seriedad.

—¿Y qué le contestó su excelencia? —le preguntó Segismundo sin abandonar el tono afable.

—Oh, ya conocéis a la duquesa. No le gustó la idea. Soy de su propiedad —dijo Poggio con satisfacción—, y ella no tiene ningún deseo de deshacerse de mí, ni siquiera con la excusa de la boda de su hijastra. A la princesa, como podéis imaginaros, ya le habían hecho miles de regalos. Tuvieron una buena discusión.

—¿No se llevaban bien?

Poggio puso los ojos en blanco.

—La pregunta correcta sería: ¿había alguien que se llevara bien con ella? Cuando el duque Hipólito mandó que la sacaran del colegio de monjas y comenzó las negociaciones para la boda, la princesa se convirtió en una carga para todos los que vivíamos en la corte. Estoy convencido de que cuando se fue de allí las monjas debieron de entonar un Deo gratias. Su padre no fue el único que se alegró de que se fuera cuando salimos para Borgo. —Poggio movió los dedos del pie, que se convirtieron de inmediato en el centro de atención de Biondello. A lo lejos se oía el intermitente sonido de unas tijeras: por muchas princesas que murieran en el pabellón, no se podía descuidar el laberinto de setos de lavanda, mirto y boj que había en el jardín.

—Podrías haber metido a la niñera en un lío —dijo con tono despreocupado. Como si de un niño se tratara, había cogido una brizna de hierba y estaba sujetándola entre los pulgares para hacer un pito.

Poggio se había quedado extrañado.

—¿La niñera? Yo no me meto en los asuntos de la niñera. ¿Por qué pensáis que lo

haría? Esa mujer me cortaría la cabeza si pudiera.

—Me refiero a la ruda. A la ruda que pusiste en el preparado que le dejó a la princesa en la mesa del pabellón. Podrían haberle echado la culpa de eso.

Poggio alzó los brazos y, si Segismundo no llega a cogerlo por el cinturón, habría caído por la pendiente. Cuando hubo recuperado el equilibrio, miró con gesto ceñudo alrededor para ver si a alguien le había parecido gracioso el percance que acababa de sufrir, pero Benno estaba distraído, sencillamente, y Segismundo no parecía haberle dado importancia.

—Fui un imprudente. Sólo me asomé. Como no se oía ningún ruido, me pregunté si la princesa se habría levantado y se habría ido. Siempre quería saber dónde estaba para mantenerme alejado de ella. Pues bien, estaba dormida —se volvió agarrándose a una mata de hierba y miró la espaldera y la bóveda del pabellón, que se erguía encima de ellos—, tumbada en ese sillón de ahí. Sobre la mesa había unas copas; una de ellas contenía una pócima. Entré sigilosamente —Benno imaginó a Poggio entrando de rodillas—, lo olí y pensé: «Seguro que si le echo un poco de ruda aquí no lo nota». La idea me vino a la cabeza enseguida, —dijo señalando el paisaje que los rodeaba—: hay ruda por todas partes y esta clase de trastadas son habituales en la corte. Una vez me destrocé el estómago vomitando un preparado de vino y leche. —El recuerdo obligó a Poggio a hacer una mueca—. Así que fue fácil: salí un momento, cogí unas hojas de ruda, las desmenucé y las metí en la maloliente pócima que había en la mesa. Si le supo peor de lo habitual, seguro que pensó que sería el doble de eficaz. Confiaba en la niñera; para ella era insustituible.

Segismundo sopló sobre la brizna de hierba y se oyó un ruidillo como el que produciría un mosquito al quejarse.

—¿Y cómo pensaba arreglárselas la princesa cuando la niñera volviera a la corte con su excelencia?

—¿Quién os ha dicho que iba a volver a la corte? Seguro que la princesa recurrió a sus mañas de siempre para que la niñera se quedara aquí como regalo de bodas. «Pide y se te dará», esa era su técnica. Reaccionaba como una bruja cuando no se cumplían sus deseos; así conseguía lo que quería. —Poggio ahuyentó de su cara una abeja impertinente—. Las monjas no consiguieron enseñarle el significado de la palabra codicia. Ni el de gula. Casi siempre comía en exceso, supongo que porque en el convento no le habrían dado muy bien de comer. En la corte le tenía sin cuidado su peso; además, no tardó en enterarse de que la niñera podía arreglarle los problemas de estómago con facilidad. Luego había ocasiones en que se ponía como loca y se ponía a bailar, jugar y gastar bromas, y la niñera también tenía que prepararle un remedio para eso. —El bufón se inclinó, apoyó las manos en las rodillas y miró a Segismundo de soslayo—. He oído decir que anoche tomó un somnífero. ¿Se lo dio la niñera?

—Ella dice que no.

—Si estaba dormida cuando la niñera volvió con el digestivo... —Poggio juntó

los puños bajo la barbilla, los separó vigorosamente moviéndolos hacia las orejas y sonrió—. Si dejó el preparado y la princesa no lo bebió, ¿quién podría sospechar de ella?

—¿Crees que la niñera sería capaz de hacerlo para impedir que la dejaran aquí? Me parece una medida un tanto desesperada, Poggio.

—Incluso vos os desesperaríais si supieseis que ibais a estar sometido a la voluntad de la señora Ariana. Además, no hay que olvidar que la niñera tiene a sus queridos niños en Altamura.

—¿Tiene hijos?

—Sus hijos son los de su excelencia. Los adora. Son sus niñitos, sus criaturas... Sería capaz de matar por ellos. Os lo aseguro.

—¿Y lo único que querías era que la princesa se pusiera enferma?

La boca de Poggio estaba hecha para reír e, inevitablemente, se dibujó en ella una sonrisa.

—¡Imaginaos que vomita encima del príncipe! ¡Habría sido la monda! —exclamó dándose una palmada en el muslo. Biondello, desprevenido, empezó a ladrar; al oírlo, Benno se alarmó y pensó: «Espero que no coja la costumbre a hacer esta clase de cosas. No puedo ir por ahí con una camisa que le ladra a la gente. Me echarían de todas partes con más rapidez de lo habitual. Los enanos de aspecto amenazador no le sientan nada bien a este perro».

—¡Señor Segismundo! Por fin os encuentro. —Detrás del pequeño muro que se alzaba en lo alto de la pendiente había un paje, jadeante y con cara de preocupación, y vestido con la librea del príncipe—. Su alteza desea veros ahora mismo.

No había que tener mucha imaginación para adivinar por qué. Mientras Poggio se perdía entre los matorrales, Benno siguió a Segismundo y se preguntó qué diría su señor cuando el príncipe le preguntara si había encontrado al asesino de su esposa. Vaya malcriada. Si la princesa no hubiera muerto y hubiese seguido comportándose de la manera que la niñera y Poggio habían descrito, al príncipe tal vez no le habría quedado otro remedio que contratar a un asesino.

¿Y si hubiera sido eso precisamente lo que había hecho?

«¿Crees que sería capaz de mentirte?»

El príncipe Galeotto se encontraba en un estado lamentable.

Perder a la esposa supone siempre una gran conmoción para un hombre, pero si además ese hombre es un príncipe y la pérdida de la esposa supone a su vez la pérdida de una alianza, la conmoción es doble.

En consecuencia, el príncipe había hecho lo que cualquier hombre haría tras semejante noche de tragedias: ahogar sus penas en alcohol. De ahí que hubiera tardado tanto en llamar al misterioso hombre de la duquesa. Recibió a Segismundo sentado a la cama, con todo el aspecto de alguien que preferiría estar en ella tumbado boca arriba con las cortinas corridas para ocultarse del mundo. Su cara parecía un estudio de las tonalidades que hay entre el morado lavanda y el ocre marfil.

—¿Lo habéis encontrado? —Hizo la pregunta con toda la agresividad que le permitía expresar el agudo dolor de cabeza que sufría. El príncipe sabía perfectamente bien que aún no habían encontrado al asesino, porque de lo contrario el villano habría sido arrastrado hasta sus aposentos envuelto en cadenas y arrojado a sus pies. Así y todo, tenía que demostrar su preocupación por la búsqueda del responsable de la muerte de su esposa y estaba seguro de que el tal Segismundo, el hombre de confianza de la duquesa Violante, le informaría de todas las novedades al respecto.

—Alteza, tengo la confianza de que...

—¿Os hacéis..., os hacéis cargo de que se rumorea que tal vez haya sido yo quien la ha matado? Dicen que me oyeron discutir con ella en el pabellón. —Con la indignación, el tono morado lavanda pasó a púrpura jaspeado.

—¿Y lo hizo vuestra alteza?

Galeotto hizo un ruido con sus labios parecido al que se oye cuando se saca el tapón de una botella.

—¡Bah! No fue nada. Una riña de enamorados. Ya sabéis cómo son las mujeres. —El príncipe miró a Segismundo convencido de que lo sabría y se preguntó si cuando no le quedara más pelo en la cabeza tendría un aspecto tan impresionante como el de él. Evidentemente, la medida de raparlo antes de que se le cayera en exceso era digna de consideración, pensó, aunque él aún tenía pelo para rato—. Estaba celosa porque le regalé unas pulseras a la señora Zima... —Aquel hombre ya se habría enterado de ello. En la corte no existían los secretos.

—Entonces los botones de vuestra manga quedaron enganchados en la pulsera de la princesa durante la riña.

Aunque el tono era deferente, la pregunta era como para encolerizarse. Sin embargo, Galeotto ya sabía que alguien acabaría por hacérsela. Hipólito querría enterarse de lo ocurrido, de modo que no le quedaba otro remedio que dar una explicación.

—¡Ah! ¡Los botones! Como os he dicho, tuvimos una riña de enamorados, pero luego hicimos las paces y nos abrazamos. Supongo que sería entonces cuando se engancharon en la pulsera. —Al cabo de un instante durante el que pareció reconsiderar lo que acababa de decir, agregó—: Fue un abrazo de los apasionados, ¿comprendéis? Ah, mi querida esposa y yo sólo pudimos pasar una noche juntos...

Debido al vigor con que había subrayado el patetismo de lo que acababa de decir, el príncipe se golpeó el muslo en el punto en que se une con la rodilla, con tal fuerza que las lágrimas afloraron a sus ojos y el dolor de cabeza se le agravó. Dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas, lo cual no era para menos, pues estaba preguntándose si Hipólito le exigiría que le devolviese parte de la dote.

—¿No os fijaríais si la princesa había bebido del vaso que estaba sobre la mesa?

Galeotto lo miró con los ojos desorbitados. ¿Cómo iba a fijarse en algo tan trivial? Los príncipes no pueden permitirse el lujo de desperdiciar su atención.

—¿El vino? No tengo ni idea. ¿Qué tiene eso que ver con la muerte de mi esposa? ¿Qué habéis averiguado?

—Alteza, cabe la posibilidad de que el asesino se acercara al pabellón por el arroyo que corre al pie de la pendiente. En la orilla se han encontrado marcas de una barca y pisadas...

—¿Pisadas? ¡Pisadas! ¿Cómo se puede encontrar a ese hombre?

—Con una descripción, alteza. Alguien vio desde el pabellón a un hombre alejarse por el arroyo. En un momento dado la luna le iluminó la cara.

Galeotto volvió a mirarlo con ojos desorbitados. Desconocía los métodos de trabajo de los asesinos profesionales y no sabía si tenían por costumbre mostrar la cara a la luz de la luna.

—¿Qué aspecto tiene? ¿Por qué no lo habéis capturado ya?

—Por lo que se refiere a su aspecto, vuestra alteza me comprenderá si no se lo describo ahora. —Segismundo alzó un dedo a la altura de la nariz—. En este lugar las paredes oyen. Además, tengo la esperanza de poder traer al villano a la presencia de vuestra alteza entre hoy y mañana. Dispongo de la información necesaria para capturarlo.

Galeotto estuvo a punto de olvidarse de su dolor de cabeza. ¡Aquel hombre era un brujo! ¡Un mago! De todos modos, lo que más importaba en aquel momento era su alianza con Hipólito. Había que salvarla a toda costa. Entonces se dio cuenta de que podía sonreír. Extendió una mano, que Segismundo besó, y dijo:

—Si me lo traéis, os haré rico. No os demoréis; sé que la duquesa quiere hablar con vos.

Segismundo estaba en lo cierto en lo referente a las paredes, por supuesto.

Cuando salió de los aposentos de la duquesa se encontró a Benno asombrado de lo que les había oído decir a los sirvientes.

—Dicen que sabéis con exactitud qué aspecto tiene el asesino y dónde se encuentra. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

—Eh, Benno, ¿crees que sería capaz de mentirte?

El objeto de deseo

—¿Le habéis mentido al príncipe? —preguntó Benno en voz baja. Aunque su señor nunca era innecesariamente generoso con la verdad, podía meterse en un lío si se dedicaba a engañar a los príncipes. Segismundo estaba agradeciendo con una sonrisa las reverencias con que los cortesanos que pasaban por el pasillo estaban demostrando lo veloces que eran cuando se trataba de distinguir a las personas en alza.

—En absoluto. Le he contado lo que podría haber ocurrido, mientras que a la duquesa le he contado lo que creo que ocurrió realmente. —Segismundo alzó la manos y las abrió—. La verdad es un pez difícil de pescar. Tendremos que emplear una red para capturarla.

A Benno le vino a la cabeza la imagen de una mujer ahogada a la que sacaban a la superficie en una red, mezclada con otra en que la Verdad aparecía en el fondo de un pozo. Por desgracia, su imaginación sólo le permitió ver la cara de la princesa estrangulada.

—¿Qué le habéis dicho a la duquesa entonces?

Segismundo bajó por la escalera que llevaba al patio del palacio a una velocidad de vértigo. Benno sujetó a Biondello en su pechera y echó a correr dando un tropezón. Su señor estaba de un humor excelente.

—A su excelencia le he dicho que alguien de la corte estaba confabulado con el asesino y que alguien le dio un somnífero a la princesa para que no surgieran dificultades al matarla. —Cuando llegaron a la fuente central, Segismundo se lavó la cara. El agua resplandecía a la luz del sol. Se sacudió las gotas de su rasurada cabeza y luego acarició la cabeza del león de mármol de cuya boca brotaba el agua—. También le he dicho que alguien le hizo una señal al estrangulador para indicarle que la princesa estaba dormida y que no había peligro.

Biondello sacó de pronto la cabeza del jubón de Benno y trató de dar una lametada al agua. Benno le acercó al canto de la taza y se volvió hacia Segismundo.

—Pero entonces la persona que lo hizo puede llegar a enterarse de que lo sabéis y, si está confabulado con el asesino, lo más probable es que se lo diga y que éste os venga a buscar, ¿no? —balbuceó consternado.

Segismundo se sentó en el escalón y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Y de qué otra manera voy a encontrarlo? Si todavía se encuentra en la ciudad, pronto le llegará el rumor de que un entrometido está cavando su propia tumba. Tal vez no venga por iniciativa propia, ya que realmente no tiene motivo para hacerlo,

pero la persona que llevó la pócima al pabellón y dio la señal tratará de acabar conmigo antes de que yo los descubra.

Benno guardó silencio. Biondello, que había sumergido su hocico en el agua con demasiado entusiasmo, estornudó sobre ellos y a punto estuvo de resbalar y caer en la taza llevado por su vehemencia. Benno lo puso en el suelo y luego se sentó lentamente. Aunque la garganta de Segismundo era grande y fuerte, él había oído decir que los estranguladores sabían moverse sigilosamente, echar rápidamente una soga con pesos alrededor del cuello de su víctima y tirar de ella antes de que uno se diera cuenta de lo que estaba sucediendo.

De todos modos, si el hombre que podía amenazar de muerte a Segismundo era un profesional, su señor también lo era.

Y aun así, daba miedo pensar que Segismundo se hubiera puesto por voluntad propia a tiro del asesino. En aquel lugar, el patio de palacio, estarían a salvo al menos por el momento. Las únicas personas que allí había eran los sirvientes de palacio, que iban de aquí para allá absortos en sus quehaceres, llevando platos, mensajes, caballetes... Dos de ellos acarreaban un pesado cofre pintado. Todos parecían estar demasiado ocupados como para preocuparse de hacer otra cosa que no fuera dirigir una mirada a los hombres que había sentados en el escalón de la fuente.

De pronto se oyó un clamor de voces y risas proveniente de un grupo de damas que se dirigía al ala sur. Por un momento habían interrumpido el respetuoso silencio que en teoría tenían que guardar las personas que estaban de luto por la princesa; aunque iban de negro, violeta y gris, llevaban una redecilla dorada en el pelo y listas de plata en las mangas.

—¡Señor Segismundo!

Las damas no estaban tan absortas como para dejar de fijarse en lo que sucedía alrededor, por lo que cuando el hombre de la cabeza rapada se levantó y echó a andar, todas sus miradas se fijaron en él. La que había pronunciado su nombre estaba acercándose a él acompañada de un susurro de faldas. Se trataba de la señora Leonora, la misma cuya presencia había sido requerida la noche anterior para consolar al príncipe Galeotto. Benno se quedó mirando, impaciente por oírla. Su señor escuchó, hizo una reverencia y regresó a la fuente. Estaba sonriendo.

—¿Qué os ha dicho?

—Quiere que vaya esta noche a su casa de la ciudad, Benno. Dice que aquí no puede hablar, que sería demasiado peligroso..., para los dos.

¡Peligroso! Aquella noche, mientras seguía a su señor por las calles de Borgo, Benno no sabía qué prefería: que la luna brillara con mayor intensidad para que los asesinos no pudieran ocultarse en las sombras o que la oscuridad fuera absoluta para que todos, incluidos los posibles asesinos, se encontraran en una situación igualmente desfavorable. Afortunadamente, la casa de la dama no estaba lejos del palacio y de la abadía, en cuyas celdas se alojaban gracias a la amabilidad y hospitalidad del abad.

—Fíjate, el escudo de armas de Botardo y la sedería... Veamos ahora en qué

consiste ese secreto.

En el momento en que Segismundo levantaba la mano para llamar a la puerta, ésta se abrió misteriosamente y una sirvienta apareció en el umbral con una antorcha en la mano. Encorvada y desdentada como una bruja, dijo unas palabras entre dientes y les hizo una señal de que la siguieran por las escaleras al piano nobile.

Segismundo dejó a Benno sentado en un banco del oscuro y vacío corredor de la casa, por cuya ventana entraba el aire de la noche, y fue conducido a una pequeña habitación que había enfrente de la entrada de la logia y que estaba igualmente a oscuras. La estancia, en la que se respiraba un aire perfumado, estaba decorada con madera dorada y unas cortinas de algodón de color añil y adornadas con estrellas de oro que la suave brisa apenas lograba agitar.

—Mi señora está aquí dentro.

La mujer cerró la puerta y Segismundo se quedó mirando por un instante la lujosa habitación, que estaba amueblada con una cama cubierta de cojines adornados con bordados de oro, varios taburetes forrados de brocado y diversos arcones. Todo estaba decorado con brillantes faraceas de nácar. Si bien aquel dormitorio no era como las habitaciones del recibo al uso, lo habitual era recibir a los invitados y las visitas en él. Los frescos que cubrían sus paredes no eran como los tranquilos paisajes que decoraban el de la señora Zima. En una de ellas se había pintado a Venus y Marte abrazados bajo la atenta mirada de una multitud de amorcillos, algunos de ellos volando, otros jugando con la abandonada armadura de Marte. Al lado de la cama se veía a Leda flotando sobre unas nubes y envuelta en las alas del cisne cuyas suaves plumas acariciaban su piel perlina. Mostrando un aspecto más frío que el suyo, se erguía sobre un pedestal una estatua de Venus que estaba despojándose de una túnica de mármol.

Las cortinas de la cama, que eran de una seda de verano, ligera y rosácea, estaban sujetas de una corona colgada del techo y caían como si fuesen un par de brazos que se abrieran acogedoramente para mostrar el lecho.

Un suave sonido anunció la llegada de la señora Leonora. Se volvió para cerrar la puerta y se acercó a Segismundo con un susurro de satén. Se había deshecho el peinado que lucía en palacio y ahora llevaba el pelo recogido en un sencillo moño. El susurro de satén lo había producido con la holgada bata de color bronce que llevaba.

Dio la mano a Segismundo para que se la besara y, cuando éste se inclinó a hacerlo, se acercó a él cerrando los dedos sobre los suyos y envolviéndolo en una espesa vaharada de frangipani. A continuación lo condujo hasta una silla que había entre el Venus de mármol y la cama y, sin mediar palabra, empezó a servir vino. Las copas y la jarra estaban sobre el estante de la cabecera, por lo que no había mucha distancia entre ellos.

—¿Qué es lo que tenéis que decirme, señora? —Segismundo no había aceptado su invitación para que se sentara. Ella alzó la vista y le ofreció una copa de vino. Tenía la boca pequeña, la nariz algo respingona y unos párpados que le daban un

cierto aire cansino. La sonrisa era de seguridad. Se acomodó en los cojines que cubrían el escalón de la cama y él se sentó en la silla.

—Sí —dijo ella—. Se trata de un asunto serio. —Por su tono de voz se diría que lamentaba tener que tratar un tema serio con seriedad—. Pero quería decirle algo más; por ejemplo: no creo que pueda sacarse la conclusión de que el príncipe es culpable del hecho de que sus botones estuvieran enganchados en la pulsera de su alteza. La princesa la había llevado puesta todo el día, de modo que pudieron darse multitud de ocasiones para que los botones se quedaran prendidos en ella. —Apoyó un codo sobre la cama y el bronceo satén se deslizó por su brazo dejando al descubierto su hombro y todo el pecho que puede permitir ver una bata de corte—. No, cuando los vi me quedé sorprendida, pero luego pensé en la interpretación que cualquier persona podría dar a aquella circunstancia, y como conozco al príncipe... —Bebió un trago de vino y se pasó la copa por la otra mano. Su voz, en la intimidad de su habitación, era suave, desprovista de énfasis—. La princesa era joven y testaruda. Es cierto que su comportamiento... —Su mano parecía moverse con independencia de lo que estaba diciendo. La extendió, abrió el broche de metal de la capa que llevaba Segismundo, se la quitó y la dejó sobre el respaldo de la silla. Él la miró con ojos sombríos, haciendo oscilar la copa de vino debajo de la nariz para percibir su aroma. Ella prosiguió—: Si no hubiera muerto, habría aprendido las costumbres de la corte y seguramente... Pero esta extraordinaria tragedia... —Su mano recorrió sin ninguna prisa el pecho de Segismundo hasta llegar a la hebilla de su cinturón, sobre el que sus dedos parecieron moverse por voluntad propia—. Nadie acierta a comprender lo sucedido... Evidentemente, la princesa tenía enemigos que la seguían desde el lugar en que vivía antes, porque aquí no hay nadie que tenga motivos para... La posición de una esposa es inatacable. Ella habría acabado viendo que no cabe ofenderse con una persona de categoría inferior cuya posición depende del capricho del príncipe. —La hebilla se abrió y el cinturón quedó suelto. La espada fue a caer entre los pliegues de la capa que envolvía la silla.

Segismundo la miraba con atención, pero al igual que ella, inexpresivamente. Parecía observar el movimiento de sus labios, la manera que tenían de unirse y separarse, de subir y bajar. La señora Leonora apoyó la mano en la suya y le acercó la copa a los labios. Segismundo sonrió, la inclinó considerablemente, bebió y la dejó sobre el pedestal de Venus. Ella se levantó lentamente mientras él se limpiaba la boca y se deshizo asimismo de su copa. Entonces se volvió hacia él, extendió las manos y, sin cambiar el tono de voz, dijo:

—Creo que vos y yo tenemos mejores cosas que hacer que pasarnos toda la noche hablando sobre desgracias.

Él se levantó y sonrió.

—Mmm... Tenéis razón. —En lugar de cogerle las manos que le ofrecía, Segismundo avanzó, obligándola a aceptar su cercanía o a retirarse. Ella no se movió salvo para levantar la cara y mirarle la boca; cuando vio que él inclinaba la cabeza,

separó los labios.

Deslizó los brazos en torno a él y dejó escapar un suspiro, tras lo cual retrocedió y subió a la plataforma de la cama mientras la bata se le caía sin llegar a dejar al descubierto su dorada desnudez. Detrás de ella, Segismundo oyó un leve sonido y se apoyó en el suelo sobre una rodilla como si quisiera rendir homenaje a su belleza. Un extraño runruneo invadió la habitación como si un pájaro invisible estuviera volando por ella y, de pronto, la cabeza de Venus soltó un chasquido y cayó al suelo.

Segismundo se había apartado de un salto con el cuchillo de su bota en la mano para enfrentarse al hombre que había surgido de entre las sombras para abalanzarse sobre él. Arrojó un cojín que había cogido de la cama y el cuchillo que acababa de dibujar un fulgurante arco en el aire tras ser lanzado por el desconocido salió volando y derribó a su paso una siseante vela. En un instante, un segundo cuchillo apareció en su mano. Segismundo se había puesto detrás de la silla, había cogido la capa y se la había enrollado en torno al brazo izquierdo. A continuación sólo se oyó el sofocado jadeo de la mujer que se apretaba contra los cojines y el deslizamiento sobre el suelo de los pies de los hombres, que habían empezado a moverse el uno en torno al otro para medirse las fuerzas y encontrar la ocasión de lanzar la mano y hundir la hoja en la garganta o el corazón del adversario. Segismundo saltó para evitar lo que resultó ser una finta del desconocido, y entonces vio su cara. Se trataba de una cara curtida, de facciones angulosas, bien parecidas, con un lunar al lado de la gran boca. Estaba tranquilo, concentrado; ni un gesto de nerviosismo. Aquél era el profesional que había estado buscando, el hombre que había tratado de acabar con él lanzándole unas bolas y un cuchillo. Si era tan hábil como Segismundo suponía, aprovecharía la primera ocasión que se le ofreciese para terminar su trabajo.

En un lance Segismundo vio cómo su brazo empezaba a empapar de sangre su capa; acto seguido el desconocido recibió un golpe en el muslo y dio un traspiés, pese a lo cual logró zafarse de la cuchillada de su contrario.

«Oh, ella es la más bella, el objeto del deseo...».

Al son de los tañidos de un laúd alguien había comenzado a cantar con voz desafinada en el jardín.

«Que abrasa al tiempo que consume mi fuego».

La voz era inconfundible; el príncipe Galeotto se hallaba en el jardín. Las personas que estaban en la habitación se quedaron quietas, incluso contuvieron la respiración por un instante. La situación pareció echar marcha atrás. El desconocido retrocedió rápidamente sin hacer ruido ni dejar de mirar a Segismundo en ningún momento hasta que desapareció entre las sombras que envolvían los visillos de la logia, que parecieron suspirar acariciadas por la brisa.

Sin detenerse siquiera a mirar a Leonora, que seguía acurrucada sobre la cama, Segismundo recogió el cinturón de su espada y, con otro rápido movimiento de mano, el cuchillo y las bolas que el desconocido le había lanzado. El cerrojo de la puerta estaba echado; lo descorrió, salió de la habitación, fue a buscar a Benno y bajó por las

escaleras.

En el jardín, el príncipe Galeotto comenzaba la segunda estrofa de su canción.

Daño inminente

Sentado en el banco del pasillo, Benno no había oído nada. Por lo que conocía a su señor y el aspecto que tenía la dama, no esperaba que la entrevista fuera a durar poco, de ahí la gran sorpresa que le produjo ver cómo aparecía Segismundo y, cual huracán, lo arrastraba escaleras abajo en dirección al vestíbulo de la casa. La bruja, que estaba dormitando a la luz de una vela en una concavidad de la pared, despertó farfullando una queja cuando Segismundo abrió la puerta. Éste miró afuera, empujó a Benno al exterior, arrojó una moneda a la mujer y se marchó.

Segismundo no habló ni le dio a Benno ocasión de hacerlo. En lugar de molestar al portero de la abadía para que les abriera las puertas, entraron en el monasterio escalando el muro exterior del jardín. Benno arrojó a Biondello por encima del muro para que Segismundo lo recogiera y fue a reunirse con ellos, añadiendo durante el ascenso un desgarrón a los muchos que ya tenía en el jubón. Incluso a la luz de la luna, sin el calor necesario para que despidieran su olor, las hierbas del patio perfumaban la oscuridad de la noche.

Cuando llegaron a la celda, la curiosidad de Benno había alcanzado un nivel crítico. Cogió a su señor de la enrojecida manga y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Ha sido ella quien os ha hecho esto? —Formular todas aquellas preguntas era una temeridad, por mucho que hablara en voz baja.

Segismundo había inclinado la cabeza y se estaba dando un masaje en el cuello. Benno pensó que lo tendría tenso.

—¿No has oído nada? El príncipe nos ha interrumpido.

—¿El príncipe? Pero ¿qué pretende esa mujer? ¿Que os manden a la horca? ¿Y esto qué es? —preguntó mientras sacudía la manga.

—Lávalo. Tengo un unguento aquí. Sí, es posible..., muy posible que eso fuera lo que tenía planeado, a juzgar por el vino que no he bebido. —De pronto, se echó a reír—. ¿Y dices que no has oído al príncipe? Estaba en el jardín. ¿No lo has oído cantar?

Benno vertió agua.

—¿Cantar? —Trató de recordar los segundos previos a la repentina y obligada carrera hasta la calle—. ¿Acaso no era un gato?

—Los gatos también creen que sus maullidos son una serenata.

Benno le había desabrochado la manga y ahora estaba recogidosela. Su señor se inclinó para que la luz de la luna que entraba por la parte le iluminara el brazo.

—No es grave... ¿Una serenata? ¿Estaba dándole una serenata a la señora

Leonora cuando no ha pasado ni siquiera un día desde la muerte de la princesa?

—Eh, Benno, si las ideas que tienen los príncipes sobre lo que es correcto pueden parecer extrañas es porque lo que hacen los príncipes es correcto. Ellos son quienes hacen las reglas. Además, creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el príncipe no está lo que se dice destrozado por la tristeza. —Segismundo estaba soltando su manojo de hierbas con la mano que tenía libre—. Como pudimos ver en cuanto murió la princesa, necesita que lo consuelen y, en este momento, parece ser que es la señora Leonarda quien se encarga de ello.

—No sería nada bueno que el duque Hipólito se enterara de esto. Pero ¿cómo os habéis hecho esto? —le preguntó Benno con tono exigente al tiempo que le aplicaba el unguento—. Y ¿qué es eso que habéis dicho sobre un vino?

—Mmm... Tenemos un problema: el estrangulador ha escapado.

—¿Escapado? ¿De dónde?

—Ha tratado de matarme hace un momento. —Segismundo sacudió su capa encima de la cama, cogió lo que cayó de ella y lo puso a la luz de la luna. Sobre la palma de la mano había un cuchillo y una singular cuerda con un peso atado a cada extremo.

Benno estaba confuso. Su señor se hallaba sentado delante de él, palpablemente vivo, por lo que cabía suponer que el hombre que había intentado matarlo estaba muerto. Sin embargo, había escapado. Era la primera vez que ocurría algo así en el tiempo que llevaba al servicio de Segismundo. La llegada del príncipe los había interrumpido, eso había quedado claro, pero había ocurrido algo más. Benno sentía insatisfacción, incluso enojo en el comportamiento de su señor, algo insólito en él. Ahora se disponía a dormir; se había tumbado en el jergón, había dejado su espada al alcance de la mano y estaba tapándose con la capa. La luz de la luna iluminaba ya el crucifijo que había en la pared y daba la impresión de que la figura miraba a los dos hombres.

—No lo he matado, Benno —dijo Segismundo—, porque no he conseguido evitar que se me escapara. Me lo tengo merecido; lo único que he hecho bien ha sido desconfiar del vino. Seguramente habrían echado alguna droga en él.

Al oír su tono de voz, Benno no se atrevió a hacer más preguntas y se quedó tumbado mirando cómo iba desapareciendo la luz de la luna y preguntándose qué diablos habría salido mal. La mayor suavidad y lentitud de la respiración de su señor le indicó que se había quedado dormido. Su fe en la infalibilidad de su señor era inquebrantable. En el caso de que hubiera cometido un error, lo habría subsanado cumplidamente. Benno trató de no pensar en las cuerdas con las bolas, cambió de posición a Biondello, que se había sentado sobre su pecho, y se durmió. No despertó cuando poco después la campana de la abadía anunció maitines y los monjes que ocupaban las celdas que tenían a cada lado empezaron a cruzar el patio en dirección a la iglesia de la abadía. A la ciudad de Borgo le hacían falta sus plegarias. Aquel día iba a celebrarse el funeral por la princesa Ariana.

Era, precisamente el día en que se tenía previsto celebrar la magnífica cacería que se había organizado en honor de la novia para compensar por la que se había cancelado el día anterior de la boda. El encargado de los perros de caza del príncipe estaba deprimido; aunque no esperaba que éste tuviera tan poco respeto por las normas del decoro como para celebrar la cacería a pesar de lo ocurrido, lo angustiaba pensar en la cantidad de días que podrían pasar antes de que su alteza decidiera disfrutar de nuevo de su segundo pasatiempo favorito. Para animarse, una vez hubo dado de comer a los perros, llamó a su mejor mastín, Guerrero, y abrochó en torno a su musculoso cuello el collar que debería haber llevado si todo hubiera ido bien, el grueso collar de cuero con tachones y clavos de acero que le servía para protegerse de los colmillos de sus presas. Le levantó el hocico, le acarició la papada y le dedicó varias palabras cariñosas mientras le prometía la celebración de futuras cacerías. Un ruido repentino, el tañido de la campana de la abadía, que iba a repicar todo el día, los sobresaltó. Guerrero, que era un animal tan nervioso como agresivo, se soltó y se alejó enloquecidamente a la carrera. El maestro perrero se despreocupó, pues los sabuesos del príncipe solían vagar por el palacio y sus tierras. Además, era poco probable que sufriera algún percance; no serían muchos los desconocidos que se atreviesen a acercarse a él.

Un percance, sin embargo, era lo que estaba a punto de sufrir cierta persona.

Camino de la tumba

El funeral de la princesa iba a ser todo lo impresionante que fuera posible, por cuanto se estimaba absolutamente necesario que la duquesa Violante transmitiera una impresión positiva al padre de la difunta. A pesar de que sólo se tardaba día y medio en llegar a Borgo, el duque Hipólito no podía acudir al oficio. No se encontraba bien, según había informado. Se suponía que estaba postrado a causa de la aflicción.

Los concejales de la ciudad temían que la indisposición del duque fuera una señal de que creía que su yerno estaba implicado en la muerte de Ariana. Los rumores que se habían difundido por todo Borgo podrían haber llegado a Altamura y quienes los habían lanzado no dudaban en sugerir que Galeotto podría haber perdido la paciencia y la novia a un tiempo. Tal vez el duque sólo estuviera esperando a que su duquesa regresara sana y salva a Altamura para mostrar su ira e incluso declarar la guerra. Si bien era cierto que en aquel momento no tenía ningún condottiero a su servicio, siempre había alguien a la espera de que estallase una guerrecita que implicara el mínimo riesgo y la mayor cantidad de botín posibles. Y en Borgo había mucho botín del que apoderarse.

Por añadidura, Galeotto necesitaba la alianza con Altamura a fin de fortalecer su posición con respecto a otro vecino, Vincenzo de Venosta. Pedirle al duque Vincenzo la mano de su hija cuando él estaba enterrando a la hija del duque Hipólito sólo podía entrañar dificultades. Seguramente no le inspiraría mucha confianza.

La procesión no tenía un trayecto muy largo. Sólo iría desde la capilla del palacio, donde la princesa había recibido las primeras honras fúnebres (y donde Brunelli había pintado unos espléndidos frescos antes de verse obligado a abandonar la ciudad) hasta la abadía, donde el abad iba a celebrar la misa de difuntos. Aunque la procesión, por tanto, sólo tenía que cruzar dos plazas, también debía pasar por tres lados de la plaza de la abadía, con el objeto, al parecer, de permitir a un mayor número de personas presentar sus respetos a la difunta y, de paso, para que el funeral resultara más espectacular. Como todos los jueves, había mercado y feria en las dos plazas, de modo que ambas estarían concurridas. Y es que, aunque alguien hubiera muerto, los demás tenían que seguir viviendo, por lo que no se había intentado suspender ninguna de las dos actividades. En realidad, el príncipe pensaba que, con los campesinos que habían acudido a la ciudad para vender sus productos, la muchedumbre que iba a reunirse en las plazas sería tal que parecería que se trataba de un homenaje a la princesa.

Así pues, la mayoría de los puestos fueron colocados en las plazas en sus lugares

habituales; durante la procesión y la misa, sus dueños cubrirían respetuosamente sus productos con telas y el comercio público quedaría interrumpido. El comisario del príncipe había inspeccionado el recorrido y se había asegurado de que había sitio suficiente para que pasase la procesión y de que la multitud se mantenía en su sitio para no convertirse en un obstáculo. Las dos calles que daban a la plaza del palacio habían sido cortadas con sendas barreras a fin de evitar las aglomeraciones; las guardias del comisario y del palacio ataviados con unos viejos y polvorientos tabardos negros o, en su defecto, con unos confeccionados apresuradamente para la ocasión, compartían el deber de controlar a la multitud. Algunos campesinos que no habían podido acudir a la emocionante boda por motivos de trabajo descubrieron que la rutinaria visita al mercado incluía aquel día el suplemento de un funeral, con lo que ello suponía de ventas y diversión gratuita.

A mediodía, un amortiguado toque de tambor anunció el comienzo de la procesión. Se había congregado tal muchedumbre a lo largo del recorrido que ya no quedaba sitio para las personas que seguían acudiendo, por lo que éstas fueron ocupando las calles y callejones que daban a las dos plazas. Las ventanas estaban atestadas, los puestos cubiertos en honor a la difunta, los guardias habían dado la vuelta a sus picas, los hombres se habían quitado los sombreros y las capuchas y algunas mujeres lloraban: «Sólo tenía quince años. Tenía toda la vida por delante». La suerte que había corrido la princesa hizo que muchos pensarán en uno de los sermones del abad: «La muerte está en todas partes y aparece cuando menos se la espera».

Mientras meditaba en ello, Benno, que se encontraba en la pendiente en que la plaza del palacio se estrechaba y desembocaba en la de la abadía, estaba siendo estrujado detrás de una barrera, hasta el punto de que Biondello se asomó medio cuerpo fuera del jubón, apoyó las patas delanteras sobre la barra de madera y se puso a mirar con gesto inteligente al camino que la procesión tenía que recorrer. Se quedaban cortos, pensó; la muerte podía estar acechando en cualquier parte, y de hecho en aquel momento estaba buscando a su señor. El problema residía en que Segismundo no era una persona que pasase inadvertida. La duquesa Violante le había pedido expresamente que no se apartara de su lado. Aunque Segismundo no le había dicho a Benno si la duquesa le había explicado el motivo de su petición, éste pensaba que tal vez, a raíz de la caída de la efigie, la esposa del duque Hipólito pensase que las procesiones, fueran del tipo que fuesen, suponían un peligro. Quizá tuviera la misma impresión que él; era muy posible que los estranguladores estuvieran buscando una nueva ocasión para atacar.

No eran ellos los únicos que presentían alguna clase de peligro. Los concejales y cortesanos del príncipe Galeotto habían pedido encarecidamente a su soberano que se pusiera un peto debajo del jubón y una gorguera. Galeotto había rechazado la sugerencia con desdén: ¿qué estrangulador podría acercarse lo suficiente a un hombre observador y fuerte como él para abrigar esperanzas de éxito? ¿Realmente pensaban

que un asesino lograría abrirse paso entre sus guardas y acuchillarlo?

En realidad, el príncipe había aprovechado un momento en que se había quedado solo para probarse un peto y ponerse encima un jubón de terciopelo negro, pero había llegado a la conclusión de que hacía que pareciese gordo. Sabía que era un hombre robusto y que probablemente estaba algo entrado en carnes, pero... Finalmente se lo quitó.

Por otra parte, el tal Segismundo le había advertido que el asesino de su esposa, que había surgido de la nada (bueno, para ser exactos, había surgido del río), no había desaprovechado la oportunidad que había tenido. Durante la procesión, sin embargo, no dispondría de tal oportunidad, por lo que no tenía por qué preocuparse. Lo que sí le preocupaba y mudaba su rostro con una expresión sombría era la otra insinuación que había hecho Segismundo: en la corte había una persona que estaba confabulada con el asesino. El príncipe se decía que esa persona tenía que pertenecer necesariamente al séquito de Ariana. ¡No podía ser de otra manera! Fuera como fuere, lo que era aún más importante, desesperadamente importante, era que Hipólito no pensara que él estaba implicado en modo alguno con el asesinato. Con tales ideas en la cabeza, Galeotto dio una mano a la duquesa Violante para expresarle su pésame al tiempo que le apretaba los dedos, se enjugaba una lágrima y volvía la cara hacia ella para que pudiera vérsela.

Seis monjes flanqueados por sendos nobles bajaron por la escalera del palacio acarreando a la princesa en un ataúd abierto al ritmo del sordo redoble de un tambor. En un principio iban a ser los nobles los encargados de llevarla, pero al verse que uno de ellos era demasiado bajo y que los seis se mostraban incapaces de mantener el paso, se decidió cambiar de planes.

El ataúd había sido forrado con una tela de terciopelo negro en la que se habían cosido con oro los escudos de armas de Borgo y Altamura. La princesa iba ataviada con un vestido de brocado blanco, un conmovedor símbolo de su pureza y su juventud pese a resultar técnicamente inapropiado para una mujer casada. Aunque la multitud, impulsada por unas buenas dosis de morbo, hizo grandes esfuerzos por ver a su princesa estrangulada, lo cierto era que la decisión de utilizar un ataúd abierto había sido tomada una vez se había comprobado que mediante la hábil aplicación de cosméticos las manchas púrpuras que la difunta tenía en la cara podrían disimularse. Ahora que sus ojos desorbitados estaban cerrados y que su hinchada lengua se había relajado lo suficiente como para que pudieran metérsela en la boca, los espectadores no podrían ver nada que les recordase lo ocurrido.

Al lado de los acompañantes del féretro caminaban varias personas de palacio. Galeotto observó que detrás de la duquesa iba Segismundo. Ojalá fuera detrás de él. El rostro de la duquesa reflejaba una calma absoluta bajo su negro velo. Saltaba a la vista que sólo había sido una madrastra para Ariana; la dulce criatura no había tenido tiempo de ganarse su afecto. El príncipe recordó entonces que si alguien tenía que demostrar dolor era él, por lo que se las arregló para soltar un gemido. El incienso

que flotaba en el aire se mezclaba con el penetrante olor que desprendían las ramas de romero que todo el mundo sostenía. Galeotto hizo votos por que no le entraran ganas de estornudar.

Cuando al ataúd llegó a la altura de Benno, el toque del tambor y el solemne paso de la procesión llenaron sus ojos de lágrimas. Parpadeó para contenerlas y se fijó en lo que tenía delante. Otro sacerdote con un incensario. Ahí estaban el príncipe Galeotto y la duquesa y Segismundo, quien, a diferencia de los demás, no miraba el féretro. Su mirada se extendía por la multitud y se elevaba por encima de sus cabezas para detenerse en las fachadas de las casas que flanqueaban el recorrido.

Al ver que fruncía repentinamente el entrecejo en un gesto de concentración, Benno comprendió que algo estaba a punto de suceder.

Nadie excepto él esperaba el súbito ataque que lanzó Segismundo sobre el príncipe y la duquesa. Mientras la duquesa aterrizaba a poca distancia de los monjes que llevaban el ataúd como consecuencia de un violento empujón, el príncipe recibía un golpe en el hombro, perdía el equilibrio y caía sobre los caballeros que caminaban a su izquierda. No obstante, la campana continuó doblando, el ataúd siguió su camino y el tambor no dejó de sonar. La confusión no se extendió del lugar en que se había producido el ataque. Las damas de la duquesa se deshicieron de las ramas de romero que llevaban y acudieron en tropel a donde se encontraba su señora, Segismundo fue detenido por un par de guardias y, a uno o dos metros de distancia, un espectador que estaba situado en primera fila cayó al suelo sin vida.

Había metido la mano en el bolsillo del hombre que tenía a su lado sin imaginar que el juicio divino fuera a darse tanta prisa en dictar sentencia.

Sin embargo, prácticamente nadie se fijó en ello excepto Segismundo, quien había estado esperando que alguna persona cayera. Un segundo antes de empujar a las augustas autoridades que encabezaban la procesión había advertido cierto movimiento entre las sombras de una ventana, un violento remolino en el aire que le había llamado la atención.

Los esfuerzos que realizaban los guardias para inmovilizarle los brazos detrás de la espalda no parecía que estuvieran sirviendo de mucho. La multitud empezó a gritar y los monjes que llevaban el ataúd se detuvieron. La duquesa recuperó el equilibrio, se abrió paso entre sus damas y se acercó a la persona que la había salvado. Por suerte para él, la soberana lo había comprendido todo de inmediato.

—¿Dónde...? ¿Qué ha pasado?

Por toda respuesta, Segismundo la cogió de los brazos y la puso al abrigo del ataúd mientras los monjes volvían la cabeza para ver qué había sucedido.

Al príncipe Galeotto también le habría gustado saber qué había sucedido. Los magullados caballeros lo habían ayudado a ponerse en pie y cuando terminaron de examinarlo en busca de alguna herida, se sintió más aliviado incluso que ellos de saber que no había sufrido ninguna herida de arma blanca. Había perdido el sombrero, tenía la cara blanca como el papel y se diría que el ataúd le hacía tanta falta

como a su esposa.

El pájaro de la muerte

—Alteza, ha sido un hondazo. Lo han lanzado desde aquella ventana.

El guarda trató una vez más de agarrar a Segismundo por el brazo con que señalaba en dirección a la ventana. El príncipe se volvió recelosamente para examinar las fachadas de las casas. Tal vez fuera un cobarde, pero no un estúpido, y sabía, al igual que la duquesa, que acababan de salvarle la vida.

El capitán de su guardia se encontraba a su lado.

—Registrad aquella casa —ordenó el príncipe—. Y tú no seas idiota y suelta a este hombre. Vamos, vamos, que continúe la procesión. —Entonces se volvió hacia Segismundo y le dijo con firmeza—. Vos vais a ponerlos aquí. —Indicaba con el dedo un lugar situado entre él y la duquesa.

Cuando la procesión reanudó la marcha, empezó a extenderse por la multitud un rumor que puso de manifiesto el desconcierto generalizado ante lo ocurrido. El siniestro hombre de la cabeza rapada y el traje negro, cuya función de sombra de la duquesa resultaba de lo más intrigante, parecía haber perdido repentinamente el juicio. Benno oyó toda clase de conjeturas cuando el cadáver del ladrón fue recogido. Nadie sabía cómo podía haber ido a parar al suelo de manera tan inexplicable. ¿Acaso el desconocido era un mago que había manejado los hilos del destino de tal manera que fuese aquel hombre quien sufriera el trágico final que debería haber tenido el príncipe?

Un par de ojos observadores había logrado ver más que los de toda la multitud. Biondello, al que Benno había dejado en el suelo en cuanto la presión de la gente disminuyó, se fue trotando por el polvo y la grava de la calle y volvió con un guijarro para su señor. Estaba acostumbrado a recoger las cosas que la gente tiraba y, aunque pensaba que había sido el ladrón quien había arrojado la piedra, no veía ninguna razón por la que no hubiera de entregársela a su señor.

La multitud seguía comentando el ataque que habían sufrido el príncipe y la duquesa a manos del hombre con aspecto de asesino. Los soberanos no lo habían castigado, ni siquiera por agarrar a la duquesa. ¿Qué presagio lo habría llevado a apartarlos del camino de un empujón de tal modo que el rayo o el mal de ojo recayera sobre el ratero?

Mientras tanto la procesión entró en la plaza de la abadía, fue recibida por el abad y enfiló la nave principal, que había sido iluminada con un sinfín de deslumbradoras velas. La larga ceremonia dio comienzo y la princesa fue enterrada en el panteón familiar, que estaba hecho con una piedra rica en pórfido, serpentina y calcedonia, al

lado de la primera esposa del príncipe Galeotto.

Cuando la corte hubo regresado al palacio, donde el príncipe iba a recibir a los embajadores y dignatarios, Segismundo se vio por fin libre. El alguacil del príncipe le había llamado la atención cuando salían de la abadía y ahora estaba esperando su llegada. El hombre, que era pequeño y sufría una acusada cojera, sólo se dignó a darle la siguiente información:

—Han desaparecido, como era de esperar.

Segismundo se encogió de hombros.

—¿Estaba la casa vacía?

—Tanto como el corazón de un avaro.

—Quiero verla.

—Me lo imaginaba —comentó el alguacil. Antes de alejarse, Segismundo se volvió hacia Benno y le preguntó si sabía dónde había sido derribado el ratero. Benno hizo un gesto de asentimiento y se lo señaló.

—No te muevas de ahí —le dijo su señor.

Los guardias habían reducido a astillas la puerta principal de la casa y el lugar de la jamba correspondiente al cerrojo se veía ahora ocupado por un trozo de madera desgajado. La casa estaba atravesada por un pasillo que conducía a un patio comunal situado en la parte trasera del edificio y que mostraba el camino que seguramente habría utilizado el agresor para salir huyendo. Uno de los miembros de la guardia del príncipe se levantó perezosamente del suelo cuando los vio entrar.

—Como es natural, no había nadie asomado al patio —comentó el alguacil mientras le indicaba el camino por una empinada escalera cubierta de polvo, yeso y huellas de pisadas. Segismundo se inclinó para mirar de cerca, pero el comisario le dio una palmada en el hombro e hizo una señal hacia arriba. En la habitación que daba a la fachada, cuya ventana permitía que la luz del día iluminara unas paredes con el enlucido descascarillado y un suelo cubierto de polvo, yeso y excrementos de ratón, sólo se veía una clase de pisadas—. He ordenado a mis hombres que no entraran aquí.

Segismundo emitió un largo murmullo de aprobación.

—Sois un hombre que sabe lo que hace. —Segismundo se apoyó en el suelo sobre una rodilla para examinar las marcas y ver dónde se había colocado el hombre y luego avanzó para seguir el movimiento de las huellas. Finalmente se puso en el lugar en que se había colocado el hombre, miró a Benno y se encorvó ligeramente.

—En efecto —dijo el alguacil—. Yo también lo he pensado. Se trata de un hombre pequeño. —Se acercó a Segismundo, quien se había hecho a un lado, y puso los pies al lado de las huellas—. No ha podido ver a su alteza desde aquí.

—Tiene los pies pequeños, de modo que con toda seguridad debe de tratarse de un hombre pequeño —dijo Segismundo a modo de resumen—. Sin embargo, ni siquiera un hombre alto habría podido ver al príncipe desde este punto. Su blanco era la princesa.

—O vos —añadió el comisario.

—Mmm... Tal vez, aunque lo dudo. Yo estaba algo apartado. —Segismundo se frotaba el labio superior con el dedo índice. Entonces se volvió hacia el alguacil y, sonriendo, agregó—: Pero ¿quién sabe? Bien, ¿habéis encontrado algo más en la casa?

—Una persona, o quizá varias, ha estado durmiendo en el desván últimamente. Y tengo la impresión de que esta ventana fue abierta ayer o incluso antes: fijaos, el polvo ha borrado en parte las huellas que hay debajo. La persona que buscamos ha debido de esperar la llegada de la procesión detrás de la ventana.

—Sois un buen rastreador.

—Fui el cazador del príncipe hasta que un jabalí se cruzó en mi camino. —El alguacil se frotó un muslo.

—¿Vais a decirle al príncipe que no era él el objetivo de la persona que ha lanzado el hondazo? Le quitaríais un peso de encima, ¿no? —Benno había comprado un pedazo de salchicha en un puesto y estaba repartiéndolo entre su boca y la que asomaba de su jubón.

—No lo creo. Acaba de sufrir una conmoción y está convencido de que era a él a quien apuntaban. A partir de ahora sus súbditos no tendrán muchas ocasiones de verlo. —Segismundo aceptó un trozo de salchicha y siguió andando entre los puestos. La actividad en el mercado se había reanudado con un vigor añadido, como si tras la procesión y las campanadas la gente se sintiera más viva que nunca y recordase que no estaba muerta y tenía cosas que vender y comprar. Las telas con que se habían cubierto los puestos fueron recogidas, la fruta recuperó su brillo con ayuda de algún que otro escupitajo, el succulento olor de las frituras empezó a inundar el aire, se desenrollaron las piezas de algodón y lana para mostrar su calidad e incluso se expusieron juguetes y confites para tentar a los niños adinerados. Las personas más pobres se agolpaban en torno a los puestos para admirar los productos o a la espera de que surgiera la ocasión de robarlos. Si no hubiera sido por los lazos negros que tenían atados los pájaros de juguete que se vendían en el puesto de la esquina, poco se habría notado el hecho de que se acababa de celebrar un funeral. Los toscos pajarillos tenían un agujero en el cuerpo que servía de silbato y un cordel por el que se cogían al hacerlos volar. El encargado del puesto estaba mostrando sus excelencias a la gente haciendo girar uno en torno a su cabeza; los extremos de los lazos negros ondeaban en el aire y el silbido aflautado del pito producía el mismo efecto que si el pajarillo estuviera cantando. El vendedor era un hombre alto, aunque disimulaba su estatura encorvándose, y lucía una convincente barba con la que evitaba que la gente viera el enorme lunar que tenía al lado de la boca. En realidad, en lo único en que se fijaba la gente era en los pajarillos de colores. El hombre, que ya había vendido un buen número de ellos, había inclinado la cabeza y estaba contando el cambio que tenía un niño en la palma de la mano cuando Segismundo y Benno pasaron lo bastante cerca de él como para que pudiera verles las botas.

Segismundo empezó a subir por las escaleras del palacio. Benno, que lo seguía de cerca, oyó entonces un extraño sonido parecido al aleteo de un pájaro invisible. Su señor se quedó quieto, como si le hubiese detenido algo que nadie pudiera ver, se llevó las manos a la garganta, dio un traspié y cayó al suelo.

Dos pulseras

Benno vio caer a su señor. No tenía ni idea de qué podía haber sucedido. No había estado en el dormitorio de Leonora cuando las bolas le habían cortado la cabeza a la estatua de Venus y no conocía su sonido. Mientras se abalanzaba sobre su señor, el vendedor cerró su puesto y desapareció de la plaza.

Benno sabía que la honda era un arma mortífera. No podía quitárselo de la cabeza. No, no era el príncipe ni la duquesa a quien habían querido matar, sino a su señor. Con manos temblorosas, trató de darle la vuelta a su señor tirándole del hombro.

—¿De dónde...? ¿Has visto...? —Segismundo se puso a gatas y se levantó—. Tal vez todavía esté... —Aunque apenas podía hablar, logró desenrollarse la cuerda del cuello, bajar a la plaza y meterse en la multitud antes de que Benno se pusiera de pie. De todas formas, no era difícil seguir su cabeza, por lo que Benno, que ya se había tranquilizado, se abrió paso entre la gente y llegó a la esquina de la calle, donde unos niños estaban repartiéndose unos pájaros de juguete que había dentro de una bolsa y se reían del hombre que trataba de impedirse.

—Me ha pedido que se los vigilara —estaba diciéndole el hombre a Segismundo—. Y ahora os pido... ¿Qué? ¿Que por dónde se ha...? Por esa callejuela.

Segismundo echó a correr por la callejuela y Benno se apresuró a seguirlo. Un par de gansos salvajes extendieron sus alas y sisearon a su paso; Benno, sintiendo que Biondello apretaba el hocico contra sus costillas, hizo votos por que los animales estuvieran pensando en el estrangulador. Delante de él, Segismundo salvaba en aquel momento tres escalones de poca altura de una zancada y doblaba una esquina. Benno creyó oír unos cascos de caballos; luego nada. En la larga, oscura y estrecha callejuela de casas inclinadas que tenía ante sí no había ni un alma.

Segismundo susurró unas palabras y luego, levantando la voz, añadió:

—He llegado tarde... —Aunque había perdido la aspereza de antes, su voz transmitía enojo—. Tarde. De nuevo.

Se apoyó en el muro. Estaba enrollando la cuerda con las bolas sobre la palma de su mano. Benno, al ver la expresión de su cara, decidió no recordarle que un par de horas atrás había llegado a tiempo para salvar las vidas del príncipe y la duquesa. El cuello de la camisa de Segismundo estaba torcido de manera tal que podía verse que llevaba un collar remachado con clavos. Ahora Benno comprendía por qué su señor había hecho tan buenas migas con el mastín extraviado que se había encontrado aquella mañana. Para ello había tenido que sacrificar un pedazo de tocino de los que

él llevaba en la despensa de su camisa, lo cual había causado un disgusto contenido pero intenso a Biondello, que había observado lo ocurrido desde un escondite.

Benno dejó el chucho en el suelo para que reconociera los alrededores mientras su señor meditaba.

De pronto, Segismundo miró a un lado y a otro como si quisiera orientarse y salió disparado por donde habían venido. Benno llamó a Biondello con un silbido y echó a correr con la suficiente rapidez como para seguir a su señor por una callejuela semiescondida tan estrecha que un gato habría podido cruzarla saltando de una casa a otra. Sabía que, gracias a su gran sentido de la orientación, Segismundo era capaz de llegar a los lugares que quisiera en ciudades que prácticamente desconocía. Era poco probable que estuviera siguiendo al asesino guiándose por su olor.

Después de dar muchas vueltas, llegaron a una casa que Benno creyó reconocer a pesar de que sólo la había visto una vez, y de noche. Cuando vio a la bruja que les abrió la puerta (en esta ocasión sin vela), supo que estaba en lo cierto.

Aunque evidentemente Segismundo había visto al asesino en casa de la señora Leonora, ésta no tenía por qué saber nada acerca de él. ¿Pensaba su señor que el desconocido vivía allí? ¿Esperaba que lo siguiera hasta aquel lugar por segunda vez?

—El príncipe me ha encargado que entregue un mensaje a su señora.

«Qué poco ha tardado en cambiar de opinión —pensó Benno cuando de pronto la bruja se apartó para dejarlo pasar—. Si mi señor no supiera mentir con tanta elegancia, en la mayoría de los sitios no nos dejarían entrar». La mujer farfulló algo relacionado con que su señora se encontraba en el jardín. Sin embargo, Segismundo no esperó a que lo anunciara y echó a correr en dirección a la parte trasera de la casa a tal velocidad que la anciana no pudo darle alcance. Benno salió detrás de él pensando que los demás sirvientes estarían echando la siesta o que la bruja se bastaría sola para mantener alejados a quienes su señora no deseara ver. ¿Desearía ver a Segismundo?

Aunque así fuese, no podía hacerlo, como pronto tendría ocasión comprobar.

Segismundo encontró detrás de las escaleras la puerta que daba al jardín, el cual resultó ser más grande de lo que habría cabido esperar. Se trataba de un parterre adornado con setos de lavanda que no llegaban a la altura de la espinilla y dividido por un sendero de gravilla que conducía hasta una fuente que era todo delfines y nereidas. Sus altos muros enlucidos conferían al lugar una atmósfera de intimidad. A la luz del sol del atardecer y con el adormecedor zumbido de las abejas que atraía la lavanda a modo de acompañamiento para el chapoteo de la fuente, aquel lugar era un remanso de paz al que una dama que hubiera sufrido una conmoción podía retirarse para descansar.

No había ni rastro de la dama.

Segismundo observó detenidamente el jardín y los altos muros como si creyera que la señora Leonora había saltado por encima de uno de ellos para librarse de sus preguntas. Biondello olió el aire con satisfacción y salió trotando hacia la fuente para

beber.

El único y agudo ladrido que soltó bastó para que Segismundo echara a correr de inmediato.

Detrás de la chorreante obra escultórica que adornaba el centro de la fuente, oculta a sus ojos hasta aquel momento, se encontraba la señora Leonora.

Estaba boca abajo, con medio cuerpo fuera del agua, apoyado sobre el borde de la taza. Un cupido que se erguía encima de ella con un ramo de flores de piedra en la mano los miró con una sonrisa zumbona cuando llegaron.

Segismundo la sacó del agua y la sostuvo en sus brazos mientras el agua se escurría hasta el suelo. Tenía el pelo extendido sobre la cara como si fuera un montón de algas y la cabeza ladeada en un ángulo extraño. Llevaba dos collares, uno de ellos de oro. El otro rodeaba tres veces su cuello y tenía una piedra en cada extremo.

«Incluso los muertos pueden matar»

—¿Estrangulada?

Al príncipe Galeotto no estaba sentándole nada bien la noticia de la muerte de su amante. Si perder a tu esposa a manos de un estrangulador es ya un cruel revés del destino, perder a la amante por la misma razón puede interpretarse como parte de una persecución.

Cuando Segismundo fue conducido a su presencia, el príncipe estaba comiendo las uvas que le ofrecía en una bandeja de plata un paje con una rodilla en tierra. El racimo del que había estado comiendo cayó al suelo dejando al descubierto el zumo que corría por su barbilla.

—Sí, aunque esta vez no han empleado un pañuelo, alteza, sino una de éstas —dijo Segismundo al tiempo que le mostraba la cuerda provista de pesas que lo había derribado en la escalera del palacio. El príncipe echó un vistazo al arma y, viendo que la distinción no lo tranquilizaba, se estremeció. Se limpió la cara con una servilleta y, sin darse cuenta de que se había dejado en la mejilla las pepitas de uva que había en la tela, dijo:

—¿Habéis visto quién lo ha hecho?

Segismundo se encogió de hombros expresivamente.

—Las personas que se dedican a esta clase de cosas no esperan a que les hagan un retrato, alteza.

—¿Pero cómo...? —Galeotto movió aparatosamente la servilleta y el paje se encogió de miedo—. ¿Por qué? Si no podía conocer a la señora Leonora...

Si Segismundo tenía alguna teoría al respecto, decidió no comentarla.

—Creo que tenía un caballo, alteza. Cerca del muro este del jardín hay unas huellas que indican que alguien ha dejado ahí un caballo. Tal vez el asesino se haya puesto de pie sobre la silla con idea de trepar al muro, aunque no parece que lo haya hecho, porque el muro está cubierto por una parra en la que no se advierte ningún rastro. Habrá visto a la señora Leonora en el jardín y le habrá arrojado las bolas desde allí.

Galeotto hizo un esfuerzo por saltar de su primoroso diván dorado. Aunque se había esforzado por seguir la conversación, los cortesanos, que permanecían a cierta distancia, al lado de los tapices, se vieron incapaces de entender una sola palabra del murmullo que había proferido Segismundo con su profunda voz, y a pesar de que habían oído el grito de «¿Estrangulada?» que había soltado el príncipe, éste, en lugar de aclararles algo, sólo había servido para aumentar su curiosidad hasta límites

exasperantes. En consecuencia, sus miradas se habían apresurado a buscar a la persona desaparecida. La señora Zima, encantada, como es natural, de que la señora Leonora no hubiera podido acudir al funeral a causa de una indisposición, empezó a concebir nuevas esperanzas. Todos los presentes se inclinaron aguzando los oídos.

Galeotto, que se había puesto de pie a trompicones, gritó con sorprendente energía:

—¡Es una conspiración! ¿Quién está matando a las personas que más quiero? Primero mi esposa, mi dulce Ariana, y ahora Leonora. —La descripción de los hechos con sus propias palabras pareció hacerle comprender su significado, por cuanto se quedó quieto, con los pies en ángulo y empezó a berrear, dejando que las lágrimas corriesen por sus mejillas entre las pepitas de uva. Los cortesanos se miraron los unos a los otros y emitieron un murmullo de compasión; mientras, la señora Zima se las arreglaba para proferir unos cuantos sollozos.

Aquella interesante situación quedó interrumpida con la llegada de la duquesa Violante, que había cambiado la discreta elegancia de su traje de luto por la sencillez de un vestido de diez metros de terciopelo púrpura. Había decidido contribuir con su presencia a la ceremonia de recepción de los enviados y embajadores a los que suponía que su anfitrión estaría atendiendo. En realidad, el príncipe había aplazado aquel necesario compromiso hasta que se sintiera mínimamente repuesto de su profundo dolor. En consecuencia, los enviados y embajadores se habían retirado a sus aposentos para escribir un informe sobre el funeral y sus teorías acerca de la tragedia que había golpeado Borgo a fin de que sus soberanos pudieran replantear de manera acorde sus relaciones con el extranjero.

La duquesa se encontró con un grupo de cortesanos cuchicheantes (que interrumpieron sus chismorreos para hacer las reverencias de rigor) y un príncipe que no dejaba de berrear. Semejante situación había dejado de ser una novedad para ella desde el momento en que había llegado a Borgo. Al ver a Segismundo, le hizo una señal de que se acercara, le exigió que le explicase qué había ocurrido y escuchó lo que éste tenía que decirle con expresión de furia y los labios apretados.

—Pero ¿qué está pasando?

—Excelencia. —Segismundo inclinó la cabeza y bajó la voz para que nadie pudiera oírlo excepto ella—. Creo que convendría que os marcharais de Altamura... Inmediatamente.

Los expresivos ojos azules de la duquesa, llamativos entre tantos oscuros, parecieron salirse de sus órbitas.

—¿Todavía existe peligro? ¿Para mí? ¿Para mí en concreto?

—Es posible que vuestra excelencia sea uno de los objetivos del asesino. Estaríais más segura lejos de Borgo. ¿Cuándo tardaríais en partir?

La duquesa miró a Galeotto, que había accedido a que varios cortesanos lo consolaran y a que la señora Zima acercara una copa de vino a sus labios.

—El príncipe me ha pedido que me quede una semana más.

Segismundo sacudió la cabeza.

—¿No podéis encontrar un motivo para iros que satisfaga a su alteza? Lo mejor sería que os fuerais sin demora y sin contarle nada de lo que os he dicho.

Una duquesa acompañada por su séquito y escolta tiene más dificultades para moverse por un país que un ejército. Un ejército goza por lo general de cierto grado de disciplina, salvo cuando se trata de la caballería. El séquito de la duquesa se comportaba de forma parecida a ésta. Otra comparación válida sería con una casa de fieras.

La duquesa Violante, a pesar de las ruidosas súplicas de su anfitrión, había tomado una decisión irrevocable. Afortunadamente, acababa de recibir a un mensajero proveniente de Altamura y podía informarle al príncipe que su marido estaba enfermo como consecuencia de la conmoción que había sufrido con motivo de la muerte de su hija y deseaba tenerla a su lado. Su deber como esposa era estar con él. Aquello originó todo el jaleo que suele suponer hacer el equipaje, atar los arcones, descubrir que se han dejado cosas fuera, preparar literas, encargar comida y pienso, enjaezar y ensillar caballos y lanzar de paso órdenes, contraórdenes y maldiciones. En medio de todo ello se impuso el orden y la duquesa consiguió finalmente prepararse para partir.

Obligado a acceder, Galeotto le rogó que en cuanto llegara a Altamura le comunicara si había tenido un buen viaje y cómo se encontraba su marido y le reiteró que, por su parte, la alianza con Altamura se mantenía tan fuerte como si su querida Ariana aún estuviese viva. La duquesa tenía que transmitirle al duque Hipólito la certeza de que el vil asesino sería hallado y recibiría el castigo más espantoso que sus verdugos pudieran infligirle. Todo ello constaba en la carta que le entregó y se lo repitió cuando la acompañó hasta las puertas de la ciudad. Lo que no mencionó en ningún momento fueron los arcones de la dote de Ariana. Tras consultarlo con su conciencia, Galeotto había llegado a la conclusión de que, aunque tal vez fuera lo más honrado, sugerir la devolución de una parte siquiera de ella podía ser interpretado como una manera de expresar su insatisfacción con su parte del trato.

El príncipe se disculpó una y mil veces por no acompañarla hasta la frontera diciendo que el dolor lo había debilitado. Al llegar a las puertas de la ciudad, derramó algunas lágrimas más y dio a la duquesa un abrazo que resultó violento por varias razones, entre ellas, que llevaba un peto debajo del jubón que le hacía parecer tan gordo como se había temido. Mientras la duquesa ponía las manos sobre aquella mole inflexible, el príncipe le explicó que por consideración a sus súbditos estaba obligado a preservar a su soberano y le pidió (momento en que un atisbo de tedio empañó fugazmente las buenas maneras de la duquesa) que le dijera al duque Hipólito que él, Galeotto, era el objetivo de los asesinos que al acabar con su adorada y joven esposa habían conseguido propinarle el revés más cruel que hubiera podido recibir.

—Su alteza no quería que os fuerais, ¿verdad? —Benno había acercado su caballo al gran semental negro de Segismundo, quien cabalgaba detrás de la duquesa en un

lugar desde el que tenía una visión del conjunto del paisaje que lo rodeaba.

—Tal vez tenga el mismo motivo para pedirme que me quede que para pedírselo a su excelencia —respondió Segismundo con una sonrisa, reaccionando con un sorprendente buen humor a sus preguntas.

Benno permaneció pensativo. ¿La misma razón? Pero ¿acaso el príncipe no quería que la princesa se quedara para que viese el estado de desolación en que lo había sumido la muerte de su esposa y luego pudiera informar a su marido al respecto? No era más que política. Segismundo no se dejaría impresionar por aquella demostración de pesar.

—Oh, lo que su alteza quería era que lo protegierais, ¿no es así? Y que encontrarais al estrangulador.

—O que el estrangulador me encontrara a mí.

Por un momento Benno reflexionó, boquiabierto, sobre lo que acababa de oír.

—¿Quería que acabaran con vos? ¿Y con la duquesa? Pero ¿por qué?

Segismundo profirió un murmullo sin dejar de contemplar el paisaje.

—No hay que descartar ninguna posibilidad, Benno. Es posible que la investigación nos lleve más allá del príncipe Galeotto. Todos los principados tienen vecinos codiciosos. El duque Francisco de Castelnuevo, sin ir más lejos, es bien conocido por su afición a las tierras y su falta de escrúpulos a la hora de conseguirlas. De todos modos, y volviendo al príncipe, no habrás hablado con los sirvientes acerca de la princesa Beatriz de Borgo, ¿verdad?

—¿Os referís a la que se casó con el padre del duque Hipólito? Se rumorea que éste la envenenó, aunque de eso hace ya un montón de años, incluso si es cierto. ¿Pensáis acaso que el príncipe Galeotto quiere vengarse de eso? —Benno estaba familiarizado con el refrán que dice que la venganza es un plato que se sirve frío. Sin embargo, lo que contenía aquel plato no parecía estar frío, sino pasado.

—Lo que estoy pensando es que se han dado situaciones más extrañas que ésta. La princesa Beatriz era tía de Galeotto. Tenían la misma sangre. Todo ocurrió antes de que cualquiera de nosotros hubiera nacido y, sin embargo, no ha pasado al olvido.

—Pero si el padre de Galeotto no hizo nada en aquel entonces..., si pensaba que su hermana había sido envenenada, lo normal sería que hubiera declarado la guerra a Altamura. ¿Por qué no lo hizo?

—Quizá porque no tenía el dinero suficiente para reclutar un ejército. Quizá porque quería hacer algo más sutil. Murió hace unos años, aunque ya había empezado a sondear la posibilidad de que su hijo se casara con Ariana. Incluso los muertos pueden matar... Es posible que Galeotto haya estado obedeciendo las órdenes de su padre.

Segismundo escupe

En aquel instante Segismundo dijo: «Espera», salió de la caravana y subió a una colina cercana. Desde allí se dirigió a un espolón rocoso desde el que podría otear el camino que tenía por delante y el área en que se encontraban. Viéndolo allí, recortado sobre el azul del cielo y desprotegido, Benno sintió miedo y también alegría de que no se hubiera quitado el collar del mastín, pese a que no había muchas posibilidades de que el estrangulador apareciera por allí y probara otra vez suerte con sus bolas habiendo como había tantas personas a caballo que podían darle alcance. Con todo, Benno empezaba a creer que era imposible cogerlo. Al fin y al cabo, ni siquiera Segismundo había logrado hacerlo hasta aquel momento.

Aunque la idea de que el príncipe Galeotto estuviese detrás del asesinato de su esposa debido a una venganza familiar resultaba realmente inaudita, en el caso de que fuera cierta, la duquesa no dejaría de estar en peligro hasta que llegara a la frontera. Y quizá ni siquiera entonces. En cualquier momento podía producirse un ataque, lo cual evidentemente explicaba que su señor se hubiera encaramado con su caballo a aquella colina para vigilar el terreno.

Benno también contemplaba desde su montura lo que tenía alrededor. Había mucho que ver. El séquito de la duquesa se extendía en la lejanía, donde cerraban la marcha las mulas que acarreaban los arcones y fardos en los que iban los vestidos de la duquesa y sus damas. A pesar de que el mobiliario portátil esencial, necesario para acampar por la noche y disfrutar de comidas al aire libre durante el trayecto, había ido adelantándose, las mulas avanzaban a su paso y no estaban en absoluto preparadas para avivarlo. La mayoría de los sirvientes se habían congregado en torno a ellas con idea de vigilar el equipaje, aunque lo que en realidad estaban haciendo era pasárselo estupendamente cotilleando. La estancia en Borgo los había confirmado en la idea de la superioridad de Altamura y regresaban a casa convencidos de que iban a encontrarse con una población impaciente por oír todo lo que tenían que contar. Sin duda, los espantosos detalles del estrangulamiento iban a proporcionar a la hija del duque toda la popularidad que no había logrado ganarse antes.

Abrían la marcha la escolta de soldados, la guardia y, en tercer lugar, la duquesa y sus acompañantes. Aunque iba de luto riguroso, la duquesa no se sentía tan apesadumbrada como para olvidarse de sus deportes favoritos, de modo que ahí estaba, preciosa con su vestido de seda negra y sus perlas, su sombrero empenachado, su tocado de trenzas con adornos de plata y un halcón sobre su guantelete de perlas. Como se había quedado sin las cacerías prometidas, no pensaba desaprovechar la

oportunidad de lanzar su pequeño esmerejón sobre cualquier cosa que se cruzara en el camino. Su halconero la seguía de cerca. No quería abandonar Borgo sin tener antes un poco de diversión.

Mientras ella trataba de encontrarla por su cuenta, las personas encargadas oficialmente de ofrecérsela podía hacer lo que quisieran. Benno dio un respingo al oír una voz detrás de un sirviente que cabalgaba a su lado, pero se tranquilizó en cuanto vio que se trataba de Poggio, quien se asomó por detrás del brazo del sirviente con cara de tener ganas de conversación. Al cabo de un minuto, ya había cambiado de caballo y estaba sentado cómodamente sobre la grupa de la montura de Benno con un brazo enganchado en su cinturón. El sirviente se alejó.

—Nunca has estado en Altamura, ¿verdad? Te gustará, ya lo verás. Los borgeses son unos desgraciados, no tiene sentido del humor, no saben ni lo que es un chiste... El duque Hipólito, en cambio, sí que tiene sentido del humor, y no es nada tacaño con el dinero. Ya verás como te gusta. —Benno guardó silencio y se preguntó si al duque le quedarían muchas ganas de reír después de la muerte de su hija. Poggio tendría que esperar un poco si quería recibir alguna gratificación. De todas formas, no parecía que aquello le preocupara demasiado, ya que no dejaba de hablar acerca de lo bien que se lo iban a pasar en Altamura—. Aunque no será lo mismo si no está la señora Ariana para hacer de las suyas. No debería hablar mal de los muertos..., aunque ella hablaba mal de todo el mundo cuando estaba viva. Al pobre señor Tebaldo estará resultándole verdaderamente difícil llorar su muerte, estoy seguro.

—¿El señor Tebaldo? Lo conozco. Es el primo del duque de Rocca, el lisiado. Recuerdo que en una ocasión en que yo quería enterrar un perro se portó conmigo de maravilla. —Tras asegurarse de que Biondello no se había rezagado y seguía trotando por el camino, añadió—: Ordenó que me buscaran un rosal en el jardín. Cuando la duquesa se casó, se trasladó a Altamura con ella, ¿no es así?

—Nos exiliamos, por decirlo de alguna manera. —El recuerdo de aquella época hizo que Poggio soltara un suspiro. Benno sintió un resoplido en el brazo—. El pobre señor Tebaldo nunca ha tenido mucha suerte; entre su enfermedad, lo de su padre y todo lo demás... No es de extrañar que la duquesa se haya ocupado de él. Es tan amable como hermosa.

—¿Por qué dices que el señor Tebaldo se habrá alegrado de la muerte de la princesa?

—Se alegró cuando la princesa se marchó de Altamura para casarse. Aquello significaba que jamás tendría que volver a verla. Tal vez os sorprenda, pero el año pasado se enamoró. Al fin y al cabo, feos o guapos, todos tenemos sentimientos. Todo el mundo en la corte se preguntaba si acabaría casándose. Ella parecía dispuesta, pero al final la relación no salió adelante... Por culpa de la señora Ariana.

Benno se volvió.

—¿Qué hizo?

—¿Que qué hizo? Pues echarlo todo a perder. Le dijo a la muchacha que era una

estúpida por permitir que un lisiado la cortejara; que si se casaba con él tendría unos niños que parecerían pequeños monstruos y serían tan deformes como él; y que el señor Tebaldo era aún más feo desnudo y que la noche de bodas se moriría de horror.

—¿Cómo te has enterado de todo eso?

Poggio soltó un bufido sobre el hombro de Benno.

—Pero ¿acaso crees que decía esta clase de cosas en privado? No se avergonzaba de decir nada... No tenía nada de qué avergonzarse, al contrario del señor Tebaldo. Oh, seguro que se ha alegrado de saber que ha muerto. De no ser por lo que le hubiese caído encima, la habría estrangulado él mismo antes de la boda.

Benno sacudió la cabeza. La princesa no había perdido el tiempo creándose enemigos; aparte de los que, por motivos políticos o a causa de una enemistad entre familias, podían haberla matado con sus propias manos o pagando a alguien para que lo hiciera, había que contar a los que habrían estado dispuestos a deshacerse de ella por razones de carácter personal. A Segismundo le interesaría enterarse de aquello. Benno esperaba que no hubiera sido el señor Tebaldo quien había pagado al asesino, aunque, por lo que acababa de oír, motivos no le habrían faltado para hacerlo.

Segismundo arreó a su caballo para que diera media vuelta y bajó por la colina rumbo al camino sorteando rocas y cantos rodados. Aunque devolvió el saludo a Poggio al pasar, era evidente que no estaba de humor para hablar tal como Benno habría deseado, y continuó cabalgando sin detenerse en dirección a donde la duquesa se encontraba charlando con sus damas.

Se aproximaban a la frontera, el punto por donde el río Larno dividía los riscos de Borgo de las planicies de Altamura, las cuales se extendían en forma de fértiles campos antes de dar lugar a las escarpadas montañas entre las que se alzaba la ciudad. Ya podía oírse, a pesar del ruido que producía la caravana, el rumor del río. Los viajeros, al verlo resplandecer en medio de la polvareda, se animaron y apretaron el paso. Faltaba poco para que abandonaran aquella tierra extranjera y llegaron a casa, sanos y salvos. Apenas había nadie que pensara que cuanto más cerca se está de la salvación, más próximo se halla el peligro: Aquélla era, sin embargo, una de las máximas de Segismundo.

Los hombres que integraban la avanzada se habían colocado aguas abajo y estaban desplegándose a lo largo del vado por si alguien tenía dificultades al cruzar el río. Las mujeres ya se habían agrupado en la orilla. La duquesa, que al igual que Segismundo se había mantenido ojo avizor en todo momento, se echó a reír y lanzó el esmerejón al aire. El ave sacudió las alas vigorosamente y fue elevándose hasta situarse encima del desventurado pájaro que la duquesa había avistado y que ahora volaba apresuradamente río abajo. Todas las cabezas excepto una se volvieron para mirar. El negro penacho que llevaba la duquesa en el sombrero acarició fugazmente uno de sus hombros.

—¿Verdad que es una preciosidad, Segismundo? Apuesto un ducado a que lo abate.

Sorprendentemente, no obtuvo respuesta. Poco acostumbrada a semejante comportamiento, la duquesa lo miró y vio que escupía en la palma de la mano. Cuando aún no había salido de su asombro, el guijarro que Segismundo había llevado oculto en la boca daba vueltas en una honda en torno a su cabeza y salía disparado en dirección a los riscos. En aquel mismo momento, la duquesa oyó un grito, agudo y angustioso, entre las rocas y fue derribada de su caballo.

Un golpe en la cara

Segismundo bajó inmediatamente de su caballo y se arrodilló a su lado. La duquesa se sentó en el suelo con los pies separados entre sus negras faldas de seda y apoyándose en las manos. Había perdido el sombrero y tenía el tocado deshecho, de manera que su rubia melena caía ahora en cascada por su espalda hasta el suelo.

Sus ojos azules soltaban chispas de rabia.

—¿Lo habéis matado?

No era necesario explicarle nada. La duquesa volvió la mirada hacia la colina. Segismundo y la señora Clea la ayudaron a ponerse de pie mientras un paje sujetaba al sobresaltado caballo y trataba de calmarlo. Mientras los guardias salían del vado levantando chorros de agua en el aire, varios miembros del séquito de la duquesa echaron a correr y, gritando, subieron a las rocas de las que habían salido el hondazo y el grito. Sobre la hierba había un cuerpo cabeza abajo y con las piernas totalmente separadas. El hombre que encabezaba el grupo de escaladores estaba a punto de llegar a él. Entonces, trepando algo más arriba, aparecieron por un instante las figuras de los hombres recortadas contra el cielo. Segismundo, que ya tenía cargada la honda, lanzó violentamente otro guijarro hacia ellos. Entre los relinchos de los caballos asustados y los gritos de las damas que ahora rodeaban a la duquesa (que ya se había montado en su palafreñ y estaba pidiendo que le alcanzaran su sombrero), no se oyó nada en la colina, por lo que la única prueba de que Segismundo había dado en el blanco fue la repentina desaparición de las siluetas de los hombres. Uno de ellos había caído y el otro había desaparecido de vista detrás de él.

Aunque cuando uno levanta una piedra parece que las hormigas, asustadas, echan a correr sin rumbo fijo, en realidad tratan de proteger aquello que consideran más valioso. A pesar del ruido y la confusión que había supuesto la llegada en tropel de la recua de mulas de carga y los sirvientes encargados de ellas, los guardias de la avanzada habían formado un círculo alrededor de la duquesa, se habían vuelto de espaldas a ella y habían desenvainado los sables. El capitán altamurano, nada más cerciorarse de que la duquesa estaba ilesa, se había marchado inmediatamente a la colina para dirigir la búsqueda. Algunos de los hombres ya estaban de vuelta y traían a rastras al hombre que Segismundo había golpeado; los demás habían ganado la cumbre y habían desaparecido tras ella.

—¡Conozco a este hombre!

Obedeciendo el apremiante gesto de su señora, dos guardias habían llevado el cadáver a su presencia. La duquesa contempló sin remilgo el cuerpo sin vida. Sus

damas, en cambio, apartaron la vista y, si estaban mirando, lo hacían entre los dedos, debido, pensó Benno, a que no querían que las vieran haciéndolo.

El hombre tenía el cráneo fracturado y la sangre aún corría abundantemente por su cabellera, pese a lo cual su rostro no había perdido color. Tenía la nariz aguileña, la barba negra y la boca abierta, lo cual permitió ver que su dentadura estaba en malas condiciones. Sus oscuros ojos, que nadie había pensado en cerrar, miraban con gesto acusador a la duquesa, como si su espíritu todavía pudiera mostrarse desafiante.

—Excelencia, se trata de Raimundo Malgardo. Vuestra excelencia seguramente recordará que hace tres años el duque lo envió al exilio junto con sus hermanos por causar altercados en la ciudad —dijo el capitán de la guardia, que se había acercado a reconocer el cadáver. La duquesa hizo un gesto de asentimiento sin dejar de mirar al hombre que había intentado matarla.

—Lo recuerdo. Nos maldijo. Su excelencia habría cambiado el exilio por la horca si yo no le hubiera rogado que le perdonase la vida. —Alzó finalmente la vista y le dijo a Segismundo, que se encontraba a su lado con cara de preocupación—: Así es como me lo agradece. —Volviéndose hacia el capitán, preguntó—: ¿Y los demás? —Su pregunta obtuvo respuesta en la caída a trompicones de un cadáver que los perseguidores acababan de arrojar desde lo alto de la colina.

El capitán se acercó a él y, tras examinar sus desfiguradas facciones, confirmó que era (o había sido) el hermano de Raimundo. Los dos hermanos habían sido igual de rencorosos y habían corrido la misma suerte. A pesar de su pericia con la honda, el destino los había llevado a enfrentarse con un hombre que los superaba en puntería. La piedra de Raimundo había ido a dar contra el gran moño que llevaba la duquesa en la nuca, de suerte que la había desequilibrado y derribado del caballo. Un grito proveniente de los hombres que estaban en la colina hizo que todos volvieran la cabeza. Uno de ellos llevaba al hombro a otro hombre cuyos brazos se balanceaban inertes. Si Segismundo tenía intención de interrogar a alguno de los Malgardo, no dio muestras de sentirse decepcionado. La princesa, en cambio, gritó:

—¡Idiotas! Podía habernos dicho cómo mataron a la princesa. Y podíamos haberlo llevado a la presencia de su excelencia para que recibiera el castigo que se merece... Qué se le va a hacer. Nos los llevaremos de todas formas. Sus cabezas serían colgadas de las puertas de la ciudad para que todo el mundo pueda ver cómo acaban los hombres que amenazan la vida de sus soberanos. —Guardó silencio por un instante y agregó en un gesto de generosidad—: Le mandaremos una al príncipe Galeotto para que la exhiba en Borgo.

Una vez hubo resuelto aquel asunto, la duquesa cogió su sombrero, que uno de sus pajes había encontrado durante su particular viaje de descubrimiento río abajo, y, tras sacudir el agua que tenía en el ala con la suficiente fuerza como para salpicar a sus damas, se lo encajó en la cabeza. Su melena todavía ondeaba sobre su espalda y el enorme broche de perlas que adornaba su sombrero de terciopelo negro derramaba lágrimas de agua de río. La duquesa Violante estaba preparada para entrar en el

estado de su marido.

La euforia que había embargado a todos los miembros del séquito a causa de la muerte de los misteriosos villanos se tradujo en la energía con que espolearon a sus caballos para cruzar el curso de agua, en los animados comentarios y chanzas que hicieron y en las risas que profirieron al salpicarse los unos a los otros mientras avanzaban por el vado. No sólo estaban de nuevo en casa, sino que, pese a lo que significaba el color de sus atuendos, regresaban a ella de manera triunfal.

Benno decidió sondear a su señor acerca de lo ocurrido. Poggio había chillado como un loro al derribar Segismundo a los Malgardi con su honda y todavía le zumbaban los oídos. Su señor cabalgaba en silencio.

—De modo que ya lo habéis cogido, ¿verdad? —preguntó Benno tentativamente—. ¿No es el que mató a la princesa?

—No. —Segismundo pronunció el monosílabo con calma y firmeza, pero sin ánimo de intimidar, por lo que Benno prosiguió.

—Pero lo conocíais, ¿verdad? ¿No es el hombre que intentó estrangularos? —Benno notó que Poggio, picado por la curiosidad, había estado a punto de caer de la grupa mientras se estiraba para escuchar.

—Que yo sepa, ese hombre sigue vivo.

—Pero la duquesa... —Benno se calló mientras contraponía las probabilidades de que su señor estuviera en lo cierto con las posibilidades de que la duquesa ignorara lo que había pasado realmente—. Entonces ¿no fueron los Malgardi quienes mataron a la princesa? ¿No querían vengarse del duque por haberlos enviado al exilio? ¿No querían acabar con la duquesa antes de que saliera de Borgo? —Evidentemente, aquellos hombres, como exiliados que eran, se lo pensarían dos veces antes de cruzar la frontera en dirección a Altamura.

Segismundo condujo a su caballo entre las piedras que había en el vado y su profunda voz quedó prácticamente ahogada por el rumor del agua.

—Cabe la posibilidad de que los Malgardi pagaran al hombre que mató a la princesa, aunque no lo creo.

—¿Entonces...? ¿Podrían haberla matado ellos mismos con la honda en cualquier momento? —preguntó Benno en el momento en que salían chorreando al horadado barrizal de la ribera del río. Algunos guardias de la escolta estaban formando círculos y lanzando vítores. Segismundo pasó entre ellos y arreó su caballo para que se acercara a la duquesa, quien cabalgaba en compañía de un grupo de guardias y damas conversando en un tono que desvirtuaba el significado de su sombría indumentaria—. Pobre Princesa —añadió Benno tratando de no rezagarse—. A nadie parece importarle lo ocurrido.

—No resulta fácil llorar su muerte. —Poggio había reaccionado al oír su comentario.

A lo largo del siguiente kilómetro, mientras la caravana se estiraba para evitar el polvo que levantaban los que abrían la marcha, el camino fue elevándose. Estaban

acercándose a las laderas de las colinas. No tardarían en detenerse, pues ya era casi mediodía. Los jinetes y sus caballos estaban empapados en sudor. Benno, por su parte, tras el fugaz alivio que había sentido al pensar que el peligro había pasado, no había podido sacudirse la inquietud que le había causado oír de boca de su señor que el asesino seguía vivo.

Tras hacer un alto para comer y echar una siesta, la duquesa reanudó la marcha a buen paso. Encabezando la caravana, subió por la ladera de una cresta que atravesaba el camino y se detuvo en lo alto para mirar alrededor: su séquito, que se extendía detrás de ella; los empinados montes de Borgo, que ya empezaban a borrarse en la lejanía; y finalmente río arriba.

Todo su cuerpo se puso tenso. El azul de sus ojos se mudó con una expresión amenazadora, pensó Benno cuando llegó a la cima. La duquesa, sin dejar de mirar río arriba con unos ojos como de basilisco, capaces de fulminar todo aquello en lo que se posaran, exclamó:

—¡Por los clavos de Cristo!

Desde aquel punto podía verse todo lo que la larga vertiente de una de las colinas de Borgo les había ocultado hasta ese momento. Ante sus miradas se extendía un gran valle cubierto de olivares, a cuyo lado más cercano iba a curvarse el río con su vivo relampagueo. Entre los olivares, sobre una elevación de terreno, se erguían los postes de un andamiaje, entre los cuales se veían varios terraplenes y la base de un muro de considerable tamaño; coronándolo todo, tremolaba sosegadamente, plegándose y desdoblándose en el aire, una bandera cuyos colores y armas Benno no logró reconocer.

—Venosta —dijo alguien. Todo el mundo se había quedado en silencio. A la duquesa se le había ido el color de los labios.

Poggio no dejaba de farfullar maldiciones. La escolta se agrupó en la cima de la cresta para averiguar qué miraba la duquesa. Un clamor de injurias se elevó entre todos los presentes. Benno se volvió hacia Segismundo en busca de una explicación, pero su señor estaba oteando atenta y silenciosamente el terreno.

Finalmente la duquesa dio media vuelta y volvió al camino. Poco a poco, los demás fueron abandonando la cresta y la siguieron. Al ver que no obtenían respuesta a sus impacientes preguntas y furibundos comentarios, el silencio fue cayendo sobre todos ellos. Las sombras empezaron a alargarse tanto en su ánimo como alrededor.

Al cabo de un rato alcanzaron el campamento que la avanzaba había levantado, un grupo de lujosos pabellones situado en un pequeño valle por el que corría un arroyo.

Antes de llegar Benno tuvo ocasión de enterarse de la historia: dos años atrás, le dijo Poggio, el Larno había cambiado de curso como consecuencia de las inundaciones primaverales, virando hacia la parte altamurana del valle y abriéndose paso entre las colinas occidentales. El duque Vincenzo se había apresurado a proclamar que, puesto que desde tiempos inmemoriales la frontera natural entre los

dos estados había quedado alterada, el deseo de Dios era que el valle fuera suyo. Hasta ahora la cuestión no había pasado de ser un problema de carácter meramente diplomático. La situación había cambiado: el fuerte que Vincenzo estaba construyendo suponía una bofetada para Hipólito.

Al caer la noche, la duquesa hizo llamar a Segismundo. Cuando regresó, Benno se encontraba en torno a la hoguera. Él y Poggio habían ido a buscar sus raciones de carne, pan y vino e improvisado un pequeño vivac con las sillas de montar, los fardos y una roca que había cerca.

En el momento en que apoyaba la espalda en la gran roca para sentarse y la luz de la hoguera doraba sus facciones, musitó con su profunda voz:

—No te pongas demasiado cómodo, Benno. Hemos de reemprender la marcha.

La suerte en la caza

Un número considerable de súbditos del duque Vincenzo de Venosta pensaba que cuando llegaba la noche su soberano se transformaba en hombre lobo, satisfacía su capricho de vagar por los cementerios y daba rienda suelta a otros impulsos que la gente prefería no imaginar. Incluso los venostanos que no daban crédito a estos rumores trataban de evitar encontrarse con él después del toque de queda. A los hombres que había contratado para construir su fuerte en el depósito de aluvión formado por el río Larno les desagradaba verlo incluso de día.

No obstante, estaban contentos de trabajar bajo la supervisión del arquitecto Marietti, quien disfrutaba a su vez de una libertad que no sería posible si tuviera que sufrir las fastidiosas exigencias de ese perfeccionista llamado Brunelli. En cuanto el arquitecto había sido expulsado del palacio maldiciendo los frescos y la estatua (tal como había profetizado, ésta se había echado a perder durante la fundición como consecuencia de una inexperta estimación de la temperatura del bronce en el momento del vertido) que dejaba sin terminar, Marietti había recibido la orden de trasladarse a la frontera con el deber de hacer lo antes posible el fuerte tan inexpugnable como pudiera.

De todos modos, Brunelli no era la única persona que desconfiaba de los trabajadores. Al poco tiempo de la partida de aquél, Vincenzo montó en su caballo para hacer una visita sorpresa a su último juguete bélico. Aunque llegó de día y por lo tanto no cabía la posibilidad de confundir su identidad, el recibimiento que se le dispensó fue parecido al que habría tenido de ser un hombre lobo.

Bajo la mirada del duque, los trabajadores, que estaban transportando piedras en cestos de mimbre al hombro o sobre la cabeza, tuvieron que acelerar el paso, perdiendo así el ritmo prudencial que exigía su trabajo. Uno de ellos subió ágilmente por una escalera con un cesto lleno y, al llegar a lo alto del andamio, se encontró de pronto delante del duque y casi todo su cargamento fue a caer sobre los compañeros que se encontraban abajo. Afortunadamente, ninguno de ellos sufrió roturas.

Vincenzo ni insultaba ni amenazaba y apenas levantaba su estridente voz. Aun así, Marietti se preguntaba si acabaría dándose cuenta de que con su presencia la obra estaba yendo en realidad más lenta. Los trabajadores cometían errores y daban traspies y más de uno trataba de evitar la mirada del duque escondiéndose allí donde no pudiera llamarlo.

De hecho, había momentos en que Marietti deseaba que Brunelli no se hubiera ido.

Todo el mundo sabía perfectamente por qué al duque le urgía tanto que las obras del fuerte concluyeran. A Marietti le había advertido que se mantuviera alerta ante las posibles visitas de expediciones procedentes de Altamura, pese a que no esperaba que se produjera ninguna todavía, ya que, en teoría, el duque Hipólito estaba ocupado llorando la muerte de su hija. De ahí que no quisiera perder el tiempo. Cuando finalmente los altamuranos se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo, presentarían en primer lugar una reclamación de carácter diplomático. Venosta recibiría a los enviados con las cartas de protesta y mandaría a los suyos con las cartas de justificación. Los duques empezarían entonces a hacer los movimientos propios de un juego al que ya estaban acostumbrados: el del poder. La apresurada construcción de aquel fuerte en el terreno que el río había entregado a Venosta no era sino el movimiento más osado que había hecho el duque Vincenzo hasta aquel momento. Cuando Hipólito se recuperara de la pérdida de su hija o cuando le comunicaran la noticia de la construcción de aquel «hongo» militar, los fuegos artificiales darían comienzo.

De regreso en su ciudad y su palacio, el duque Vincenzo, satisfecho de haber logrado animar a todo el mundo a trabajar al ritmo que deseaba, no podía ni imaginar lo poco que tardarían los fuegos artificiales en dar comienzo.

El trabajo diario no podía considerarse concluido mientras no acabase el día mismo. La insistencia del duque en la premura de tiempo había servido para convencer a los trabajadores de que el fuerte tenía que estar terminado para cuando él volviera a aparecer, idea en que se confirmaron tras la segunda visita que recibió aquel mismo día Mario Marietti poco después de que el duque se hubiera marchado.

Un desconocido había llegado al fuerte proveniente de la ciudad de Venosta cabalgando a gran velocidad y sin guardia. Se trataba de un hombre de aire imponente y modales autoritarios, hasta el punto de que el arquitecto lo confundió en un principio por un general del pequeño ejército permanente del duque que venía a evaluar el potencial bélico del fuerte. El visitante era menos importante de lo que Marietti había imaginado, ya que no era más que un ingeniero que el duque había enviado para hacer un informe acerca de la construcción. Cuando el arquitecto le dijo que le sorprendía que no se hubiera cruzado con el duque, el ingeniero le explicó que no venía de la ciudad sino de una pequeña granja situada al oeste y que, por lo tanto, era normal que no lo hubiera visto. Marietti no se extrañó de que el duque considerase insuficiente una visita personal y quisiera contar con la opinión de un profesional.

Cual no sería su sorpresa al advertir que el ingeniero se mostraba más propenso a alabar que a criticar y a escuchar que a hacer comentarios pomposos. Como consecuencia, no tardó en entusiasmarse con sus propias disquisiciones, las cuales fueron recibidas por el ingeniero con seriedad y muestras de aprobación. Aquel hombre tenía ojos para todo y conocía el tema, hacía preguntas acerca de cada uno de los proyectos (como, por ejemplo, la estructura de las murallas, que debían soportar

el vibrante rebufo de la artillería y aún estaban vacías a la espera de que las llenaran de cascotes, o la plataforma que cubriría la torre) y mostraba una gran agilidad trepando por las escaleras para examinar cualquiera de los aspectos del proceso de construcción. En concreto, se interesó por el cañón que el duque había enviado, el cual había sido transportado hasta el fuerte con una reata de mulas de arrastre. Los últimos rayos del sol brillaron sobre la cabeza rapada del ingeniero cuando se inclinó para examinar el cascabel y pasó la mano suavemente sobre el lomo de la mole de metal. Marietti se preguntó cómo era posible que una cabeza tan desnuda como aquella tuviera un aspecto tan poco vulnerable. Se parecía más a la de un soldado que a la de un ingeniero.

—¿Dónde está la pólvora de este cañón? El duque quiere tener la seguridad de que su almacenamiento no supone peligro para nadie. ¿Dónde comen y duermen sus hombres?

Marietti no relacionó de manera inmediata el lugar en que se alojaban los hombres del duque y el peligro que podía entrañar la pólvora. Sin embargo, al cabo de unos segundos señaló el campamento, que se encontraba a cierta distancia de la elevación en que se alzaba el fuerte. Luego mostró al ingeniero los barriles de pólvora, que estaban tapados con un alquitranado, y se alegró de oír que el lugar era aceptable. Aunque la presencia del cañón en el fuerte fuera una cuestión más relacionada con la estética y la política que con la guerra debido a que su utilización podría constituir una verdadera agresión contra un vecino que aún se consideraba amigo, había que asegurarse de que el arma estaba en condiciones de ser empleada. Al duque le gustaba que sus juguetes funcionaran.

Cuando el ingeniero se marchó del fuerte, ya se estaba poniendo el sol. A juzgar por su comportamiento y los comentarios que había hecho, Marietti estaba convencido de que el informe que recibiría el duque no contendría objeciones a las medidas que él había adoptado y sería, además, claro y preciso.

Al menos así se lo pareció a Benno y Poggio, que estaban sentados entre unos matorrales que había debajo del fuerte, cuando Segismundo se reunió con ellos. Ninguno de los dos había perdido el tiempo en su ausencia. Emitiendo un gruñido de satisfacción, Segismundo cogió el resultado de su trabajo y le dio varias vueltas alrededor de la cintura por debajo de su jubón. «Eh, una buena manera de engordar sin necesidad de comer». Aunque no podía ver la expresión de su rostro, por su tono de voz se notaba que estaba de buen humor. Entonces se sentó con ellos y aguardaron.

Marietti y los suyos no tardaron en conciliar el sueño. El vino de la región era bueno y habían acabado el día sedientos y cansados. Las hogueras para cocinar se extinguieron. Tapados con capas o mantas, al raso o al abrigo de unas tiendas improvisadas, durmieron como duermen los que se ganan la vida trabajando duro: como troncos. No tenían motivo para mostrarse cautelosos. Ni su espíritu era lo bastante castrense ni su actitud lo suficientemente suspicaz como para mantener a

alguien de guardia toda la noche.

Marietti soñó que el impresionante ingeniero leía en alto un informe en que lo elogiaba personalmente en presencia de una persona sentada en un trono que guardaba un desagradable parecido con un lobo con cabeza de ser humano. Cuando despertó, dio gracias a todos los santos porque sólo hubiera sido su sueño.

Sin embargo, no era ningún sueño lo que estaba sucediendo en aquel momento en el interior del fuerte. Entre la muralla exterior, que estaba inclinada hacia atrás, y la torre perpendicular que se elevaba en el interior había un hueco que, en su mayor parte, aún había que llenar de cascotes. Dentro de la torre abierta tres hombres trabajaban bajo la atenta mirada de un perrillo al que habían atado prudentemente con una cuerda. El más fuerte de ellos había transportado los barriles de pólvora al punto más lejano del campamento y más cercano al río mientras otro desataba las cuerdas de las poleas y se las llevaba. Una nube tapó la luna cuando dos de los hombres empezaron a bajar lentamente al negro abismo que inundaba el hueco de las murallas al tercero y más pequeño de ellos, que se agarraba con expresión de temor a la cuerda que lo sostenía. Antes, sin embargo, había examinado la muralla exterior por la parte de dentro en busca de un lugar que el «ingeniero» había visto durante su visita, una pequeña abertura que agrandaron primero con la punta de un cuchillo y luego con una estaca afilada.

Cuando llegó al fondo del hueco, el hombrecillo colocó a tientas los barriles de pólvora que, atados cuidadosamente, sus compañeros le iban bajando desde arriba. Si poco después alguien se hubiese acercado al otro lado, tal vez se habría asustado al ver a la oscilante luz de la luna una serpiente que, tras vacilar por un instante, empezaba a deslizarse por la muralla exterior del fuerte y bajaba a trompicones por la pendiente hasta que un hombrecillo barbudo la agarraba sin temor y la bañaba en aceite cual deidad pagana o, cuando menos, criatura de algún dios profetizador a modo de sacrificio.

Los tres hombres colocaron las estacas del andamio y los cestos de mimbre en un lugar donde resultaran útiles, manipularon piedra de pedernal, acero y yesca sobre la cabeza de la serpiente, salieron en dirección al río y echaron a correr aguas abajo por la orilla tal como habían hecho al subir.

Cuando el fuerte saltó por los aires, la explosión hizo temblar la tierra hasta en el lugar en que ellos se encontraban y los arrojó a todos al suelo, incluido Segismundo, que se había agachado. Biondello, pese a estar bien agarrado, empezó a temblar y a lanzar aullidos de miedo que nadie logró oír en medio de aquel rugido atronador. Las piedras que salieron despedidas cayeron, gracias a los cálculos que había realizado Segismundo, en los alrededores del río, a gran distancia del campamento de los trabajadores. La explosión, sin embargo, lo iluminó todo por un momento con una intensa luz blanca que pronto se transformó en un resplandor rojo; el andamio se desmoronó y cayó envuelto en llamas, un espectáculo con el que los asombrados trabajadores, que se habían sentado abruptamente o arrastrado de debajo de las

tiendas, se sintieron incapaces de disfrutar. Miles de rocas rodaron por el suelo mientras por los aires volaba un sinfín de piedras. Finalmente, el cañón dio una fuerte sacudida, rodó pesadamente muralla abajo, dejó atrás el terraplén y cayó en el río levantando el nuevo lecho y formando la base para un improvisado dique. Los pájaros que tenían sus nidos en varios kilómetros a la redonda se despertaron de golpe; entretanto, multitud de animales se estremecían en sus madrigueras y guaridas y sentían asombrados cómo la tierra se movía alrededor.

Por suerte para la ecuanimidad del duque de Vincenzo, las colinas que había entre la frontera y la capital ocultaron la maleducada erupción a los ojos de las personas que pudieran estar despiertas en la ciudad, si bien hubo varios ciudadanos que creyeron oír una tormenta a lo lejos. Mario Marietti se levantó y se llevó las manos a la cabeza: lo único que sabía era que su futuro acababa de volar por los aires.

Segismundo y Benno se pusieron de pie inmediatamente y encontraron a Poggio acurrucado en el suelo quejándose del oído. Biondello, que tenía la mitad de razones que él para quejarse, sacudió su única oreja vigorosamente y lo miró como si pensara que la estabilidad de aquel lugar dejaba mucho que desear y estuviese dispuesto a irse de él enseguida. Una pálida capa de polvo que caía de las sombras de la noche fue acumulándose sobre su ropa, sus pestañas y la barba de Benno.

Cuando el eco de la explosión se extinguió definitivamente en las colinas y sus oídos se destaponaron, Segismundo dijo:

—Creo que no va a hacer falta que le digamos a su excelencia que la misión ha sido un éxito.

La duquesa y su séquito habían pasado la noche acampados en un pliegue de las colinas que los protegía de las brisas nocturnas. Por la mañana llegarían a la ciudad, de modo que habían decidido que no tenía mucho sentido obligar a los encargados del equipaje y, sobre todo, a las damas a viajar de noche. Además, en el interior de los pabellones disponían de música con la que acompañar la cena y de toda clase de comodidades. Por ser verano el sol salía temprano, así es que antes incluso de que los pabellones fueran recogidos, los viajeros ya lo tenían todo dispuesto para reanudar la marcha. La duquesa estaba impaciente por ver a su marido y practicar en el camino un poco de cetrería.

Todos habían despertado durante la noche a causa de la lejana explosión del fuerte. La duquesa se había puesto a reír y a dar palmas. Las noticias que llevaba al palacio no iban a ser todas malas. Aunque era posible que el duque Hipólito se sintiese preocupado ante la posibilidad de que se descubriera que la responsable de semejante muestra de hostilidad había sido su mujer, lo cierto era, pensó la duquesa, que la existencia del fuerte probaba que quien había dado muestras de hostilidad en primer lugar había sido el duque Vincenzo.

Segismundo y sus acompañantes llegaron al lugar en que habían acompañado la duquesa y su séquito y se encontraron únicamente con la hierba pisoteada, los restos de varias hogueras y una cuerda de laúd. Nada más. Ahora sabían que lo que tenían

que hacer era alcanzar a la caravana que había salido rumbo Altamura al amanecer. Lo que ignoraban, sin embargo, cuando arrearon sus caballos, era que la duquesa se había alejado de la caravana con su cetrero, los esmerejones, un par de sirvientes y un paje para seguir un sendero directo entre las colinas y disfrutar así de su deporte favorito antes de reunirse con su séquito.

Poggio conocía el sendero y comentó que si iban por él se reunirían antes con la comitiva. Fue Segismundo quien, cuando ya llevaban un rato cabalgando por él, detuvo su caballo abruptamente, levantó una mano a sus compañeros para indicarles que se pararan y ladeó la cabeza para escuchar. Arriba, en el radiante cielo azul, cantaba una alondra en un tono de contagiosa alegría. Benno recordó los ruseñores de la villa de la señora Zima y se maravilló ante el interés que mostraba su señor por el canto de los pájaros. Entonces él también lo oyó.

El sonido, más próximo a un gemido que a un grito, salía de una quebrada situada a la izquierda del sendero. Segismundo había desmontado y, con el paso seguro de un gato, había empezado a trepar por entre las rocas que flanqueaban la quebrada. Benno se apeó a su vez, ayudó a Poggio a hacer lo propio y los dos se encaramaron a las rocas para ver qué había encontrado Segismundo.

Un muchacho de unos catorce años yacía inerte en los brazos de Segismundo. Tanto el lado derecho de su cara como su ropa estaban cubiertos de sangre, a pesar de lo cual, aún podían distinguirse en ésta los colores de la duquesa Violante.

«El nido del águila»

Si Violante había oído hablar de Rodrigo Salazzo, el hombre que había llegado a poner a prueba la paciencia de Altamura en una época que ella sólo conocía por referencias, ya se había olvidado. Cuando lo vio, no le hizo falta que le dijeran que se trataba de una persona peligrosa. Sus actos ya se lo habían hecho ver.

Oyó los cascos sobre la hierba en el momento en que miraba por debajo de su mano cómo su esmerejón se abatía sobre su presa; a continuación, todavía cegada por el sol, oyó gritos, gruñidos y choques de espadas y sintió que alguien tiraba de la brida de su caballo para darle media vuelta. Fue entonces cuando una persona subió a su grupa y la inmovilizó, aplastándole los brazos contra el cuerpo de modo tal que se vio incapaz de oponer resistencia y se quedó prácticamente sin aliento. Su caballo salió al galope y el alarido que surgió de su garganta se perdió entre las colinas.

No le vio la cara hasta más tarde. A pesar de que el caballo llevaba el doble de carga, habían cabalgado a galope tendido mientras el camino se mantenía practicable y a continuación habían enfilado un sendero escarpado y tortuoso que subía entre rocas y árboles colgantes. Cuando llegaron al lugar al que se dirigían, ella ya estaba agotada de tanto forcejeo inútil, de miedo y de rabia. Ya no servía de nada pedir auxilio: las personas que estaban congregándose para verlos llegar no estaban allí para ayudarla sino para aplaudir y mofarse de ella.

Anteriormente había pensado que si su secuestrador trataba de sofocar sus gritos ella no dudaría en morderle los dedos hasta el hueso. Sin embargo, cuando lo vio comprendió que hacerlo habría sido inútil, y no sólo por el hecho de que llevara unos guanteletes cosidos con oro.

Tenía los ojos oscuros, los párpados caídos y una expresión tan compasiva y humana como la de un halcón. La devoró con la mirada como si buscara algún defecto en su belleza mientras ella se esforzaba por ocultar la conmoción que sentía a causa del viaje que acababa de hacer, la situación en que se encontraba y su presencia en la habitación en que la habían metido de un empujón sin ninguna clase de ceremonia. Prefería pensar que aquella mirada sólo tenía por objeto calcular el valor de las joyas y la ropa que llevaba.

Era un rostro bien parecido, arrogante, de aire melancólico, algo ensimismado y descontento. Cuando se volvió para arrojar su sombrero sobre el arcón, la duquesa vio que tenía la nariz rota y el mentón poderoso. Al igual que a Galeotto, empezaba a escasearle el pelo, y sin su sombrero de terciopelo, lucía una frente amplia y algunas canas en sus oscuros rizos. Sus manos eran grandes, de dedos cortos y curiosamente

ásperas. Aún podía sentir la brutal presión que había ejercido con ellas sobre su cuerpo. Encima de una camisa bordada aunque no del todo limpia llevaba, desabrochado, un jubón que, con sus muchos colores, sus abigarradas joyas y su brocado de oro, era tan vistoso que casi resultaba absurdo. Aquello era demasiado llamativo incluso para un príncipe.

—¿Sabéis quién soy? —Aunque se tranquilizó un poco al comprobar que no le temblaba la voz, su enfado aumentó cuando vio que no sólo no respondía de inmediato sino que, con gran calma y aire distraído, empezaba a quitarse los guanteletes y la miraba de hito en hito.

—¿Y qué si os conozco? —dijo él de improviso, con tan poca claridad que se diría que le daba igual articular bien las palabras—. ¿Qué vais a hacer al respecto, excelencia?

—Lo que vos podéis hacer es recordar que mi marido os recompensará si me escoltáis hasta su palacio sana y salva. Y que, en caso contrario, os castigará. — Cuando acabó de hablar, deseó no haber pronunciado la última frase. Con ella sólo había conseguido arrancarle una sonrisa.

—Castigarme... —Alzó una mano de dedos cortos y la movió como si no encontrase las palabras adecuadas. ¿Castigar a Rodrigo Salazzo? —Se volvió hacia las desnudas paredes y la cortina de cuero que tapaba la logia, y se acercó a aquella para recorrerla—. ¿Veis lo que hay ahí fuera, excelencia? —Rodrigo apoyó un brazo en la pared y se quedó mirando al exterior como si la admiración que sentía por lo que veía fuera a su pesar. La duquesa no se movió—. Mi montaña... Mi gente. —Se volvió entonces hacia ella con expresión interrogativa y, en tono serio, preguntó—: ¿Quién va a venir aquí a castigarme?

La duquesa se acordó del río que habían cruzado y de la pendiente que habían subido. Ni siquiera estaban en Altamura. Por la dirección que habían tomado, cabía la posibilidad de que ni siquiera se encontraran en Borgo, sino en territorio venostano, lo cual significaba que cuando Hipólito averiguara dónde estaba (si es que encontraba la manera de hacerlo), tendría en primer lugar que presentar una reclamación a Vincenzo. ¿Y si éste se enteraba de que había sido ella la causante de la destrucción de su fuerte?

—Soltadme ahora mismo. —Afortunadamente, sus palabras no sonaron a súplica sino a orden. Se echó el pelo hacia atrás y lo miró con verdadera ira, agarrándose la falda con ambas manos como si estuviera dispuesta a volverse y marcharse de inmediato. Él permaneció en su postura de desinterés, apoyado con una mano en la pared, aunque la miró pensativamente, casi como si estuviera considerando su petición.

—¿Ya mismo? —dijo con voz apagada y queda en un tono de mofa que reflejaba la poca convicción con que había respondido—. ¿Antes de que hayamos compartido un poco de vino? ¿Antes de celebrar nuestro encuentro? —Sacudió la cabeza como si se sintiera decepcionado con ella y se apartó de la pared moviéndose con tal

brusquedad y lanzando tal grito que la duquesa dio un involuntario paso hacia atrás —. ¡Vino!

La puerta se abrió de inmediato. Un hombre entró apresuradamente en la habitación con una jarra en una mano y dos copas doradas en la otra seguido de otro que acarreaba una bandeja de plata. Aunque la duquesa no se volvió para mirarlo, adivinó por el olor que llevaba confites. Los hombres dejaron el refrigerio sobre un arcón verde que había al pie de la cama, la cual dominaba la habitación con sus verdes visillos, y tras inclinarse ante Rodrigo y mirarla a ella, se retiraron y cerraron las puertas.

—Acercaos, excelencia —dijo mientras llenaba las dos copas—. Brindemos porque pronto nos conozcamos mejor.

Al verlo allí, sonriente, luciendo su brillante y abigarrado jubón en desagradable contraste con el verde oscuro de los visillos, la duquesa Violante pensó en la sensación de seguridad que había tenido al entrar en su ducado y saberse tan cerca de casa, y, desesperada, hizo votos por que Segismundo averiguase dónde se encontraba.

Segismundo había llegado demasiado tarde para servir de ayuda a nadie. Al muchacho se le agotó lo poco que le quedaba de vida pronunciando unas palabras que resultaron casi demasiado débiles para que Segismundo las entendiera acercando el oído a sus labios. Benno y Poggio, agachados en el borde de la garganta, se limitaron a mirar. Biondello, por su parte, se abstuvo de explorar el arroyo para sentarse silenciosamente al lado de su señor e inclinar la cabeza como si tratara de penetrar la tragedia humana.

El susurro del muchacho se extinguió. Segismundo permaneció por un instante a la escucha y luego inclinó la cabeza sobre su pecho para auscultarlo. Se sentó sobre un talón, metió una mano por debajo de los ensangrentados rizos para cogerlo del cuello y soltó un suspiro. Benno y Poggio se quitaron el sombrero y se santiguaron mientras Segismundo inclinaba la cabeza, brillante a la luz del sol, y rezaba una plegaria en latín.

A Benno se le ocurrió que las personas que habían matado al muchacho tal vez estuvieran todavía por los alrededores, pero enseguida se dijo que aquello no era posible, ya que si habían raptado a la duquesa no habrían tardado en alejarse de allí. Segismundo dijo «amén» y, tras tapar el cadáver con la capa del propio muchacho, se echó hacia atrás y miró en torno a sí.

—Seguro que hay más muertos, pero no tenemos tiempo para buscarlos. Habrá que dejarlos para más tarde.

—¿Y si siguen vivos? —En la actitud de Poggio brillaba por su ausencia todo el comedimiento que Benno había aprendido a tener a la hora de hacer preguntas a su señor. Éste meneó la cabeza, salió ágilmente del barranco y cuando se acercaba a su caballo dijo por encima del hombro:

—No hay tiempo que perder. Tenemos que hacer lo que les correspondía hacer a ellos.

Benno metió a Biondello en su jubón y ayudó a Poggio a subir a la grupa de su caballo, tras lo cual echó un vistazo alrededor y vio que no había más cadáveres. ¿Qué habría sido del séquito de la duquesa? ¿Por qué no la habían protegido? ¿Qué le habría dicho aquel desgraciado muchacho a su señor?

—¿Qué os ha dicho?

Bendito Poggio.

Segismundo se había inclinado a un lado sobre su montura para estudiar el terreno y, aun así, respondió.

—No sabía mucho más que tú. —Arreó el caballo y salió en dirección a lo alto de la colina entre unos árboles jóvenes.

Benno ordenó a su caballo que girase para seguirlo. Estaban alejándose de la capital de Altamura. Al cabo de un rato Segismundo señaló el cielo. Un esmerejón volaba por encima de ellos, observándolos.

—Ese animal tampoco tardará en morir..., en cuanto se le enganchen las pihuelas en una rama —dijo Segismundo—. Estamos buscando algo parecido, algo salvaje y con aspecto humano que ataca a los viajeros.

—¿Un ladrón?

Segismundo no respondió y siguió cabalgando con la mirada puesta en el suelo hasta que llegaron a un saliente elevado de la colina y vieron un valle que se extendía hasta el horizonte. Se detuvo y, alzando la vista, señaló una lejana garganta que se distinguía sobre el luminoso cielo como una mancha oscura.

—Allí es adonde nos dirigimos. El nido del águila. Roccanera.

Benno, inclinándose sobre la cerviz de su caballo mientras avanzaban por el saliente, pensó que no le hacía ninguna gracia la idea de encontrarse con aves rapaces con aspecto de hombre e imaginó por un momento una cara de águila de tamaño humano.

Estaban bajando a buen paso en dirección al río. Mientras comprobaba si Poggio estaba bien agarrado. Benno se preguntó qué podían hacer ellos tres ante unos ladrones que habían sido capaces de raptar a la duquesa. Hasta que pasaron varias horas no encontró respuesta a su pregunta. El atardecer ya cubría todo con su oscuro manto. Habían dejado sus fatigados caballos en la orilla de un arroyo y subido a una pequeña hondonada rodeada de rocas al pie de Roccanera. El estómago le hacía ruido, aún no se le había secado la ropa, que se le había mojado al vadear el río, y suspiraba por el momento en que consiguiera dormir un poco. Sin embargo, por lo que estaba diciendo su señor el descanso tendría que esperar. Al menos Segismundo había sacado un pellejo de vino y algo de pan y queso de sus alforjas. Benno rebuscó a su vez en el interior de su camisa y sacó unos rábanos que tenía guardados. Mientras comían, Poggio se frotó las piernas.

Biondello había capturado algo incluso menor que lo que él tenía y que evidentemente no había esperado encontrarse, y estaba masticándolo con gran aplicación a los pies de su señor.

Reanudaron el ascenso.

Cuando aún no habían visto nada que se lo anunciara, el ruido les hizo saber que ya estaban cerca de Roccanera. No todos los días llegaba una duquesa a manos de los habitantes del lugar, de modo que habían organizado una verdadera juerga. Benno se asomó entre las raíces de un pino y una roca cubierta de musgo y vio la luz de una hoguera. Subieron unos cuantos metros más y Segismundo les ordenó con un susurro que se echaran al suelo, tras lo cual desapareció. Cuando por fin los llamó, se encontraba acurrucado sobre un hombre inmóvil en un hueco que había entre unas rocas. La luna ya había salido y se veía una pálida luz roja proveniente de una hoguera. Segismundo levantó un pellejo; el olor a vino explicaba por qué el centinela no se había mostrado lo suficientemente vigilante como para advertir la llegada de un extraño. Benno pensó que, tratándose de Segismundo, tampoco habrían cambiado mucho las cosas si hubiera estado alerta como un perro guardián.

—Ahora, fijaos bien en todo.

Benno y Poggio observaron detenidamente el nido del águila. La luz de la hoguera les permitía ver una especie de poblado: varias cabañas revocadas con ramas y barro, otras más pequeñas hechas con troncos, una hilera de establos cubiertos de paja situada a un lado y, encima del patio, un edificio largo y más alto con un techo de cuatro aguas de teja, balcón en la fachada y una escalera que subía desde el suelo de roca hasta la puerta. Segismundo hizo una seña y dio las órdenes.

Los habitantes del poblado estaban en torno a la hoguera. A excepción de algunos que bailaban, todos estaban sentados o dando tumbos, tocando la flauta y cantando desafinadamente.

Mientras Benno y Poggio descendían por la colina rodeando los establos, Segismundo tomó un camino más largo hacia arriba.

No se encontró con más centinelas. A la vista de la fiesta que los habitantes del poblado estaban celebrando, no habría muchos más, y en lo referente al hombre con que Segismundo había topado, al despertar seguramente se sorprendería de lo poderoso que era el vino que había ingerido. Segismundo bajó lentamente por la pendiente entre unos árboles que afianzaban la tierra que había entre las rocas y se encaramó al techo del edificio principal. Con sumo cuidado, subió lentamente hasta el caballete, se tumbó entre unas siemprevivas y unos líquenes y se asomó. De los establos salían unos caballos meneando la cabeza con aire vacilante, empujados sin duda por la mano de Benno. Detrás de ellos se veía el resplandor de unas llamas, que pronto empezaron a arder débilmente en la paja del techo y luego se elevaron en el aire tumultuosamente, chisporroteando y reventando las vigas. Los caballos relincharon y salieron huyendo en dirección al lugar en que se celebraba la fiesta, donde sembraron con su espantada el terror y la confusión entre los habitantes del pueblo. Los borrachos se pusieron a andar de aquí para allá, cegados por el humo espantoso y tratando de comprender el caos que se había apoderado de su mundo.

Segismundo bajó a gatas por la vertiente delantera del tejado y se agazapó. No

tuvo que esperar mucho tiempo. Una figura ataviada con un jubón que parecía el reflejo de las llamas apareció en el balcón e inclinándose empezó a gritar a la muchedumbre. Segismundo se lanzó sobre él.

Rodrigo, alertado por Dios sabe qué sentido, dio media vuelta y sacó un cuchillo en el momento en que era derribado. Los dos hombres forcejearon y pasaron rodando bajo la cortina de cuero enredados en un amasijo de brazos y piernas. Mientras daban vueltas por el entablado, Rodrigo trató de quitarse la mano de Segismundo de la garganta. El ruido de la lucha quedaba prácticamente ahogado por el tumulto del exterior. De pronto, el cuchillo cayó al suelo bañado en sangre. Rodrigo estaba boca arriba y, aunque parecía a punto de soltarse, Segismundo le había rodeado el cuello con un brazo.

La duquesa Violante, que tenía el vestido roto y la melena suelta y despeinada, saltó sobre el cuchillo. Con los labios apretados y los ojos fuera de las órbitas, apuñaló a Rodrigo, a dos manos, en el pecho, y su secuestrador quedó inmóvil en los brazos de Segismundo. La duquesa habría continuado apuñalándolo si hubiera podido sacar el cuchillo, pero el arma había quedado enganchada en los mugrientos pliegues de la camisa. Tras volverle la cabeza y ver que tenía unos profundos arañazos en las mejillas y el cuello y un corte en el labio, Segismundo le quitó el llamativo jubón. Violante, que respiraba entrecortadamente sin poder apartar la mirada del cadáver, permaneció en su sitio con expresión furibunda. Entonces, cuando Segismundo se hubo puesto el jubón, se volvió hacia él y, como si quisiera prepararse para la siguiente acción, empezó a recogerse el pelo.

—Dejadlo, excelencia. Tenemos que huir por ahí —dijo al tiempo que hacía una señal hacia el lugar de donde venía el tumulto—. Aunque va a ser él quien os saque.

No esperó a que la duquesa respondiese. Ya se oían gritos detrás de la puerta y alguien había empezado a golpearla violentamente. Tras coger el sombrero de Rodrigo y ponérselo, Segismundo levantó el cadáver, lo echó sobre la cama y arrojó la lámpara sobre él. El aceite soltó un fogonazo y de inmediato se formó una nube de humo negro; el fuego prendió en los visillos y la cama se convirtió en una pira. Segismundo cogió a la duquesa en brazos, se la echó al hombro y se tapó la cabeza y la cara con su melena. Desatrancó la puerta de la habitación y se abalanzó escaleras abajo dejando atrás a un sirviente frenético que salió corriendo detrás de ellos. Tiró de la puerta principal, que estaba abierta, y salió a la plataforma a la que conducía la escalera exterior.

Los caballos seguían relinchando en el patio, corriendo de aquí para allá entre las cabañas y las chozas. Mientras el suelo se cubría de brasas procedentes de los establos y el humo se arremolinaba y elevaba en volutas, los hombres y mujeres del poblado forcejeaban sumidos en un caos de tropezones y gritos. De pronto, en medio del estrépito, oyeron una fuerte voz en lo alto de la escalera.

—¡Fuera de aquí! ¡Bajad por la pendiente! ¡Vamos! ¡Bajad!

Alzaron la vista y vieron por encima del humo una figura ataviada con un vistoso

jubón que llevaba a su preciado trofeo en brazos. Su voz y los gestos que les hizo los puso en movimiento. Mientras descendían en tropel por la pendiente, la figura bajó por la escalera tapado por la melena de su prisionera y desapareció de vista.

La mujer del vado

Mario Marietti sabía que el duque iría personalmente a calcular los daños que había sufrido el fuerte. Si hubiera tenido a un sacerdote a mano, se habría confesado por última vez antes de la visita. En el tiempo que tardó en llegar a Venosta el mensajero que envió para dar la noticia de la explosión y el que tardó el duque en acercarse a la frontera (que fue mucho menor del que hubieran deseado), Marietti trató de averiguar qué había causado la catástrofe. El desastre había sido completo y al final tuvo que aceptar la teoría que había sostenido desde el principio: se había tratado de un accidente. Por un imprevisible capricho de la naturaleza, la brisa de la noche se habría llevado una chispa de las hogueras que habían encendido los trabajadores y de alguna manera la habría conducido, por improbable que pareciera, hasta el polvorín. De ningún modo podía insinuarle al duque que había sido un rayo lo que había dejado el fuerte hecho chamusquina, pues eso equivaldría a decirle cuál era el juicio de Dios acerca de la empresa que había acometido, con lo cual no tardaría él en sufrir el resultado del juicio del duque de la peor de las maneras posibles. Marietti había contemplado la posibilidad de huir, pero siendo como era un hombre honrado y tal vez poco realista, había decidido quedarse pensando que no había hecho nada de lo que se le pudiera considerar culpable.

—Vuestro ingeniero dio ayer su aprobación a todo. Examinó cuidadosamente los barriles de pólvora y dijo que el lugar en el que estaban almacenados era el mejor disponible.

—¿Mi ingeniero? —La mirada del duque era como para poner los pelos de punta a cualquiera. Parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas. Desde su llegada no había levantado la voz ni reprendido a nadie, pero Marietti no se hacía ilusiones. El duque estaba descompuesto. Se encontraban en la orilla del río viendo cómo los trabajadores trataban de sacar el cañón, el cual, con su boca incrustada en el lecho, seguía desviando el curso del agua—. ¿Mi ingeniero?

—Sí, excelencia. El hombre al que encargasteis que inspeccionara las obras cuando os fuisteis ayer. El hombre alto de la cabeza rapada. Iba a acercarse a Venosta para haceros un informe.

La fusta del duque vibró por un momento, produciendo un ruido seco parecido al de una serpiente.

—Y me lo hará. Antes de morir, me contará todo lo ocurrido —dijo como hablando consigo mismo—. A continuación se volvió a Marietti y le preguntó:

—¿Os ha enseñado mi sello ese ingeniero? ¿Con qué autoridad ha realizado la

inspección?

Marietti se estremeció y sintió que su futuro, que había saltado por los aires junto con el fuerte, se le caía encima.

En torno a la hora a la que el duque de Venosta contemplaba los restos de su fuerte, el duque de Altamura recibía una noticia muchísimo peor. Cuando estaba a punto de llegar a la ciudad, el capitán de la guardia encargada de escoltar a la duquesa había caído en la cuenta de que su señora debería haberse reunido con ellos tiempo atrás, de modo que había decidido que lo mejor sería detenerse y enviar a unos cuantos hombres en busca de la duquesa para recordarle con todo el tacto posible que su excelencia iba a salir a las puertas de la ciudad para darles la bienvenida y que, en caso de que no pudiera hacerlo a causa de la muerte de su hija o de alguna enfermedad, serían sus representantes y los dignatarios y leales ciudadanos de Altamura los que le darían la bienvenida. Ni se le había pasado por la cabeza al capitán que la duquesa pudiera haber sufrido alguna desgracia en el territorio de su marido.

Al ver que sus hombres se retrasaban, el capitán empezó a ponerse nervioso. ¿Se habría caído su excelencia de su caballo? No, aquello no era posible, porque habrían enviado a alguien para comunicárselo. Cuando por fin vio que sus hombres regresaban y que en lugar de acompañar a la duquesa llevaban unos cuerpos sobre el arzón delantero de sus monturas, tuvo una premonición e imaginó qué había ocurrido: la duquesa había sido raptada (por unos bandidos, seguramente) y quienes la acompañaban habían resultado muertos. ¿Cómo se lo diría al duque?

Hipólito, enfermo como estaba, había realizado el esfuerzo de levantarse de la cama y salir a las puertas de la ciudad; cuando el capitán llegó con la espantosa noticia, aún conservaba la calma. Perder a una hija difícil y a la que apenas conocía había sido doloroso, pero la desaparición de su esposa, a la que amaba apasionadamente, ya era demasiado. Hipólito se desentendió de la fiebre, el cansancio y las protestas de su médico y organizó varios grupos para recorrer el campo en su búsqueda. Al anochecer, un grupo encabezado por él mismo, provisto de antorchas y fuertemente armado inició la marcha. Aproximadamente en el mismo momento, Segismundo, Benno y Poggio se agazapaban entre los matorrales de Roccanera dispuestos a rescatar a la duquesa, aunque con la ventaja de saber dónde se encontraba. Rodrigo Salazzo aún estaba vivo y pasando las últimas horas de su vida como probablemente le habría gustado pasarlas.

El duque Hipólito, pese a la exasperación y furia que lo embargaba, había llamado a sus cazadores para que lo acompañaran, y no, como en el caso del cetrero de la duquesa, por diversión, sino para hallar el rastro que les permitiera llegar al lugar en que se había producido el ataque. Tras verse obligados a acampar e intentar descansar durante la noche, en cuanto empezó a clarear los cazadores del duque comenzaron a examinar el pisoteado terreno que bordeaba la garganta. Uno de ellos dijo que el rastro conducía por el río, aguas arriba, hacia Venosta.

Curiosamente, hasta aquel momento Hipólito no había pensado en Salazzo. El bandido, absteniéndose de invadir Altamura, se había conformado con hacerse fuerte en la zona más solitaria de las montañas venostanas y saltar la ruta comercial que llevaba al norte. Aunque era consciente de lo difícil que resultaba tomar por asalto la garganta, Hipólito siempre había censurado a Vincenzo por permitir la existencia de aquella úlcera en su costado. Ahora lo maldecía por ello. Entrar en Venosta con un grupo armado, incluso con el propósito de rescatar a su esposa, podía considerarse una acción de guerra si así lo decidía Vincenzo. ¿Cuántos hombres habría en Roccanera? ¿En qué medida estaría fortificada? Y, lo que era más preocupante, ¿mataría Salazzo a su esposa si lo atacaban?

Hipólito montó en su caballo y, apoyándose con los brazos rígidos en el pomo de la silla, empezó a sentir nuevamente el sudor y los escalofríos de la fiebre. Oyó las amortiguadas voces de sus hombres y el rumor del río, que corría sosegadamente por los bajos, y a continuación un grito de saludo. Alzó la cabeza y miró.

Dos caballos vadeaban el río por el trecho menos profundo. Dos jinetes cabalgaban a lomos de cada uno de ellos. El duque pasó por alto el primero, montado por un hombrecillo barbudo y un enano, y posó la mirada en el otro, sobre el que se veía a un hombre alto y, detrás, a una mujer.

La mujer estaba haciéndole señas.

Una canción de amor

Las desgracias resultan mucho más fáciles de soportar si puede culparse a alguien de ellas. Los ciudadanos de Altamura estaban en un aprieto pues aquello era precisamente lo que no podían hacer. Las desgracias que le habían sobrevenido a su duque y, por lo tanto, a ellos, eran diversas y los desafectos por naturaleza mostraban tendencia a culparlo en contra de toda lógica. Entre éstos se encontraban los jóvenes que asistían a las clases de retórica y filosofía de Polidoro Tedesco, quien, según se decía, había sido preceptor del duque antes de que éste accediera al trono, pero apenas necesitaba recomendaciones, por cuanto su nombre era respetado entre los humanistas no sólo en la ciudad sino también de la lejana Roma. Sus alumnos sostenían que aquellas personas que ostentan el poder siempre acaban atrayendo el mal, debido, precisamente, a que el poder es en sí mismo malo. Por consiguiente, el duque había sido el causante de la pérdida de su hija y ahora, por lo visto, de la de su esposa. Un tirano tenía que estar preparado para sufrir más de lo que sufre un súbdito normal. Su maestro, de todos modos, no había señalado los defectos de tal conclusión, ya que, por definición, cabía la posibilidad de que un maestro se mostrase poco dispuesto a estudiar en qué medida el origen del respeto debía buscarse en la autoridad.

La mayoría de los altamuranos que habían visto cómo el duque, pálido, enfermo y apesadumbrado, emprendía la búsqueda de su esposa a la caída de la tarde estaban realmente preocupados por él. El duque Hipólito gozaba de una gran popularidad, pues era un hombre bien parecido, generoso y al que no se le conocían vicios. Su segundo matrimonio, con la viuda Violante, la hija del duque de Rocca, había sido recibido con grandes muestras de aprobación, y más aún al dar como fruto un heredero que aunque todavía guardaba cuna, según se decía gozaba de muy buena salud. La duquesa, una mujer hermosa y con carácter, era un motivo de orgullo para Altamura, y la respuesta a su secuestro sólo podía ser una profunda sensación de agravio. Aunque cabía la posibilidad de que los culpables fueran una banda de ladrones, los altamuranos también sospechaban de Galeotto de Borgo y Vincenzo de Venosta. Evidentemente, Galeotto podía haberla detenido en Borgo, pero a poco astuto que fuera habría esperado a que se alejara de la ciudad para raptarla. En lo referente a Vincenzo, la construcción del fuerte era una verdadera impertinencia y el accidente que la había castigado resultaba ser tan justo como cómico. Sin embargo, el duque era muy capaz de ir aún más lejos y pensar que el rapto de la esposa de un vecino podía suponer un perverso aliciente para la rivalidad entre los dos estados. Eso

sí, cuando se consideraban las historias acerca de la esposa de Vincenzo, la conclusión a que se llegaba era que seguramente éste preferiría no llevar a otra mujer al palacio ni aunque se tratase de una prisionera.

En el palacio del duque Hipólito, muchas personas se habían quedado desoladas al enterarse del secuestro de Violante. Una de ellas era la niñera, que, al corriente de la espantosa noticia, había llegado a Altamura con el séquito y se había dirigido rápidamente a la habitación de los niños de la duquesa, la señora Camila y el señor Andrea, para derramar sus lágrimas sobre la cuna y alarmarlos como si ya hubieran perdido a su madre. Al menos había tenido la oportunidad de desahogarse regañando a sus sirvientas por no haber hecho exactamente lo que ella hacía cada vez que la niña sufría un cólico; la regañina se intensificó cuando se enteró de que a la niña le habían permitido comer ciruelas.

Quien no había encontrado ocasión de desahogarse y, por lo tanto, había tenido que guardárselo todo, era el primo de Violante, el señor Tebaldo, quien vivía en el palacio gracias a la amistad que había trabado con la duquesa al morir su padre. Era lisiado de nacimiento y sufría dolores casi permanentemente, por lo que apenas participaba en la vida cortesana y la mayor parte del tiempo permanecía en la espléndida biblioteca de Hipólito leyendo y catalogando los manuscritos que el duque poseía y que sus enviados compraban durante sus viajes al extranjero. Apoyado sobre unos cojines en su sillón, examinando los detalles de un manuscrito iluminado o descifrando un ológrafo griego o romano, lograba olvidar los reveses e inconvenientes de la vida diaria e incluso de sus dolores. Como todas las mañanas, bajó a la biblioteca en un montacargas y se sentó en su sillón, pero no tardó en levantarse y ponerse a andar trabajosamente de un lado a otro de la sala. Finalmente, tuvo que sentarse de nuevo a causa del agotamiento y con el alma en un hilo por la única persona que sabía que le guardaba afecto.

De ahí que cuando Hipólito regresara triunfante con su esposa se produjese una explosión de júbilo en toda la ciudad. Cuando los habitantes de Altamura salieron en tropel a las calles, ventanas y balcones gritando y golpeando sartenes, algunos entonando un improvisado tedeum y la mayoría dando vítores, Tebaldo se acercó a la loggia de la biblioteca para asomarse a la calle y experimentó una tremenda dicha al oír el ensordecedor toque de trompetas que daba la bienvenida a sus soberanos. La niñera soltó un grito de felicidad y abrazó a la pequeña; incluso el niño movió los brazos y profirió varios gorjeos de alegría.

El palacio se convirtió en un hervidero de personas que iban de aquí para allá hablando animadamente y ocupadas con los preparativos de una fiesta que iban a celebrar por todo lo alto. El maestro di casa ordenó que se hiciera todo lo necesario para organizar un banquete, convencido de que aquello era lo que iban a pedirle, y los jardineros recibieron el encargo de cortar ramas verdes para hacer guirnaldas. Un paje que sostenía el asa delantera de una cesta de mimbre llena de escudos decorativos resbaló en las escaleras y la cesta salió rodando por los escalones y cruzó la sala en

que se habían reunido los cortesanos para dispensar una bienvenida formal al duque y a la duquesa.

Ya se habían difundido varias historias acerca de lo ocurrido. Una de las favoritas era que el duque se había batido a muerte con el jefe de unos bandidos y había logrado liberar a la duquesa de sus infames garras. Todo el mundo se moría de ganas por saber con exactitud y detalle qué vejámenes había sufrido la duquesa antes de ser rescatada; el comportamiento de ésta, empero, dejó en mal lugar a aquellos a quienes les habría gustado que hubiera sido lo peor. Una mujer que hubiese sido objeto de vejaciones se mostraría hundida, humillada y, sin embargo, ni el rostro ni el proceder de la duquesa reflejaban sufrimiento alguno. De hecho, cuando entró en el palacio de la mano de su marido su aspecto era el de una mujer radiante e indemne. El duque, por lo que podía verse, se había repuesto milagrosamente de sus fiebres y miraba a su recuperada esposa como si sólo tuviera ojos para ella. Detrás de la duquesa caminaba un hombre cuya presencia era motivo de asombro para muchos, un hombre que lucía lo que todos identificaron como la cadena de pájaros de oro y hojas de esmeralda que el duque llevaba cuando había salido, una cadena que tenía al menos el mismo valor que una casa en la ciudad o una villa con terrenos en el campo. Las damas de la duquesa y otras que habían estado en Borgo se encargaron de que en poco tiempo todo el mundo cuchicheara acerca del hombre alto, fornido, de cabeza rapada y vestido con un traje negro y desgastado. Cuando aún no habían cruzado la frontera ya había salvado a la duquesa de los ataques de la familia Malgardo. ¿Sería ésa la razón por la que había sido recompensado? Los miembros del séquito de la duquesa no lo habían visto, ni a él ni a su lamentable sirviente ni a Poggio, el enano, desde el atardecer del día en que la duquesa había topado con el insultante fuerte de Vincenzo. Antes de que llegara a sus aposentos privados, de Segismundo se había dicho que era un sacerdote renegado, un condottiero, un amante de la duquesa, un hijo del Papa, el capitán de una flota levantina, un veneciano y un moscovita. Detrás de él iban Poggio, pavoneándose y lanzando besos a diestro y siniestro, y el sirviente, con la ropa mugrienta y más arrugada y raída que nunca, agarrando a un perrillo gris, lanudo y de ojos brillantes. No pasaría mucho tiempo antes de que Poggio empezara a ser reclamado en distintos lugares en su calidad de fuente de información solvente.

El duque no deseaba todavía que se organizase ninguna clase de celebración pública. Tras pasar con su esposa por la capilla para rezar una breve oración de gracias, sintió la fatiga del viaje, la tensión que había acumulado a causa del miedo y la debilidad que le había producido su enfermedad. Despidió a la muchedumbre excepto a su primer consejero, Bonifacio Valori, y a Segismundo y se encerró en su pequeña sala de audiencias, una habitación opalescente por el mármol vetado y de brillo céreo con que estaba decorado y cuyas ventanas permanecían abiertas para que pudiera verse el horizonte iluminado por el sol y oír el rumor del río que corría al pie de las murallas del castillo.

Hipólito, sentado en su gran silla de madera labrada, cogió a Violante de la mano

cuando ella fue a sentarse y guardó silencio durante un par de segundos mientras se relajaba y Bonifacio Valori miraba a Segismundo. Aquel hombre parecía un asesino. No había más que fijarse en su cuello musculoso y en su cabeza, que parecía la de un luchador... ¿Cómo era posible que sus gestos fueran, además, lo bastante sutiles como para que pudiera desempeñar el papel de embajador? Desde luego, su aspecto respondía al del hombre que había ayudado al padre de la duquesa a encontrar al asesino de su esposa. De aquello sí que estaba informado Valori. ¿Podría ayudar al duque Hipólito a encontrar al asesino de su hija?

El duque también miró con detenimiento a Segismundo cuando por fin habló.

—Tras lo que habéis hecho por su excelencia la duquesa, tenemos una deuda con vos que nunca podremos pagaros cumplidamente. —Segismundo hizo una reverencia en señal de agradecimiento pero no habló. Valori pensó: «En efecto, se trata de un diplomático. Quitarle importancia a lo que ha hecho sería una muestra de falsa modestia»—. De todos modos, como es costumbre entre los príncipes, deseo algo más de vos —agregó Hipólito—. Decidme, ¿pensáis que el príncipe Galeotto está libre de culpa? ¿Creéis que pudo matar a mi hija en un arrebato de ira? Mientras regresábamos a Altamura, su excelencia la duquesa —dijo al tiempo que acariciaba la mano que tenía debajo de la suya— me ha hablado acerca de los amantes del príncipe y de las pulseras que le regaló a mi hija y a una de ellas. —En su cara se reflejó la opinión que tenía de ello. El consejero del duque hizo una leve mueca de desagrado—. ¿Creéis que su muerte pudo ocurrir durante una discusión o una pelea?

En lugar de responder de inmediato, Segismundo bajó la mirada con gesto pensativo. Valori pensó que seguramente sabría muy bien qué consecuencia tendría una respuesta afirmativa: el duque Hipólito pediría al príncipe una explicación de la muerte de su hija. Si Segismundo hacía un gesto de asentimiento estallarían una guerra. Sin embargo, el gesto fue de negación.

—Excelencia, no creo que pueda culparse al príncipe personalmente. Es cierto que discutió con ella. Hubo gente que los oyó. Sin embargo, a menos que tuviera a un asesino preparado para matarla en cualquier momento —por el tono de voz y el movimiento que hizo con el hombro se hizo patente lo que opinaba acerca de aquello—, vuestra hija no murió a causa de algo que él hiciera.

—Con permiso de vuestra excelencia. —Bonifacio Valori creía que aquellas palabras planteaban una pregunta que era necesario formular—. ¿No es posible que fuera una de las damas a las que se ha hecho referencia quien pagase al asesino? ¿Por qué estáis tan seguro, señor, de que se trata de un asesino profesional?

—Porque trató de matarme cuando se supo que su alteza me había encargado que buscase al responsable de la muerte de su esposa.

El consejero del duque ladeó la cabeza levemente y sonrió. Uno de los rasgos que distingue al oso es que debido al aspecto aparentemente afable que tiene resulta difícil adivinar de qué humor se encuentra. Valori era un hombre voluminoso y muy observador.

—Espero que me comprendáis, señor, si digo que un hombre puede tener razones personales para mataros. ¿Estáis completamente seguro de que el atentado de que fuisteis objeto estuvo motivado por vuestra investigación acerca de la muerte de su alteza?

Segismundo le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Es cierto, señor, que hay personas que sentirían un gran alivio si yo desapareciera de este mundo. Sin embargo —se puso serio—, y aunque no podría afirmarlo bajo juramento, creo que el hombre que intentó matarme, en dos ocasiones, para ser exactos, es la misma persona que acabó con la vida de la princesa. Creo, además, que la dama a quien mató antes de que abandonáramos Borgo era su cómplice.

—¿Su cómplice? —El duque se inclinó y apretó fuertemente la mano de Violante de modo que ésta se volvió para mirarlo—. ¿Qué dama?

—Una de las amantes del príncipe, excelencia.

—¿Leonora o Zima? —La duquesa había oído hablar a sus damas. Se volvió hacia su marido y dijo—: Aunque era Zima quien tenía las pulseras, Leonora fue la última persona que vio a tu hija en el pabellón. Fue ella quien vino a decirnos que no había manera de despertarla. Por eso fui... —De pronto hizo una mueca y apartó la mano para taparse la boca con ella. Por un instante pareció revivir el acceso de terror que la había llevado a arrojar el cadáver de su hijastra a la pendiente que bajaba desde el pabellón. Segismundo intervino.

—La señora Leonora, excelencia. Existe la posibilidad de que le administrara un somnífero. Olí uno en la copa de vino de la princesa. Por tanto, el asesino cuyas huellas encontramos debajo del pabellón tuvo por víctima a una persona inconsciente.

El duque frunció el entrecejo y miró a Segismundo mientras acercaba su mano a la de Violante, quien se la dio.

—Inconsciente. Gracias a Dios —dijo santiguándose—. Y si la tal señora Leonora era su cómplice, ¿por qué la mató después?

Valori levantó la mano para adelantarse a la respuesta de Segismundo.

—Excelencia, creo que ya lo comprendo. —Por su sonrisa y tono de voz, estaba claro que para él el misterio que rodeaba la muerte de la princesa era únicamente un rompecabezas en el que no había sentimientos por medio—. Supongamos que las sospechas hubieran recaído sobre la señora Leonora. Lo más seguro es que durante el interrogatorio hubiese delatado a la persona que les había pagado a ella y al asesino. En tal caso, el asesino se habría visto obligado a acabar con el interrogador —dijo al tiempo que señalaba a Segismundo con la cabeza— y, al fracasar en el intento, habría tenido que eliminar a la persona interrogada. ¿No es así?

—Ésa es precisamente la conclusión a la que yo llegué, señor.

Satisfecho, Valori esbozó de nuevo una media sonrisa.

El duque intervino en aquel momento.

—Sin embargo, esta conclusión no nos permite saber quién es la persona a la que

podría haber delatado.

—En efecto, excelencia. El asesino ha conseguido impedirlo.

Con cierta impaciencia. Hipólito dio con un pergamino unos golpecitos sobre la mesa que tenía al lado.

—En esta carta, el príncipe Galeotto me dice que está seguro de que la muerte de la princesa se debe a que alguien quiere vengarse de él y añade que durante el funeral de mi hija sufrió un atentado contra su vida que vos frustrasteis y, antes de eso, en el momento en que tenía que encontrarse con su futura esposa, alguien intentó acabar con él de un... ¿hondazo? —Por su tono de voz, parecía pensar que semejante método no hacía sino teñir de vulgaridad el atentado. Un soberano podía morir víctima de un veneno o un cuchillo, pero nunca como Goliat. Un final de esa naturaleza era ofensivamente plebeyo.

—Excelencia, si mal no recuerdo, el primer ataque no fue dirigido al príncipe sino a su excelencia la duquesa o a la princesa. Por otro lado, según averigüé poco después, a juzgar por la posición desde la que fue lanzado, el hondazo sólo pudo tener por objetivo a su excelencia la duquesa. El príncipe quedaba fuera de vista desde el lugar en que se colocó el agresor.

Hipólito levantó la mano de su esposa y la besó.

—Por lo que veo, no os he recompensado como os merecéis. —Guardó silencio por un instante—. Sin embargo, el hombre que lanzó la piedra, a quien, por lo que me ha dicho mi capitán, vos matasteis cuando llegasteis a la frontera... ¿Cómo se llamaba...? Sí, Raimundo Malgardo..., su cadáver está colgado boca abajo en las puertas de la ciudad junto al de su hermano. Pues bien, este hombre podría ser el asesino de mi hija. Cuando los envié al exilio nos maldijo de todas las maneras imaginables y juró que se vengaría. Es posible que aprovechara esta ocasión para intentar hostigarme a distancia desde Borgo.

—No niego la posibilidad de que Malgardo intentara asesinar a la princesa cuando ésta entró en la ciudad, excelencia. La caída de la efigie fue causada por su arma. Sin embargo, Malgardo no fue el hombre que trató de matarme.

Bonifacio Valori se volvió hacia él.

—¿Dónde os encontrabais cuando ese hombre os atacó, señor?

Segismundo volvió sus oscuros ojos hacia el consejero del duque con gesto tranquilo.

—En la casa de la señora Leonora.

—¿Estabais a solas con ella? —Sí.

—¿De noche?

—De noche, y me recibió en su dormitorio, señor. Pero no creo que el motivo fueran los celos.

Valori se encogió de hombros, extendió las manos y dirigió una expresiva mirada al duque.

—¿Qué razones tenéis para pensar así? —Si bien no había descartado la idea de

Valori, el duque se sentía impresionado, al igual que le había sucedido tres o más años atrás en Rocca, por el hombre que tenía ante sí. Aunque no era difícil imaginar que un amante quisiera deshacerse de un hombre como aquél, sí que lo era suponer que resultaría una tarea sencilla. Muy fuerte y habilidoso tendría que ser aquel hombre si Segismundo no había logrado matarlo.

—Por un lado, excelencia, el arma que utilizó. Malgardo era un experto con la honda...

—No más que vos cuando lo matasteis. —El recuerdo pareció animar a la duquesa. Su marido la miró cariñosamente antes de volverse hacia Segismundo.

—Lo que queréis decir entonces es que Malgardo habría utilizado una honda para matar a... a su alteza y que ésta tal vez estuviera fuera de su alcance. De todos modos, aunque un hombre utilice preferentemente la honda, sigue teniendo manos para estrangular. ¿Trató ese hombre de estrangularos? —preguntó mirando pensativamente el cuello de luchador de Segismundo, en el que también se había fijado su consejero.

—En cierto modo, sí, excelencia, pero a distancia. —Segismundo rebuscó en la bolsa que llevaba colgada del cinturón y sacó las bolas que había tenido que quitarse de su propio cuello—. Con esto.

Valori se acercó a él para coger el arma y la examinó mientras se la llevaba al duque.

—Ya he oído hablar de esta arma, excelencia. Se llaman bolas. Sin embargo, su alteza no fue asesinada con ellas.

—El método no era el adecuado, como tampoco lo era la honda.

—Entonces, existen las mismas posibilidades de que el asesino de su alteza sea el hombre al que visteis como que lo sea Malgardo. —Valori hizo hincapié en este punto de su razonamiento con aire de satisfacción.

—Nada es seguro en este mundo, señor.

Había una nota de reserva y cansancio en la profunda voz de Segismundo. El duque se dio cuenta de ello y se acordó de lo que aquel hombre y su esposa habían sufrido últimamente, por lo que cuando Valori se dispuso a contestar, se apresuró a interrumpirlo.

—Señor, hemos de ser breves. Su excelencia la duquesa necesita descansar. Y Segismundo también, si no me equivoco. —Cuando el aludido se inclinó, el duque añadió—: Sólo una cosa más. La persona que creéis que asesinó a mi hija todavía campa por sus respetos. Si no sabemos quién le ha pagado, ¿no es posible que estemos en peligro en este mismo momento? —El duque cogió a Violante del brazo mientras esperaba la respuesta de Segismundo.

—Sí, lo es, excelencia —respondió Segismundo con gesto sombrío. De improviso, Violante apartó la mano de su marido y se tapó la cara. Entonces soltó un gemido estremecedor y el duque apoyó las manos sobre sus hombros, mirándola aterrorizado y con gesto compungido. Que una mujer de la valentía y carácter de su

esposa se viniera abajo de aquella manera permitía imaginar todo lo que había tenido que soportar. Él la protegería. Allí, en su palacio, en su propia ciudad, no sufriría daño alguno. Pagaría a Segismundo para que fuese su guardaespaldas particular cuando saliera a la calle. Aquel hombre parecía invulnerable. Todo saldría bien.

Sin ser visto, Segismundo curvó un poco los dedos de su mano izquierda, cerrándola de tal forma que la sangre que goteaba lentamente por el interior de su manga no cayera al suelo de mármol.

Lejos de allí, en las fronteras de Altamura, un hombre bien parecido, de rostro curtido y con un lunar al lado de la boca arreaba su caballo aunque sin darse excesiva prisa. Tenía tiempo de sobra. Había cumplido una misión y recibido una generosa gratificación por ello. La tarea de la que tenía que ocuparse ahora tal vez no fuera sencilla, aunque estaba seguro de poder llevarla a cabo. Mientras cabalgaba, sentado cómodamente en su montura, cantaba con su suave y agradable voz de tenor. Era una canción de amor.

Una llamada a la puerta

Si Segismundo había ocultado la gravedad de su herida, Benno tuvo que ocultar la conmoción que sintió al verla. Había estado esperando fuera de la sala de audiencias, aguantando las miradas de asco y frustración que le dirigían varios sirvientes de palacio impacientes por enterarse de nuevos detalles acerca del rescate de la duquesa de boca de alguien que reunía las condiciones necesarias para hacerlo como era el sirviente del rescatador. En un principio lo habían acibillado a preguntas, pero Benno los había mirado con tal cara de estupidez que no habían tardado en darse por vencidos. Cuando Segismundo apareció, todos retrocedieron. Uno no hacía preguntas a un hombre como aquél.

El maestro di casa, que se encontraba en la habitación contigua, recibió el aviso de uno de ellos y fue corriendo a la presencia del invitado del duque para hacerle una reverencia y conducirlo hasta la habitación que habían preparado para él.

La habitación, pese a no ser grande, era moderna y ventilada y estaba provista de paneles de madera ligera que subían hasta el artesonado del techo, cuyas vigas estaban pintadas y decoradas con adornos de oro. Cuando llegaron, aún había dos sirvientes vaciando un cofre pintado que había al pie de la cama; algún cortesano que no gozaría de gran favor ante el duque habría sido degradado. El maestro di casa señaló la puerta con la punta dorada de su vara y a los sirvientes se les cayó la ropa que llevaban en los brazos con las prisas por obedecer. Después de preguntar si a los invitados les apetecería algo de comida y vino, el maestro hizo una inclinación y se marchó. Segismundo se dejó caer en la cama abruptamente, sacó una tela de su bolsa y se limpió la mano, levantándola de tal forma que no cayera ni una gota sobre la clara tela del cubrecama o sobre las cortinas. Benno se había quedado helado.

—Agua, Benno.

Mirando alrededor, Benno vio en una esquina una jarra de porcelana, una jofaina encima de un trípode y, debajo de éste, un cántaro. Llenó la jofaina y la llevó cuidadosamente hasta el arcón, sobre el que su señor había abierto su saquito de hierbas. Benno notó el olor a asperilla, que parecía heno recién segado, y vio unas hojas de llantén e hisopo, tomillo y un diente de ajo. Había aprendido que todas aquellas plantas eran específicos que permitían evitar que la herida se gangrenase. Sin embargo, antes había que poner algunas de ellas en agua caliente para hacer un emplasto.

—Voy a...

Llamaron a la puerta y dos sirvientes entraron, uno de ellos con un barreño de

agua caliente, que puso al lado del cántaro de porcelana, y el otro con una fuente que contenía dos pollos fríos, una escudilla llena de albaricoques y una hogaza de pan. Detrás de ellos apareció un niño acarreado vino. El maestro di casa sabía cómo tratar a los invitados del duque.

Cuando los sirvientes se hubieron ido, no sin antes lanzar varias miradas de soslayo al imponente hombre de negro de cuyo cuello colgaba la cadena del duque y a las hierbas que tenía misteriosamente extendidas ante sí, Benno emprendió la delicada tarea de quitarle a su señor el negro jubón y la ensangrentada camisa sin hacerle demasiado daño, tarea en la que, en comparación con la brusquedad de su señor, mostró un cuidado excesivo.

Rodrigo Salazzo había cometido un error, comprensible en su momento, al ubicar el corazón de Segismundo. El cuchillo había pasado cerca de las costillas pero había acabado introduciéndose profundamente en el brazo y el pedazo de tela rasgado no había tardado en empaparse y pegarse. Mientras limpiaba el feo corte, Benno pensó en el viaje de regreso a Altamura. Cuando escurrió la tela, miró los eslabones de oro de la cadena y las hojas de esmeralda que se extendían sobre la cama, y se preguntó si aquella gratificación podía compensar a una persona del hecho de disimular el dolor y asumir riesgos que podían acarrearle la muerte.

Olió las hierbas que había puesto a remojo en el agua caliente y, mientras preparaba el emplasto, dijo:

—Casi acaban con vos.

Segismundo siseó cuando sintió el caliente emplasto sobre la herida y luego sonrió.

—El «casi» no es lo que importa, Benno. Lo que importa es quién acaba en la tumba.

—Bueno, Salazzo tampoco ha acabado en una tumba, ¿verdad?

—Acabó en una pira funeraria, como los clásicos. Sus hombres todavía creen que está vivo. Se quedarán pasmados cuando vean que no aparece y se enteren de que la duquesa se encuentra en Altamura.

—Si se fijaron bien en ella cuando Rodrigo la llevó a Roccanera, apuesto a que pensarán que ha sido ella quien lo mató. Estoy seguro de que la duquesa es muy hábil con el cuchillo. —Benno estaba desenrollando una venda en torno al brazo; al ver que Segismundo no iba a hacer ningún comentario y siguiendo el hilo de sus pensamientos, dijo—: A todo esto, cuando Poggio y yo tratábamos de averiguar si los establos estaban vacíos para entrar en ellos y ahuyentar a los caballos y encender el fuego, oímos hablar a dos hombres de Rodrigo.

—¿Qué esperabais? ¿Que fueran mudos?

Benno alzó la vista y, sonriendo, se puso a curar la herida menos grave.

—Estaban pegando la hebra de lo lindo. En su mayor parte alardeaban de su jefe, que si podría hacer lo que le viese en gana, que si nadie podía enfrentarse a él, que si ahora la duquesa era su ramera... Tuve que agarrar a Poggio en aquel momento,

porque de lo contrario se habría lanzado sobre ellos. Luego dijeron que había sido toda una suerte que le avisaran que la duquesa había salido de Borgo.

Benno dio un paso hacia atrás para admirar su trabajo y a punto estuvo de meter el pie en la jofaina. Segismundo cerró su saquito de hierbas con gesto pensativo al tiempo que apartaba a Biondello, quien había saltado sobre la cama excitado por el olor a pollo y dispuesto a investigar las posibilidades que ofrecía de ser comido.

—Mmm, mmm... Tal vez Malgardo y sus hermanos estuvieran acompañados por alguien que logró escapar. —Segismundo levantó a Biondello de la fuente y se lo dio a Benno—. El capitán de la guardia aseguró a la duquesa que sus hombres no habían visto huir a nadie por la colina excepto al hombre que acabaron matando. No obstante, una persona puede quedarse quieta y permanecer oculta si sus perseguidores esperan que salga huyendo.

Benno supuso que Segismundo sabría aquello por experiencia propia.

—¿Creéis entonces que ese hombre logró huir y fue a Roccanera para decirle a Rodrigo Como-se-llame que raptara a la duquesa? ¿Cómo sabía que ella iba a apartarse del séquito para cazar con su halcón y que sólo la acompañarían unos pocos hombres?

—Acababa de soltar un halcón cuando nos atacaron con la honda. Tal vez, cuando nos acercamos al vado, la duquesa dijo que iba a apartarse del séquito en cuanto cruzáramos el río. Las voces se las lleva el viento y ellos estaban en las colinas, encima de nosotros. —Segismundo no dijo nada más hasta que sacó la cabeza por el cuello de su camisa, una de buena batista que Benno había escogido para que la llevara en la corte. Cuando logró meter el brazo herido por la manga, agregó—: Se te vuelve a notar la inteligencia, Benno. Una de dos: o Rodrigo lo sabía o estaba vigilándonos escondido a la espera de que se le presentara una oportunidad.

Benno ya había empezado a dar cuenta del contenido de la fuente. Hacía tiempo que no comía y el pollo frío era una delicia, relleno como estaba de pan de trigo especiado. El vino resultó ser una agradable sorpresa, pues era de una calidad que no solía tener ocasión de probar, un vino para degustar. Segismundo comió frugalmente, como si la herida lo hubiera dejado sin apetito. Se diría que llevaba más comida a la boca de Biondello que a la suya.

Mientras masticaba y se chupaba los dedos, que sabían tanto al romero y el ajo del emplasto como a pollo, Benno estudió la situación. Ya eran varias las personas que habían tratado de acabar con la vida de la duquesa y habían acabado perdiendo las suyas, gracias, en buena medida, a su señor. Sin embargo, el hombre que había intentado matar a Segismundo seguía vivo. Quizá le habían pagado para que matara únicamente a la princesa y no volviera a molestarlos. Cuando se disponía a comentar esto último, una llamada a la puerta les anunció la llegada de una persona de aspecto imponente.

¿Intenciones violentas?

Su mirada era lo que más llamaba la atención; su rostro, cetrino y de mejillas hundidas, estaba dominado por unos ojos oscuros e inteligentes. Tenía las cejas gruesas, la boca burlona y el pelo canoso debajo de un sombrero rojo burdeos que le tapaba las orejas. La capa era de una fina tela roja y estaba forrada de piel a pesar del calor estival. Quitarse la capa de piel que indicaba la posición social sería tan descabellado como que un animal se desprendiera de la piel que lo caracterizaba. A su sombra había un muchacho en actitud servil que llevaba una caja de madera. Cuando la hubo dejado sobre el arcón al lado de la fuente, el hombre le dio permiso para que se fuera. Por todo ello, resultaba evidente que se trataba de un médico, y de los importantes. Benno se había puesto rápidamente de pie, dejando caer un pedazo de piel de pollo del que Biondello se encargó de dar cuenta.

—¿Señor Segismundo? Soy el maestro Valentino, médico de su excelencia el duque. Su excelencia me ha pedido que os pregunte por vuestra herida y, si puedo, prestaros ayuda en su tratamiento. —El médico olió el aire mientras se acercaba, convenciendo a Benno de que había adivinado de inmediato todos los ingredientes que contenía el emplasto. Segismundo se levantó haciendo caso omiso del gesto disuasorio que le había hecho y le dedicó una sonrisa.

—Expresadle mi agradecimiento a su excelencia y decidle que, como soldado, estoy acostumbrado a cuidar de las heridas que sufro. No puedo esperar que alguien con vuestros conocimientos venga a ofrecerme su ayuda en el campo...

—No obstante, como ahora se os ofrece libremente, señor Segismundo, haríais bien en servir de ella. —El maestro Valentino señaló la manga de Segismundo e hizo un imperioso gesto hacia arriba—. ¿Creéis acaso que puedo regresar a la presencia de su excelencia sin saber en qué estado se encuentra vuestra herida y sin poder decirle qué he hecho para aliviaros el dolor? —Juntó las manos y su rostro adquirió un aire de severidad. Las mejillas, sin embargo, se ahondaron todavía más junto a sus labios.

Benno le quitó a Segismundo la camisa que acababa de ponerse y miró, no sin cierta tristeza, cómo el médico, a fin de ver los dos cortes, soltaba los nudos que con tanto esmero había hecho. El pico que tenía por nariz volvió a entrar en funcionamiento. El maestro Valentino olió las heridas y el emplasto y luego apoyó el dorso de la mano sobre la piel de Segismundo para reconocer la inflamación.

—Digno de alabanza. Doy por bueno vuestro emplasto. —El médico llamó a Benno con un gesto con su ensortijada mano—. Tú, ponle de nuevo las vendas, pero

límpiame antes la grasa de las manos... Bien, veamos si tenéis fiebre. —Empujó a Segismundo sobre la cama y, sentándose a su lado, lo cogió de la muñeca. Al cabo de unos minutos, durante los cuales Segismundo respiró tranquilamente y Benno estuvo ocupado con las vendas, el maestro Valentino dio su opinión—. Excelente. Podríais estar dormido. —Devolvió a Segismundo su muñeca y se volvió hacia Benno con cara de impaciencia—. Pero ¿sabes lo que estás haciendo? No dejes que entre aire en la herida, ¿de acuerdo? —Posó la mirada en la cara de Benno y la expresión de burla volvió a aparecer en su rostro, tras lo cual se encogió levemente de hombros.

—¿Cómo está su excelencia la duquesa?

Los ojos negros se volvieron hacia Segismundo.

—Ha sufrido una experiencia terrible, señor Segismundo. No parece dispuesta a dar detalles al respecto, aunque puedo imaginarlos. Le he dado manzanilla para que se tranquilice y raíz de peonía para que se la cuelgue al cuello y no tenga pesadillas, ya que me temo que lo que ha sufrido pueda afectarle al sueño.

—¿Y si le dais verdolaga para que la ponga sobre la cama?

El médico fulminó a Segismundo con la mirada.

—Quizá, señor Segismundo. Os voy a prescribir algo para la inflamación. —Se levantó, abrió la caja que había sobre el arcón y rebuscó entre su contenido. Aunque tenía la misma curiosidad que su señor, Biondello carecía de su timidez, por lo que corrió por la cama para asomarse por encima de la tapa de la caja y averiguar qué miraba el médico—. Veamos. Agrimonia, tal vez. Y trigonella foenum graecum, para que se enfríe la sangre. Con tu permiso, perrillo. —Dio a Biondello un golpecito en el hocico y el chuchó dio dos pasos hacia atrás. Extrajo unas gotas de unos frascos que luego volvió a guardar en la caja sujetándolos en los compartimientos correspondientes, murmuró algo entre dientes y alargó una copa a Segismundo—. Tomadla a la hora en que rige Mercurio y rezad dos avemarías, una antes y otra después.

Segismundo cogió la copa y la puso en el pequeño estante que había al lado de la cabecera de la cama. El maestro Valentino, que no parecía tener prisa en marcharse, se acercó a la ventana, cuyos postigos estaban abiertos para que entrara el fragante aire veraniego. Abajo se oía cantar a varias personas y el chapoteo de unos remos. Un pájaro cruzó rápidamente el cielo y el rumor de la ciudad se oyó en la lejanía. El palacio de Altamura había sido en el pasado un castillo fortificado y la habitación en que se encontraban estaba en la parte antigua, cuya base era bañada por el río que dividía la ciudad. El maestro Valentino se apoyó sobre el alféizar de piedra y aspiró hondo. Benno pensó que la nariz de un médico, adiestrada para detectar enfermedades y obligada a pasar la mayor parte del tiempo en compañía de gangrenas y orinales, tenía motivos más que suficientes para disfrutar de unas vacaciones. Sin embargo, se diría que la fragancia del aire le había traído a la memoria la imagen de alguien que ya no podría gozar de ella, pues dijo:

—¿Estabais presente cuando hallaron el cadáver de la señora Ariana..., de la

princesa?

—Llegué un poco más tarde.

El maestro Valentino ahuyentó una abeja que estaba confundiendo su sombrero por una flor exótica.

—Un asunto feo, realmente feo. Aquí ha supuesto una conmoción para todo el mundo. De hecho, su excelencia aún no lo ha superado. —Dejó escapar un suspiro y, juntando nuevamente las manos, se volvió hacia ellos para mirarlos—. Las afecciones de la mente y el espíritu pueden ser más graves que las del cuerpo. —Tras unos segundos de silencio, agregó en tono despreocupado—: Supongo que no tendréis ni idea de quién ha podido hacer algo tan espantoso.

Segismundo evitó encogerse de hombros para no mover el brazo herido.

—Si lo supiera, el duque no tardaría en hacer justicia.

—Cuando se fue de aquí, la princesa estaba realmente emocionada. Era una muchacha voluble, señor Segismundo, con un temperamento de fuego. Tuve que prescribirle varios sedantes, aunque me temo que los tiró y tomó en su lugar los brebajes de la niñera de su excelencia. ¿Quién podía imaginar entonces lo que le tenía guardado el destino? Y, sin embargo, Tristano Valori se puso de luto el mismo día en que anunciaron la boda, como si supiera que el matrimonio acabaría por ser el motivo de su muerte.

—¿Habéis dicho Tristano Valori, señor? ¿Se trata de algún pariente del consejero del duque?

—Es su hijo. Tal vez hayáis oído hablar de los grandes servicios que el señor Bonifacio Valori ha prestado al duque. Gracias a él, el estado sobrevivió al levantamiento que se produjo a raíz de la muerte del padre del duque y que llevó a una turba a atacar el palacio. Pues bien, Tristano pensaba que los servicios de su padre se merecían una generosa recompensa y dijo que el duque debería entregarle la mano a su hija.

—El duque no estuvo de acuerdo...

—Ni siquiera su consejero lo estuvo. La alianza con Borgo era mucho más importante para él que satisfacer los deseos de su hijo. El joven había sido compañero de juegos de la princesa en su infancia, antes de que ella fuese enviada al convento para completar su educación, y decía que estaban comprometidos. Sin embargo, nunca oí a la señora Ariana hacer referencia alguna al respecto. Valori decía que su hijo no tardaría en olvidarse de su capricho. Todos hemos sido jóvenes... Fogosos en nuestros sentimientos y obstinados en nuestras acciones. —El médico miró a Segismundo como si quisiera invitarlo a recordar episodios de su pasado que corroboraran lo que acababa de decir. Como nada de esto ocurrió, prosiguió—: El amor lleva a los hombres más juiciosos a perder la cabeza. ¿Cómo podemos entonces juzgar a los jóvenes por ello? —Segismundo emitió un murmullo que el médico interpretó como una muestra de asentimiento—. Pese a ello, al duque no le hizo ninguna gracia y al señor Valori todavía menos que el joven Tristano se clavara un

puñal en presencia de toda la corte.

Segismundo silbó suavemente y preguntó:

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El día en que la señora Ariana se marchó. Supongo que lo hizo para demostrar que no podía vivir sin ella. Sin embargo, la herida, aunque le causó una gran hemorragia, sólo fue superficial. Afortunadamente me hallaba presente... Espero que si algún día sale al campo de batalla, el joven Valori sepa ya dónde se encuentra el corazón. Vos habéis corrido mucho más peligro que él. —El maestro Valentino inclinó la cabeza en dirección a Segismundo, cruzó la habitación para coger su caja de medicinas, la cerró y llamó a la puerta para que su ayudante entrara y se la llevara —. Le diré a su excelencia que sois un hombre de suerte, señor Segismundo. Espero que sea así por mucho tiempo. —El médico hizo una reverencia y salió de la habitación acompañado cortésmente hasta la puerta por Biondello.

Cuando se volvió tras cerrar la puerta, Benno vio que su señor estaba retirando el cubrecama y se acercó para quitarle las botas.

—¿Creéis que ese joven se puso de luto porque quería que le sucediera algo a la princesa? Lo lógico sería que prefiriese que le sucediera antes de la boda, pero bueno... ¿Pensáis que es posible que sea él quien pagó al asesino?

Segismundo se tumbó en la cama con gran cuidado a causa de la herida. Luego cerró los ojos y murmuró:

—Tratándose del hijo de Valori, dispondría del dinero para hacerlo, Benno.

Benno fue a cerrar los postigos de forma que sólo entrara luz por los cristales que había sobre ellos, la habitación quedara en penumbra y no se oyera a los pájaros que reñían fuera.

—De todos modos, ¿por qué querría matarla si tenía pensado suicidarse? ¿Pensaría que iban a reunirse en el otro mundo?

Segismundo no contestó. Benno se acercó de puntillas a la cama y decidió que el silencio no se debía a que su señor considerase la pregunta superflua sino a que se había dormido. Biondello, que era un perro que conocía el significado de la palabra siesta, se puso cómodo a sus pies.

Habría que esperar a otro momento para hacer cualquier conjetura acerca de las intenciones violentas de Tristano Valori.

Visita a una obra

Nuto Baccardi no estaba muy contento con su nuevo huésped. Le había pagado bien, no podía negarlo, y la ropa que llevaba, pese a ser de color negro y tan discreta que resultaría difícil acordarse de ella, era una calidad que le hacía pensar que no dejaría de pagarle el alquiler. Sin embargo, no era el dinero lo que le preocupaba a Nuto, sino su rostro. No se trataba de un rostro joven o amable, aunque sus facciones eran correctas si se pasaba por alto el lunar que tenía al lado de la boca. Además, la esposa de Nuto era joven y ligera de cascos. Ya la había visto mirar al desconocido y sabía que tendría que vigilar a los dos.

El hombre era extranjero. Le había dicho que venía de Rocca, la ciudad en que había nacido la duquesa, aunque eso había sido todo. Por alguna razón, Nuto no se sentía capaz de preguntarle qué lo había traído a Altamura. Al fin y al cabo, el dinero que pagaba le daba derecho a cierta intimidad.

La esposa de Nuto pensaba que el desconocido guardaba un secreto. Lo había adivinado al verle la cara, antes de que su marido admitiera que apenas sabía nada acerca de él, y se había propuesto descubrirlo lo antes posible. Le daba igual que no respondiera a sus miradas o que no se fijara (al menos eso parecía) en el modo en que movía las caderas cuando pasaba delante de él al dirigirse hacia la puerta. Ella sabía esperar. ¡Lo averiguaría todo acerca de él! Sólo pensar en caer en sus brazos, acariciarle aquel lunar que tenía al lado de la boca cuando hablara, conseguir que sonriese... Seguro que el motivo de que fuese tan retraído e indiferente era una muchacha... Seguro que le había hecho daño y que ella podría servirle de consuelo. Y en lo referente a Nuto, bueno, ya sabía qué significaba aquella mirada, pero no le preocupaba. Lo tenía agarrado por la nariz, por esa nariz fea y verrugosa... Qué distinta era de la del desconocido, tan fina y aguileña... Su marido jamás se enteraría del momento en que le plantara los cuernos en la cabeza.

Muy a su pesar, el huésped no cenaría con ellos aquella noche. Les había dicho que tenía parientes en la ciudad que había venido a ver y que iba a cenar con ellos. Cuando se hubo marchado, Nuto se preguntó por qué, si el tal Lorenzo Corsini tenía familia en la ciudad, no se alojaba con ellos. Por muy pobre que fuera un hombre, la familia era la familia. Al día siguiente pediría informes acerca de cualquier Corsini que viviera en la ciudad. No sabía por qué recelaba de él, pero presentía que su nuevo huésped sólo podría traerle problemas.

Al armero al que visitó aquel mismo día no le causó ningún problema; más bien al contrario, pues le compró un arco de madera de tejo bien curada y unas flechas que

examinó con la seguridad y perspicacia de un experto. Parecía la clase de hombre que se sentía desvalido sin un arma. Nuto se habría llevado una sorpresa si hubiera sabido de la siguiente operación que llevó a cabo su huésped. El dueño de la pequeña casa que parecía estar a punto de caerse en el río solía tener dificultades para alquilar una habitación a cualquiera que no estuviera desesperado por encontrar alojamiento. Los pescadores destripaban sus capturas en las rocas que había debajo del edificio y en verano el olor solía molestar a quienes no estaban tan acostumbrados como él. Como no se había hecho muchas ilusiones cuando el elegante desconocido del arco al hombro le había pedido que le enseñara una habitación, le sorprendió muy gratamente que, después de ir directamente a la ventana, contemplar la vista (que era impresionante, ya que abarcaba en su mayor parte el palacio que había en la otra orilla del río) y observar las rocas que había debajo (en las que sólo se veían los restos de entrañas de pescado que habían dejado los gatos), decidiera quedársela. El hombre regateó el precio y Stefano Cipolla, que no esperaba que hiciera otra cosa, se lo bajó y le aseguró, ya que se lo preguntaba, que ni su arco, ni su equipaje, ni cualquier cosa que quisiera dejar en la habitación correría peligro alguno. Stefano no tenía mujer, ni joven ni mayor, y no creía que aquel hombre fuera a traerle problemas. Una persona como aquélla, capaz de pasar por alto un olor que la gente le había jurado que podía resucitar a un muerto, tenía que ser de confianza.

Stefano habría comprendido perfectamente cómo se sentía un hombre que, como él, tenía problemas con los olores, aunque en otra ciudad. Se trataba de Bono Ristoni, un rico mercader que tenía una casa en Venosta que deseaba reformar por dos razones. Por un lado, quería dar a sus vecinos, a sus amigos y, sobre todo, a sus enemigos una idea de la riqueza que su negocio de sedas le había reportado; por otro, su casa estaba, por desgracia, en una calle por la que pasaban los vapores (vapores funestos pero no poco frecuentes) de una curtiduría, y ya había visto a sus invitados mirarse expresivamente los unos a los otros cuando las hierbas de su brasero resultaban insuficientes. Aunque podía permitirse comprar otra cosa, su anciana madre le había anunciado que no pensaba abandonar el lugar en que había vivido toda su vida de casada, de manera que había tenido que resignarse al olor, el cual, al fin y al cabo, no era constante, y planear una reestructuración de la casa que hiciera que sus invitados cambiasen de cara y exclamaran de asombro en lugar de toser a hurtadillas.

Para este fin había tenido la satisfacción de poder contratar a un arquitecto que había trabajado recientemente para el mismísimo duque. El mercader sabía que habían tenido alguna clase de altercado. Según le habían contado, el maestro Brunelli no había abandonado el palacio a pie, sino por los aires. Ahora bien, el duque tenía fama de ser difícil de contentar. Ristoni esperaba con ilusión el momento en que pudiera alardear de haber contratado a un hombre que trabajaba para príncipes (como, por ejemplo, el príncipe Galeotto de Borgo), convencido de que sus invitados deducirían que había tenido que desembolsar por ello una cantidad de dinero que sólo

los príncipes y los duques podían permitirse pagar. En realidad, iba a tener que recortar un poco las dotes de sus hijas para hacer frente a todos los gastos, aunque poco importaba, porque la reestructuración de la casa afianzaría su posición en Venosta y atraería a oleadas de pretendientes.

El día en que llevó a Brunelli a que echara una ojeada a las obras que, con la única supervisión de un maestro de obras, se habían realizado hasta aquel momento, Ristoni no sabía que entre los trabajadores había una persona que el arquitecto ya conocía. Se trataba de un joven artista de temperamento casi tan irritable como el de Brunelli al que éste había tenido que despedir cuando trabajaba para él en el palacio ducal porque le había exigido que le encargara algo que no fuese cubrir de yeso los frescos de otro artista. Ahora estaba ocupado supervisando el trabajo de un equipo de trabajadores que se encargaba de demoler una pared para hacer una impresionante habitación doble en la que sus frescos alcanzarían por fin su verdadero esplendor. Al igual que los trabajadores, se había tapado la cara con un paño húmedo para protegerse del polvo, pese a lo cual aún podía percibir el olor de la curtiduría y tenía la cara, las orejas y el cuello cubiertos de polvo. Los hombres eran tan rematadamente estúpidos que empezaba a sospechar que hacían el trabajo mal a propósito. Cuando ya estaba a punto de perder definitivamente la paciencia, oyó que a partir de aquel momento Brunelli se iba a encargar de todo lo que él estaba haciendo. No hacía falta preguntar quién iba a pintar los frescos ahora.

En la casa había otra persona ajena a la obra que había recibido instrucciones para llevar a cabo una tarea muy diferente. Era un hombre moreno y escuálido con aspecto poco llamativo que había llegado aquella mañana a la misma hora que Brunelli y seguía al arquitecto por toda la casa mientras Ristoni le explicaba qué era lo que quería. Se mantenía detrás de Brunelli en todo momento, tanto para examinar el embaldosado del suelo del vestíbulo o estudiar una talla como para sostenerle la vara mientras el arquitecto medía un arco. Cuando Brunelli se asomó a una ventana para calcular la altura del pórtico, se puso detrás de él, pero se apartó cortésmente cuando Ristoni se acercó a su vez a mirar. El mercader suponía que sería un ayudante de Brunelli y éste, que difícilmente se percataba de la presencia de una persona a menos que estuviera retratándola, pensó vagamente que se trataría de algún parásito de Ristoni, quien lo habría invitado a que les acompañara para que les diese su opinión de desinformado. El arquitecto no tenía ninguna intención de tenerla en cuenta.

En un momento dado, Ristoni miró al hombre que seguía a Brunelli y pensó que corría peligro. El arquitecto estaba andando sobre una viga con el aplomo de un funámbulo; su sombrío ayudante, en cambio, tenía dificultades para mantener el equilibrio. Ristoni no podía imaginar que su mirada acababa de servir, cual talismán, para ahuyentar el peligro que corría el propio Brunelli. El duque Vincenzo había dicho con exactitud lo que deseaba y su agente lo había entendido a la perfección: había que evitar que Brunelli volviera a trabajar para nadie y su muerte tenía que parecer un accidente.

Cuando Ristoni tuvo que ausentarse para tranquilizar a su madre, que vivía en los aposentos del entresuelo, Brunelli continuó la visita por su cuenta, llegó a lo alto de la escalera y su sombra se acercó a él. La escalera se había quedado sin su pared central, había sido abierta y reconstruida y ahora aguardaba la llegada de la nueva balaustrada de hierro. Al eco de los martillazos y los pasos que sonaba en el altísimo hueco se sumó de pronto el de la voz de Brunelli, que había empezado a increpar a los trabajadores que se encontraban en el vestíbulo apilando unas tejas acanaladas a quince metros de distancia de donde él estaba para advertirles que tendrían que pagar todas y cada una de las tejas que agrietaran.

Su antiguo ayudante, que sudaba en medio de una nube de polvo, oyó la voz y la reconoció. Enseguida se acordó de la ocasión en que mientras pintaba ante un grupo de espectadores boquiabiertos un exquisito fresco de tema pastoril en el que aparecían unas ninfas bañándose, Brunelli se había encontrado con un desnivel en el estuco de yeso, había cogido un cincel y lo había arrancado a golpes de la pared al tiempo que lo reprendía como si fuera un aprendiz o un niño descuidado.

Se quitó la tela de la cara y salió corriendo de la habitación en dirección al lugar del que provenía la voz conminatoria. Cuando irrumpió en lo alto de la escalera, vio la silueta de una figura humana que tenía los brazos en alto como si clamase a los cielos y le dio un violento empujón.

Mientras la figura caía dando vueltas por el hueco al tiempo que soltaba un grito estremecedor, el joven se dio cuenta de que no se trataba de Brunelli. Temblando como un azogado, ejecutó involuntariamente una suerte de baile por el borde del rellano y se lanzó detrás del hombre al que acababa de empujar. Lo alcanzó al llegar a la pila de tejas, lugar en el que se desvaneció su última oportunidad de salvarse de la caída. De todas las habitaciones salieron trabajadores que, dejando en el suelo sus herramientas o tirándolas, habían echado a correr para ver qué había ocurrido. Ristoni echó igualmente a correr, rogando que no fuera Brunelli sino un alma prescindible quien hubiera sufrido el accidente.

Cuando vio a Brunelli asomarse en lo alto de la escalera, se tranquilizó. La pila de tejas se había inclinado hacia un lado y, muy lentamente, había acabado derrumbándose en cascada. Brunelli tenía una vista excelente, por lo que pudo identificar una de las caras que parecían mirarlo desde abajo como la de su antiguo ayudante. Hizo un largo y despectivo ruido con los labios y dijo:

—¡Siempre perdiendo el tiempo! Dios mío, y con todo lo que queda por hacer...

Benno, que nunca había asistido a una clase de filosofía, sabía por experiencia que el conocimiento era como el dinero: hay que comenzar con un poco si se quiere ganar más. Sin embargo, aunque le habría encantado adquirir algún conocimiento, mientras escuchaba la clase fue dándose cuenta de que si bien podía comprender en cierta medida el significado de las palabras, la idea general de lo que se decía le resultaba sumamente confusa por culpa de ciertas expresiones que no lograba entender, algunas de las cuales estaban en lenguas extranjeras en tanto que otras le

recordaban a lo que oía en la iglesia, por lo que probablemente estarían en latín.

Incapaz, por lo tanto, de entender muchas cosas por oído, trató de enterarse de todo lo que pudiera con la mirada. El profesor, en primer lugar, no respondía a la imagen habitual de un hombre de letras, el típico personaje pálido y consumido que uno suele encontrar en una biblioteca. Tenía el pelo canoso, eso sí, pero su cara era fuerte y de tez morena, como curtida por el viento y los rayos del sol. Además, en lugar de llevar las lentes que con frecuencia se sujetaban sobre la nariz los hombres de letras, tenía los ojos oscuros y penetrantes y parecía perfectamente capaz de leer los libros que tenía apilados sobre el atril, cuyas hojas estaban intercaladas con trozos de papel que debían de servirle de referencia, y de lanzar a toda persona que hiciera ruido una mirada de aviso como la que le lanzó a Benno cuando se le cayó el cartapacio lleno de papeles que le llevaba a su señor. Benno se apresuró a recoger los papeles del suelo antes de que un alma caritativa decidiera ayudarlo y descubriera que estaban en blanco. Ya se había dado cuenta de lo útil que era tener cara de estudioso; muchos de los que estaban en la clase tenían sus propios papeles y libros, y algunos de ellos estaban tomando apuntes de lo que decía Polidoro Tedesco. Segismundo, que podría haber llamado la atención debido al jubón negro que lucía y a su cabeza rapada de luchador, se integró en el ambiente en cuanto sacó un pequeño libro y empezó asimismo a tomar apuntes. Aunque escribía de vez en cuando, observaba a los estudiantes con la misma atención que Benno. Desde sus asientos, situados en un lateral de la herradura que dibujaba el auditorio, podían ver sin dificultad a todo el mundo excepto a las personas que tenían justo delante.

Benno sintió alivio cuando comprobó que no todos tenían cara de ser espectacularmente inteligentes. Aunque ninguno tenía la cara de pasmado que él era capaz de poner, había varios a los que, evidentemente, les costaba tanto como a él seguir la clase. Un joven de abundante y rizada melena rubia cortada a la moda que estaba sentado enfrente de ellos dejaba de vez en cuando caer la cabeza hacia delante y sólo lograba despertar si sus compañeros le propinaban un fuerte codazo. Entonces miraba al profesor muy fijamente y cabeceaba varias veces como si estuviera de acuerdo con él antes de quedar otra vez dormido. Benno se preguntó por qué estaría allí, pero luego pensó que cuando se pertenecía a una familia importante, la educación era en teoría una de las cosas que uno tenía que hacer con su tiempo aparte de ir de caza, beber y realizar toda clase de actividades placenteras. Aun así, seguramente el joven no se quedaría dormido cuando saliera de caza.

Sus dos amigos, que compartían de buen humor el deber de despertarlo, tenían más bien aspecto de encontrarse allí porque estaban en su derecho. Ambos tenían el pelo oscuro. Uno de ellos era de tez pálida y rasgos de rata y, aunque era bien parecido, su cara era demasiado angulosa para el gusto de Benno. El otro tenía el pelo rizado y la tez aceitunada y, al igual que su amigo, mantenía la mirada fija en el profesor. Sus caras mostraban una expresión parecida, lo cual hizo pensar a Benno en las personas que seguían a un sacerdote de una ciudad a otra oyendo devotamente los

mismos sermones de siempre como si por el mero hecho de escucharlos sus almas fueran a purificarse. Tal vez aquellos jóvenes pensarán que sus mentes mejoraban de aquella manera. Tal vez realmente entendiesen lo que el profesor decía.

—Y preguntáis: «¿En qué lugar queda la religión? ¿Qué consuelo puede proporcionarnos en los agitados tiempos en que vivimos?».

—Benno, aunque no había oído preguntar a nadie, miró alrededor al igual que el profesor a ver si se enteraba de quién había sido. Sin embargo, nadie respondió, y el profesor prosiguió con una mueca en los labios:

—Ninguno, amigos míos, pues quienes se hallan en el seno de la Iglesia están ocupados consolándose mutuamente. Si acudimos a la Iglesia en busca de orientación, ¿qué nos encontramos? Que se orientan mutuamente. Sí, los monjes y monjas..., tan santos con sus hábitos, tan puros como para aceptar vuestras ofrendas, se orientan mutuamente en el camino del infierno. —Polidoro Tedesco, que parecía sentirse más contento que indignado ante la situación que acababa de describir, miró entorno a sí con una sonrisa en los labios que permitió ver unos dientes inesperadamente pequeños y regulares, como los de un lagarto. Los asistentes también sonrieron, como si reconocieran un pasaje ya conocido y supieran que lo mejor estaba todavía por llegar. El profesor cogió un pergamino de la mesa para dar un golpecito cada vez que quisiera subrayar una idea importante—. Los monjes y las monjas, los obispos, las abadesas y los cardenales son todos humanos y son todos unos hipócritas. Nosotros, los aquí reunidos, hablamos de la buena vida y estudiamos en qué consiste. ¡Ellos, en cambio, disfrutan de ella, os lo aseguro! ¡Mientras nosotros confesamos nuestros pecados, ellos cometen los suyos! ¿No nos avergonzamos del adulterio y la fornicación y rogamos ser absueltos? ¿Quién va a absolvérmolos cuando las buenas monjas rezan en compañía de los buenos monjes y acaban destruyendo el resultado de sus plegarias? Os lo aseguro, los conventos están tan llenos de huesecillos como lo estuvo Belén en los tiempos de Herodes.

Benno ya había oído decir tales cosas en las tabernas, pero en broma, por lo que se sintió incómodo al oírlos en boca de un hombre de letras en una clase. Alrededor de él los estudiantes sonreían y se miraban los unos a los otros. El joven que tenía enfrente había sido despertado por sus amigos a tiempo para enterarse de qué se estaba hablando y reír disimuladamente. Si aquello era filosofía, pensó Benno, ¿por qué se había molestado Segismundo en asistir a la clase? Alguna otra razón habría de tener. Tal vez se lo dijera más tarde, o tal vez no. Allí estaba, sentado con expresión solemne, impenetrable, viendo cómo Polidoro Tedesco daba golpes con el pergamino sobre el atril e intentaba ganarse con sus declaraciones anticlericales la admiración de quienes lo escuchaban. Benno sabía que su señor era una persona devota a pesar de lo poco ortodoxas que eran sus ideas, e imaginó que lo que estaba oyendo no sería ninguna sorpresa para él. Segismundo era imprevisible y lo único que podía decirse con seguridad sobre él era que sabía qué hacía. Polidoro estaba especulando ahora acerca de lo que podría hacerse con la Iglesia:

—¿Qué puede hacer entrar en razón a estos monjes y monjas? —dijo acentuando cada palabra con sendos golpes de pergamino—. Lo mejor para ellos sería que Dios aboliese el purgatorio. Entonces nadie estaría bajo su dominio ni tendría que pagar por sus plegarias. Se verían obligados a coger de nuevo sus palas y dedicarse a un trabajo honesto. Tal vez os preguntéis: «¿Volverían entonces a sus libros y nos dejarían a nosotros, pobres filósofos, sin trabajo?». —Se interrumpió y en sus labios se dibujó una sonrisa rapaz—. Pues bien, yo os digo que no. Un monje es incapaz de realizar un esfuerzo con su mente y aplicarse al estudio, pues teme que el conocimiento traiga consigo el orgullo de Lucifer y lo conduzca a la perdición.

Los jóvenes volvieron a despertar a su amigo rubio para que se riera de lo que acababa de decir el profesor y luego hicieron sitio para que se sentara a su lado una persona que acababa de llegar. Había inclinado la cabeza para pedir disculpas a Polidoro, quien había respondido sencillamente con una sonrisa. Benno pensó que aquel joven era de los que podían hacer lo que les diera la gana sin temor a sufrir castigo alguno. Su aspecto se lo permitiría, aunque Benno, que ya había visto mucho mundo, imaginó que también contaría con un buen nombre y abundante dinero. Desde donde estaba podía ver que tenía ojos de color ocre, como de cervato, el pelo rizado y castaño, expresión sensible y, además, una cadena de oro sumamente gruesa al cuello y un camafeo de nácar en el sombrero que valdría como una reata de caballos. No era de extrañar que sus compañeros hubieran empezado a darle palmadas en el hombro con gesto cariñoso ni que Polidoro dirigiera a él su discurso.

—¿Hemos de pensar, por lo tanto, que el conocimiento conduce al mal? ¿Hemos de creer que la Iglesia de Dios desea mantenernos alejados del saber, que este mismo saber es una tentación del diablo? ¿No se tratará acaso de una estratagema urdida para mantenernos en la ignorancia, en la pasividad, a fin de que aceptemos toda la opresión, temporal y espiritual, de que somos objeto? ¿No es eso lo que todos ellos desean? Yo os digo que debemos recordar lo que nos enseñan los clásicos. ¿Acaso no nos dice Virgilio que *audaces fortuna iuvat, timidosque repellit*? Si no abandonamos nuestra timidez, jamás alcanzaremos lo que el hombre debería considerar su bien máspreciado: ¡la libertad!

Polidoro miró a sus alumnos con la misma intensidad que mostraron estos al golpear sus libros y patalear. Benno había oído buenos sermones en su momento, como los de San Ambrosio de Viverra, y pensó que era una lástima que aquel hombre demostrara tal animadversión hacia la Iglesia cuando podría haber tenido una gran carrera en ella. A pesar de su actitud, se le daba muy bien lo que hacía; mientras apilaba los libros, muchos hombres, jóvenes y no tan jóvenes, se apiñaron en torno a él. El filósofo, sin embargo, sacudió la cabeza para darles a entender que no respondería a ninguna pregunta, hizo un gesto a un moro de gran tamaño para indicarle que recogiera sus efectos y se retiró dando grandes zancadas. Un buen actor no descuida su salida del escenario.

Segismundo permaneció sentado mientras los estudiantes formaban grupos,

impacientes por hablar sobre la clase, irse a alguna taberna o regresar a casa. Al ver que los tres jóvenes empezaban a bajar por las escaleras, seguidos del adormilado joven, que ahora sonreía bonachonamente, en dirección a donde él y Benno se encontraban, se levantó. Cuando el joven de pelo castaño al que sus amigos estaban abrazando por los hombros, llegó a su altura, interrumpió su conversación con su profunda voz.

—Con vuestro permiso, señor Valori. Me gustaría hablar con vos.

«Todavía un niño»

—¿Quién sois?

Si Tristano Valori no añadió «buen hombre», fue porque tuvo dudas sobre el adjetivo. Benno, mostrando una clara parcialidad hacia su señor, se confirmó en su idea de que Segismundo era una de las personas más imponentes con las que cualquiera podía encontrarse. Los amigos de Tristano habían formado una piña cerca de él en actitud defensiva.

—Segismundo, a vuestro servicio, señor Valori. Vengo de parte de su excelencia el duque.

Curiosamente, no pareció que el grupo considerase aquello una recomendación. El joven rubio se quedó boquiabierto y miró a sus compañeros con inquietud. Tristano no se amedrentó.

—Si su excelencia me necesita, puede hacerme llamar. ¿Qué es lo que vos tenéis que decirme?

Segismundo emitió un murmullo de desaprobación.

—Acabo de regresar de Borgo con su excelencia la duquesa y he creído que, como amigo de la princesa Ariana, os gustaría tener un recuerdo de su funeral. —En su gran mano apareció una cinta de seda negra con el escudo de Borgo bordado en plata—. Y que os contaran lo sucedido.

Lo que ocurrió a continuación fue de un gran dramatismo. Tristano Valori se puso del color de la cera y cayó de espaldas sobre los brazos del joven rubio, que había reaccionado con inesperada celeridad. Mientras lo sostenía con cuidado a la espera de que se recuperara, los otros dos jóvenes rodearon a Segismundo.

—¿Cómo os atrevéis a hablarle de la señora Ariana? —Las facciones del que tenía cara de rata no mejoraban cuando se enfadaba—. ¿No sabéis lo enfermo que ha estado por su causa?

El joven Valori tenía todo el aspecto de estar enfermo, de eso no cabía duda. Benno se acordó del comentario que había hecho el médico acerca de la sangre que había perdido el joven como consecuencia de su romántico intento de quitarse la vida. Por el aspecto que tenía ahora, no parecía que le quedara mucha. Además, la ropa negra que llevaba no mejoraba su imagen. El tono de Segismundo fue compasivo.

—Creía que le gustaría enterarse de lo ocurrido.

El cadáver abrió los ojos y, sacando fuerzas de flaqueza para liberarse de los brazos de su servicial amigo, miró a Segismundo con temblorosa intensidad.

—Quiero enterarme de todo. De todo. Pero no aquí. Venid a mi casa.

Segismundo hizo una reverencia. Cuando echaron a andar, los amigos de Tristano los siguieron convencidos al parecer de que la invitación también iba dirigida a ellos, pero el joven se mostró sorprendentemente firme: quería hablar con Segismundo a solas. Ellos le recordaron que aún estaba débil por la hemorragia y él respondió que había conseguido llegar a clase sin ningún problema y que sin duda el enviado del duque lo auxiliaría en caso de que necesitara ayuda. Comprendiendo que no podían negar aquello, pusieron rumbo a una taberna. El que tenía cara de rata, que no parecía estar muy contento con la situación, apartó de su camino de una patada a un niño que estaba en la cuneta. Al verlo, Benno pensó que los filósofos tenían sed y se enfadaban como todo el mundo.

La casa del principal consejero del duque era digna de su cargo. La fachada, que era de un almohadillado hecho con piedras de gran tamaño, al estilo de la época, tenía una preciosa entrada flanqueada por un par de columnas de estilo corintio y coronada con un frontón. Éste estaba adornado con una cabeza de Medusa tallada cuyas serpientes se retorcían alegremente en contraste con el petrificante horror de la cara. Al verlo, Benno se santiguó a hurtadillas para protegerse del mal de ojo, cogió a Biondello y entró en la casa detrás de su señor. No era de extrañar que un amante despechado acabara decidiendo matar al objeto de su deseo si tenía que soportar la mirada de aquella cosa cada vez que entraba o salía de la casa.

Tristano se mostró más amable en cuanto se vio dentro de la casa y lejos de sus amigos. Aunque seguía muy pálido, ya no parecía que fuera a desmayarse en cualquier momento y no tuvo reparo en coger la jarra de vino que les trajo un sirviente, servir dos copas de plata y darle una a Segismundo. Recurriendo a su don para pasar inadvertido, Benno se las había arreglado para evitar tener que aguardar sentado en el banco de mármol que había en el vestíbulo de la casa y ahora se encontraba al lado de la puerta de la habitación, esforzándose por parecer una persona útil y sorda. Tristano dio permiso al sirviente para que se fuera e invitó a Segismundo a que se sentara en una silla forrada de terciopelo al tiempo que le dedicaba una tímida sonrisa que no desentonó con la expresión de sus ojos de cervato. ¿Podría aquel joven haber pagado a un asesino?

—Perdonad a mis amigos, señor. Están muy preocupados por mí. —Al ver que Segismundo no contestaba y se limitaba a inclinar la cabeza, Tristano pareció indeciso y bebió de su copa. El silencio fue alargándose hasta que de pronto soltó—: ¿La visteis? ¿Se sabe quién la mató?

«Una pregunta tonta, si se tienen en cuenta las circunstancias —frunció Benno—. Si se supiera, el culpable estaría colgado boca abajo y con el cuerpo seriamente mutilado en algún lugar de la ciudad. Aunque también es posible que esté acostumbrado a las intrigas de palacio y piense que el duque o el príncipe Galeotto están interrogando a un sospechoso en las mazmorras o esperando el momento oportuno para dar la noticia de la captura del asesino».

Con gesto cordial, y sin dejar traslucir su opinión sobre la pregunta, Segismundo dijo:

—No, no se sabe, señor Valori.

Tristano estaba lo suficientemente atento como para oír el imperceptible tono con que Segismundo había dicho «sabe».

—Pero existen sospechas... ¿Por qué el príncipe Galeotto —el nombre fue pronunciado con desdén e incluso con asco— no ha arrestado a nadie? ¿Cómo es posible que ocurra algo así y no se sepa quién es el culpable?

Segismundo sacudió la cabeza.

—Cualquiera puede pagar a un asesino.

—¡Pero eso no es posible! ¡Nadie sería capaz de hacer semejante cosa! —Tristano, que había empezado a andar de un lado a otro de la habitación, se quitó bruscamente el sombrero para poder llevarse a la cabeza sus crispadas manos con mayor facilidad—. ¡Con lo joven y hermosa que era! ¡No es posible que tuviera enemigos! Oh, si se hubiera quedado aquí...

—¿Creéis que si hubiera permanecido en Altamura no le habría sucedido nada?

Tristano se detuvo delante de Segismundo y lo miró de hito en hito.

—¿En compañía de sus amigos? ¿De las personas que la amaban? Oh, no, jamás... Si hubiera atendido a mis palabras habría sido feliz toda su vida. Yo la habría protegido de todo mal. Pero ella decidió enfrentarse con su destino y ha acabado encontrando la muerte. ¡Se lo advertí! —El joven había levantado la voz y ahora estaba prácticamente gritando. Al verlo dar media vuelta, Benno pensó que como mínimo le faltaba un tornillo. Tal vez la princesa debería haberlo tomado en serio. En aquel momento parecía capaz no sólo de pagar a un asesino para que matara a una dama, sino de salir detrás de ella y matarla con sus propias manos—. Oh, Ariana, Ariana, ¿por qué no me hiciste caso? —Se arrojó sobre los cojines de terciopelo que había en el alféizar de la ventana y, tapándose la cara con las manos, empezó a sollozar.

Segismundo permaneció en silencio con las manos en las rodillas y al cabo de un rato preguntó con una voz que Benno consideró amable:

—¿Qué os hizo pensar que la princesa acabaría encontrando la muerte en Borgo?

Sorprendentemente, Tristano podía contestar. Dejó de sollozar, se incorporó poniendo rectos los brazos y se volvió mostrando una cara tan bañada en lágrimas como una flor de rocío.

—¡Me engañó y la reina del amor no permite que sus traidores sigan con vida!

Segismundo no tuvo tiempo para responder a tan singular aseveración, puesto que en ese momento se abrió la puerta y apareció Bonifacio Valori, con sus regordetas manos apoyadas sobre el estómago y observando la escena con gesto de desaprobación.

—Me han dicho que has salido, hijo mío. ¿Crees que ha sido prudente...? Señor Segismundo, es un honor teneros en casa. ¿A qué se debe vuestra visita?

Los dos hombres se habían puesto de pie al verlo entrar. Segismundo hizo una reverencia y Tristano, enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas, se acercó a su padre para saludarlo. Benno se aplastó contra la pared cuando vio que Valori avanzaba y, como de costumbre, pasó inadvertido. El consejero del duque miró a Segismundo por encima del hombro de su hijo mientras lo abrazaba.

—He venido a petición de vuestro hijo, señor Valori, para hablarle acerca de la princesa de Borgo.

—Por supuesto. —Bonifacio Valori cogió a su hijo de los hombros y le dijo con una mezcla de dulzura y severidad—: ¿No te dije que evitaras hacerte más daño? El médico te ha prescrito descanso, música y distracción, no que sigas dándole vueltas a un asunto que ya no tiene remedio. No puedes pretender que vuelva el pasado...

—¡Sí que puedo! ¡Puedo vivir en el pasado! ¡Prefiero vivir en él si el presente me resulta insoportable! —Tristano se apartó los rizos de la cara y salió corriendo de la habitación, golpeando a Benno con la cortina de la puerta al correrla. Su padre se quedó con las manos extendidas en señal de disculpa.

—Las decepciones de la juventud, señor... Acaban superándose, como bien sabemos, aunque resulte difícil de creer cuando se sufren.

—Quizá los jóvenes no deseen creerlo.

Valori movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Mi hijo es muy impetuoso, pero no tiene malas intenciones.

«¿Por qué se habrá molestado en decir eso?» se preguntó Benno. Valori se acercó a la ventana en que su hijo estado sollozando y se quedó mirando al exterior con sus regordetas manos cogidas a la espalda. En contraste con su delgado hijo, aquel hombre era sumamente corpulento, lo cual confería una dignidad, un aire de aplomo y de solemnidad al expresar sus consejos, que debía de causar una cierta impresión en el duque. Fuera como fuere, Benno se fijó en que estaba mirando a su señor de soslayo, como si quisiera medir el efecto que estaban teniendo en él su presencia y el silencio que se había hecho en la habitación.

—¿Quién podría abrigar malas intenciones hacia la princesa? —Al evocar sutilmente las palabras de Tristano, tal vez Segismundo no esperara que Bonifacio Valori le diese una lista de nombres, pero lo cierto es que incluso él se sorprendió de la reacción que obtuvo. El consejero del duque se volvió y todo su ser se estremeció con la misma vehemencia que su hijo había mostrado momentos antes.

—¿Quién, señor Segismundo? ¡Muchas personas! ¡Muchas! ¿Y queréis saber por qué? ¡Por ser quien era! —Valori se acercó a Segismundo hasta el punto de resultar molesto y, clavando la mirada en su atenta cara, lo cogió con fuerza de un brazo, que por suerte fue el sano. Antes de hablar, lanzó automáticamente una mirada por toda la habitación como si temiera la presencia de algún fisgón. Benno recurrió inmediatamente a sus reservas de estupidez: desenfocó los ojos y dejó caer la mandíbula. Valori no vio la penetrante mirada que le lanzaba Biondello desde el interior del raído jubón de Benno, por lo que, satisfecho, añadió en voz baja—: Si le

contáis al duque lo que voy a deciros no os creerá, pero la muchacha era una mala persona. Si mi hijo se hubiera casado con ella, no habría tardado en morir. — Segismundo emitió un murmullo interrogativo. El consejero del duque le sacudió el brazo para subrayar sus palabras—: Le advertí. Se lo dije pero no me hizo caso. Sé que he tenido demasiada manga ancha con él. Siempre se le ha dado todo lo que ha querido. Pero querer tenerla a ella equivalía a querer sufrir una tragedia.

—Sin embargo, vos aconsejasteis a su excelencia que diera la mano de su hija al príncipe Galeotto —dijo Segismundo con cierto tono de ironía en la voz.

La vehemencia de Bonifacio Valori se transformó lentamente en una sonrisa astuta y apreciativa. Le soltó el brazo y dijo:

—El comportamiento de una princesa está sujeto a mayores restricciones que el de la esposa de un hombre normal. Además, ¿qué significan los problemas para los príncipes? ¿Acaso no nacen para tener problemas? La señora Ariana no tendría oportunidad de demostrar su maldad en la corte de un príncipe.

Segismundo enarcó las cejas y soltó un suave silbido.

—¿Maldad es la palabra que utilizáis? ¿Para una muchacha de quince años educada en un convento?

Valori sonrió abiertamente.

—Preguntad en la corte y averiguaréis que no soy el único que piensa de esta manera. Preguntad al señor Tebaldo. Preguntad a su excelencia la duquesa.

—Pero con la condición de que no les diga que habéis sido vos quien me lo ha sugerido —dijo Segismundo con una sonrisa.

El consejero del duque no dejaba de sonreír, y aunque apenas se le veían los ojos, seguía mirando a Segismundo.

—Oh, nadie os creería. Veréis que toda la corte se alegró cuando la señora salió para Borgo y que son pocas las personas que lamentan que haya abandonado este mundo. Salvo su padre, por supuesto.

—Y vuestro hijo.

—Mi hijo piensa que ha sido castigada por romper el compromiso que tenía con él. ¡Un compromiso! No eran más que niños. Salían a jugar al jardín, como unos inocentes en el jardín del Edén. Por desgracia, Tristano es todavía un niño.

—¿No teméis que vuelva a intentar quitarse la vida?

La sonrisa desapareció de su gran cara.

—Espero que se olvide pronto de esta estupidez. —Su voz adquirió un tono de advertencia—. Lo que desearía, de todas formas, es que nadie le recordara nada que pudiese resultarle doloroso. —Dio una sonora palmada y acto seguido un sirviente abrió la puerta e hizo una reverencia—. Y no tener que enterarme que habéis vuelto a hablar con él.

Aunque la sonrisa volvió a sus labios cuando acompañó a su invitado a la puerta, el tono desapasionado de su voz resultó tan amenazador como cualquier arma.

Plegarias para una tía

El duque Vincenzo no estaba acostumbrado a perder en sus juegos de intriga, y la destrucción de su fuerte había sido un duro golpe. Para colmo, acababan de darle la noticia de que no sólo Brunelli seguía con vida, sino que el hombre que había enviado para matarlo había muerto. La ciudad había corrido con los gastos del entierro de un hombre desconocido, presumiblemente uno de los ladrones que solían merodear por las obras tratando de robar lo que podían. El duque no estaba nada contento y lo que menos le apetecía era mostrarse cortés con el enviado de Altamura. Si el duque Hipólito consideraba un agravio el hecho de que el ataque del que había sido objeto su duquesa (a quien, en muy buena hora, le habían evitado sufrir daño alguno) hubiera tenido lugar en Venosta, él también consideraba un agravio el que el agente secreto que había destruido su fuerte hubiera actuado obedeciendo órdenes de la mismísima duquesa.

El enviado, mostrando una enorme educación, indicó que, en primer lugar, el fuerte no pintaba nada en aquel lugar. El territorio era, sin lugar a dudas, altamurano. Además, ¿qué motivo tenía el duque para creer que la duquesa Violante estaba relacionado con aquel asunto?

El duque, con una voz de cristal arañado que inducía a adoptar una actitud conciliadora, rogó al enviado que tuviera en cuenta que lo que él denominaba territorio altamurano había pasado a ser, por causas de fuerza mayor, territorio venostano.

Con suma delicadeza, el enviado sugirió que el fuerte, que había sido construido con suma rapidez antes de que la soberanía del territorio hubiese sido debidamente debatida, tal vez hubiera sido destruido por lo que igualmente podía considerarse causas de fuerza mayor. Mientras que al hablar de agentes secretos quizá se estuviera intentando realizar imputaciones cuando no había posibilidad de comprobar ninguna, en el caso de la duquesa, por desgracia, no cabía ninguna duda de que se había cometido un rapto, en terreno altamurano y con pérdida de vidas altamuranas, y de que al villano responsable del crimen se le había permitido establecer su guarida en Venosta.

La necesidad de una actitud conciliadora se hizo todavía más acuciante cuando, empleando nuevamente aquella voz que daba dentera, el duque replicó que según le había informado el arquitecto de su fuerte, un tal Segismundo, que regresaba a Borgo como miembro del séquito de la duquesa, había visitado la construcción con engaños, haciéndose pasar por el ingeniero del duque de Venosta, y había averiguado dónde se

encontraba el polvorín que más tarde explotaría misteriosamente cuando no había nadie cerca. ¿Quién, preguntó el duque, tenía la autoridad para dirigir semejante acción? ¿No era lícito (en aquel momento el duque estiró el brazo y cogió la mano de su duquesa, quien estaba sentada a su lado muy rígida y con aire adusto) pensar que así como marido y mujer son una misma carne tal es su voluntad? Si la duquesa Violante había ordenado la destrucción del fuerte, era porque sabía que su marido habría hecho lo mismo. Aquel hombre, Segismundo, formaba parte de su séquito. Debía de haber sido ella quien le había dado la orden. Si no, ¿qué provecho podía sacar un hombre de la agresión a un estado soberano?

A aquello, el enviado de Altamura, de una manera elegantemente indirecta, respondió recordándole al duque que la historia de que el tal Segismundo había visitado las obras era únicamente la versión que le había dado un arquitecto que, de no decir aquello, tendría que asumir la responsabilidad de la destrucción del fuerte. No existía absolutamente ninguna prueba de que aquel hombre estuviera implicado en el asunto. Más aún, el tal Segismundo, un hombre sumamente capaz y digno de toda confianza que había prestado sus servicios a los duques de Rocca y Nemora, al príncipe de Viverra y seguramente a otros muchos más, era quien había salvado a la duquesa Violante de las garras de un despreciable bandido a quien se le había permitido hacerse fuerte en Venosta.

¡Vaya con el bandido! La voz del duque sonó como el susurro producido por una víbora al deslizarse sobre la seda. ¿Tenía su excelencia el duque de Altamura la menor idea de la dificultad que suponía deshacerse de una banda de ladrones que había establecido su guarida entre las gargantas de una montaña y podía hacer frente impunemente a cualquier ataque?

La mano de la duquesa se crispó bajo la de su esposo. No había sido una buena idea hacer aquella pregunta y la respuesta del enviado se lo confirmó: ¿acaso su excelencia no había sido informada de que el padre del duque Hipólito había conseguido desterrar a aquel mismo bandido y que, por lo tanto, había sido posible, gracias a su gran determinación, librar a Altamura de aquel desgraciado, quien entonces había buscado, y encontrado, refugio en Venosta? Además, la inexpugnabilidad de aquella guarida de ladrones resultaba muy dudosa si el señor Segismundo había logrado entrar en ella y rescatar a la duquesa.

El duque guardó silencio por un instante y luego pidió vino. El enviado se lo tomó como un descanso en el juego y bebió con sumo agrado. A pesar de los rumores según los cuales el duque Vincenzo solía envenenar a las personas que discrepaban de él, el enviado estaba seguro de que a él no le haría nada, ya que tenía que transmitir sus quejas a su señor. Además, el vino de Venosta era excelente.

Había llegado el momento de que hablara la duquesa, lo cual le permitiría a su marido disfrutar de un respiro antes de llevar a cabo el siguiente movimiento. La Duquesa Dorotea deseaba, por un lado, expresar su pésame al duque Hipólito por la espantosa muerte de su hija y, por otro, su pesar a la duquesa Violante por la terrible

experiencia que había sufrido a manos de Rodrigo Salazzo. Como si los diferentes movimientos que se habían dado en la partida de ajedrez que habían estado jugando el enviado y su marido hasta aquel momento no hubieran ido con ella, la duquesa formulaba ahora lo que podría denominarse el punto de vista femenino, ofreciendo sus condolencias tanto al padre afligido (algo que había insinuado con una delicadeza que seguramente habría llevado a Vincenzo a sentirse orgulloso de ella) como a la esposa ultrajada.

El duque entregó su copa a un paje y expresó su conformidad con su esposa. ¡Qué final más cruel! ¡Y qué misterioso!

—¿Qué dice el príncipe Galeotto acerca de la tragedia de su esposa? —El tono de su voz no ocultaba el verdadero significado de sus palabras. El misterio podría quedar resuelto si el príncipe Galeotto se decidiera a hablar.

El enviado utilizó un imperceptible tono de sorpresa e interrogación en su respuesta.

—El príncipe está tan conmocionado como mi señor, naturalmente.

—Con todas estas tragedias —dijo pensativamente el duque Vincenzo—, parece como si la familia del duque Hipólito estuviera sufriendo una maldición. ¿Su hermana no murió asesinada? Y la primera esposa de su padre, Beatriz de Borgo, ¿no murió también violentamente?

Había sido un movimiento genial, por lo que esta vez fue el enviado quien tuvo que beber un poco de vino poniendo cara de estar más interesado en su sabor que en la respuesta, la cual, cuando llegó, en lugar de contestar a la pregunta que había formulado el duque, hizo referencia al quid de la cuestión.

—Esta semana se ratificará el tratado de alianza entre Borgo y Altamura. Ambos soberanos han estampado su sello en él y los documentos serán intercambiados.

El duque consideró aquellas palabras sin perder la fingida expresión de dolor que había puesto al aludir a la princesa Beatriz.

—Me alegro sinceramente de que la relación entre el príncipe y su excelencia no se haya deteriorado. Sería una desgracia que las sospechas enturbiaran su alianza. — Con gesto amable, se inclinó y preguntó—: ¿Se sabe quién pagó al estrangulador?

—Por deseo de su excelencia el duque, el señor Segismundo se ha encargado de la investigación. No me cabe duda de que se mostrará tan capaz en este asunto como en los demás servicios que ha prestado.

El duque Vincenzo pareció igualmente convencido, y con su respuesta dio a entender que un hombre que había logrado destruir su fuerte era capaz de cualquier cosa.

Cuando el enviado salió para Altamura portando diversos mensajes para el duque, una caja con los mejores vinos de Venosta para sí mismo y varios metros de un precioso brocado negro para la duquesa Violante de parte de la duquesa Dorotea (quien al parecer quería evitar que le faltase ropa de luto), tanto él como el duque estaban satisfechos con la manera en que se había desarrollado la negociación.

Ninguna de las dos partes había hecho concesiones y ambas habían presentado convincentemente las razones para demostrar el serio agravio del que habían sido objeto. Ahora le tocaba mover al duque Hipólito.

Entretanto, el príncipe Galeotto, ignorante de que en Venosta se habían lanzado calumnias sobre su honradez, estaba sentado con gesto sombrío en la capilla del palacio de Borgo oyendo una nueva misa por el alma de su difunta esposa. Su enviado a Altamura había recibido órdenes de informar al duque de que la memoria de la princesa Ariana era objeto de una atención continua y la necesidad de mantener las apariencias había obligado a Galeotto a restringir seriamente las actividades con que acostumbraba divertirse. La caza había quedado descartada desde el principio y sus perros sufrían la falta del ejercicio necesario. Guerrero, cuyo collar de clavos seguía sin aparecer, se había vuelto tan violento que había llegado a morder al maestro perrero, quien, al ser menos importante que Guerrero, no había obtenido ninguna satisfacción por ello. Los halcones se mostraban inquietos y no dejaban de batir las alas. Y ahí no acababa la cosa: la muerte de la señora Leonora a manos del mismo estrangulador que había asesinado a la princesa (noticia esta última que había causado miedo y espanto) había sido interpretada por sus cortesanos como una prueba de que tanto el príncipe como las personas más próximas a él eran el blanco de un perverso enemigo del principado. Como consecuencia de sus protestas, el soberano apenas se aventuraba a salir del palacio y llevaba, a pesar del calor estival, una cota de malla bajo su jubón, lo cual añadía un peso físico al mental, que era el que todo el mundo podía ver. Tras la desaparición de Leonora, había decidido recurrir a su sustituta, pero, con gran consternación, se había enterado de que ésta, la señora Zima, profundamente alarmada por la teoría dominante de que el estrangulador estaba acercándose lentamente al príncipe dejando en el camino a sus personas más allegadas, había cerrado su pequeña villa y buscado la seguridad de un convento, donde en aquel momento estaba volviendo locas a las monjas exigiéndoles que le proporcionaran unos aposentos mejores y una dieta de lujo. Por otra parte, las demás damas de la corte, que normalmente consideraban a todos los príncipes atractivos, habían empezado a demostrar una inexplicable fidelidad hacia sus maridos. Galeotto ya no esperaba poder llevarse a nadie a la cama hasta que alguien, daba igual quién, fuese acusado públicamente de ser el estrangulador y recibiera un castigo espectacular. Lo único que convencería a Zima de su seguridad era que se clavaran sobre las puertas de Borgo las manos del estrangulador o, al menos, pensaba Galeotto, un par de manos que tuvieran aspecto convincente.

Cuando la misa estaba a punto de concluir, Galeotto, incómodo con su cota de malla, cambió de postura y decidió que debía encontrar un estrangulador cuanto antes. Aunque tenía delante la lápida de pórfido bajo la cual yacía la difunta princesa de Borgo, soberana durante menos de un día, su mirada descansaba sobre una placa de mármol pulido que había en la pared, recuerdo de una princesa de Borgo que había muerto como duquesa de Altamura. Debería ordenar que se rezaran unas plegarias

especiales por la tía Beatriz. Estaba seguro que estaría observándolo desde el purgatorio.

El lanzamiento de una flecha

La biblioteca del palacio de Altamura había sido construida gracias a la habilitación de dos plantas de aposentos para cortesanos que había llevado a cabo el padre del duque Hipólito y estaba provista de unas estanterías de madera de cedro de cuya construcción se habían encargado los mejores carpinteros de Milán. Sin embargo, Hipólito, pensando en su creciente colección de manuscritos, llevaba tiempo considerado la posibilidad de reformarla y ampliarla.

Como se inclinaba por algo de estilo más clásico, había decidido encargar la obra a Pietro Brunelli, quien, según había oído, se encontraba en aquel momento trabajando en Venosta. Lógicamente, los planes habían quedado arrumbados a causa de la muerte y la Ariana y la enfermedad que había sufrido el duque a continuación; ahora, sin embargo, una vez recuperadas la salud y su esposa, tenía ante sí una oportunidad excepcional en la persona del mismo Brunelli.

Era la misma historia de siempre. Brunelli había estado embelleciendo con gran brío la residencia urbana de Ristoni, sin dejarse desanimar por los accidentes que les había costado la vida a su ayudante y a un ladrón desconocido. Entre sus trabajadores se hablaba de la influencia de un mal de ojo. Sin embargo, el principal obstáculo al que había tenido que hacer frente era de tipo físico: la madre de su contratista. En cuanto terminara el enlucido clásico del exterior y la entrada de la casa, Brunelli planeaba retocar el interior de manera que armonizara simétricamente con el resto. Las habilidades del piano nobile debían ser iguales en número y dimensiones en ambos lados, lo que suponía demoler el tabique que dividía las dos habitaciones en las que vivía la madre de Bono Ristoni.

Madonna Ristoni se había negado en redondo a que lo hiciera.

En vano su hijo había tratado de convencerla hablándole de todo el espacio que ganaría con la modificación y de la dignidad que adquirirían sus ahora reducidos aposentos. La anciana vivía en aquellas habitaciones desde el día de su boda. Había alumbrado a todos sus hijos, él incluido, en una de ellas y estaba decidida a morir cómodamente en el mismo lugar. Brunelli, al que imprudentemente se había pedido que tratara de convencerla, acabó por enzarzarse en una apasionada discusión con la viuda y zanjó el asunto haciendo añicos los planos. El arquitecto había abandonado Venosta justo antes de que el duque Vincenzo contratara a un asesino más eficiente para acabar con él.

El duque Hipólito vaciló antes de contratar a Brunelli, aunque no a causa de la reputación que tenía el arquitecto de discutir acaloradamente con sus patronos, por

cuanto todo el mundo presume de saber tratar a un artista de carácter mejor que su prójimo, sino porque cualquier obra que se llevara a cabo en la biblioteca molestaría forzosamente al primo de la duquesa, quien pasaba sus días en ella como si la considerara un refugio contra el mundo. Desde que la dama de honor de su prima lo rechazara meses atrás, el señor Tebaldo apenas se había dejado ver en la corte y se decía que no salía de la biblioteca ni de noche ni de día.

Hipólito nunca se sentía tranquilo a su lado. Poggio, al poder reírse de su condición de enano, había convertido su supuesta invalidez en una virtud. Su compañía resultaba agradable. Tebaldo, sin embargo, solía sufrir grandes dolores, como Hipólito bien sabía, y aunque el joven era discapacitado de nacimiento, el duque, por alguna razón, se sentía culpable y molesto por no poder servirle de ayuda.

De ahí que no visitara a Tebaldo excepto cuando alguno de sus enviados (el primo de su esposa trabajaba incansablemente para mejorar la biblioteca, aunque fuese mediante apoderados) le traía un manuscrito nuevo o información acerca de alguno para cuya compra fuese necesaria su aprobación. El duque se sentía muy reacio a darle la noticia de sus planes, puesto que si le decía a Brunelli que se pusiera manos a la obra, la biblioteca se convertiría en un centro de gran actividad, un lugar lleno de ruido, polvo y gente que se asemejaría para el pobre Tebaldo a uno de los círculos del infierno de Dante. No obstante, los esfuerzos que hacía Tebaldo por mejorar la colección del duque se merecían una biblioteca capaz de albergarla dignamente.

Por otro lado, éste no era un problema que Hipólito quisiera consultar con su esposa, por cuanto el médico había recomendado a ésta que descansara y se desentendiera de las preocupaciones de su cargo después de la experiencia que había sufrido a manos de Rodrigo Salazzo, acerca del cual el duque no había querido pedir ninguna clase de detalles. Aquel hombre estaba muerto, le había asegurado Segismundo, por lo que nunca podría jactarse de su villanía, y si sus hombres habían visto algo, Hipólito no tenía poder para acallarlos mientras permanecieran en Venosta. Cualquier miembro de la banda de Salazzo que errando el camino fuera a parar a Altamura perdería la lengua y los ojos antes de ser pasto de los cuervos en la horca. ¡Ojalá Segismundo lograra descubrir al asesino de la pobre Ariana y conjurase la amenaza que se cernía sobre él y su esposa!

Todo esto tenía Hipólito en la cabeza mientras observaba a Brunelli, quien se encontraba ante él con el mismo aspecto robusto, malhumorado y entusiasta de siempre. La idea de reformar la biblioteca le interesaba. Quería empezar de inmediato. Al privarse tan a menudo de la oportunidad de acabar un proyecto, Brunelli tenía unas grandes reservas de energía latente. Altamura le había gustado nada más verla y el duque Hipólito, al ser mucho más joven y guapo que Galeotto o Vincenzo, le resultaba agradable desde un punto de vista estético. Además, esperaba con ilusión ver a la duquesa Violante, de cuya belleza todo el mundo se hacía lenguas. Tal vez hasta le pidieran que pintara su retrato. Sabía que Leone Leconti ya lo había pintado; si aquel insulso idiota los había engañado con sus alardes técnicos,

él les enseñaría lo que era una obra de verdadera calidad si lo contrataban. Miró a Hipólito y torció el gesto afablemente.

La mirada surtió efecto. Brunelli, ya contratado, se retiró pensando en el proyecto, mientras Hipólito, por su parte, se quedaba pensando en la manera de fiarle la noticia al primo de su esposa. El duque trató de consolarse: las obras no comenzarían hasta que los planos no fueran dibujados y aprobados, de manera que el señor Tebaldo tendría tiempo para hacerse a la idea. Además, habría que pedir su visto bueno al proyecto, lo cual serviría para apaciguarlo, y siempre podía refugiarse en el pequeño estudio que tenía al lado de la biblioteca, donde pasaba buena parte de su tiempo absorto en sus manuscritos o, según lo que le había dicho Violante en confianza, escribiendo estudios eruditos sobre filosofía. ¿Quién no ha oído hablar de la gran capacidad que tienen los hombres de letras para aislarse del mundo?

Mientras el duque tomaba una decisión, en otra estancia del palacio Benno abrió precisamente una ventana al mundo. Su señor lo había despertado con el ruido del agua al lavarse en la jofaina que había en la esquina de la habitación. Mientras bostezaba y se desperezaba, abrió los postigos y los sujetó con sendos pestillos. A Biondello no le habían pedido su opinión sobre cuánto había de durar una siesta, por lo que seguía profundamente dormido con el hocico metido bajo la cola.

Benno se había dado cuenta de que Segismundo estaba descansando más de lo habitual con el fin de dar a su herida tiempo de que sanase y a sí mismo para reponerse. Al fin y al cabo, entre los barriles de pólvora que había tenido que mover y el viaje a Roccanera, hacía tiempo que no tenía ocasión de hacerlo. Pensar en todo aquello le hizo preguntarse qué les reservaría aún el destino. En aquel momento la suave brisa estival le trajo los olores del río e incluso una leve vaharada de pescado podrido. Sin embargo, no fue esto lo que le causó el escalofrío que le recorrió la nuca mientras recordaba que el asesino que había intentado matar a su señor seguía vivo. Benno hizo votos por que se hubiera dado por vencido y no se hubiese movido de Borgo.

Segismundo pasó a su lado con la camisa en la mano y se quedó delante de la ventana para ponérsela. Biondello, percibiendo acaso el olor a pescado u oyendo a Benno vaciar el agua de la jofaina, saltó de la cama y se acercó corriendo a Segismundo para averiguar qué miraba. El alféizar era bajo, por lo que pudo encaramarse a él en dos arriesgados saltos. Benno se volvió y vio que su señor se inclinaba rápidamente para extender una mano y evitar que el perrillo cayera.

En aquel preciso instante se produjo un destello y luego un chasquido; una flecha se clavó con una vibración en el postigo y Segismundo cayó al suelo.

«Necesito tiempo para pensar»

Aunque al caer al suelo Segismundo se había llevado por delante a Biondello, éste, gracias a las cuatro patas que poseía, fue el primero en levantarse. Segismundo lo siguió de inmediato, alzando un brazo para cerrar el postigo. Cuando Benno llegó a su lado, ya estaba de pie detrás de él y tenía el antebrazo sobre la cabeza. Tras lanzar una mirada a la flecha y otra al lugar del que había venido, entornó el otro postigo y se asomó a la rendija para mirar primero hacia abajo y luego a la izquierda.

—¿Es él? —Benno había recogido a Biondello y lo agarraba con fuerza, como si quisiera expresarle el alivio que sentía. Segismundo había salvado, de nuevo, la vida. La flecha, que era la primera que Benno oía de cerca, había producido un ruido horrible.

—¿Él? Alcánzame esa servilleta.

Benno cogió la servilleta que habían traído junto con el agua caliente.

—El hombre de Borgo. Debe de estar aquí, siguiéndoos todavía los pasos.

Segismundo apartó el brazo de la cabeza y puso en su lugar la servilleta. La sangre ya le había llegado al cuello. Benno sabía que las heridas en la cabeza siempre manan mucha sangre, y aun así tenía la sensación de que su señor se había visto obligado a perder una cantidad excesiva últimamente. Lo que podría haber ocurrido si Segismundo no se hubiese inclinado para evitar que Biondello cayera al río, prefirió no pensarlo. Tal vez debería sugerirle a su señor que volviese a ponerse el collar de mastín. El médico del duque había dicho que Segismundo era un hombre de suerte. Menos mal que era cierto. De pronto, Benno se quedó pensativo y preguntó:

—¿Cómo es posible que sepa que os alojáis en esta habitación? Debe de estar vigilando la ventana. ¿Habéis visto de dónde ha salido la flecha?

A pesar de la escasa luz, Benno veía que su señor estaba pálido y enfadado. Escapar por los pelos a la muerte puede resultar estimulante, o exasperante si uno sabe que lo único que puede hacer al respecto es aguardar con los brazos cruzados su próxima visita.

—Ya van dos preguntas, Benno. Dos preguntas. —Retiró la servilleta de las heridas y la miró. Estaba empapada. Sonrió sombríamente y añadió—: Aunque es más fácil ocuparse de ellas que de otras cosas. Empezaremos por la última: no, no sé con certeza de dónde ha venido. Todo lo que puedo decir es que la han lanzado desde la otra orilla, de alguna casa río abajo. Por lo que respecta a la habitación, cualquier persona de palacio puede habérselo dicho. ¿Quién se ha asomado esta mañana a la ventana a plena vista?

—¿El doctor? ¿Pensáis acaso que...?

—¿Quién sabe quién es inocente y quién es culpable? Dios solamente. El doctor tiene acceso a toda clase de secretos, por lo que podría ser un espía sumamente eficaz. La persona que ofreció dinero a la señora Leonora para que espicara en Borgo sentiría una gran satisfacción si consiguiese que el médico del duque espicara en Altamura para él.

—Pero ¿cómo es posible que un médico trabaje para un asesino? Podría hacer lo que quisiera, como por ejemplo envenenar al duque y a la duquesa.

—Claro que podría. Pero entonces, ¿para qué querría a un asesino?

—Para mataros a vos. —Benno hizo memoria—. El doctor os ha dado una poción. Podría haberos envenenado.

Segismundo emitió un murmullo.

—Ya sentiría los efectos, y creo que habría notado algo en el sabor. Además, cualquier sirviente puede haberle indicado la ventana mientras estábamos fuera o haberle dicho dónde íbamos a alojarnos. Sea como sea, debemos averiguar más cosas sobre este doctor. Échame una mano. —Segismundo había cogido su jubón.

—¿No queréis vuestra bolsa de hierbas para la cabeza? ¿Y si la flecha estaba envenenada? —Benno no se había recuperado todavía del sobresalto y tenía la cabeza llena de ideas desagradables. Segismundo se echó a reír mientras intentaba a un mismo tiempo meter el brazo vendado por la manga y restañar la sangre que manaba de su cabeza.

—El objetivo de esa flecha no era envenenarme, sino atravesarme un ojo. Y no te preocupes por las hierbas: pienso ir a un profesional para que me vea la herida.

Mientras trotaba detrás de Segismundo con Biondello bajo el brazo, Benno se preguntó a quién demonios querría ver su señor. No estaría pensando en el doctor... Aunque, conociéndolo, tampoco sería de extrañar: Segismundo era muy capaz de meterse en la boca del lobo y decirle que quería verle los dientes.

Finalmente resultó que a quien quería consultar era a la niñera, que se encontraba en un cuarto contiguo a la habitación de los niños doblando ropa.

—Me dijisteis que no todo el mundo sabe de hierbas. Vos, sin embargo, sí que sabéis. ¿A qué otra persona podía acudir sino a vos? —Segismundo dirigió una cálida sonrisa a los ojos de la niñera y se quitó la servilleta para mostrarle la herida.

Benno, que aún no sabía que permitir que una persona se diese cuenta de que se la estaba adulando era en realidad una forma de adulación, hizo votos por que la niñera estuviera de buen humor. No se había mostrado muy de acuerdo con Segismundo la última vez que había hablado con él, cuando había tenido que contestarle a una pregunta acerca del preparado que le había llevado a la princesa.

—¡Santa Madre de Dios! Estáis sangrando como un cerdo, señor Segismundo. ¿Cómo os habéis hecho esto? —La niñera estaba examinando cuidadosamente la raspadura de la flecha con los dedos de una mano mientras sujetaba la servilleta con la otra.

Segismundo lanzó una mirada al brazo vendado con un parpadeo propio de una muchacha coqueta.

—La herida que sufrí en Roccanera me ha quitado reflejos. Ando torpe... En realidad no es más que un golpe que me he dado con un postigo, pero como se me ha desgarrado la piel..., he pensado que podríais ayudarme. —Su voz era un suave ronroneo. Benno se temió por un instante que su señor fuera a recibir un cachete, sin pararse a pensar que el tono halagador que estaba empleando era algo que aquella mujer comprendía y sabía valorar. Emitiendo un gruñido de desaprobación y poniendo un gesto que hizo aparecer un par de hoyuelos en sus mejillas, la niñera devolvió la servilleta a Segismundo, volvió a examinar la herida y corrió con una sonrisa en los labios a una esquina del cuarto. Tras rebuscar por un momento en un estante, regresó a su lado con expresión triunfal.

—Ya lo tengo. Las telarañas detendrán la sangre. —Segismundo se inclinó y apartó la servilleta. La niñera extendió la gris telaraña sobre la fea herida, soltó una risilla y dijo—: ¡Cómo son los hombres! Tienen los remedios que necesitan delante de las narices y ni siquiera lo saben. Si hubierais ido al doctor de su excelencia, habría dejado que os desangraseis mientras pensaba cuándo sería conveniente que tomarais una de sus repugnantes pócimas. ¿Veis? Ya ha dejado de sangrar.

—Benno estiró el cuello y no se extrañó de ver que la herida, al contacto con el aire y cubierta de pegajosas telarañas, se hubiera secado. Él también utilizaba siempre telarañas. Lo que le extrañaba era que para recibir semejante tratamiento su señor hubiera acudido a la niñera. Ésta estaba ahora revolviendo en el interior de una caja en busca de algo. Un olor rancio inundó el cuarto mientras ella escarbaba y Segismundo le hacía preguntas acerca del médico en tono despreocupado. Estaba claro que a la niñera no le impresionaban en absoluto sus muchos títulos.

—Se le da mejor tratar a los libros que a las personas. La sabiduría no se adquiere leyendo. El maestro Valentino ha estudiado en Padua, Salerno y varios lugares en el extranjero de los que nadie ha oído hablar, y aun así sus pacientes acaban muriéndose como los de cualquier otro.

—¿Dónde estaba antes de que entrara en el servicio de su excelencia? ¿En alguno de esos lugares del extranjero?

La niñera murmuraba algo acerca de un papel que tenía que llevar a la gran sala que servía de habitación de los niños. En ésta se encontraba la ama de cría, que estaba sentada al lado de la ventana alimentando al señor Andrea. Una voz de niña proveniente de la logia les indicó dónde estaba jugando la señora Camila. La niñera llenó una copa de vino, acercó el papel a la llama que ardía ante una imagen de la Virgen que había en un nicho y puso debajo la copa para recoger las cenizas.

—Como ya os he dicho, ha estado en todas partes: Castelnuovo, Borgo, Venosta... Lo extraño es que no se quede en ningún sitio. Supongo —dijo mientras le ofrecía la copa a Segismundo y un olor acre a papel quemado llenaba el ambiente— que cada vez que llega a su cupo de muertos se traslada a otro lugar. —La niñera

volvió a soltar una risilla. Benno pensó que desde que había regresado a casa y se había vuelto a hacer cargo de sus queridos niños estaba de mucho mejor humor. Lo que le preocupaba, sin embargo, era que el doctor fuera la persona que estaba desempeñando el papel de espía (si es que realmente había uno en Altamura) que la señora Leonora había desempeñado en Borgo al servicio del asesino. Si el médico supiese cómo había acabado ésta, tal vez reconsiderara su situación.

Su señor se había bebido el vino con las cenizas del hechizo sin siquiera pestañear.

—Esto que me habéis preparado me vendrá de perlas —dijo Segismundo. Al oír su ronroneo la niñera sacudió la cabeza y puso de nuevo un gesto que hizo aparecer un par de hoyuelos en sus mejillas—. A partir de ahora ya sabré adonde acudir cada vez que sufra una herida. —Le cogió la mano y se la besó.

Mientras regresaban a la habitación que les habían asignado en el palacio, Benno comentó:

—La niñera está ahora de vuestro lado, pero no sé si os ha servido de gran ayuda. Ese doctor ha viajado mucho, por lo que podría estar trabajando para cualquiera, ¿verdad? ¿No cabe la posibilidad de que sea él el espía que está trabajando para el asesino en Altamura, de la misma manera que la señora Leonora lo fue en Borgo?

Benno percibió un insólito dejo de impaciencia en la voz de Segismundo.

—¿Qué sentido tiene pagar a una persona para que trabaje de espía cuando se le puede pagar para que cometa un asesinato? Los médicos disponen de métodos más eficaces que unas bolas o una flecha para matar a alguien. —La sangre se había coagulado en la parte de su cabeza cubierta de telarañas y la gente que pasaba a su lado se volvía para mirarlo. ¿Acaso el héroe del momento, el salvador de la duquesa, habría entrado de nuevo en acción?

—Bueno, en tal caso el duque y la duquesa ya estarían muertos, ¿verdad? Y todo el mundo lo consideraría de lo más natural. La niñera ha dicho que cada vez que llega a su cupo de muertos se marcha a otro sitio. —De pronto, Benno sofocó un grito—. Pero el duque ha estado enfermo, ¿no? ¿No habrá sido por culpa del médico?

Se había olvidado de mantener la voz baja. Segismundo se volvió hacia él y le propinó un cachete en la cabeza que hizo que le zumbaran los oídos y un sobresaltado Biondello emitiera un imperceptible aullido. El semblante de Segismundo, a diferencia de la expresión risueña que la niñera había visto, era sombrío.

—Ya basta, Benno. Necesito tiempo para pensar.

Mientras subían por los desgastados escalones de mármol que llevaban a la planta en que estaba su habitación, Benno pensó que no debía resultar agradable ser el blanco de nadie. Segismundo estaría impaciente por salir a la ciudad y ponerse a buscar el rastro del hombre que tanto empeño estaba poniendo en matarlo. Sin embargo, y aunque ya sabía el aspecto que tenía, tratar de hallarlo en Altamura sería como buscar una aguja en un pajar. Además, no podía lanzarse sin más en pos de una venganza personal; el duque había confiado en él para que protegiera a la duquesa y

encontrara al asesino de su hija, lo cual significaba que tenía que averiguar quién era la persona que le había pagado. Benno ni siquiera veía cómo su señor iba a conseguir tal información del asesino, pues éste no parecía la clase de criminal que se viene abajo con sólo menearle un cuchillo delante de la cara. Había sido el propio Segismundo quien lo había llevado a pensar que aquel hombre, fuera quien fuese, podía tratarlo prácticamente de igual a igual. Benno, sin embargo, se negaba a pensar que alguien pudiera enfrentarse con su señor de aquella manera. Una persona de tales características podría matarlo.

A propósito de muertes, no sería muy inteligente de parte de Segismundo enfrentarse con aquel hombre herido como estaba. Benno se acordó de la flecha clavada en el postigo y pensó que quizá lo más conveniente fuera rezar a san Sebastián para evitar que su señor sufriera daño alguno, dado que, al parecer, lo único que éste podía hacer era esperar a que se desarrollaran los acontecimientos.

En silencio, pero moviendo los labios, Benno empezó a rezar.

«De rango»

Una vez Segismundo se hubo marchado, la niñera se puso rápidamente a trabajar y corrió a asegurarse de que los niños se encontraban bien y a dar la reprimenda de rigor a las sirvientes que tenía a su cargo. Éstas habían aprendido a evitar que las sorprendiera haciendo carantoñas a los vástagos ducales, por cuanto la niñera era muy celosa y no le gustaba que una persona que no fuera ella misma fuese objeto de cualquier expresión de cariño. Tras arrullar al señor Andrea, que estaba acostado en una cuna dorada adornada con un grabado del escudo de armas de Altamura, y comprobar que la señora Camila estaba en la postura adecuada para la siesta previa a la cena, se puso a meter cosas en una cesta: toallas de lino, algodones y aceites perfumados. Las sirvientes la observaron mientras cogían el dobladillo a unas sábanas y se miraban las unas a las otras con una sonrisa en los labios. La niñera estaba preparándose para su visita diaria.

La persona a quien iba a visitar era el señor Tebaldo. Una vez al día, el bibliotecario tenía la satisfacción de sentir cierto alivio de su dolor y gozar de parte del consuelo que nunca había recibido de su madre, quien había muerto al darlo a luz a causa, según las personas más crueles, del susto que se había llevado al verlo. La niñera tenía un alma maternal y, a su manera, era una mujer lista. Nunca dejaba que el señor Tebaldo advirtiese la lástima que sentía por él. Sus visitas eran, al parecer, de carácter puramente práctico y estaban dirigidas a aliviarle el dolor que sufría en su retorcida espalda. Además, jamás dejaba de mostrarle el respeto que le debía por su alta cuna. Tras el masaje, el señor Tebaldo podía dormir unas cuantas horas y, como debido a su aislamiento a menudo ignoraba qué sucedía en la corte, los cotilleos de la niñera hacían que se sintiese más en contacto con su entorno. Ese día tenía muchas cosas que decirle.

—Me alegro de que hayas vuelto a palacio sana y salva, niñera. —Tebaldo se quitó el jubón y la camisa y se tumbó en el diván con ayuda de su sirviente. Había echado en falta las atenciones y la compañía de aquella mujer, una de las dos personas a las que no creía desagradar. La expedición a Borgo lo había privado de ambas, aunque tampoco sería justo que se quejara, ya que había tenido como resultado la muerte de Ariana. Con tales ideas en la cabeza, dijo—: He llegado a temer que no volvería a verte. Su excelencia la duquesa me dijo antes de salir que la señora Ariana, o, mejor dicho, la princesa, le había pedido que os quedarais con ella en Borgo.

—Tuvo la amabilidad de pedirlo, en efecto. —El tono de la niñera era sincero: la

difunta princesa había sido lo bastante cruel como para desear separarla de sus adorados niños con el único fin de que se ocupara de sus caprichos de egoísta—. Su alteza pensaba que con mi presencia su vida sería más fácil.

—Y la mía más difícil. —Tebaldo cerró los ojos y sintió cómo sus músculos, que siempre ponía rígidos para contrarrestar las punzadas, se relajaban y parte del dolor se transformaba en una sensación de calidez—. Tu marcha habría supuesto una pérdida irreparable para mí.

Ninguno de los dos hizo alusión a lo que debería suponer una pérdida todavía mayor: la de la princesa. La niñera se limpió las manos y destapó otra botella, dejando que el olor a lavanda inundara la pequeña habitación llena de libros. Mientras se extendía el aceite por las palmas de las manos, sacó a relucir un tema del que sabía que el señor Tebaldo nunca se cansaba.

—La salud del duque está mejorando, gracias a Dios.

La niñera evitó decir que no había sido gracias a su médico porque sabía que no era necesario. Pocas personas tenían peor opinión de los médicos que el bibliotecario. Desde el día de su nacimiento, Tebaldo había sido víctima de un sinfín de reconocimientos humillantes: le habían tendido a puñetazos y obligado a llevar fajas de acero y a colgarse de vigas. Además, a la vista de su debilitada condición, los médicos habían tratado de mejorar su salud general haciéndolo objeto de sangrías, purgas y preparados nauseabundos desde la infancia hasta el momento en que había podido negarse. La niñera no esperaba que dijera amén a su expresión de gratitud. Ella, al igual que ciertas personas de su entorno, sabía que el señor Tebaldo no creía en Dios, lo cual era otro motivo para sentir lástima por su persona. ¿Cómo era posible que sufriera tanto y no tuviese consuelo? De todos modos, estaba más que segura de que, cuando pasara a mejor vida, Dios lo perdonaría y un ángel saldría a su encuentro con un par de alas que le compensarían de todos los padecimientos que había tenido que soportar en este mundo. Para algo tendrían que servir sus plegarias... Mientras friccionaba sus hombros con el aceite, se acordó del visitante con que acababa de hablar.

—Su excelencia tiene una gran deuda con el señor Segismundo. —Sin poder resistirse a la presunción, añadió—: Ha venido a verme no hará media hora para que le curara sus heridas.

La niñera no relacionó el silencio del bibliotecario con el tema de conversación ni con la repentina tensión de sus músculos.

Cuando el señor Tebaldo se había instalado en el palacio con motivo del matrimonio de su prima Violante, se habían difundido muchos rumores acerca de su pasado. Sin embargo, pronto se había llegado a la conclusión de que no había nada intrínsecamente interesante en un joven al que poca gente llegaba a ver y que, exceptuando el resurgimiento de los rumores que se había producido a raíz de su cortejo a la señora Giulietta, jamás se veía envuelto en ninguna clase de escándalo. Nadie se había molestado siquiera en insinuar que su dedicación al saber y los libros

antiguos estuviera relacionada con la magia negra, teoría a la que su aspecto físico podría haber dado lugar fácilmente. Se trataba de un sujeto decepcionante, aunque la niñera no daba crédito a lo que oía. La gente siempre se portaba mal con los tullidos... Sin dejar de hablar, avanzó en dirección a los inútiles músculos de su retorcida columna vertebral. Era toda una suerte que el señor Segismundo hubiera estado allí para salvar a su excelencia la duquesa... Inesperadamente, el señor Tebaldo tenía algo que decir al respecto.

—No pudo salvar a la princesa —comentó lacónicamente.

—Y todavía no sabe quién la asesinó.

Los dos guardaron silencio, absortos en sus pensamientos. Mientras la niñera le frotaba la espalda con una toalla de lino para limpiarle el aceite sobrante, Tebaldo volvió a hablar:

—Cuéntame. ¿Realmente llegó a sospechar de ti?

Ella sonrió llena de confianza.

—Al principio es posible que sí. Pero mi digestivo estaba sobre la mesa y nadie lo había tocado. La princesa bebió el sedante que permitió al asesino acercarse sin ser oído, por lo que no cabía pensar que yo le hubiera suministrado las dos pócimas.

Tebaldo se quedó mirando su cara y los pliegues de su gorra almidonada mientras ella le ataba el jubón. Su expresión era pensativa.

—¿Y dices que el tal Segismundo no ha averiguado quién pagó al estrangulador? ¿No estará ocultando lo que ha encontrado? Podría estar guardándose algo si la persona afectada fuera alguien... de rango.

La niñera ajustó simétricamente el cordón dorado en su nudo y abrió la boca para hablar. Sin embargo, se lo impidió una llamada a la puerta y la entrada del sirviente del bibliotecario, quien, tras expresar sus disculpas, anunció a su señor la llegada del maestro Polidoro Tedesco. El filósofo preguntaba si, con arreglo al permiso que ya le había concedido en su correspondencia, su señoría no tendría inconveniente en que examinara uno o dos manuscritos de su biblioteca en compañía de varios alumnos suyos.

—¿Tan pronto? —Por la cara que había puesto, resultaba evidente que para Tebaldo los desconocidos siempre llegaban demasiado pronto. No obstante, el orgullo que sentía por su biblioteca y el deber que tenía hacia las joyas que guardaba en ella prevalecieron sobre su deseo de permanecer oculto al mundo. Cuando se inclinó para retirarse, la niñera sintió lástima: el rostro del señor Tebaldo, aunque pálido y de aspecto cansado, era, a su manera, tan hermoso como el de su prima Violante.

Con una mano sobre su bastón y la otra sobre el hombro de su sirviente, el tullido fue a recibir al filósofo.

Llega un enviado

—Podría estar en cualquier parte, buscándoos. Mirándoos incluso.

Benno había estado a punto de perder el apetito a causa del tema de conversación, pero había logrado sobreponerse. El plato de huevos revueltos con queso y hierbas estaba prácticamente vacío. Segismundo, en lugar de comerse su ración, estaba mirando con gesto pensativo el ir y venir de la gente por la calle mientras hacía girar su copa de vino entre los dedos. Los demás clientes que había sentados en los bancos del exterior de la posada estaban ocupados con su comida y un asunto todavía más serio: el alcohol. Aunque no podían permitirse disfrutar del exquisito sabor de un buen vino de crianza, al menos tenían la posibilidad de enturbiar el trabajo de la tarde.

—Pareces un sacerdote cuando te pones a hablar sobre la muerte, Benno. — Segismundo había salido de su ensimismamiento y estaba sonriendo. Benno subrayó lo que acababa de decir con una inclinación de cabeza.

—De eso es precisamente de lo que estoy hablando. ¿No creéis que deberíamos permanecer en el palacio? No creo que pueda entrar... Al fin y al cabo ha tenido que utilizar una flecha...

—Eh, ¿no es una herejía insinuar que la muerte no visita los palacios? Los príncipes se llevarían una alegría si tuvieras razón. No, Benno, no se trata de eso, sino de un problema de elección.

Benno hizo una pausa para pasar un pedazo de pan por la superficie del plato antes de metérselo en la boca. Segismundo había dado su pan a un niño flaco cubierto de andrajos que había estado acurrucado con gesto paciente sobre los adoquines de una esquina de la calle.

—¿De elección? —farfulló finalmente Benno—. ¿Qué significa eso? ¿Qué podéis elegir que no os asesinen? Entonces ¿qué hacemos aquí fuera? El asesino ha estado a punto de mataros.

—Es una elección, Benno. Si elijo permanecer a salvo, lo más probable es que ponga en peligro la vida de las personas a las que he prometido proteger.

«Es decir, la duquesa —pensó Benno, con un cierto resentimiento—. Ya le ha salvado la vida en tres ocasiones. ¿Por qué no la deja en manos de sus guardias? ¿Acaso no estamos en su palacio? Mi señor resultó herido cuando la rescató de la guardia de ese ladrón. No esperarán ahora que vaya a ofrecerse de nuevo como blanco del estrangulador. Si lo matan, de poca ayuda va a servirle a la duquesa...».

Benno volvió a hablar mientras se tragaba lo que le quedaba de pan.

—Me parece que os estáis tomando demasiadas molestias para nada. —Al oír el murmullo interrogativo de Segismundo, añadió—: ¿Creéis que va a hablar si lo cogéis? No va a deciros: «Oh, es fulano de tal quien me ha pagado». —Chasqueó los dedos para llamar a Biondello, que estaba trabando amistad con el niño al que Segismundo había entregado el pan. Un perrillo puede convertirse en todo un banquete para un muerto de hambre—. No sé por qué os molestáis.

Segismundo se echó a reír y se sirvió un poco más de vino.

—Ese es el problema de mi vida. —Bebió generosamente. La luz del atardecer, que doraba las cabezas como si fuera una bendición, tenía en la suya más superficie que iluminar. Benno se fijó en que la herida que le había producido la flecha se había oscurecido y apenas podía verse a la sombra—. Debería ir a más clases de filosofía, a ver si logro encontrarle una solución. Aunque creo que en realidad lo hago para divertirme.

Benno no tuvo que hacer ningún esfuerzo para creerle. Estaba claro que Segismundo no arriesgaba su vida por dinero. Las recompensas que había recibido de duques y príncipes agradecidos le bastarían para vivir con toda clase de lujos si así lo deseara. Por otro lado, la actitud con que su señor solía tomarse los riesgos era alegre y confiada, si bien en aquel momento su estado de ánimo parecía más bien de abatimiento. Benno suponía, o más bien esperaba, que fuese sólo a causa de su herida.

Todo aquel asunto de encontrar al estrangulador resultaba desconcertante. Al fin y al cabo, ¿quién les aseguraba que en ese momento no se encontraba a cien kilómetros de distancia? ¿Y si la princesa había muerto de resultas de la decisión de alguien que, llevado por una enemistad personal, había pagado a un asesino para acabar con ella, como, por ejemplo, el joven Tristano o el señor Tebaldo? ¿Acaso no era posible que alguien deseara vengarse del duque Hipólito de la misma manera que lo habían deseado aquellos exiliados y expertos con la honda, los hermanos Malgardo? Uno de ellos, según Segismundo, podría haberse zafado de sus perseguidores y haber avisado al bandido Rodrigo de la conveniencia de raptar a la duquesa. Tal vez ese hombre estuviera ahora en Altamura tratando de acabar con la persona que había matado a su hermano. Después de todo, Segismundo no había visto en Altamura al hombre de las bolas.

Fuera como fuere, Benno se alegró de ver que su señor llevaba el collar del mastín.

—Debo felicitaros, señoría, por la mejora que ha experimentado vuestra biblioteca desde la última vez que la visité. Los manuscritos que guardáis aquí hacen honor a vuestro saber.

Aquellas halagadoras palabras habían sido pronunciadas con la brusquedad que caracterizaba a Polidoro Tedesco, pese a lo cual no dejaron de sorprender a los jóvenes que se habían agrupado obedientemente en torno a él. Sus alumnos estaban más acostumbrados a las injurias que dirigía a los miembros de la nobleza en su

ausencia y al poco respeto que les mostraba cuando estaban presentes, por lo que cabía suponer que el saber, fuera cual fuere el rango del sabio, siempre era merecedor de respeto. Además, el señor lisiado, cuyos ojos evitaban cruzarse con sus miradas como si no deseara ver las opiniones que pudiera encontrar en ellas, difícilmente podía ser considerado objeto de burlas. Todo instinto caballeroso lo impedía. Honorio Scudo, el rubio de aspecto fornido, había intentado incluso ayudar a sentarse al pobre joven, pero un sirviente se lo había impedido. Honorio siempre se mostraba excesivamente generoso con los mendigos y en una ocasión había llegado a arriesgar la vida para salvar a un garito que estaba a punto de ahogarse. Su respetuoso y asombrado elogio de los manuscritos que el ayudante del señor Tebaldo había abierto ante sus ojos fue más un reflejo de su admiración hacia Polidoro que de su comprensión de los textos. Con una sonrisa en los labios, observó cómo Polidoro cogía la lupa que le ofrecía el sirviente y se inclinaba sobre el pergamino mientras el bibliotecario restaba tímidamente importancia al cumplido.

—Todos estos manuscritos hacen honor únicamente al saber y la liberalidad de su excelencia. Yo sólo me ocupo de que sus órdenes sean cumplidas. Sus enviados viajan por toda Europa y yo simplemente decido qué manuscritos de los que traen son dignos del interés y de la biblioteca de su excelencia.

—Su excelencia sabe muy bien qué textos ha de seleccionar. A ver que tenemos aquí... un Estacio, un Marilio, un soberbio Lucrecio... Alguien me ha dicho que tenéis un santo Tomás y un san Alberto Magno completos. ¡Qué joyas! ¿Está su excelencia especializada en alguna rama concreta del saber?

—Polidoro, que estaba inclinado sobre una iluminación, había hablado con un entusiasmo tan evidente que Tebaldo no pudo evitar ruborizarse.

—Los asuntos de estado obligan a su excelencia a dejar buena parte de la selección en mis manos. Al elegir procuro que el campo que abarco sea lo más amplio posible. —Tebaldo señaló unos manuscritos con el codo y acto seguido hizo una mueca de dolor. Había sentido una punzada en un músculo.

—Tenemos varios textos griegos: casi todo lo de Sófocles, Píndaro y Menandro. Algunas obras sobre medicina en latín traducidos del árabe..., Avicena. Dante y Boccaccio, por supuesto... Algunas comedias de Plauto. Estamos continuamente añadiendo nuevos textos.

—¿No teméis que intenten pasaros falsificaciones? He oído decir que es algo muy común, aunque no es de extrañar, con la cantidad de mecenas que hay en la nobleza compitiendo por los textos. —Polidoro acarició la encuadernación de un volumen de Cicerón, *De Oratore*, mientras lo cerraba.

—Existe el riesgo, pero creo que ya he aprendido a distinguir las obras de origen dudoso. —Tebaldo miró súbita y rápidamente a los jóvenes que tenía alrededor y se quedó desconcertado al ver que conocía uno de ellos, Tristano Valori. Aquél era la clase de persona de su edad con la que le habría gustado trabar amistad si las cosas hubieran sido diferentes. Ariana también se había portado mal con él—. Hay que

fijarse en el pergamino, incluso en el hombre que quiere venderlo...

—Qué afortunado es su excelencia al teneros. A algunos príncipes sólo les gustan las novelas de caballerías francesas, y los hay que no están dispuestos a gastarse nada en textos. Y luego está la imprenta. Me temo que va a desvirtuar los libros. He oído decir que el duque de Urbino ha declarado que para él sería una vergüenza poseer un libro impreso.

—Aquí sólo tenemos uno, un Lucrecio impreso en latín. No es más que una curiosidad. Su excelencia tiene cinco copistas que trabajan para él de manera exclusiva, y yo he encontrado a dos scrittori que pueden copiar griego. —Tebaldo, hinchándose con justificado orgullo y creyendo que estaba hablando con personas que sabrían valorar el significado de sus palabras, esbozó una sonrisa que incluyó a Tristano Valori y sintió repentinamente el deseo de que fuera correspondida.

—¿Dos scrittori? —dijo Polidori—. El duque emplea treinta, aunque no es de extrañar, pues según he oído decir ya se ha gastado treinta mil ducados en su colección. El duque de Altamura también podría gastarse esa cantidad, claro está, pero su excelencia nunca ha considerado el conocimiento como una de sus prioridades...

La mayoría de los presentes estaban familiarizados con el tono de ironía de su voz. Tebaldo abrió los ojos desmesuradamente y se preguntó si habría sido su imaginación. Nadie le había dicho (pues pocas eran las personas que llegaban a decirle algo) que Polidoro había tenido el honor de ser preceptor del joven Hipólito antes de que éste accediera al trono. La acritud del comentario, que parecía tener su origen en una experiencia personal, quedó sin explicar. Para romper el incómodo silencio, Tebaldo se volvió con osadía pero no mucha confianza hacia los alumnos del filósofo.

—¿Cuáles son vuestros textos preferidos de estudio? Vuestro maestro me ha dicho que quiere ver el santa Catalina y el Salustio y ya han ido a buscarlos. ¿También sentís predilección por los escritores satíricos?

Aunque estaba mirando a Tristano, fue Atzo Orcagna, el joven a quien Benno había bautizado Cara-de-rata quien contestó:

—Admiramos su postura a favor de la libertad, señoría. Se burlan de aquellos que no ven las cadenas que los tienen sujetos; que piensan que la Iglesia y el estado son madres dispensadoras de afecto; y que no ven a los tiranos y los hipócritas que estos encubren.

Aunque hablaba con estilo, sus compañeros sólo oyeron una repetición de las palabras de su maestro desprovista de la causticidad a que estaban acostumbrados. Honorio Scudo, inducido por la vaga impresión de que era una descortesía hablar de tiranos a un hombre que estaba tan próximo a uno de ellos, ofreció lo que pretendía ser una disculpa.

—No todos los tiranos son malvados, señoría, y algunas personas religiosas son sinceras. Mi confesor, sin ir más lejos. —Inclinó la cabeza en un gesto de seriedad

hacia Tebaldo y sus rubios rizos oscilaron sobre sus hombros, momento que Polidoro aprovechó para darle una palmada en la espalda con más fuerza que consideración.

—No hemos venido aquí a perder el tiempo de su señoría con historias de confesionario. Su señoría nos disculpará —dijo al tiempo que señalaba a un sirviente que acababa de depositar cuidadosamente dos manuscritos sobre una mesa cercana a la ventana— si nos concentramos en el estudio de los textos que hemos venido a ver.

Tebaldo sintió ver cómo se alejaban y rodeaban la mesa mientras Polidoro abría el primer libro y, leyendo, comenzaba la explicación en voz baja. Había estado a punto de entablar una conversación con gente de su edad acerca de lo que más le interesaba: las terribles garras con que los tiranos de la Iglesia en este mundo atenazaban a los pobres y los ignorantes y la necesidad de liberar la mente de las ideas preconcebidas que justificaban semejante autoridad. Tal vez se le presentase la ocasión algún otro día de hablar con Tristano Valori. Después de todo, tenía costumbre de aparecer por la corte. La dificultad residía en sí mismo, ya que desde que Giulietta, por instigación de Ariana, lo había convertido en un hazmerreír, no había vuelto a aparecer por allí.

Otra cuestión lo hizo pararse a pensar por un momento: Tristano había declarado su amor a Ariana, de manera que o era un idiota o bien Ariana había estado riéndose de él. Tebaldo prefirió pensar que se trataba de esto último.

Mientras Polidoro explicaba el santa Catalina y los ojos de Honorio se llenaban de lágrimas como consecuencia de los esfuerzos que hacía por no bostezar, un sirviente sacó a Tebaldo de su ensimismamiento cuchicheándole algo al oído. Había llegado un enviado, no uno de los que tenía Hipólito a su servicio, sino un desconocido que deseaba vender un manuscrito de gran valor que había adquirido en el sur de Alemania. ¿Podría recibirlo su señoría?

Mientras Tebaldo, que prefería llevar a cabo tales transacciones en privado, hacía sus prudentes y pausados preparativos para trasladarse a su pequeño estudio, el enviado que estaba aguardando para verlo se entretenía mirando el lugar en que se encontraba. Uno de los scrittori, que se dirigía a hacer sus necesidades, pasó a su lado y consideró normal que aquel hombre mostrara tal curiosidad por la biblioteca. Seguramente no habría visto muchas tan espléndidas como aquélla.

Una cita con el destino

Brunelli había hecho su trabajo concienzudamente; por alguna razón lo llamarían, entre otras cosas, perfeccionista. Había estudiado los planos de la biblioteca que le había entregado el maestro de obras del duque hasta aprendérselos de memoria y ahora podía dibujarlos mentalmente sin ningún problema. Había llegado el momento de examinar la biblioteca y obtener una impresión del espacio, la distribución de la luz y las áreas de su entorno que quedarían ocupadas tras la ampliación. El arquitecto echó a andar con confianza por el palacio, olvidándose de la advertencia que le habían hecho en el sentido de que no había que molestar al primo del duque, el señor Tebaldo, lo cual no era de extrañar, pues apenas había prestado atención cuando se lo habían dicho. Al duque no se le había ocurrido mencionarle que tenía intención de dar él mismo al señor Tebaldo la noticia de la inminencia de la hasta el momento teórica reforma y ni siquiera se le había pasado por la cabeza que su nuevo arquitecto pudiera adelantársele. De todas formas, incluso en el caso de que se lo hubiera mencionado, Brunelli no le habría visto ningún sentido al asunto y ni siquiera el respeto por los deseos de su patrón habrían impedido que irrumpiera en la biblioteca sin previo aviso, que fue precisamente lo que hizo.

El arquitecto entró por una puerta lateral cercana a donde se encontraban Polidoro y sus alumnos, que se volvieron para mirarlo, y avanzó por el suelo de mármol para examinar las ventanas, observar el río y detener la mirada en las casas de enfrente. El ángulo de la luz era excelente, la ciudad quedaba lejos gracias a la anchura del río en aquel tramo y las casas eran respetuosamente bajas. En cuanto ampliaran las ventanas, obtendría el efecto exacto que tenía en mente. Lanzó un escupitajo por la ventana que a punto estuvo de dar a un barquero que aguardaba en el muelle de abajo y cogió la vara de medir que llevaba en el cinturón para calcular la anchura y la altura del alféizar. Mientras trabajaba, apuntando cifras en un mugriento taco de papel que también llevaba colgado del cinturón con un pedazo de carbón sujeto a un soporte de plata deslustrado, se puso a cantar, en voz alta y desafinada, la misma canción que Pirro había estado tarareando. Era una balada triste que había empezado a popularizarse aquel año y que trataba de una pareja de enamorados que morían abrazados víctimas de la crueldad de un marido celoso. El barquero comenzó a cantar el estribillo con bastante mejor idea de la canción que Brunelli, pero éste no se dio cuenta de ello.

La combinación de ruidos ya fue demasiado para el grupo que estaba estudiando el texto de santa Catalina. Polidoro enrolló el pergamino y se volvió. A sus alumnos

les extrañó que no le pidiera a aquel grosero que guardara silencio, pero Polidoro se había lijado en la cara y las maneras de Brunelli. Los maestros siempre acababan reconociendo a los intransigentes sin remedio, a los ciegos a la autoridad, y los más juiciosos, conscientes de que en caso de necesidad existen estrategias a las que pueden recurrir, saben que no tienen por qué hacerles frente. En aquel caso, Polidoro se limitó a decirle al ayudante del señor Tebaldo que le transmitiera a su señor su agradecimiento y su confianza en que en una futura visita pudieran ver alguna joya más de las que albergaba la biblioteca, tras lo cual condujo a sus jóvenes alumnos a la puerta. Honorio, que se había quedado absorto observando al arquitecto, comenzó a tararear la balada siguiendo la sonora versión que se oía en el muelle.

Brunelli, que en ningún momento se había dado cuenta de su presencia, tampoco se percató de su marcha. Satisfecho con las ventanas, se volvió para contar los pasos que lo separaban de la pared de enfrente, que era donde iban a comenzarse las obras de ampliación. Con la atención puesta en sus pies y contando en voz alta, salió del pasillo que formaban dos estanterías y se sorprendió de oír en torno a sí un rumor de susurros, garabateos y murmullos airados semejante al de una colmena alborotada. Siguió contando los pasos y cuando llegó a la pared giró sobre sus talones con gesto malhumorado para encontrarse ante varios rostros igualmente malhumorados. A una persona que está concentrada copiando textos latinos o, lo que es peor, griegos no puede sentarle nada bien la aparición de alguien que hace cuentas en voz alta y se muestra dispuesto a seguir su camino por muchas que tenga por delante. Los errores suponen siempre un problema, pues obligan a raspar la vitela, lo cual es un trabajo pesado y desalentador. Varios copistas y un scrittore habían emborronado sus pergaminos debido a la irrupción del ruidoso arquitecto. Éste, que se encontraba de espaldas al muro y a un nicho en el que había un busto de mármol de Apolo, los miró con gesto airado.

—Tendréis que iros. Todos. No puedo permitir que os quedéis.

Irónicamente, a Brunelli no se le pasó por la cabeza el hecho de que la ampliación fuera a permitir a los copistas disfrutar de más espacio. Todo lo que veía en aquel momento era una manada de plumíferos que se interponía en su camino.

Uno de ellos, un scrittore que acababa de equivocarse al escribir una épsilon de la Ética de Aristóteles, habló por todos en virtud de su mayor sueldo.

—El señor Tebaldo no permitirá nada semejante. Preguntadle —dijo al tiempo que señalaba la puerta que había entre las estanterías. Brunelli, que no era un hombre al que le gustaba malgastar las palabras o el tiempo, echó bruscamente a andar y abrió la puerta de golpe.

—Esa pandilla de escritoruelos tiene que irse de aquí. Si el duque quiere que amplíe su biblioteca, tendrán que irse. —El arquitecto, pensando que el joven de rostro pálido y chepa a la espalda que se había encontrado no podía ser la autoridad en aquel lugar, se dirigió al hombre que estaba sentado.

Acostumbrados a no mostrar sus emociones, los dos hombres ocultaron su

reacción ante las palabras de Brunelli. Tebaldo se contuvo automáticamente para no quejarse y evitar que se notara el horror que sentía ante la posibilidad de que su vida quedara sumida en el caos. Pirro, que ya había tenido que dominar un arrebato de ira debido al imprevisto obstáculo que suponía la presencia de un montón de escritoruelos en la biblioteca, reprimió la sonrisa triunfal que había empezado a dibujarse en sus labios ante la posibilidad de que el obstáculo fuera a desaparecer.

—Todo se hará según los deseos de su excelencia el duque —dijo Tebaldo sin mucha convicción. Al oírlo, el hombre que tenía a su lado se llevó una gran satisfacción. Aquel desgraciado tullido acababa de firmar la sentencia de muerte de su primo.

—Su excelencia ha de ser tajante. El secuestro de su excelencia la duquesa se debe única y exclusivamente a la negligencia que el duque Vincenzo ha mostrado con respecto a la presencia del bandido Salazzo en sus tierras.

Bonifacio Valori estaba diciendo la verdad, una verdad que, sin embargo, al duque Hipólito no le gustaba nada. Aunque Segismundo le había asegurado que Salazzo había muerto, los hombres que habían presenciado el rapto y la humillación que había sufrido la duquesa seguían vivos y fuera de su alcance. Se había difundido el rumor de que el duque Vincenzo había reclutado a algunos de ellos para incorporarlos a su propia guardia, cuando por decencia debería estar colgándoles por haber tomado parte en el secuestro. Además, algunos de los hombres de Salazzo insistían en que su jefe estaba vivo e iba a regresar para hacerse cargo nuevamente de la banda. Violante seguía guardando silencio sobre él, lo cual no hacía más que confirmar a Hipólito en su idea: había razones de sobra para castigar a Vincenzo.

—Escribe tú la carta, Bonifacio, y la estudiaremos. —Hipólito vaciló—. Como esto acabe en una guerra...

—El príncipe Galeotto nos apoyará, excelencia. El tratado ha sido firmado y ratificado.

Hipólito no respondió. Galeotto le inspiraba tanta confianza como Salazzo o Vincenzo. Aunque no pensaba que el príncipe estuviera involucrado en la muerte de Ariana, en su fuero interno le echaba a él la culpa de lo ocurrido, y todos sus grotescos intentos por mostrarle su pesar no hacían más que aumentar esa sensación. Además, la guerra con Vincenzo acarrearía a la ciudad y el estado de Altamura una cantidad de desgracias y sufrimientos que el apoyo de Galeotto no podría compensar.

—¿Qué condottiero está libre? —preguntó de todas formas.

Aquella era una cuestión de vital importancia. Equivocarse de condottiero suponía perder no sólo el dinero que había que pagarle sino la guerra, el estado y la propia vida. Hipólito se volvió hacia el hombre alto y vestido de negro que aguardaba en silencio delante de él, ante lo cual Valori, hablando en nombre de su señor, formuló una discreta pregunta que tenía por objetivo averiguar si Segismundo, en su condición de aventurero y mercenario, conocía a algún capitán que fuera capaz de intimidar a Venosta. Vincenzo no era hombre fácil de asustar y si realmente tenía

intención de que estallara la guerra (la construcción del fuerte había sido como arrojar el guante), lo más probable era que ya se hubiese hecho con los servicios de un condottiero.

Segismundo no podía ofrecerles ninguna ayuda de forma inmediata. El gran Scala había muerto, a manos, casualmente, del mismo Segismundo. Gatta, que tenía una larga lista de victorias en su haber, no estaba disponible, ya que llevaba cierto tiempo alejado del campo de batalla y parecía poco inclinado a poner en peligro la vida de sus hombres. Aunque se rumoreaba que Il Lupo había acabado una guerra de poca monta pero lucrativa en el sur y podría estar dispuesto a vender de nuevo su espada, su ejército se encontraba demasiado lejos de Altamura. Había otros, pero... Segismundo no lo dijo expresamente, pero tanto Hipólito como su consejero tuvieron la impresión de que la diplomacia seguía siendo, pese a todo, la mejor solución. Venosta era rica y Vincenzo imprevisible. Una carta redactada con elegancia podría evitarles el espectáculo de una ciudad en llamas.

Valori se comprometió a escribir la carta y Segismundo pidió permiso para retirarse. Con sensación de alivio, Hipólito pasó a ocuparse de un tema más civilizado: la ampliación de la biblioteca. Había recibido varios pedidos para contratar trabajadores y comprar materiales. Brunelli insistía en utilizar mármol de Carrara en las obras. Hipólito trató de quitarse de la cabeza la idea de que si estallaba la guerra con Vincenzo no sólo no podría construirse jamás la nueva biblioteca, sino que probablemente el palacio sería destruido, y dio orden de que trajeran el mármol de Carrara. Cuando hubo firmado el último documento y el escribano, tras hacer una reverencia, se disponía a llevarse el escritorio, llegó un sirviente con un mensaje precisamente de la biblioteca. Se trataba de una carta de Tebaldo, que Hipólito leyó con interés.

—¡Un Quintiliano completo! El señor Tebaldo me informa que es la primera vez que tiene noticia de uno, pero que aun así cree que es auténtico.

—¡Será una adquisición valiosísima para vuestra biblioteca! —La gran cara de Valori se arrugó con una sonrisa. Él también prefería la paz a la guerra—. ¿Lo ha comprado el señor Tebaldo, excelencia?

—No. El precio es muy alto y desea que yo lo vea antes. De todas formas, si realmente es auténtico como dice, da igual el precio que cueste. ¡Un Quintiliano completo...!

—¿Os informa su señoría sobre su procedencia?

Hipólito volvió a leer la carta.

—Del sur de Alemania. El enviado que ha encontrado el manuscrito ha de regresar con él mañana. —Tras pensar por un momento en las audiencias y compromisos que tenía pendientes, se volvió hacia el ayudante del bibliotecario y le dijo—: Dile al señor Tebaldo que iré a la biblioteca mañana a las once. Que el enviado también esté presente.

El sirviente hizo una reverencia y se retiró. Ni él ni Valori ni el duque sabían que

éste acababa de fijar una cita con el destino.

«¿Qué me puede pasar?»

Ni en Salerno ni en Padua, donde el maestro Valentino había estudiado, se impartían cursos sobre la conducta que un médico debía tener con la nobleza. Esto requería una técnica que el maestro Valentino había aprendido por su cuenta y con gran rapidez y que, como nunca había cometido el error de ser el médico particular de nadie, cambiaba naturalmente según el noble. Un médico itinerante, aparte de gozar de un reclamo mucho mayor gracias a su disponibilidad en los casos de urgencia, podía exigir unos honorarios más altos y disfrutaba de la posibilidad de satisfacer su curiosidad natural mediante la observación del comportamiento que seguían los miembros de las diferentes cortes.

La corte de Venosta se parecía a las demás en un aspecto: los rumores. Con la repentina llegada de un afamado médico para atender al duque, se había empezado a murmurar que Vincenzo (quien, según decían desde hacía tiempo las personas que pensaban que salía a merodear por la noche como si fuera un hombre lobo, sentía un morboso interés por los asuntos de ultratumba) tal vez estuviera en las últimas. Sin embargo, el maestro Valentino ya había acudido al palacio en varias ocasiones y a nadie le había parecido que el duque tuviera necesidad de sus servicios antes de las visitas o que después de ellas desarrollara sus actividades con mayor o menor energía. Entre los miembros de la corte había quien estaba convencido de que el maestro Valentino era un espía, y ciertamente disponía de oportunidades que cualquier persona que se dedicara a dicho menester envidiaría.

Sin embargo, pocas personas lo habrían envidiado en aquel momento, inclinado como estaba con el oído sobre el pecho del duque Vincenzo y los sombríos ojos de éste clavados en su sombrero de piel, a pocos centímetros de distancia.

—¿Y bien? ¿Algún cambio con respecto a la última vez?

—Excelencia, aún no he terminado el reconocimiento.

Sorprendentemente, Vincenzo aceptó la reprimenda e incluso esbozó una sonrisa cuando el maestro Valentino movió la cabeza para auscultarle otra parte del pecho y darle golpecitos aquí y allá con las yemas de los dedos apretadas las unas contra las otras.

—¿Os importaría toser, excelencia?

Vincenzo lo complació y empezó a resoplar contra la piel del sombrero del médico, quien se enderezó, cogió una de las manos del duque como si fuera a besarla y le examinó las uñas con detenimiento. Tenía que pedirle otra cosa:

¿Seríais tan amable de caminar hasta la puerta y volver, excelencia?

Vincenzo se bajó obedientemente del diván y, ante la fascinada mirada de su paje, que jamás había tenido ocasión de ver a su duque aceptar las órdenes de nadie, caminó hasta la puerta y volvió. El maestro Valentino también lo observó con atención. Los jadeos que soltaba el duque eran audibles a pesar del zumbido de las abejas que había en el tiesto de orégano del alféizar. El doctor movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Muy bien, excelencia. Ahora ya puedo recomendaros algo.

A una señal del médico, el paje llamó al ayudante que aguardaba fuera con la caja de las medicinas. Mientras el maestro Valentino seleccionaba sus destilaciones, Vincenzo se sentó en el diván con cierta precipitación y preguntó con su voz de cristal arañado:

—¿Creéis que voy a morir?

El médico se permitió dirigirle una sonrisa de sarcasmo o, cabría decir, una expresión de sarcasmo más clara que la que era inherente a su rostro y naturaleza.

—Excelencia, sé que vais a morir, al igual que yo y que este muchacho. —El paje lo miró, primero ofendido y luego horrorizado—. Aunque sólo Dios sabe cuándo. Si su excelencia toma mis medicinas y evita los esfuerzos, las agitaciones y el exceso de vino, el ángel de la muerte se verá obligado a esperar muchos años.

El público al que estaba hablando había aumentado. La duquesa Dorotea había aparecido silenciosamente por la puerta que había detrás de su marido. Vestida de terciopelo negro como si ya hubiera empezado a llorar la muerte del duque, mantenía la espalda tiesa como un poste, las manos cruzadas sobre el regazo y su rostro, pálido y flanqueado por sus negras trenzas, tan impasible como siempre. Vincenzo, que al parecer había notado su presencia, se volvió para mirarla. Ella avanzó, respondiendo a la reverencia del médico con una serena inclinación de la cabeza, y dijo:

—Se hará todo lo que vos digáis, maestro Valentino. ¿Cuánto tiempo podéis quedaros con su excelencia el duque?

El médico terminó de medir la cantidad de digital que necesitaba y permaneció pensativo sosteniendo otra ampolla en la mano.

—Me temo que no mucho, excelencia. Aunque la duquesa de Altamura ya se encuentra mejor, le he prometido que volvería a verla pronto.

—Haremos todo lo posible para que os sintáis cómodos mientras dure vuestra estancia en Venosta.

La duquesa era ante todo una mujer práctica. Observó cómo su marido tomaba la medicina, ordenó a un paje que condujera al médico a la habitación que la había asignado el chambelán y cerró con sus propias manos los postigos de las ventanas mientras Vincenzo se tumbaba nuevamente sobre los cojines. Tras posar por un instante una mano sobre el hombro del duque sin que la expresión de serenidad del rostro de éste se alterase, se retiró a sus aposentos. En lugar de dirigirse al bastidor que estaba bordando o al tapiz (ya había llegado al hilo escarlata de la piel desollada de Marsias, que caía descuidadamente de sus hombros como si fuera una capa ante un

Apolo victorioso que empuñaba un cuchillo), abrió un escritorio y sacó una hoja de papel de vitela de la mejor calidad, que es lo menos que puede utilizarse si se va a escribir a un príncipe. Además, no se trataba de una carta cuya redacción pudiera confiar a los entrometidos ojos de un escribano. Mojó la pluma y apoyando la mano sobre un adorno de marfil de la mesa, empezó a escribir:

«Querido primo: todavía no te hemos escrito para expresarte el dolor que sentimos por la muerte...».

Si el dolor la estaba rondando, la duquesa Dorotea ya estaba preparándose para soportarlo.

El dolor no sólo estaba rondando a los nobles de Venosta, sino también a los de Altamura. El pequeño señor Andrea empezó a patalear y gritar mientras bañaban y vestían a su hermana. La sirvienta que se encontraba en la habitación corrió a cogerlo temiendo que la niñera, que estaba ocupada trenzándole el pelo a la señora Camila, la reprendiera si el niño no dejaba de gritar. Sin embargo, ni las carantoñas ni las palabras consoladoras surtieron efecto. La niñera dejó las trenzas y fue a coger al principito en sus brazos. Al oír el ruido, tanto Hipólito como Violante, quienes al igual que todas las mañanas estaban visitando a sus vástagos, la esperanza de Altamura, se acercaron para probar suerte con sus arrullos paternos. Los gritos cesaron repentinamente y la niñera dejó al señor Andrea en la cuna. Cuando aún no habían dejado de sonreír, los padres vieron con horror cómo su hijito se ponía rígido y caía hacia atrás. Los adornos dorados de su vestido de seda no tardaron en contrastar con el azul de su cara.

La niñera no titubeó al ver los espasmos mortales que sufría el pequeño. Lo cogió y, apartando a la duquesa, salió corriendo de la habitación al tiempo que soltaba el vestido al niño y lo tiraba al suelo. Paralizados de miedo, los soberanos se miraron el uno al otro mientras las sirvientas se ponían a dar alaridos como si quisieran compensar su inutilidad. ¡Y el maestro Valentino estaba en Venosta!

¿Cómo iban a decir nada los duques? Su hijo, su heredero, estaba muriéndose y su niñera había perdido el juicio. Tras el fugaz momento de pasmo, la duquesa Violante se recogió las faldas y echó a correr en busca de la insensata mujer. Loca como estaba de dolor, sería capaz de cualquier cosa: arrojar al niño al río por una ventana, golpearle la cabeza contra una pared... Hipólito salió detrás de ella seguido de los sirvientes y los pajes.

Tras bajar un tramo de escaleras y cruzar varias habitaciones, la niñera se encaminó hacia la lavandería. Las prendas del niño indicaban el camino que seguía, y un paje que había intentado detenerla estaba todavía a gatas en el suelo. Irrumpió en la gran sala y avanzó en medio del fragor producido por un sinfín de gritos, canciones, golpes de vara, chapoteos y toda la actividad que apenas permitía ver el aire saturado. Apartó a varias lavanderas de una pila y metió el brazo entre las camisas que flotaban en el agua caliente; en el preciso instante en que Violante e Hipólito entraban corriendo en la sala y trataban de encontrar a su hijo desaparecido

en medio del vapor, el niño quedaba sumergido en la colada. Justo cuando se acordaba de que la niñera había ido a Borgo con su hija y de que se conocían casos de mujeres que, enloquecidas a causa de una muerte, habían arremetido contra todo lo que les era más querido, el duque vio entre las arremolinadas nubes a la niñera en el momento en que ahogaba a su hijo.

Violante llegó antes que él. Tras apartar a las lavanderas con más brusquedad que la empleada por la niñera, resbalar en el húmedo suelo y agarrarse a la pila, exclamó:

—Pero ¿qué haces?

La niñera se volvió hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja y las mejillas bañadas en lágrimas, sudor y agua, y le mostró al pequeño, cuya cabeza, que estaba sosteniendo fuera del agua, había perdido el tono azul de antes para recuperar un sano color rosáceo. El niño pataleaba y soltaba gorjeos. Violante sonrió a su vez y cogió a su hijo sin importarle que el agua le empapara las mangas del vestido y cayera por la parte delantera de su falda de satén. Entonces, mientras le besaba el pecho, el redondeado vientre, las rodillas, las mejillas y las cejas, llegó Hipólito.

—¡Mira! —exclamó la duquesa lanzando el pequeño a los brazos de su padre y echando a perder su traje de brocado dorado—. ¡Está vivo! ¡Está bien!

La niñera se había echado a llorar de repente, como si acabara de cobrar conciencia de lo ocurrido, y el eco de su llanto resonaba en la bóveda del techo y las paredes de toda la sala. La actividad fue disminuyendo conforme las mujeres se daban cuenta de que algo extraordinario había sucedido. Unas muchachas que estaban escurriendo una sábana se quedaron quietas como estatuas. Detrás de ellas, varias mujeres que se habían recogido las enaguas para sacudir unas sábanas sobre una pila de piedra dejaron de cantar y alzaron la vista.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Violante mientras la abrazaba.

—Oh, excelencia, demos gracias a Nuestra Señora. Ha sido ella quien me ha hecho recordar que de pequeña vi cómo a un niño que tenía un ataque lo metían en agua caliente. Me ha venido a la cabeza como si fuera la mismísima Nuestra Señora quien lo estaba haciendo. Ha sido ella quien me ha traído hasta aquí y quien ha devuelto la vida al señor Andrea.

Hipólito devolvió el niño, que no dejaba de dar patadas en sus brazos, a la niñera, contento de decir a la persona que había servido de instrumento para la salvación de su hijo que estaba en deuda con ella y contento, sobre todo, de poder agradecerle a la Virgen María que se hubiera apiadado no sólo de su hijo, su esposa y él mismo, sino también de Altamura. Si hubiera perdido a su heredero, habría quedado a merced de conspiradores y enemigos de cuya existencia tenía sobradas pruebas. El deseo de expresar su agradecimiento lo llevó a tomar una decisión.

—Voy a ir inmediatamente a la Iglesia de la Anunciación a mostrar mi gratitud por lo ocurrido. Encargaré la celebración de una misa de acción de gracias. —¿Sabría alguien qué clase de falta a los deberes religiosos había cometido el duque para que se produjeran los desastres que le llovían encima últimamente? Como no había hecho

las debidas ofrendas por el rescate de su querida esposa, los ángeles que la habían salvado estarían preguntándose cuál era el motivo de su ingratitud y tal vez decidieran abstenerse en el futuro de preocuparse por sus asuntos. La teología del duque se basaba en un fuerte sentido del equilibrio entre deberes y favores.

—Yo también voy. —Violante alzó la vista después de besar el pequeño puño de su hijo, con el que éste había tratado de remodelar la nariz de la niñera, y añadió—: Iremos juntos y daremos las gracias a Nuestra Señora. Tengo mucho que agradecerle.

La duquesa no miró a la niñera, quien sabía algo que el duque ignoraba. Aquella misma mañana, Violante le había dicho en confianza que sus temores se habían desvanecido: su próximo hijo, cuando quiera que Dios decidiera dárselo, no tendría a un ladrón por padre. En los labios de Violante se dibujó una radiante sonrisa de alivio y alegría.

Hipólito tuvo un momento de vacilación.

—¿Y tu salud? Las palabras del maestro Valentino fueron terminantes. Antes de irse dijo que debías permanecer en el palacio y descansar. Hemos de esperar a que vuelva para saber si es conveniente que salgas. —Aquella última frase le hizo recordar la advertencia de otro hombre—. Además, ¿no te ha aconsejado Segismundo que no te aventuras a salir a la ciudad?

—Ordena a un sirviente que lo busque y le diga que venga con nosotros. Avisa también a la guardia. ¿Qué me puede pasar?

Aquella pregunta no obtendría una respuesta inmediata. Por el momento, todo se hizo conforme a las órdenes del duque. Hipólito informó a Valori de adonde iba a ir y por qué y el capitán de la guardia recibió órdenes para que sus hombres rodearan a los duques hasta la pequeña iglesia de la Virgen de la Anunciación, que se encontraba en la plaza que había detrás del palacio. La duquesa se negó a ir en una litera cerrada para recorrer una distancia tan corta. Un paje fue enviado a informar a Segismundo. Nadie, y menos aún el duque, se acordó de decirle al señor Tebaldo que la visita que su excelencia iba a hacer a la biblioteca para examinar el manuscrito tendría que ser aplazada. El enviado que lo había traído se encontraba ya en el muelle que había debajo de las ventanas de la biblioteca.

La llamada de Il Toro

El paje que tenía que buscar a Segismundo y decirle que siguiera a los duques a la iglesia no pudo cumplir el encargo. Había hecho su trabajo con diligencia, pero, probablemente despistado por la impresión de que Segismundo era un cazador de ladrones, no había pensado en la posibilidad de que se encontrara en la biblioteca. Además, el señor Tebaldo no veía a nadie si podía evitarlo. Allí sólo se acercaban los enviados que traían manuscritos, los copistas y scrittori, y el duque, que iba de vez en cuando para examinar y admirar sus adquisiciones, y, como todo el mundo sabía, lo hacía a solas a fin de no molestar al señor Tebaldo. De ahí que al paje no se le ocurriera buscar Segismundo en la biblioteca.

El causante de todo fue Biondello. El ayudante de Tebaldo, que había estado peinando a su señor y ayudándolo a ponerse su mejor jubón para la visita del duque, había dejado la puerta del estudio entreabierta. El chucho, que tenía una curiosidad tan vivaz, como la de su señor, se dio cuenta de ello en el momento en que Benno cruzaba la antesala en dirección a sus aposentos charlando con Segismundo. Biondello le lanzó una mirada y desapareció.

Tebaldo se volvió tras una desalentadora consulta con el espejo y se encontró con la inteligente mirada de un animal incapaz de juzgarlo por su aspecto. Los perros de caza le repelían debido a su tamaño, ferocidad y torpeza; siempre había temido que uno lo atropellara y todo el mundo se riera de él o se aguantara las ganas de hacerlo. Tampoco le gustaban los perros de las damas de la corte, pues eran tan pequeños que podían esconderse en la manga de un jubón. Eran una ridiculez. Sin embargo, allí tenía uno que, aunque era igual de pequeño que éstos, estaba sucio y, al faltarle una oreja, tenía un problema parecido al suyo.

Benno sentía pánico cada vez que Biondello desaparecía, a pesar de que era bastante improbable que se lo robaran en un palacio en que seguramente ninguna dama querría un perro que no tuviera las dos orejas. En aquel momento estaba diciendo:

—Como ya sabéis, conseguimos a Biondello en el pueblo de Poggio, pues bien..., Poggio ha venido a decirme que se lo robó a una dama de la corte con la intención de venderlo y que luego se lo robaron a él. Entonces fue cuando perdió la oreja. Luego me ha dicho que de pequeño su anciana madre sólo le daba de comer margaritas. Quería impedir que se desarrollara, porque de lo contrario no lo admitirían en la corte. ¿Creéis que harán lo mismo con los perros? —Benno se volvió en busca de su atrofiado perro y vio que había desaparecido.

Al ver que su ayudante estaba intentando ahuyentar al molesto chucho que le tocaba con la pata uno de sus zapatos bordados, Tebaldo le ordenó que se retirase y cogió al animal haciendo caso omiso de la punzada de dolor que le contrajo los músculos del hombro. Biondello, inclinado a mostrarse amistoso cuando detectaba auténtica buena voluntad en la persona que tenía delante, le propinó un generoso lametón en la barbilla. Durante su infancia había recibido más patadas que caricias, de manera que siempre trataba de conseguir el mayor número posible de éstas. Benno, mirando aquí y allá como si él mismo fuese un perro, oyó la voz de un hombre que estaba divirtiéndose con un animalillo y, cuando salió el sirviente, acertó a ver a Biondello besando a un desconocido en el interior de una pequeña habitación.

—Perdonad, señor, ¿los está molestando mi perro? —Benno entró en la habitación (un cuarto estrecho y largo amueblado con varias estanterías, un escritorio y un sillón de forma extraña) y reconoció al joven ataviado con un traje de brocado de buena calidad. Aunque ya habían pasado unos años, Tebaldo no había cambiado y aún tenía en los ojos la misma expresión melancólica de antaño. Benno hizo una reverencia—. ¡Señor Tebaldo! ¿No os acordáis de mí? En una ocasión os portasteis maravillosamente conmigo... En Rocca, enterrando a un perro...

Tebaldo, que había olvidado aquel episodio hacía ya mucho tiempo, apretó a Biondello contra el pecho como si temiera que también a él fueran a enterrarlo. A quien sí reconoció, y sin la menor satisfacción, fue al hombre que apareció por la puerta detrás de Benno.

—Segismundo... —El tono de su voz estaba más próximo al horror que a la sorpresa. Aunque la niñera le había informado de la presencia de Segismundo en el palacio y del motivo de ella, había confiado en que no llegaran a encontrarse. El doloroso recuerdo de la muerte de su padre en Rocca lo perseguiría toda la vida, y allí estaba Segismundo para que no hubiera dudas al respecto.

Tebaldo se puso rígido y soltó a Biondello, que desparramó los manuscritos que tenía delante y los tiró al suelo. Mientras Benno recuperaba su perro, su señor se apresuró a recoger los pergaminos.

—De Genealogía Deorum. —Segismundo estaba mirando un texto que se disponía a dejar sobre la mesa—. Una copia preciosa, señor. Y también tenéis manuscritos griegos... Este de aquí me lo enseñó Andrónico Calisto en Florencia, si no me equivoco.

—¿El mismísimo Calisto? —preguntó Tebaldo, atónito. ¿Cómo era posible que aquel matón vestido de cuero negro leyera latín y griego y se relacionara con hombres de letras? Se apoyó torpemente en la mesa y lo miró de hito en hito.

—Tuve la suerte de hablar con él y también con Manuel Crisolatas y Demetrio Calcondilas. En aquellas fechas todos estaban en Florencia. Según tengo entendido, allí se da más valor al griego y a su enseñanza que aquí.

—En Altamura tenemos un centro de enseñanza, aunque no es tan grande como el de Florencia. Mi ayudante, por ejemplo, puede leerme textos en latín, pero no sabe

griego. —¿Estaba acaso intentando disculparse ante aquel individuo?

—Os diré, señor, que quedé gratamente sorprendido al enterarme de la colección que tenéis aquí. La semana pasada, sin ir más lejos, el príncipe obispo Gioffré, abad de Borgo, me dijo que vuestra biblioteca goza ya de una gran reputación. Tenéis un manuscrito de Plinio, y uno de los mejores, ¿no es así?

—Los enviados del duque consiguen textos de gran valor. —Mientras hacía un gesto para sugerirle la importancia de la búsqueda de textos eruditos y de la naturaleza de sus contenidos, Tebaldo se fijó en el brocado plateado de su manga y recordó por qué tenía puesto uno de sus jubones más elegantes—. En estos momentos estamos tramitando la adquisición de un Quintiliano completo, señor. Su excelencia estará aquí dentro de poco para examinarlo.

Tebaldo esperaba en primer lugar a que el hombre quedara impresionado, pues poseía los conocimientos suficientes para que así fuera, y, en segundo lugar, que advirtiera la indirecta y se fuera antes de que el duque apareciera. Las audiencias con el duque Hipólito eran siempre privadas y sabía que incluso la presencia de una persona conocida le resultaba incómoda. Además, le molestaba que aquel hombre se hubiera acercado tanto y lo mirase fijamente. Tenía la vista puesta en sus ojos y, aunque no parecía sentir curiosidad por su cuerpo, Tebaldo adoptó una actitud defensiva.

—¿Un Quintiliano completo, señor? Eso es una verdadera rareza. ¿Podría preguntaros dónde lo ha obtenido vuestro enviado?

—En una abadía del sur de Alemania, según me ha dicho. —Tebaldo estaba impaciente por librarse de aquel hombre y de sus preguntas, y si para ello debía contestar a ellas, no tendría ningún reparo en hacerlo—. Nuestros enviados no han viajado mucho por esa zona y es la primera vez que veo a este hombre. —Lanzó una mirada impaciente a la puerta. ¿Cuándo iba a aparecer el paje que tenía que anunciarle la llegada del duque?

—¿Tenéis aquí el manuscrito? ¿Os importaría si lo viera?

Qué hombre más pesado, y qué inquietante, a pesar del tono impersonal que empleaba al hablar. Habría que mantener la calma y evitar que notara cuánto le molestaba aquel interrogatorio. Tebaldo se agarró al borde de mármol de la mesa, y cogió su campanilla y dijo:

—No, señor. El enviado que nos lo ha ofrecido no se separa de él. Lo traerá a las once para que su excelencia el duque pueda verlo. —Cuando aún no había terminado de hablar, las campanas de la catedral dieron la hora y sus profundas notas se deslizaron sobre las aguas que corrían ante el palacio.

—Son las once, señor. ¿Por dónde va a venir el enviado? ¿Por el río?

¿Acaso no tenía preguntas más interesantes que hacer?

Fue el sirviente de Tebaldo quien, acudiendo a la llamada de la campanilla, contestó a la última que había hecho.

—Señor Tebaldo, el señor Pirro está en el muelle. ¿Lo hago pasar a la biblioteca o

preferís que os espere en la antecámara?

—A la biblioteca, a la biblioteca...

Su orden provocó en Segismundo la reacción más extraña que pudiera imaginarse. Indicando con gesto a Benno que lo siguiera, pero sin decir palabra, acompañó al sirviente y, en cuanto aquél hubo salido, se volvió, cogió la llave que había en la cerradura del lado de la puerta que daba al estudio y dejó encerrado a un asombrado Tebaldo.

No había nadie en la antecámara. Benno, que por primera vez se había quedado boquiabierto de forma natural, vio a Segismundo desenvainar su espada y dirigirse a la biblioteca.

Ante sí tenían el lugar del que Brunelli había expulsado a los copistas con sus escritorios y atriles. El suelo de mármol, que estaba manchado de tinta, se extendía hacia dos estanterías que, unidas por un amplio arco, separaban aquella sección de la biblioteca propiamente dicha y los anaqueles, estanterías, armarios, mesas y atriles, y el sofá cubierto de cojines con que estaba amueblada. Al fondo había dos ventanales de cristal que daban al río, uno de los cuales tenía una hoja inferior abierta contra un postigo entornado. A la sección más cercana, que ahora estaba vacía, llegaba la luz gracias a un triforio que había debajo del techo.

Segismundo se puso a buscar la manera de atrancar la puerta principal de la antecámara, pero no encontró ninguna.

—Quédate aquí, Benno. Si viene alguien, dile que el duque ha ordenado que no entre nadie. —Benno llevaba puesta su mejor ropa, y aun así no parecía un sirviente del palacio o una persona con autoridad. Su cara y porte reflejaban una dejadez incorregible. Su señor apoyó por un momento la mano en su hombro y le dijo—: Haz lo que puedas.

Segismundo se encerró en la biblioteca, avanzó hacia el lado más cercano de una de las estanterías divisorias, preparó la espada y tomó posición de emboscada. El enviado llegaría a la biblioteca esperando encontrarse con el duque y el bibliotecario, por lo que podría entrar por el arco para averiguar dónde se encontraban o para echar un vistazo a la sección que el día anterior había visto llena de copistas.

La puerta que daba al muelle estaba al lado de los ventanales. De pronto se oyó que alguien la abría y que un sirviente hablaba. La puerta se cerró. Unos pasos sonaron suavemente sobre el mármol. Se produjo un silencio. Alguien dio un golpe sordo sobre una mesa: habría dejado un libro o una cartera. Volvieron a oírse los pasos, imperceptibles, en dirección a los ventanales. Silencio. Un pie giró y los pasos avanzaron nuevamente.

La puerta principal se abrió de golpe. Brunelli, apartando a Benno con un brazo, irrumpió en la sala y vio, enmarcado por el arco aunque a unos metros de distancia de éste, a un hombre ataviado con un holgado tabardo gris que tenía aspecto de dedicarse al estudio y, agazapado al lado de la estantería del pasillo más cercana a él, a un rufián armado. Señalándolo acusadoramente con el dedo, dijo a este último:

—¿Qué demonios hacéis aquí con una espada?

Acto seguido el hombre con aspecto de dedicarse al estudio alzó el brazo izquierdo, se quitó el tabardo en el mismo movimiento y se cubrió el brazo con él. En su mano derecha había ahora una daga.

Brunelli se quedó asombrado del efecto que habían tenido sus palabras.

Habiendo perdido el factor sorpresa, Segismundo dio un salto, cruzó el arco y cayó sobre Pirro. Aunque por culpa de Brunelli su situación no era tan ventajosa como en un principio, su espada seguía siendo superior a la daga que tenía delante. Pirro lo eludió y arrojó su tabardo como si fuera la red de un gladiador romano para atrapar el acero de Segismundo, quien, dando golpes a diestro y siniestro, lanzó de inmediato una nueva embestida. Pirro era rápido y ágil. Tras retroceder y hacer una finta sin perder la concentración ni por un segundo, observó que su adversario no movía el brazo izquierdo con la velocidad y equilibrio que le exigían sus movimientos. Esbozó una sonrisa tensa, volvió a lanzar su rasgado tabardo sobre la espada y tiró de él. El arma, sin embargo, quedó libre.

Brunelli vio que el matón atacaba al hombre de letras al que por suerte había salvado de la emboscada (un hombre de letras que resultaba ser sorprendentemente diestro con su arma) y, llevado por su violencia innata, buscó la manera de intervenir en la pelea.

Retrocediendo nuevamente, Pirro fue a dar contra la mesa de mármol, se sentó y giró sobre ella. Segismundo dio un salto y asestó un mandoble a la mesa. El reloj de arena que le había lanzado Brunelli erró el blanco móvil al que iba dirigido y estalló contra una puerta que había enfrente de la del muelle, una puerta igual a ésta y que alguien abría en ese preciso instante. Tebaldo había realizado el esfuerzo de llegar hasta allí desde su estudio para encontrarse con una lluvia de arena y fragmentos de cristal. Retrocedió por un instante y oyó golpes de acero, pasos, tumbos y jadeos. Entró nuevamente en la biblioteca y, al ver que los contendientes se encontraban al otro lado de la sala, avanzó dando traspiés hasta su mesa y sacudió furiosamente la campanilla. Nadie acudió a la llamada; en alguna parte del palacio se oía un confuso griterío. Entonces vio que los hombres que estaban peleando eran Segismundo y el enviado, Pirro, cuya capa dibujaba remolinos en el aire produciendo un susurro parecido al del ala de un pájaro de gran tamaño. En aquel momento dio una patada a un taburete. Segismundo logró sortearlo, pero al hacerlo erró la estocada. Pirro se escabulló detrás de un atril para fintar a un lado y lanzar un peligroso golpe por el otro, pero, en lugar de lograr su objetivo, recibió un corte en el hombro y se vio obligado a saltar a un costado a fin de evitar que su adversario lo acorralara en una esquina.

Tebaldo estaba desesperado: el duque aparecería en cualquier momento, solo y desarmado.

Brunelli había cogido un libro grande y delgado de una estantería y, agarrándolo por el lomo, avanzaba hacia Segismundo para sorprenderlo por la espalda. Benno

soltó un grito para avisarle, pero en aquel mismo momento Pirro lanzó un globo terráqueo provisto de ruedas contra Segismundo, quien saltó inmediatamente a un lado. El globo siguió rodando a gran velocidad, golpeó a Brunelli de lleno y se lo llevó por delante hasta chocar con la pared mientras el manuscrito salía por los aires y caía ruidosamente al suelo. Biondello, que se mantenía atento oculto detrás de los libros del estante inferior, retrocedió.

Pero aún no había acabado la pelea. Tebaldo volvió a tocar la campanilla, extrañado de que nadie apareciera y atónito ante los acontecimientos.

Brunelli se cayó del globo pero logró ponerse de pie tras permanecer inmóvil sólo unos segundos. Cogió una escalera que estaba apoyada en una estantería y, volviéndose hacia los contendientes, que seguían luchando moviéndose el uno en torno al otro, absortos, implacables, la levantó con intención de arrojarla sobre Segismundo. Sin embargo, Benno saltó sobre el extremo libre, lo agarró y tiró de él hacia abajo, tras lo cual se puso a pelear con el arquitecto para quitársela.

Tebaldo había visto muchos duelos entre jóvenes cortesanos, lances llenos de quites, pasos de baile y vistosas tretas. Aquel combate era diferente: silenciosamente, los contrincantes se lanzaban de repente al ataque, se mantenían luego en actitud vigilante rodeándose el uno al otro por un momento para emprender luego una arremetida a muerte. Se apoyó en la mesa, tocando inútilmente la campanilla hasta que el mango se rompió y el badajo y la campana cayeron ruidosamente al suelo. ¡El duque estaba a punto de llegar! El tal Segismundo, cuyo rostro, de expresión resuelta e inexorable, podía ver ahora, habría venido a robar el Quintiliano para algún príncipe de cuya rivalidad no estaba informado. Tebaldo empezó a gritar para pedir auxilio y reclamar la presencia de algún sirviente. ¿Dónde se habría metido todo el mundo? De pronto, Brunelli y la escalera, empujados por un desesperado Benno, arremetieron contra la mesa y arrojaron a Tebaldo al suelo. En aquel preciso instante un estruendo ensordecedor empezó a sonar en la ciudad, un ruido estridente y metálico que llegó resonando por el río y cuyo desapacible eco se multiplicó sobre las altas murallas. Era un tañido doble, el toque a rebato de la campana Il Toro.

Pirro, que tenía la cara y la camisa manchadas de sangre por un corte que Segismundo le había hecho en la ceja, saltó por encima de la mesa, alcanzó la ventana abierta, puso un pie sobre el alféizar y se lanzó fuera. Segismundo llegó a la ventana en aquel mismo momento y se asomó. No oyó ni un chapoteo ni ningún otro sonido que no fuera el toque a rebato, el urgente y destemplado repique de la campana.

Benno había inmovilizado a Brunelli encajándole los brazos entre dos peldaños. El arquitecto había caído al suelo bajo el peso de la escalera y había empezado a soltar gritos que nadie podía oír. Segismundo hizo una apremiante señal a Benno y echó a correr hacia la puerta. Era la primera vez que oían a Il Toro, pero los dos sabían qué significaban sus espantosos tañidos. La ciudad estaba en peligro.

¡Libertad!

En cuanto Bonifacio Valori oyó al duque decir que tenía la intención de celebrar una misa de acción de gracias por la milagrosa salvación de su hijo, ordenó que informaran a su hijo que no podía acompañarlo a ver la finca que tenía pensado comprar. El sirviente recibió instrucciones de hacer referencia explícita a la iglesia; tal vez su hijo bajara de las nubes y decidiese hacer lo correcto, que era acudir a la ceremonia.

Tras santiguarse ante el altar de la pequeña iglesia de la Virgen de la Anunciación, el consejero del duque se volvió para ver si, por una remota casualidad, Tristano había tenido la sensatez de asistir a la misa. Naturalmente, todos los miembros de la corte que se habían enterado de la impulsiva decisión del duque abandonaron de modo igualmente compulsivo, sus quehaceres para seguirlo. Un cortesano tiene que hacer lo correcto en el momento adecuado, y aquél era el momento adecuado para mostrar una devoción especial a la Virgen. Con tanta satisfacción como sorpresa, Bonifacio vio que su hijo se encontraba allí, en el fondo de la iglesia. El muchacho estaba tan sujeto a la influencia del filósofo anticlerical Polidoro Tedesco que ya nunca iba a misa. Lo más sorprendente, sin embargo, era que además de Tristano también habían venido sus amigos Atzo Orcagna y Cola Borsieri, quienes debían de haber empleado sus codos con gran eficacia para llegar a la primera fila. Allí estaban, en efecto, con la mirada fija en el altar. Y por allí venía, demostrando cómo habían llegado estos a su sitio, ese majadero joven y bien parecido llamado Honorio Scudo, abriéndose paso a empujones, sonriendo, pidiendo disculpas, tropezándose con las faldas de las cortesananas, colándose entre los hombros de los asistentes hasta llegar a donde estaban sus amigos y a apenas medio metro del escalón del presbiterio sobre el que se había arrodillado el duque. La pequeña iglesia casi parecía un teatro, pues tenía el altar elevado como un escenario. Algunos sacerdotes que, sorprendidos por la impetuosidad del duque, acababan de entrar en el templo, estaban todavía arreglándose el hábito y ocupando apresuradamente sus lugares a ambos lados de los escalones. A Valori no le extrañó que su hijo no hubiera seguido a Honorio. Tristano era demasiado sensible a la opinión de la gente como para lanzarse a hacer algo tan atrevido.

La misa dio comienzo. Valori se puso cuidadosamente de rodillas. La postura era incómoda para un hombre tan corpulento como él. Para distraerse, se puso a pensar en la razón por la que estaba allí. Si el pequeño señor Andrea hubiera muerto de un ataque, una de las evidentes ventajas que Altamura tenía sobre sus vecinos más

próximos habría desaparecido con él. Borgo no tenía herederos. El príncipe Galeotto había contraído matrimonio con Ariana con la esperanza de tener hijos, pues tanto él como Vincenzo sólo tenían hijas. Los hijos de la duquesa Dorotea habían muerto. Altamura tenía un hijo y una duquesa que podía alumbrar más... El consejero miró con gesto de aprobación la cabeza de la duquesa, las rubias trenzas entrelazadas con perlas que se entreveían bajo el velo negro que llevaba. La duquesa Violante, a pesar de su carácter apasionado y su manía de entrometerse de vez en cuando en los asuntos de estado, era muy valiosa para Altamura.

Valori no podía imaginar cuán valiosa era en realidad.

La misa continuaba. Los cortesanos empezaron a cuchichear y dar las acostumbradas muestras de nerviosismo, relajaron las rodillas y se pusieron a mirar a un lado y a otro. Mientras que las personas apiñadas al fondo podían mirar a los duques sin ningún problema, las de delante estaban obligadas a mostrar la circunspección que requería el momento. Valori, consciente de que él también estaba distrayéndose, se fijó en la gran atención que estaban mostrando los alumnos de Polidoro Tedesco. Permanecían perfectamente quietos. Aquellos muchachos parecían paralizados por una experiencia que los superaba. Era asombroso. ¿Habrían experimentado un cambio espiritual? ¿Los habría tocado el dedo de Dios?

El dedo de Dios habría tenido que darle un buen golpe a Honorio. Había cruzado las calles a toda prisa buscando alegremente a sus amigos, quienes inexplicablemente habían echado a correr en cuanto recibieron el mensaje del viejo Valori acerca de la misa, y ahora el vino que había ingerido por la mañana y la continua salmodia de los sacerdotes estaban teniendo su efecto. A pesar de los esfuerzos que había hecho por seguir la ceremonia, los ojos se le cerraban y empezaba a cabecear.

Excepcionalmente, sus amigos no lo vigilaban para evitar que llamara la atención en un lugar público, ya que ellos mismos estaban a punto de hacerlo.

La barbilla de Honorio había llegado al pecho cuando el sacerdote alzó la hostia y la campanilla sonó para anunciar la elevación. Y no sólo eso. Cuando todos los presentes se disponían a santiguarse, Honorio despertó de golpe, dio un traspies y cayó de bruces agarrando un pie del duque en un intento por no perder el equilibrio. Simultáneamente, Atzo saltó hacia adelante con un cuchillo en la mano y exclamando: «¡Libertad!», se encontró a Honorio a gatas cortándole el paso y tropezó con él. El cuchillo voló por los aires y cayó ruidosamente por los escalones. Cola, sin embargo, estaba mejor situado para salvar cualquier obstáculo, por lo que corrió entre los cuerpos de sus amigos, que ahora estaban tumbados en el suelo dando patadas, y amenazó al duque gritando: «¡Libertad! ¡Muerte al tirano!».

La suerte no estaba aquel día de parte de la libertad. El duque, sorprendido de ver una mano sobre uno de sus tobillos, se apartó y, volviéndose, vio lo que parecía ser la actuación de un acróbata con un cuchillo, un salto mortal fallido y un par de jóvenes hechos un lío de brazos y piernas. Sin embargo, tardó en comprender qué estaba sucediendo, al contrario de la duquesa, que se encontraba a su lado. En cuanto Atzo

perdió su cuchillo, ella sacó el suyo, se levantó y se puso rápidamente delante de su marido.

Tal vez Cola Borsieri no tuviera intención de matar a la duquesa, sino sólo al duque; tal vez no la considerase una tirana o no se viera capaz de herir a una mujer, pero lo cierto es que vaciló por un instante, lo cual tuvo consecuencias funestas. La duquesa atacó primero. Aunque Cola aspirara a conseguir la libertad, seguramente no pensaría que su propia alma la obtendría con tanta rapidez. Al igual que sus amigos, dio con su cuerpo en el suelo, mientras la duquesa perdía el equilibrio y caía en los brazos de su marido. Uno de los oficiales de la misa, un sacerdote joven de mirada penetrante, había bajado a toda prisa los escalones con un mástil labrado sobre el que se elevaba una cruz procesional adornada con piedras preciosas y lo había alzado delante de los duques como para oponer una interdicción al tiranicidio.

Los gritos resonaron por toda la iglesia. Honorio se había levantado y, sin tener idea de lo que había ocurrido, estaba ayudando a Atzo a ponerse de pie. Por un momento, que su amigo aprovechó para alejarse bruscamente de él, se quedó perplejo, hasta que, tras lanzar una mirada de desesperación a Cola, que yacía moribundo, dio media vuelta con intención de escapar.

Al oír el ruido, los guardias que vigilaban la puerta principal echaron a correr con las espadas en alto. Reinaba la confusión, circunstancia que Atzo podría haber aprovechado para huir. Sin embargo, las mujeres, al igual que les ocurre a muchos, fueron su perdición. Mientras trataba de llegar a la salida, zigzagueando en dirección a una puerta lateral por la que podría ganar una estrecha callejuela y, de paso, la libertad, tropezó con las faldas de unas mujeres que todavía estaban arrodilladas. Su pie resbaló con el satén y acto seguido se encontró en manos de los guardias que avanzaban entre el gentío.

En cuanto hubo visto que los duques no habían sufrido daño alguno, Bonifacio Valori se puso a buscar frenéticamente a su hijo en el caos que tenía ante sí. Aquellos dos jóvenes, aquella pareja de asesinos, eran amigos de Tristano. «¡Que Dios se apiade de él! ¿Estará involucrado en esto? ¿Estarán confabulados? ¡Dios Santo! Si así es, ni siquiera mi influencia valdrá para evitar que sufra una muerte espantosa».

El señuelo

—¡El duque ha muerto! ¡El duque ha sido asesinado!

Las calles estaban inundadas de personas que corrían dando gritos en dirección a la iglesia. Segismundo trataba de abrirse paso entre ellas y Benno lo seguía como buenamente podía pensando que su señor debía de estar realmente furioso. Había tenido que pelearse con el hombre de la biblioteca (¿cómo habría averiguado que estaría allí?) mientras otra persona asesinaba al duque... ¿Estaría lejos aquella iglesia? ¿Quién se habría atrevido a matar al duque en ella? ¿Sería el hombre que había aparecido en la biblioteca un cómplice de los asesinos cuyo fin era mantener a Segismundo alejado de la iglesia? Además, había logrado huir... una vez más.

Benno se reunió con Segismundo al llegar a la entrada de la iglesia, donde tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a la guardia de palacio, que salía del templo acarreando a un hombre. «La sangre ensucia —pensó mientras su señor conversaba con un guardia—. Ni siquiera van a dejarle al pobre duque morir en la iglesia». Entonces se fijó en el trato que recibía el hombre, que avanzaba con la cabeza gacha y los brazos colgando inútilmente, y en la manera en que lo arrojaban al suelo. El atuendo que llevaba, aun siendo elegante, no era propia de un duque.

Un sacerdote vestido para celebrar misa apareció en aquel momento y se agachó al lado del hombre. Segismundo había entrado en el templo; Benno sólo pudo seguirlo apretándose fuertemente contra su espalda.

—Excelencia, ¿os encontráis bien?

El duque no tenía el menor aspecto de haber sido asesinado. Estaba pálido, eso sí, y tenía las manos de su esposa entre las suyas, pero, como le dijo a Segismundo, había salido ileso de la agresión.

—Gracias a Nuestra Señora... Pero ¿dónde estabais, Segismundo? ¿Por qué habéis tardado tanto? Di orden de que vinierais aquí. —La cara de los duques era de reproche. «Hace falta valor —pensó Benno—. Salen del palacio cuando les has dicho que es peligroso y luego esperan que hagas de ángel de la guarda y les saques de un lío en el que se han metido ellos solos».

La respuesta de Segismundo no sonó en absoluto a disculpa.

—Será mejor que os conteste cuando estemos más tranquilos, excelencia. ¿Quiénes son los villanos que han intentado asesinaros?

El duque señaló a los tres jóvenes que los guardias habían apresado. Su infortunio parecía haberlos dejado aturdidos. Benno comprobó con consternación que entre ellos se encontraba Tristano Valori, con la expresión de cervato asustado más marcada que

nunca, y Honorio, a quien se diría que le habían puesto sin previo aviso un problema de matemáticas de cierta complejidad. El tercer joven era otro alumno de Polidoro Tedesco, su amigo Cara-de-rata. A diferencia de sus compañeros, habían amenazado al duque con un cuchillo y su cara de desolación era un reflejo de sus pensamientos: al fracaso de su intento de asesinato había que añadir las terribles consecuencias que sufriría por ello, consecuencias que, de haber tenido éxito, habría podido arrostrar con mayor heroísmo. Todos los jefes de estado tenían verdugos a su servicio, algunos de ellos muy ingeniosos, y él acababa de ofrecerles la oportunidad de poner en práctica su talento. Atzo Orcagna sabía que su muerte sería pública y espantosa y que acabaría deseándola antes de que se produjera.

¿Hasta qué punto estaban implicados los demás? Tristano Valori y Honorio Scudo habían sido arrestados porque todo el mundo sabía que los jóvenes lo hacían todo juntos. Los mismos verdugos que iban a demostrar su ingenio con sus amigos se encargarían de averiguar en qué medida estaban involucrados en la conspiración. Tal vez Bonifacio Valori pudiera ejercer la influencia necesaria para salvar a su hijo, aunque también era posible que sus enemigos lo acusaran de estar asimismo implicado.

Las personas que habían rodeado al duque, todas ellas miembros de su corte, estaban pidiéndola encarecidamente que se mostrara a la ciudad, que tranquilizase a la gente que vociferaba en las calles, que les permitiera ver que vivía, que ni había muerto ni su vida corría peligro. El capitán de la guardia de palacio no estaba tan convencido de ello. ¿Quién sabía si no había más cómplices aguardando en el exterior? ¿Tenían aquellos villanos una banda de rebeldes respaldándolos en la ciudad? No podía descartarse ninguna posibilidad.

Aunque la mayoría de los presentes se molestó, nadie se extrañó de que el duque se volviera hacia el hombre de negro y le pidiera su opinión. La profunda voz de Segismundo no mostró la menor vacilación.

—Estoy de acuerdo con el capitán, excelencia. Salir a la ciudad es verdaderamente peligroso en este momento. —A Benno le vino a la cabeza la desagradable imagen de las bolas—. Si regresáis ahora al palacio, la noticia de que estáis bien no tardará en difundirse.

En ese instante intervino un hombre muy corpulento y tez lo bastante morena como para ser moro. Sus hombres, dijo, le habían informado de que no se habían producido revueltas en las calles y que los vigilantes apostados en las torres de la ciudad no habían visto que se acercara ningún ejército a la capital del estado. Si el intento de asesinato formaba parte de un plan urdido por algún ambicioso vecino de Altamura para invadir la ciudad, los encargados de perpetrarlo se habían equivocado de hora. Benno supuso que aquel hombre, que parecía saber de qué estaba hablando, sería el alguacil, cargo con el que nadie conseguía hacerse popular entre la población.

Se pusieron en movimiento. El duque había decidido seguir el consejo de Segismundo. Los guardias formaron un corro en torno a los soberanos y el capitán

abrió la marcha con la espada en alto, seguido de Segismundo y el alguacil. Ni siquiera al hombre con la mejor puntería del mundo, fuera con el arco y la flecha, la honda o las bolas, le resultaría fácil encontrar una fisura en aquella piña.

Los cortesanos salieron a continuación entre gritos de enhorabuena y cuchicheos a media voz. Nadie se había dirigido todavía a Bonifacio Valori, a quien no le habían permitido ver a su hijo cuando se habían llevado a los prisioneros. Los habían sacado por la puerta lateral bajo una gran vigilancia; dado el ánimo de la multitud, que aclamaba al duque con un griterío ensordecedor, el peligro al que estaban expuestos era mayor que el que corría la persona que consideraban su tirano.

De ese modo se ahorraron ver a su amigo Cola, que ahora yacía muerto sobre los escalones del pórtico de la catedral. Los guardias no consideraron necesario proteger el cadáver de la multitud y no dieron muestras de inquietud al ver que ésta comenzaba la labor de despedazamiento que le habría correspondido al verdugo. Cuando se encuentran en semejante estado, las masas necesitan algo con que satisfacer sus deseos de venganza, y el cadáver de Cola estaba muy a mano.

Benno chocó con un grupo de altamuranos que, sosteniendo en alto un pedazo del cadáver de Cola, reían espasmódicamente y, con el estómago revuelto, apretó el paso apoyando una mano sobre Biondello, al que llevaba en el interior de su jubón, con el fin de confortarse. Lo tenía perplejo el que los conspiradores hubieran creído que podrían salirse con la suya impunemente. ¿Cómo habrían planeado persuadir a aquel gentío de que era una buena idea matar a su duque?

El duque también necesitaba que le respondieran a algunas preguntas. Cuando llegó a la pequeña sala de audiencias y hubo despedido a todas las personas que lo acompañaban excepto a su esposa y a Segismundo, hizo la primera de ellas, que ya había formulado con anterioridad sin obtener respuesta.

—¿Dónde estabais cuando mandé que os buscaran?

—Me encontraba en la biblioteca, excelencia, y no he recibido ningún mensaje. Estaba allí porque a las once teníais una cita con el señor Tebaldo.

La expresión del duque dejó entrever por un instante que se había olvidado de aquello por completo. A pesar de su condición, seguía siendo humano, y sentirse culpable le molestaba profundamente.

—¿Qué motivo había para que fuerais allí? ¿Acaso necesito que me protejan de un...? —El duque vaciló por un instante—. ¿Del primo de mi esposa?

—Por supuesto que no. —La profunda voz respondió con suavidad—. Fui a la biblioteca porque sabía que la vida de vuestra excelencia estaba en peligro.

Ambos soberanos repasaron mentalmente el contenido de las palabras de Segismundo. Era evidente que con aquello no bastaba. El duque puso cara de impaciencia. La conmoción que le había causado la proximidad de la muerte le había quitado las ganas de resolver misterios.

—¿Cómo iba a correr peligro en la biblioteca si ya me encontraba en peligro en la iglesia?

Segismundo emitió un murmullo largo y cínico, como el zumbido de una abeja a la que el mundo no le merece ninguna opinión.

—Los jóvenes que os han atacado en la iglesia, excelencia, eran aficionados. El hombre que ha ido a la biblioteca a mataros era un profesional.

—¡Tebaldo!

—Su intención no era matar al señor Tebaldo, excelencia.

—¿Así que un hombre ha ido a la biblioteca para matarme? —El duque se inclinó. La duquesa lo imitó involuntariamente y ambos miraron fijamente a Segismundo.

—En efecto. Sabía que ibais a ir y que estaríais a solas, porque al señor Tebaldo le disgusta tener compañía.

—Pero el motivo de mi visita era ver un manuscrito. ¿Quién podía estar enterado de eso?

—Precisamente el hombre que iba a traer el manuscrito.

Hipólito lo miró como si no entendiera nada. Fue Violante quien habló primero, y lo hizo con voz airada.

—¿Estáis acusando a mi primo?

Segismundo hizo una reverencia y alzó las manos en señal de disculpa.

—Nada más lejos de mi intención, excelencia. El señor Tebaldo no podía ni imaginar que el hombre que había traído el manuscrito que su excelencia iba a ver esa un asesino a suelto.

—Y vos ¿cómo vos lo habéis averiguado?

—He sabido de qué manuscrito se trataba cuando el señor Tebaldo me ha hablado de él.

—¿Ya lo habíais visto? Según tengo entendido, el enviado lo consiguió en Alemania.

—En el monasterio de Lübeck, para ser exactos. No lo he visto, excelencia. El príncipe Gioffré, abad de Borgo, me habló de él la semana pasada y me dijo que fue hallado en ese monasterio. Se trata del único Quintiliano completo que se conoce.

Los ambarinos ojos del duque y los azules de su esposa continuaron fijos en el hombre que tenían delante.

—Sigo sin ver qué os hizo pensar que yo podía correr peligro.

—Ese manuscrito, excelencia, que, como os he dicho, es el único Quintiliano completo que se conoce, fue comprado al monasterio de Lübeck hace unos meses. —
¿Y?

—La persona que lo encontró se lo llevó al duque Vincenzo, quien lo compró para incluirlo en su colección de Venosta. Por lo que me dijo el príncipe Gioffré, el duque pagó por él varios miles de ducados. Evidentemente, debió de pensar que merecía la pena comprarlo por ese precio si podía servirle como señuelo para acabar con vos.

La promesa

—Vincenzo... —El duque estaba tan sorprendido que pronunció el nombre del duque sin emoción alguna—. Entonces me ha enviado el Quintiliano en manos de un asesino.

—Sus espías deben de haberle dicho que tenéis costumbre de visitar la biblioteca a solas y examinar todos los manuscritos de interés que el señor Tebaldo considera que debéis comprar. Éste en concreto requeriría la clase de desembolso para el que sería necesario la autorización de vuestra excelencia.

—¡Sus espías! Me gustaría saber... ¿Qué ha ocurrido con el asesino? —Los ojos de Violante relampaguearon de la emoción—. ¿Está muerto? ¿Lo habéis matado en la biblioteca?

Segismundo puso gesto sombrío.

—No, excelencia. Ha aprovechado el toque a rebato para escapar. Tiene que estar en la ciudad en estos momentos.

Hipólito golpeó con las manos las rugientes cabezas de león labradas en los brazos de su trono.

—No podrá salir entonces. Las puertas cierran siempre que la campana toca a rebato. Lo buscaremos en todas y cada una de las casas. No dejaremos ni un solo edificio sin registrar. Mi alguacil lo encontrará. Oh, Vincenzo me las pagará por esto.

El duque se volvió en busca de un rostro familiar, el rostro de alguien de cuyos consejos siempre se había fiado, y, al recordar lo ocurrido, torció el gesto. Bonifacio Valori estaba bajo arresto domiciliario a causa de su hijo. Hipólito sintió su ausencia en lo más hondo. Aunque disponía de más consejeros, llevaba demasiado tiempo dependiendo de la sabiduría, prudencia, astucia y experiencia de aquel hombre como para recurrir a ellos. No le cabía en la cabeza que estuviera implicado en el intento de asesinato: Valori siempre había sido fuerte como una roca.

Venosta... El duque concentró su atención en el problema más acuciante que tenía entre manos. ¿Dónde podría encontrar un condottiero que luchase por él si se declaraba la guerra con Venosta?

—Excelencia, si me permitís haceros una sugerencia...

El duque volvió a mirar a Segismundo. Aquel hombre también era fuerte como una roca. Las olas más tempestuosas habían roto sobre él y no le habían dejado marca alguna, pensó Hipólito olvidándose por un instante del informe que le había dado el maestro Valentino sobre las heridas que había sufrido Segismundo y las vendas que ahora ocultaba su jubón. Aquel hombre había salvado a Violante de correr una suerte

en la que no quería ni pensar.

—Segismundo, podéis hacer las sugerencias que deseáis.

—No le hagáis saber al duque Vincenzo que estáis al corriente de su enemistad. Comunicadle únicamente que queréis compartir con él la alegría que sentís por haber salido ileso del intento de asesinato de que habéis sido objeto en la iglesia. —En su voz había un leve tono humorístico. Violante se puso a reír y a dar palmas por primera vez en muchos días.

—¡Claro! No se enterará de que lo sabemos hasta que nos hayamos vengado de él. Lo planearemos de tal forma que...

—¿Y el asesinato de mi hija, Ariana..., ha sido también obra de Vincenzo?

Segismundo se puso serio.

—Eso creo, excelencia. El hombre con el que me peleé en Borgo era el mismo que ha venido hoy a la biblioteca.

—Pero ¿por qué? No he causado ningún perjuicio a Vincenzo, y si lo moviera la ambición ahora estaría con un ejército ante las puertas de la ciudad a la espera de recibir la noticia de mi muerte. —Hipólito golpeó nuevamente los brazos de su trono—. ¡Cómo es posible! ¡Pagar a alguien para que mate a mi pobre hija e intente asesinarme no es más que pura perversión!

—Y para que informe a Rodrigo Salazzo de que vuestra excelencia la duquesa iba a pasar cerca de su guarida. Seguro que fue él quien se lo hizo saber, probablemente en cuanto se enteró de la destrucción de su fuerte.

De pronto, Violante se acordó de aquel episodio y se echó a reír. Todavía estaba alterada por la salvación de su marido. Él, sin embargo, tenía el semblante sombrío.

—Mi hija murió antes de que ocurriera eso. No tenía motivos para matarla.

Segismundo se encogió de hombros de manera un tanto ambigua.

—La maldad de algunos hombres es innata. No es difícil conseguir que saquen lo peor que llevan dentro. Vuestra excelencia no debe olvidar que el duque Vincenzo propuso la mano de su hija al príncipe Galeotto y que éste la rechazó porque prefería a vuestra hija Ariana.

—¿Y porqué no se ha vengado en el príncipe Galeotto en lugar de hacerlo en mi hija?

—Mmm... Tal vez le repugne la idea de que Borgo se alíe con Venosta cuando su deseo es que lo haga con Altamura. Además, tengo para mí que su intención era destruir de forma irremediable cualquier posibilidad de nuevas alianzas con Altamura. La señora Leonora, que trabajaba para Ventosa no sólo, se ocupó de que la princesa tomara el somnífero y de que el asesino se enterase de cuándo iba a tener efecto, sino de que, encima, pareciera que el autor del crimen había sido el príncipe.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo hizo eso? No nos habéis contado nada de eso. —El ceño que torcía el hermoso rostro de Hipólito era cada vez más profundo.

—Robando los botones de su manga..., algo que no le resultaría difícil de hacer, al abrazarlo, por ejemplo, y luego, cuando la princesa se quedó dormida,

enganchándolos en sus pulseras, de forma que pareciera que los había perdido durante el forcejeo.

—Las mismas pulseras que el príncipe regaló a la señora Zima... —Por su tono de voz, era evidente cómo habría reaccionado Violante a tamaño insulto.

Su marido la cogió de la mano automáticamente, como si quisiera tranquilizarla, y preguntó:

—¿Existe alguna relación entre todo esto que nos contáis y los jóvenes traidores que me han atacado en la iglesia?

El murmullo que profirió Segismundo sonó casi a disculpa.

—Creo, excelencia, que el duque Vincenzo, que seguramente contará con que Pirro, el hombre con quien me he enfrentado en la biblioteca, haya logrado resolver ya este asunto, no sabe ni siquiera quiénes son. Ningún príncipe tiene necesidad de ir muy lejos para topar con un traidor, excelencia, y los jóvenes siempre han tenido poca cabeza. Vuestro comisario ha ordenado que arresten a su maestro. No hay que descartar la posibilidad de que estuviera trabajando a sueldo de Vincenzo.

El ceño de Hipólito era ahora realmente amenazador.

—Todos serán interrogados. Acabaremos averiguando la verdad. —El duque guardó silencio y se halló a sí mismo buscando nuevamente un rostro familiar y un consejo esclarecedor. Entonces, con un repentino gesto de pesar, preguntó—: ¿Cómo es posible que Valori me haya traicionado? Fue él quien me ayudó a sofocar el peligrosísimo levantamiento que sufrimos cuando murió mi padre. Si hay alguien a quien considero leal, ése es él.

—Y probablemente lo sea —dijo Segismundo con calma y convicción—. A pesar de las apariencias, es posible que ni él ni su hijo estén implicados en el intento de asesinato. Permitidme que os ruegue que no os apresuréis en juzgarlo y que ordenéis que todos los detenidos permanezcan en la cárcel sin ser interrogados hasta que el tiempo nos revele más información. La experiencia me ha enseñado que a menudo las personas, al ver que uno no hace nada, acaban haciendo algo que pone todo al descubierto. El gato que aguarda a la entrada de la ratonera siempre consigue capturar al ratón. —Segismundo los miró inexpresivamente. El aire de elegancia que le conferían su cabeza rapada y el brillante cuero negro de su traje hacían que se pareciese al gato paciente que acababa de describir, hasta el punto de que los duques no tuvieron más remedio que sonreír.

—Así será. Mis verdugos pueden esperar. Sus instrumentos no se oxidarán. —Hipólito guardó silencio por un momento y luego dijo—: Me aconsejáis prudencia y calma. No voy a responder a Venosta, ni voy a castigar a quienes han tratado de asesinarme. De acuerdo. Sin embargo, ¿qué conseguimos al volver la otra mejilla de manera tan cristiana? ¿Que el asesino que se os ha escapado regrese para entregarse?

Aunque Hipólito vio que los oscuros ojos de Segismundo lanzaban un destello (¿de enojo tal vez?), el tono de voz que éste respondió fue totalmente inexpresivo.

—Eso es algo, excelencia, que os pido que dejéis en mis manos. Os prometo que

antes de que vuelvan a abrirse las puertas de la ciudad, o yo o Pirro estaremos muertos.

¿Preparado para cualquier cosa?

—Hay que encontrarlo, ¿verdad?

—Benno no esperaba obtener respuesta a su pregunta y, en efecto, no la obtuvo. Habían regresado a su habitación cruzando un palacio que se había convertido en un hervidero de rumores y comentarios teñidos de nerviosismo. Los cortesanos corrían a compartir y comentar las experiencias vividas aquella mañana, felices de que el duque hubiera salvado la vida y los villanos responsables del intento de asesinato estuvieran muertos o aguardando el momento de recibir un espectacular castigo. Benno se preguntó si se sentirían tan contentos si supieran que en la ciudad había un asesino que no sólo estaba vivo y en libertad sino que, además, era mucho más peligroso y tenía más posibilidades de salirse con la suya que los detenidos. Las puertas de la ciudad permanecían cerradas para que no huyera, cierto; sin embargo, ¿cómo iban a encontrarlo con tantos habitantes como ésta tenía? Mientras aguardaba a que concluyera la audiencia de los duques con Segismundo. Benno había acertado a oír toda clase de conjeturas de boca de los cortesanos, pero ni una sola palabra acerca de lo que había ocurrido en la biblioteca antes de que sonara el toque a rebato y él y su señor salieran a la calle a toda velocidad. Se habían cruzado en las escaleras con el ayudante de Tebaldo, que corría a responder a la llamada que el pobre señor había hecho con su campanilla antes de ser arrojado al suelo, y Segismundo le había dicho que se apresurara, pues su señor necesitaba ayuda. Benno esperaba que el señor Tebaldo no hubiera sufrido ningún daño que añadir a los que ya tenía que padecer habitualmente. Su cuerpo no estaba preparado para recibir muchos golpes. Luego estaba Brunelli, a quien había dejado encajado en la escalera de la biblioteca profiriendo vituperios. Dadas las circunstancias, lo más aconsejable sería evitar cualquier encuentro con él.

—Será mejor que nos mantengamos alejados de la ventana —comentó Benno mientras se acercaba a ella cautelosamente y empujaba los postigos para impedir la entrada del calor y la luz. El reflejo del río formó olas doradas en el artesonado del techo y el resto de la habitación quedó invadido por una sombra fresca que supuso un alivio de la deslumbradora reverberación que había fuera. Incluso el fragor de la ciudad (los gritos de los niños al jugar, las voces de los vendedores, los rebuznos de un burro recalcitrante, el cacareo de un gallo y los chillidos de unos pájaros que peleaban por los restos de pescado que había en las rocas de la orilla opuesta) parecía haber enmudecido bajo la cegadora luz del mediodía. Altamura se preparaba para la siesta.

A este lado del río, sin embargo, había llegado el momento de disfrutar de unos cuantos lujos. Por mucho que el palacio hirviera de animados cotilleos acerca del intento de asesinato, el maestro di casa seguía atando corto a sus subordinados y se mantenía atento a las necesidades de los invitados del duque. En primer lugar llegó a la habitación un muchacho con una jarra de agua caliente para el aguamanil, luego aparecieron dos más con una botella de vino, una fuente de fiambres tapada y otra llena de melocotones, tajadas de melón y uva. Por muchos cuchillos que se desenvainaran en la iglesia de la Anunciación, la hospitalidad del palacio nunca dejaría que desear. Benno, a quien las emociones nunca conseguían quitarle el apetito, comió con ganas, pero observó que su señor, una vez que se hubiera limpiado el sudor y el polvo que había acumulado durante el ajetreado día, permanecía sentado en la cama con la cabeza gacha, pensativo y con un pedazo de pollo intacto en su mano del que un concentradísimo Biondello, que se mantenía educadamente a unos centímetros de distancia, no apartaba los ojos ni por un instante.

De pronto, Segismundo salió de su ensimismamiento. Con manifiesto pesar de Biondello, se llevó el pedazo de pollo a la boca, cogió una copa de vino, se la bebió y puso gesto interrogativo.

—Dime, Benno, ¿qué harías si quisieras evitar que te arrestaran?

No había que pensar mucho para contestar a aquella pregunta.

—Esconderme —dijo Benno al instante.

Segismundo movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Si hubieras intentado asesinar al duque, ¿dónde crees que habría menos posibilidades de que fueran a buscarte?

Ésa ya era más difícil. Benno vació su copa antes de dar una respuesta y, cuando por fin dio una, lo hizo sin mucha confianza.

—¿Aquí...?

Segismundo volvió a asentir con la cabeza. Sonreía.

—Si te hubieran visto marcharte, ¿quién esperaría encontrarte en el palacio?

Benno se acordó de la dramática huida de Pirro, la agilidad con que se había encaramado a la ventana y el instante que había permanecido inmóvil antes de esfumarse. Seguramente habría cruzado el río a nado y desaparecido en el tumulto de la ciudad, entre las oleadas de personas que pululaban por las calles como hormigas asustadas mientras el implacable tañido de Il Toro resonaba sobre sus cabezas. La idea de que pudiera estar cerca puso a Benno sumamente nervioso e hizo que por un instante bajara la mano a pesar de tener un melocotón en ella.

—Pero... en el palacio todos se conocen, ¿no? Los sirvientes advertirían de inmediato la presencia de un desconocido, incluso si fuera vestido con la ropa de un cortesano. —Benno se esforzaba por razonar su respuesta, pero Segismundo hizo un gesto de negación.

—Si estás escondido nadie tiene por qué verte, Benno. Recuerda, este hombre es un profesional. Lo que he de preguntarme es: ¿qué haría si estuviera en el lugar de

Pirro? Hay muchas formas de entrar en un palacio o en cualquier lugar cuyas necesidades tienen que ser atendidas todos los días. Yo entraría llevando algo. La gente no te hace preguntas si pones cara de saber qué estás haciendo. —Benno, que había aprendido aquella lección hacía mucho tiempo, hizo un gesto de asentimiento—. Entonces..., mmm..., buscaría un lugar donde pudiera permanecer escondido hasta que llegase mi oportunidad.

—¿Oportunidad?

Segismundo se echó a reír y le acercó su copa para que se la llenara. De la otra orilla del río les llegaron los ladridos de los perros que llevaban los hombres del alguacil en su busca de puerta en puerta de cualquier forastero que hubiera en la ciudad.

—Mi oportunidad para matar al duque —dijo Segismundo—. Recuerda: a este hombre le pagan para que mate al duque. Tanto por adelantado y tanto cuando termine su trabajo. Si no logra cumplir su misión, no sólo no va a cobrar, sino que su reputación quedará menoscabada. ¿Pagarías tú a una persona que ha fracasado?

Benno permaneció en silencio. ¿Cómo era posible que el duque no estuviera seguro en su propio palacio? Si Segismundo le advertía que Pirro estaba escondido en él... Benno miró rápidamente a las sombras que invadían las esquinas de la conocida habitación y pensó: «Qué absurdo». Si Pirro se encontraba allí, sería Segismundo quien habría fracasado y ahora estarían los dos muertos.

Que curioso que aquello no le produjera la menor alegría.

—Así estará más cómodo, señoría. —La niña cerró la botella de aceite perfumado con un tapón y la metió entre las otras que llevaba en la cesta. Tebaldo, que no soportaba que los sirvientes presenciaran el acto de caridad que aquella mujer llevaba a cabo con él, se las arregló para taparse con la sábana. Estirando la espalda, dejó que la niñera lo ayudara a apoyarse en los cojines de seda adornados con punto de fantasía y borlas. En su cara había una expresión de cierta sorpresa.

—¿Sabes, niñera? Ahora tengo menos molestias. —Alzó la vista y la niñera vio aquellos ojos tristes que le parecían tan desgarradores—. Desde que me he caído esta mañana, tengo más facilidad para moverme. Parece como si algo funcionara de forma diferente en mi espalda. Todavía me duele, por supuesto, y, por lo que dices, tengo el cuerpo cubierto de magulladuras. Sin embargo, los dolores agudos que siempre he sentido han desaparecido.

El rostro de la niñera se iluminó con una sonrisa de felicidad.

—Entonces mis plegarias no han sido en vano, señoría. Es terrible lo que ha sucedido esta mañana. La noticia no ha hecho más que llegar al palacio y ya está todo el mundo murmurando sobre lo que le ha sucedido a su excelencia en la iglesia. La Virgen y los santos han estado hoy muy ocupados, no cabe duda, señoría.

Aún tenía la sonrisa en los labios. Estaba impaciente por contarle a sus amigas lo que le había ocurrido al señor Tebaldo en la biblioteca. Ciertamente, se había mostrado tan reservado como siempre y a ella ni se le ocurriría contar nada que pudiera hacerle

parecer falta de dignidad a los ojos de los demás. Sin embargo, se había enterado de que un hombre que se había hecho pasar por un enviado había sido atacado por Segismundo sin motivo aparente y que los dos hombres se habían enzarzado en una espantosa pelea que sólo había logrado interrumpir el toque a rebato, ante el cual el enviado se había arrojado al río y el señor Segismundo había salido corriendo de la sala. Todavía maravillada por el relato, la niñera pudo contarle al señor Tebaldo que Segismundo había tenido tiempo de llegar a la iglesia y proteger a los duques cuando estos regresaban al palacio.

—Estoy segura de que jamás atacaría a nadie que no fuera un villano —agregó—. Tal vez vuestra señoría se equivocó con el enviado.

Tebaldo guardó silencio. En realidad, no sabía qué pensar y se sentía remiso a expresar sus sentimientos incluso a ella. La brutalidad de la pelea que había tenido lugar en el remanso de paz que hasta aquel momento había sido para él la biblioteca le había traído a la memoria imágenes del pasado que tenían a Segismundo por protagonista y lo perturbaban profundamente. Por otra parte, de la misma manera que se había producido un cambio en su cuerpo, algo había cambiado en su manera de ver las cosas. Estaba claro que la violencia no podía ser borrada de la vida. Tal vez hubiera que hacerle frente. Había vivido demasiado tiempo en una pesadilla y quizá había llegado la hora de despertar.

—¿Quiénes son los jóvenes que han intentado matar a su excelencia?

—El hijo del señor Valori es uno de ellos. Según se dice, su padre le hizo saber que el duque se dirigía a la iglesia para que él y los demás traidores supieran adonde tenían que ir. ¿Quién iba a pensar que un muchacho tan bien parecido como él fuera a ser tan malvado? Seguro que todo ha sido idea de su padre.

Tebaldo tuvo tiempo para considerar la idea de que la belleza podía equipararse a la bondad y de que, en consecuencia, no era tan extraño que la gente encontrase en él motivos de rechazo. La niñera ya había recogido sus cosas y cruzado las manos para ponerse cómoda y cotillear un poco más cuando alguien llamó a la puerta del dormitorio y, estando ausente el sirviente, tuvo que ir a abrir.

—¡Excelencia!

Era la duquesa en persona, seguida únicamente de una insólita dama de compañía vestida de cuero negro. La niñera hizo una reverencia y tuvo a bien obsequiar a Segismundo con sus hoyuelos.

—¿Cómo está el señor Tebaldo? ¿Puede recibirnos?

—¡Prima mía! —Tebaldo tenía el oído en perfectas condiciones y podía oír un murmullo de lejos—. ¡Pasa, por favor! Acabo de enterarme de lo que te ha ocurrido en la iglesia —prosiguió cuando ella entró en la habitación con el susurro de tafetán de su falda. En cuanto vio quién la acompañaba, guardó silencio. Segismundo había dedicado a la niñera una de sus sonrisas más encantadoras, lo cual no era necesariamente tranquilizador para un joven de carácter nervioso. Violante, que se encontraba entre ellos con sus joyas y su perfume, se inclinó para besarle en la

mejilla.

—Y yo acabo de enterarme de lo que te ha ocurrido a ti, primo. ¿Te has hecho daño? ¿Estás peor?

Su interés lo reconfortó.

—Por extraño que suene, prima, me parece que estoy mejor.

Ella dio una palmada.

—Dios no ha dejado de protegernos en todo el día.

—Siguiendo el ejemplo de la duquesa, Tebaldo hizo, al igual que Segismundo, la señal de la cruz, y con menos muestras de cinismo que de costumbre. Tal vez el que sintiese que estaba más fuerte y tenía la espalda menos torcida se debiera realmente a la intervención divina. Violante prosiguió:

—Segismundo nos ha dicho que la persona que te trajo el manuscrito era en realidad un asesino que estaba esperando a que Hipólito fuera a la biblioteca para matarlo.

—Me temo que logró engañarme. Estaba convencido de que el manuscrito era auténtico.

Segismundo se acercó a él.

—Y lo era, señoría. No os engañaron en ese sentido. Lo que era falso era el enviado. ¿Puedo preguntaros dónde se encuentra el manuscrito ahora?

—He ordenado que lo guarden en mi escritorio bajo llave. —Tebaldo, incluso viéndose por los suelos como consecuencia de una pelea de locos, no había perdido su consideración hacia los libros. Al fin y al cabo, siempre le habían parecido más reales que la mayoría de la gente. Uno no deja un Quintiliano completo tirado en el suelo, así que lo primero que le vino a la cabeza cuando lo ayudaron a levantarse fue el manuscrito. La idea de que fuera falso no había dejado de atormentarlo desde entonces. ¿Dejaban tanto que desear su perspicacia y su saber que no había sido capaz de darse cuenta? No sin esfuerzo, hizo a Segismundo objeto de sus buenas intenciones y respondió con una sonrisa. Violante le apretó una mano y se inclinó nuevamente para besarlo, de forma que su larga trenza ornada de perlas cayó suavemente sobre el cuello de su primo.

—No debemos fatigarte. Hipólito ha enviado a un mensajero a la corte de esa víbora de Vincenzo para decirle al maestro Valentino que regrese a Altamura. —La duquesa se volvió y vio a la niñera, cuyos oídos estarían seguramente tan atentos como abiertos sus ojos—. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Hipólito ha prometido que vendrá a verte mañana.

—Ya podré levantarme para entonces. Si su excelencia va a mi estudio —Tebaldo señaló una puerta que había en una esquina de la habitación, que era la que daba al montacargas que le permitía bajar de su dormitorio al estudio—, le mostraré el Quintiliano.

—El botín de guerra —comentó Segismundo de buen humor—. Ahora su excelencia no va tener que pagar por él.

Cuando lo dejaron, Tebaldo parecía más feliz de lo que Violante recordaba haberlo visto jamás.

Benno estaba fuera aguardando a su señor, y en el momento en que la duquesa pasó a su lado, el interior de su jubón prorrumpió de pronto en ladridos. Segismundo agarró y enderezó la cesta de la niñera a tiempo de evitar que las botellas con los diferentes aceites cayeran al suelo. Una vez hubo recuperado el aliento apoyándose en el fornido brazo derecho de Segismundo, proceso que dadas las circunstancias decidió tomarse con calma, la niñera pudo hacerle unas carantoñas a Biondello (que, algo insólito en él, seguía ladrando con la vista puesta en el techo) y disculparlo.

—Son las ratas. Están en todas partes, incluso en los palacios, y los perros se vuelven locos con ellas. Este perro tiene mucho carácter, pero habría que ver cómo reaccionaría si viera cómo son algunas de ellas. Las hay casi de su tamaño. Ahora mismo, en el dormitorio del señor Tebaldo, he oído una correteando sobre nuestras cabezas, aunque se ha parado en cuanto me he puesto a hablar. No son nada tontas...

—Eso es algo que deberíamos tener siempre presente. —Segismundo acercó afablemente la mano de la niñera a sus labios—. Os estoy muy agradecido. —La niñera lo miró sorprendida y él añadió—: Gracias a vos, la herida de la cabeza se me ha curado rápidamente. Pronto estaré preparado para cualquier cosa.

El beso que le dio a continuación fue sobre la mejilla y dio lugar a un grito débil y a una palmada más débil todavía. La niñera se alejó más que satisfecha rumbo a sus dominios, la habitación de los niños, y su buen humor no se vio alterado ni siquiera cuando se cruzó en el camino con el arquitecto Brunelli, quien la miró con ceño. El sirviente del señor Tebaldo le había contado que aquella mañana habían logrado soltarlo de la escalera en que estaba encajado cortando los peldaños, aunque ella no le había preguntado qué había hecho para acabar de aquella manera durante la pelea. Como estaba de tan buen humor, la niñera se tomó la libertad de ofrecerle árnica para las heridas antes de que él pudiera hablar.

—¡Al diablo con la árnica! Lo que quiero es agarrar a ese bobo barbudo del jubón mugriento. ¿Lo habéis visto?

—¿Por qué habría de saber yo dónde podéis encontrar a un individuo como el que describís? —replicó ella, evitando provisionalmente un encuentro del que Benno no habría disfrutado en absoluto.

Mientras Benno se zafaba de Brunelli sin ser consciente de ello, el hombre al que todo el mundo buscaba seguía, tal como había dicho Segismundo, sin aparecer en ninguno de los lugares en que se esperaba encontrarlo.

A Nuto Baccardi no le extrañó que los hombres del alguacil le preguntaran por su huésped. Les describió a Lorenzo Corsini (que tal vez fuera su verdadero nombre, aunque tampoco le sorprendería que no lo fuera) como un hombre de expresión malvada y mirada astuta. La esposa de Nuto, en cambio, lo describió como un hombre de porte aristocrático y mirada penetrante, aunque coincidió con su marido en que tenía un lunar al lado de la boca, lo cual pareció zanjar la cuestión para la

guardia. El duque había dado orden de busca y captura y todo el mundo sabía lo que aquello significaba. La esposa de Nuto tenía fe en la guardia del alguacil y sintió pensar que la siguiente vez que viera al atractivo desconocido éste tendría una soga alrededor del cuello. Con algo de suerte, sin embargo, tal vez sufriera un castigo peor que la horca y ella podría apañárselas para ponerse en primera fila y desde allí presenciar la ejecución. Incluso podría ser ella la última persona que el desconocido viese antes de morir.

Stefano Cipolla, en cambio, no se fiaba de los hombres del alguacil. El desconocido le había pagado generosamente por una habitación que había obligado incluso a los guardias a taparse la nariz. Además, no le habían dicho por qué querían encontrarlo. El arco y la bolsa que había guardado allí ya habían desaparecido, aunque a los guardias no les había dicho nada al respecto. No le habían ofrecido dinero y no estaba dispuesto a entregar a nadie ninguna mercancía (pues así era como consideraba la información) sin recibir algo a cambio. También les había ocultado que aquella misma mañana había visto al hombre que buscaban (el del lunar) en las escaleras. Cuando se apresuraba a bajar a la calle para responder al toque a rebato como un buen ciudadano, había encontrado a su huésped empapado hasta los huesos. Le habría gustado saber por qué, pero el hombre tenía un aspecto que habría quitado las ganas de hacer preguntas al más curioso. Evidentemente, el hecho de que estuviera empapado explicaba por qué huía de Il Toro en lugar de atender a su llamada. Tampoco les había dicho que había sido un huésped modélico. No le había dado ni un solo motivo de queja. Sería difícil reemplazarlo.

Al encontrarse solo en la casa, el huésped se había dado prisa en quitarse las prendas mojadas, escurrirlas y meterlas en la bolsa, y a continuación se había puesto ropa seca. El arco lo había dejado caer en las aguas del río, una lástima, pero un arquero en medio de la turba que abarrotaba las calles para responder al toque a rebato habría llamado demasiado la atención. Así pues, se había mezclado con la multitud. La voz de «¡El duque está muerto!» le había hecho creer que se había quedado sin trabajo en Altamura y que lo único que le quedaba por hacer era esperar a que se diera la ocasión propicia para salir de la ciudad cuando abrieran las puertas; sin embargo, los gritos de alegría que habían sucedido al descubrimiento de que el soberano seguía con vida lo habían obligado a olvidarse de sus planes. A continuación, siguiendo el ejemplo de la multitud, había arrojado el sombrero a lo alto y prorrumpido en vítores al ver que el duque regresaba al palacio protegido por una gran escolta, momento que había aprovechado para preparar sus próximos movimientos.

Aunque todavía quedaba mucha luz del día, el lugar en que se acomodó estaba prácticamente a oscuras. A su lado tenía la bolsa, que le serviría de almohada, pan y la carne embutida para comer, vino para beber y la afiladísima espada en su desgastada funda de cuero. El acero era para él un amigo mucho más próximo que cualquiera de los hombres que había conocido. Ahora era sólo cuestión de esperar,

algo a lo que él ya estaba acostumbrado.

Un paso que podría tener consecuencias funestas

Mientras Pirro aguardaba, el hombre que le pagaba estaba esperando recibir noticias de él y del éxito de su misión. La esposa de Vincenzo y sus cortesanos (el duque no tenía amigos) habían advertido que su soberano ya no disfrutaba de aquellas cosas con que solía entretenerse. El maestro Valentino le había aconsejado hacía ya tiempo que dejara la caza, un ejercicio que incrementaba sus dificultades respiratorias y el dolor que tenía en el pecho. Durante cierto tiempo se había contentado con permanecer sentado en una silla mientras le traían las piezas a su presencia y se las sujetaban para que él pudiera dar cuenta de ellas personalmente, pero al final había renunciado a tan escaso placer. Lo que a él siempre le había hecho disfrutar era la emoción de la persecución, de la búsqueda de algo que difícilmente podría acabar huyendo. A falta de eso, dar muerte a un animal perdía buena parte de su encanto.

El duque también había perdido interés en sus joyas grabadas. La noticia de que el príncipe Galeotto había pagado una gran suma de dinero por una talla de noix que representaba a Hércules en el momento de ahogar al león de Nemea, una obra procedente de la colección de un cardenal romano por la que él mismo había ofrecido dinero, la había recibido con indiferencia. Por otro lado, el rumor de que Brunelli, que se había salvado de los atentados de los que había sido objeto en Venosta, había recibido el encargo de reformar la biblioteca del duque Hipólito, no había logrado más que arrancarle una sonrisa de sus finos labios. Con algo de suerte, Brunelli estaría allí en el momento en que el duque Hipólito encontrara la muerte, y, aunque no fuera así, tampoco importaba, porque pronto iba a hallarse de nuevo sin trabajo ni mecenas.

El maestro Valentino se hallaba con Vincenzo cuando se anunció la llegada del mensajero de Altamura. Estaba tomándole el pulso y pudo sentir cómo se le aceleraba antes de que el duque apartara bruscamente el brazo.

—Hacedle pasar ahora mismo.

Vincenzo advirtió de inmediato que el mensajero no iba de luto. A éste, por su parte, no le pasó inadvertido que el duque estaba acompañado por un médico, el maestro Valentino, a quien conocía, y tenía aspecto no sólo de hombre lobo sino de hombre lobo enfermo. Disimulando una sonrisa, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Excelencia, os traigo saludos del duque Hipólito. El duque desea transmitir la alegría que siente por haber escapado providencialmente de un intento de asesinato. El agresor ha resultado muerto y...

El mensajero no pudo terminar la frase.

Vincenzo se puso de pie, dio un paso hacia adelante y cayó de rodillas ante el mensajero como si quisiera rogarle que desmintiera el mensaje y dijera algo totalmente diferente.

Aunque el maestro Valentino llegó a su lado inmediatamente, no logró adelantarse al enemigo con el que todos los médicos tienen que enfrentarse. Si el duque Vincenzo había llegado en alguna ocasión a ser un hombre lobo, ahora era un hombre lobo muerto.

—Qué escritura más curiosa.

A Benno le había picado la curiosidad al ver que Segismundo le pedía a un paje que le trajera papel, pluma y tinta. Tras observar fascinado cómo arreglaba la pluma a su satisfacción, se había quedado mirando por encima de su gran hombro cómo la utilizaba. Le gustaba ver a su señor hacer aquellos inexplicables signos que equivalían a palabras. Aunque era consciente de que jamás sería capaz de descifrarlos, esta vez, sin embargo, estaba completamente seguro de que los que estaba escribiendo eran diferentes de los normales.

Segismundo emitió un murmullo sin dejar de escribir y dijo:

—¿Acaso eres un experto? —Cuando hubo terminado y arenado la carta con un arenillero de plata que había sobre el escritorio, añadió—: La verdad es que tienes buen ojo, Benno. Es griego.

Benno se preguntó si todos los idiomas tendrían una escritura diferente y si Segismundo las conocería todas, pero guardó silencio. Aunque las respuestas de su señor siempre le suscitaban nuevas preguntas, como en aquel caso, rara vez se atrevía a formularlas. ¿A quién escribiría su señor en griego? Por un instante pensó en Pilodoro Tedesco, pero enseguida se dijo que seguramente ya lo habrían arrestado.

Segismundo llamó al paje y le entregó la carta.

—Para el señor Tebaldo. Dásela en mano.

Benno comprendió la necesidad de aquella orden. Los sirvientes del señor lisiado seguramente tratarían de evitar que se le molestara mientras estuviera convaleciente y aplazarían la entrega de la carta hasta que juzgasen que se encontraba lo bastante repuesto para leerla. Como ya tenía la experiencia de verse con una puerta en las narices, se preguntó si el paje insistiría en el caso de recibir una negativa de parte del ayudante del señor Tebaldo. Fuera como fuere, lo más interesante era lo que Segismundo había escrito en la carta. Había ido a verle no había ni media hora en compañía de la princesa. ¿Por qué no se lo había dicho entonces? ¿Por qué se lo decía ahora, y en griego?

Segismundo sacó el brazo herido de la manga y aceptó su ayuda para quitarse el jubón. Benno observó cómo se levantaba las vendas para mirar debajo de ellas y se alarmó al pensar que la herida tal vez hubiese empeorado. Sin embargo, cuando su señor alzó la cabeza, vio que estaba sonriendo.

—Eh, aún no es el momento de rezar una oración de difuntos. Lo que le he dicho a la niñera es cierto: la herida se está cerrando bien. Además, le di a Pirro algo para

que se acordara de mí y seguramente querrá devolverme el favor.

Benno recordó lo que le había dicho Segismundo y sintió un escalofrío en la espalda: cabía la posibilidad de que Pirro se encontrara en el palacio. ¿No corrían el peligro de que apareciese por aquella puerta en cualquier momento?

La puerta se abrió. Benno se puso rígido y contuvo la respiración y Segismundo incluso se echó la mano a la espalda. Ambos tuvieron que bajar la vista para mirar al recién llegado.

Era Poggio, con una sonrisa marrullera en los labios.

—Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a ver cómo estabais. —Sus pequeños ojos se detuvieron en las vendas de Segismundo y en la espada sobre la que había apoyado su gran mano—. Esperáis la visita de enemigos, ¿eh? No creo que estéis en las condiciones más adecuadas para defenderos. ¿Y si llego a entrar con un hacha en la mano? —Poggio sonrió mientras cerraba la puerta—. ¿Queréis que eche la llave? Tampoco serviría de mucho, porque el asesino también puede entrar por la ventana, ¿no?

Benno tuvo que contenerse para no correr a cerrar los postigos.

—Vienes a decirnos algo, ¿verdad? —le preguntó Segismundo mientras alzaba su jubón para que Benno lo ayudara a meter el brazo en la manga—. Cuéntanos en primer lugar los cotilleos que hayas oído y luego dejaremos que vayas a dar a todo el mundo tu informe sobre mi estado.

Poggio trepó a la cama, se sentó al lado de Segismundo y se los quedó mirando con una sonrisa tal que apenas se le veían los ojos.

—Ha sido un día de los más movidos. Me he perdido lo de la iglesia —dijo al tiempo que transformaba la sonrisa en una grotesca mueca—. Debería rezar mis oraciones más a menudo... —Sus ojos se encendieron—. Pero he visto a los prisioneros cuando los traían para meterlos en la cárcel. Tendríais que haber visto en qué condiciones estaban después de todo lo que les había tirado la gente... Podría haberse hecho una tortilla sólo con lo que tenían en la cabeza. Si no les dan de comer en la cárcel, siempre pueden recurrir a lo que se les ha quedado pegado en la ropa. Aunque no sé si les va a quedar mucho tiempo para comer antes de que los lleven a la horca. —Dejó de hacer balancear las piernas, ladeó la cabeza y se quedó mirando a Segismundo a la espera de sus preguntas.

Segismundo lo complació.

—¿Han arrestado ya a Polidoro Tedesco?

Poggio alzó las manos.

—Qué curioso que me lo preguntéis... Aunque soy un tonto, debería haberme imaginado que lo haríais. Los hombres del duque han ido a buscarlo, pero ¿qué se han encontrado? Que se ha ido.

—¿Qué se ha ido? —Segismundo enarcó las cejas—. ¿Estando las puertas de la ciudad cerradas?

—Bueno, se ha ido a mofarse del más allá, pero se ha dejado el cuerpo en el

camino. Ha tomado un veneno y, por lo que me han dicho, su muerte ha sido bastante aparatosa. Ha dejado una carta para el duque en la que dice que ha sido todo un orgullo para él haber logrado inspirar un deseo irrefrenable por la libertad en Cola Perengano y Atzo de los Palotes. Gracias a la duquesa, Tedesco estará ahora con Cola en el infierno, porque, según lo que dice en la carta, confiaba reunirse con sus alumnos en un mundo mejor. Para un suicida y una pandilla de asesinos, la creencia en un mundo mejor debe de ser un buen motivo para mantener la esperanza, ¿no creéis? Bueno, ya nos hemos librado de dos, ahora sólo faltan tres. Lo curioso es que en la carta no menciona ni al hijo de Valori ni al sonámbulo, Honorio.

—Tal vez sean inconscientes.

Poggio soltó una carcajada.

—¡Inocentes! Esperad a que los verdugos del duque hayan acabado con ellos. Preferirán condenar sus almas al infierno a soportar otra vuelta más de la empulguera. Tristano Valori lamentará no haber sido lo suficientemente listo como para suicidarse cuando la señora Ariana salió rumbo a Borgo. Yo estaba allí y puedo deciros que armó un jaleo de los buenos. No penséis mal: lo compadecí entonces y lo compadezco ahora, pero no hay nada que pueda hacerse al respecto, ¿no?

Segismundo profirió un largo y pensativo murmullo por toda respuesta.

Poggio se fue ansioso por recoger el dinero de las apuestas que había hecho por la herida de Segismundo, las cuales, según los rumores, eran tan graves que le habían impedido ir a la iglesia. Poco después de su marcha, Benno recibió el encargo de contar una de las mentiras de su señor. Habían salido de la habitación y estaban entrando en la antecámara de la biblioteca.

—Ve a los aposentos del señor Tebaldo y dile a su ayudante que le informe que el duque ha venido a verlo y lo espera en su estudio.

Benno echó a andar preguntándose cómo se habría enterado Segismundo de dónde estaba el duque. Cuando, acompañado de Biondello, empezó a subir por las escaleras, volvió la cabeza y vio a su señor hacer girar la manilla de la puerta del estudio y entrar en éste echando la mano hacia atrás para coger el hacha que llevaba colgando del cinturón.

Descartando la idea de que Segismundo se hubiese vuelto loco y de pronto hubiera decidido asediar al duque, llegó a la conclusión de que, estando Pirro en el palacio, nada podía ser más juicioso que sacar el hacha al entrar en cualquier habitación cuando no se sabía quién podía haber dentro.

Entregó el mensaje al sirviente y éste, tras lanzar a su pringoso y desastrado jubón una mirada de consternación, se lo transmitió al señor Tebaldo, quien con tono al parecer apurado dijo:

—¿Ya? Ayúdame a vestirme. No quiero hacer esperar a su excelencia.

Benno corrió escaleras abajo. Su estómago le decía que algo terrible estaba a punto de suceder. Al entrar en el estudio con su reluciente hacha en alto, Segismundo había ladeado un poco la cabeza en un gesto de gran calma y concentración, como si

estuviera prestando atención a algo. Sí, algo gordo estaba a punto de ocurrir. ¿Sabría su señor que Pirro se encontraba ya en el estudio?

Pronto averiguaría que no.

Segismundo cruzó la habitación y se acercó a la puerta tapada por una cortina de tapiz que daba a la biblioteca.

En la habitación, que estaba iluminada por el sol del atardecer veraniego, resonaban los tañidos de las campanas que llamaban a toda la ciudad a la misa de la tarde. El repique de tenor de la iglesia de la Anunciación se elevaba desde detrás del palacio por encima de todos los demás, como si celebrara la feliz circunstancia de que el duque había salvado la vida bajo su techo aquella misma mañana. En aquel jubiloso estruendo de campanas, se oía un sonido apenas perceptible, parecido al que podría hacer un ratón, un pequeño crujido que salía de detrás de la puerta que había en la esquina opuesta. El montacargas del señor Tebaldo estaba descendiendo de las dependencias del piso inferior.

El sonido cesó y, cuando hubo pasado el tiempo necesario para que un hombre pudiera levantarse de la silla atornillada al montacargas, la puerta se abrió.

El sol del atardecer brilló sobre su jubón como los reflejos del agua del río que temblaban en el techo y reverberó como el oro sobre su espada desenvainada. Pirro había entrado en la habitación. En aquel preciso instante, el sol centelleó sobre un objeto que rasgaba el aire. Desde la sombra que proyectaba la cortina de la entrada a la biblioteca, Segismundo había descargado su hacha sobre Pirro.

Benno abrió la puerta del estudio y se quedó paralizado por lo que vio.

El hacha que le había golpeado el pecho debería haberle partido el corazón, pero Pirro había venido preparado para cualquier situación imprevista. No era la primera vez que el jubón acolchado cubierto de aros de acero que llevaba, obra de un maestro armero de Milán, le salvaba la vida. Falto de aliento y con dos costillas rotas, se tambaleó y se precipitó de espaldas sobre las estanterías en que Tebaldo guardaba sus libros. Una lluvia de pergaminos y cartapacios cayó de sus casilleros y bombardeó a Pirro mientras éste trataba de recuperar el equilibrio y el resuello.

Segismundo no perdió el tiempo lamentándose por el resultado que le había dado el hacha. Se pasó a la otra mano la espada que tenía en la izquierda y brincó para asestarle un mandoble en la cabeza a su contrincante, que había logrado incorporarse apoyándose en la estantería. En el momento en que la espada caía sobre él, saltó a un lado y el acero partió un largo rollo de pergamino que había caído del tambaleante mueble. En el tiempo que tardó el arma en descender, Pirro pareció cobrar nueva vida, de tal suerte que cuando Segismundo se volvió para asestarle otro mandoble, se encontró con que su adversario había puesto un escritorio por medio sobre el cual se cernía una espada preparada para hacer frente a la suya. El rostro de Pirro, una máscara dorada a la luz del atardecer, no reflejaba ni miedo ni ira ni dolor y, sin embargo, cuando las campanas enmudecieron, su respiración sonó como un desgarrido de seda.

Benno también había dejado prácticamente de respirar. ¿Debía salir corriendo en busca de ayuda? Sus órdenes, sin embargo, no admitían excepciones: no podía intervenir en ninguna pelea.

Segismundo dio un paso hacia adelante, un paso que lo puso al alcance de la espada de Pirro, un paso que podría tener consecuencias funestas para los dos. Apoyó el pie en el suelo y resbaló. Las estanterías habían escupido un papel que como superficie sólo podía ser traicionero.

Benno oyó un grito de terror, pero no acertó a distinguir quién lo había proferido. Por un segundo, Pirro se distrajo y se fijó en la figura que había aparecido en la entrada de la antecámara. Su espada se desvió y en lugar de caer sobre el cuello de Segismundo, que estaba inclinado ante él, se incrustó en el borde del escritorio con tal fuerza que arrancó un trozo del taraceado y astilló la superficie. Segismundo, que estaba apoyado sobre una rodilla, empezó a levantarse y pudo ver cómo Pirro saltaba con espantosa agilidad sobre el escritorio y arrancaba su espada de madera. Con otro cegador relampagueo del sol, Pirro alzó la espada dispuesto a abrir la cabeza de su adversario. Benno, angustiado, se echó hacia adelante para abalanzarse sobre él en el momento en que su señor, coincidiendo con la descarga de la espada enemiga, se ponía de pie y, con toda la fuerza del impulso, atravesaba con su acero la garganta de Pirro. Benno volvería a ver en sueños aquel rostro que, marcado por la incredulidad, se crispaba al tiempo que la vida se le escapaba.

Segismundo retrocedió. Pirro se derrumbó sobre el escritorio con los brazos abiertos; su espada salió despedida y dibujó una gran parábola sobre el suelo. Cesaron los sonidos entrecortados y se oyó cómo Segismundo empezaba a recuperar el aliento mientras un sordo goteo alimentaba la mancha roja que se extendía por el suelo.

Un Quintiliano completo

—Es una alegría —dijo el príncipe Gioffré, abad de Borgo, al tiempo que alzaba su anillo para recibir un beso— saber que sigues con vida después de todo lo que ha ocurrido en Altamura desde la última vez que te vi. —Cuando Segismundo se levantó, lo miró fijamente a la cara. «Qué pálido está», pensó. No era ninguna exageración lo que se decía sobre su herida—. He oído que gracias a ti varias personas continúan aún entre nosotros. Su alteza me ha enseñado las cartas en que el duque Hipólito se refiere a ti como el salvador de su vida y su estado.

—Ilustrísima —dijo Segismundo con tono risueño mientras se encogía de hombros—, como sabéis, nada es tan sencillo como lo pintan. Yo diría que su excelencia salvó la vida gracias en primer lugar a un joven que se quedó dormido durante sus oraciones y luego a las ratas de su palacio. Lo que yo he hecho se debe a la gracia de Dios y de Nuestra Señora.

—El abad se santiguó y dijo:

—Gratias agimus Deo... —El calor del día había disminuido y del patio venía un rumor de conversaciones en voz baja acompañado del chirrido de las cigarras.

—Has sido realmente afortunado, Segismundo. Lo que has conseguido tiene mucho mérito. El príncipe Galeotto está sumamente satisfecho de que ya no exista ninguna posibilidad de culparlo por la terrible muerte de la princesa. Es el duque Vincenzo quien ahora deberá responder por sus pecados en el juicio divino. El diablo está en todas partes, incluso en los palacios.

«Sobre todo en los palacios», pensó Benno. Le habían permitido amablemente entrar en la habitación y permanecer al lado de la puerta mientras el abad recibía a su señor. «En mi opinión, ese duque se sentirá en el infierno como si estuviera en su casa». Benno se rozó de pronto una herida que tenía en el trasero con el marco de la puerta. Al final, Brunelli había conseguido dar con él y lo había sorprendido mientras esperaba fuera de la sala de audiencias de Altamura. Aunque ahora sabía que había peleado en el bando equivocado durante la refriega de la biblioteca, el arquitecto no era de la clase de hombres que olvidan una ofensa. Por suerte para Benno, la patada que había recibido lo había mandado a brazos de Segismundo, quien salía en aquel momento de la sala de audiencias luciendo la cadena de oro que acababan de obsequiarle. Su señor había concedido a Brunelli el tiempo suficiente para que le diera una explicación, absteniéndose de decir que si no hubiera descubierto la emboscada que le había preparado a Pirro, todo el mundo, incluido éste, se habría ahorrado muchos problemas. Al final, el encuentro había acabado en una taberna de

Altamura con un brindis por la reforma de la biblioteca, la cual al parecer iba a ser uno de los pocos encargos que Brunelli iba a conseguir acabar.

Cuando Benno volvió a dirigir su atención al presente, advirtió que Segismundo y el abad estaban hablando del infierno.

—¡Qué mal aconsejados estaban esos jóvenes! ¡Qué blasfemia atacar al duque en el interior de la iglesia! ¡Y durante la elevación de la hostia! Me temo que van a recibir un castigo espantoso, tanto en este mundo como en el siguiente. Dante pone a todos los traidores junto a Judas en el noveno círculo del infierno.

—Tal vez obtengan el perdón antes que su maestro —dijo Segismundo—. Polidoro Tedesco ha confesado ser quien les animó a ello.

—¿Qué motivo podría tener para cometer semejante maldad? —De pronto se oyeron en el jardín voces más altas de lo normal. El abad se acercó a la ventana y se asomó con las manos metidas en las mangas de su hábito. Inmediatamente las voces enmudecieron. Se volvió y regresó al lado de Segismundo con pasos inaudibles sobre el suelo embaldosado—. Un hombre culto, que seguramente conocía las escrituras y las obras de los grandes sabios...

Segismundo profirió un largo, sonoro y desdeñoso murmullo.

—Se tenía por un Sócrates que debía enseñar a los jóvenes a venerar la verdad. En realidad, se trataba de un hombre amargado que, al igual que el duque Vincenzo, quería vengarse por una cuestión personal.

Benno aguzó el oído. Aquello era algo que ignoraba. El abad se acercó al taburete de madera que había detrás de su escritorio y señaló un banco cubierto de cojines invitando a Segismundo a sentarse en él. Éste aceptó la invitación y prosiguió:

—Cuando le comunicaron que Tedesco se había suicidado, su excelencia el duque me dijo que el filósofo había sido su preceptor durante su juventud. Yo ya lo sabía, aunque ignoraba que el filósofo hubiera ordenado que lo azotaran salvajemente por sus errores y que, al subir al trono, el duque hubiese ordenado a su vez que azotaran a Tedesco para que pagara por el imperdonable perjuicio que había causado en su orgullo.

El abad alzó brevemente la vista al cielo y sacudió la cabeza.

—Oh, hijo mío, qué gran falta de caridad trae consigo el orgullo. Una crueldad engendra otra y ésta otra más, y al final el proceso se hace imparable. Por algo se nos dice que Lucifer cayó por un pecado de orgullo... ¿De manera que enseñaba a sus alumnos a odiar a los tiranos cuando él en realidad sólo odiaba al hombre que lo había humillado?

—Mmm, mmm. No es difícil confundir los motivos que llevan a uno a hacer algo. —Segismundo observó cómo el abad extendía una mano y abría un pequeño armario que tenía detrás de sí entre los paneles que revestían la pared—. Se puede hacer mucho daño aun teniendo las mejores intenciones.

El abad, que estaba sonriendo, sirvió el vino en unas sencillas copas de peltre y ofreció una a Segismundo.

—¡La filosofía...! Cuando fui tu maestro en París; eras uno de los jóvenes más inteligentes de tu generación. Pero ya entonces buscabas otra clase de soluciones para los enigmas de la vida.

Benno, las aletas de cuya nariz se habían dilatado para oler el delicioso aroma del vino, habría escuchado de buena gana una conversación acerca del misterioso pasado de su señor. Sin embargo, éste no parecía estar dispuesto a mantenerla. Envueltos por un acogedor silencio, Segismundo y el abad bebieron.

—Según he oído, el príncipe Galeotto está de enhorabuena —dijo Segismundo—. ¿Dónde va a celebrarse la ceremonia? ¿Aquí o en Venosta?

—Su excelencia me ha pedido que oficie las nupcias en la catedral de Venosta cuando llegue el momento. No quiere ofender al duque Hipólito celebrando la boda cuando ha pasado tan poco tiempo desde la triste muerte de su esposa.

Los dos hombres volvieron a enmudecer. El patio permanecía prácticamente en silencio, pues las voces habían desaparecido y sólo se oía el sonido de las azadas al abrir la tierra y los chirridos de las cigarras. La proposición de matrimonio del príncipe Galeotto a la duquesa Dorotea, viuda del duque Vincenzo, había cogido a todo el mundo por sorpresa, a pesar de que la unión resultaba sumamente ventajosa para ambos. El príncipe quería un heredero y la duquesa aún era joven y había demostrado ser una mujer fértil dándole al duque Vincenzo varios hijos. Si bien era cierto que sólo habían sobrevivido las hijas, cabía la posibilidad de que los hijos de Galeotto no se desanimasen tan fácilmente al ver a su padre por primera vez. Además, la necesidad que tenía éste de un heredero era menos urgente que antes, por cuanto Venosta estaba virtualmente en su poder.

Pocas personas sabían que había sido la duquesa Dorotea quien, con la majestuosidad que la caracterizaba, había tomado la iniciativa. Ella no había abrigado ninguna de las esperanzas de recuperación que posiblemente había acariciado su marido en los últimos momentos. Tras una larga consulta con el maestro Valentino, había iniciado una correspondencia secreta con el príncipe Galeotto. El marido que iba a tener ahora sería mucho más fácil de controlar y con la boda obtendría lo que Vincenzo no había podido conseguir al ofrecer su hija a Galeotto. Si Venosta iba a ser su dote, Borgo sería su regalo de bodas. Con tales ideas en la cabeza, había ordenado que se celebrasen las misas por la muerte de Vincenzo y se había puesto tranquilamente a terminar su tapiz del desollamiento de Marsias. Sería su regalo para el novio.

—¿Se ha recuperado ya la duquesa Violante?

Segismundo sonrió cordialmente.

—El maestro Valentino dice que nunca ha estado mejor de salud. —No hizo referencia a la cadena de oro y rubíes, obra de un maestro joyero, que la duquesa le había puesto al cuello ni al beso que le había dado en la mejilla. La mirada con que también lo había obsequiado podría haber despertado fácilmente los celos de Hipólito si éste hubiera llegado a verla.

El abad se inclinó para llenar de nuevo la copa de Segismundo.

—También he oído que hay quien culpa al maestro Valentino de haber acelerado la muerte del duque Vincenzo por instigación de la duquesa.

—Cualquier médico que sirva a un gran señor y no pueda curarlo debe esperar que la gente haga esa clase de comentarios. Y las esposas también. Hay médicos que deciden dejar los casos que no pueden curar. —Segismundo bebió y agregó—: Al volver a Altamura el maestro Valentino me dijo en confianza que el día siguiente a la muerte del duque Vincenzo abrió su puerta y se encontró con unas flores enviadas por ciudadanos de Venosta agradecidos.

El abad soltó una inesperada carcajada. Hizo girar la copa de vino con sus finos dedos y miró al hombre que tenía delante. El rostro y porte de Segismundo eran serenos. No parecía que los acontecimientos que habían sucedido desde la última vez que se habían visto lo hubieran afectado.

—¿Y el asesino...? ¿Pirro decías que se llamaba? Debía de ser un hombre capaz de helarle el corazón a cualquiera. La descripción que has hecho de su entrada en el estudio me recuerda aquellas palabras de Virgilio...

Vestibulum ante ipsum primoque in limine Pyrrhus exsultat, telis et luce coruscus aena —recitó Segismundo, tras lo cual sacudió la cabeza maravillado—. Podría haberme acordado de ellas y haberlas considerado una señal. Apareció en el umbral, en efecto, y brillando...

—*Qualis Coluber...* —añadió el abad.

—Exactamente como una culebra. Aunque las escamas de esta culebra en concreto las había hecho Missaglia en Milán. Conozco su trabajo. Le salvaron la vida..., aunque no por mucho tiempo. —El murmullo que siguió a aquellas palabras fue una despedida, casi un lamento, como el que un profesional dirige al saludar a otro—. He encargado una misa por su alma... Tuvo la mala suerte de no enterarse a tiempo de que la persona que le había pagado había muerto y de que ya no había falta que llevara a cabo su misión.

El abad soltó un suspiro.

—Mataba por dinero. Le harán falta muchas plegarias en el purgatorio. Y decidme, ¿ha hecho el duque justicia con esos jóvenes necios a quienes su maestro indujo al pecado?

—Uno murió, como sabéis, a manos de la duquesa, que no se acobarda ante ningún hombre. —Acordándose de Rodrigo Salazzo, Benno hizo votos por que la duquesa no le hubiera cogido gusto al cuchillo—. Y el otro que estaba implicado en la conspiración fue ahorcado ante el palacio de Altamura ayer mismo. Los demás, Tristano Valori y Honorio Scudo, han sido declarados inocentes y el duque los ha dejado en libertad. Bonifacio Valori ha recuperado su cargo de primer consejero.

—Era inconcebible que un hombre como él fuese desleal al duque —dijo el abad—, y aunque en innumerables ocasiones se ha descubierto que lo inconcebible es cierto, es una alegría que tanto el hijo como el padre hayan sido exculpados.

Segismundo inclinó la cabeza en señal de asentimiento y, de pronto, chasqueó los dedos. El abad enarcó las cejas y Benno se acercó rápidamente para entregarle el cartapacio que había estado guardando. A una seña de su señor, lo dejó sobre la mesa delante de él, hizo una reverencia y volvió a su puesto de observación al lado de la puerta.

—¿Qué es esto, hijo mío? —El abad miró el cartapacio y se inclinó en un educado gesto de interés.

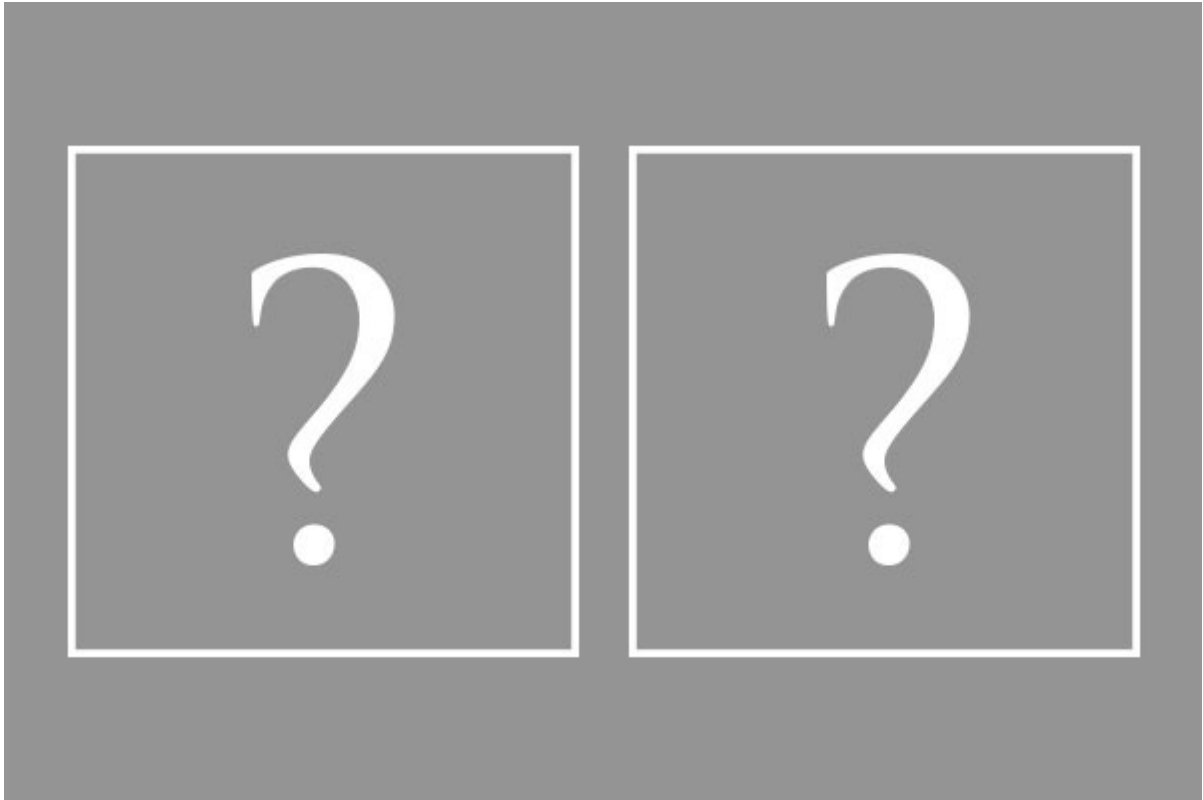
—El duque Hipólito desea expresar su gratitud a Dios por haberle permitido escapar de la muerte, ilustrísima. Éste es el manuscrito del que me hablasteis, el que el duque Vincenzo adquirió para Venosta. Fue una causalidad, pero gracias a lo que me dijisteis sobre él el duque finalmente consiguió salvar su vida. Logré sorprender al asesino haciéndole creer que el duque iría a examinarlo. —Segismundo extendió las manos y se echó a reír—. Debería sentirme agradecido por la educación que he recibido. Pirro estaba escondido encima de la habitación del señor Tebaldo y oía todo lo que sucedía debajo. Como no podía pedirle al señor Tebaldo en voz alta que fingiera que el duque Hipólito iría a su estudio para ver el manuscrito, le envié un mensaje en griego para que su sirviente no pudiera leerlo. Pirro tragó el anzuelo e hizo lo que yo esperaba que hiciera: bajó por las cuerdas del techo hasta el montacargas del señor Tebaldo y de ahí al estudio, que era donde yo estaba esperándolo. —Segismundo sonrió y empujó el cartapacio—. Su excelencia desea que lo aceptéis y lo incorporéis a la biblioteca de Borgo como recuerdo de la princesa Ariana.

Con expresión reverente, el abad abrió el cartapacio y fijó la mirada en el Quintiliano. La tapa, que era de vitela y llevaba inscritas unas bellísimas letras de oro, tenía una marca que parecía la cicatriz de una herida: la sangre de Pirro, que se había filtrado por el escritorio, la había manchado. Para limpiarla habían tenido que raspar la vitela.

El abad abrió el libro y cuando ya estaba concentrado leyendo la primera página, un discreto golpe en la puerta anunció la llegada de un monje que traía un mensaje. Había un hombre abajo que preguntaba urgentemente por el señor Segismundo. Había recorrido más de mil quinientos kilómetros para verlo y no podía comunicar su mensaje a nadie más que a él.

El abad se quedó en su habitación ajeno a cualquier ajetreo y Benno siguió a Segismundo preguntándose a qué lugar irían ahora y qué encontrarían cuando llegaran a él. Ojalá no tuviera que ver más asesinos y bibliotecas. Aunque hasta aquel momento no había tenido mucho trato con los libros, empezaba a sospechar que eran objetos peligrosos.

Cogió a Biondello, que apenas podía moverse tras el festín que se había dado en la cocina de la abadía, y se puso alegremente en camino hacia su futuro.



ELIZABETH EYRE es el seudónimo de Jill Staynes y Margaret Storey. Juntas han escrito numerosas obras, empleando este seudónimo en la serie Segismundo. Eran alumnas de la misma escuela, en la que inventaban personajes extraños e intercambiaron series de episodios acerca de ellos. Su primer libro conjunto, fue escrito cuando contaban con quince años, se llamaba *Bungho, or why we went to Aleppo*, que nunca vio la luz. Han publicado numerosas obras para público infantil, y juntas crearon al Superintendent Bone, protagonista de novelas de detectives modernas, así como esta serie de novela policíaca italiana del Renacimiento, Segismundo.

Las novelas de Segismundo están caracterizadas por sus coloridos personajes, y su ambientación en la Italia del Renacimiento. Las historias se están cuidadosamente estructuradas y bien pensadas.

Los libros de esta serie han contribuido al subgénero de misterio histórico, que surgió en la década de 1990 con el éxito de Ellis Peters y la serie Cadfael, y Lindsey Davis y la serie de Marco Didio Falco.